ESTUDIOS

DE

POLÍTICA Y LITERATURA.

BIBLIOTECA CLÁSICA
TOMO XCIX

ESTUDIOS

DE

POLITICA Y LITERATURA

POR

LORD MACAULAY

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL INGLÉS

POR

M. JUDERÍAS BÉNDER

MADRID
LIBRERÍA DE PERLADO, PÁEZ Y C.ª
Sucesores de Hernando.
Calle del Arenal, núm. 11.

1908

ES PROPIEDAD

MADRID.—Imprenta de los Sucesores de Hernando, Quintana, 33.

A MI QUERIDO AMIGO

EL CORONEL D. EDUARDO A. OSIO,

en testimonio de consideración,

EL TRADUCTOR.

Marzo, 1887.

PRÓLOGO.

Con el presente volumen parece el séptimo de los *Estudios* de lord Macaulay que nos propusimos traducir para la BIBLIOTECA CLÁSICA. Cuando se dió á luz el primero de las obras del ilustre historiador inglés, bajo el título de *Estudios literarios*, ocho años hace, apenas si era conocido en España su autor, y en un espacio de tiempo tan corto relativamente, ha llegado á tomar carta de naturaleza entre nosotros, figurando en primera línea entre los más principales, con no haber tratado de nuestra patria sino en una de sus obras: la relativa á la guerra de Sucesión en tiempo de Felipe V. Y el buen acogimiento que le ha dispensado el público se debe á que ningún escritor contemporáneo, nacional ni extranjero, acertó por modo tan feliz á ins-

truir deleitando en orden á los acontecimientos históricos y á los hombres que influyeron en ellos; como que la variedad de su saber le permitió tratar de materias económicas, literarias, políticas, religiosas, artísticas, históricas y filosóficas, con pleno conocimiento de causa, y lograr, merced á esta diversidad, «competir con la diversidad de la vida humana, y ofrecer á los ojos, al corazón y al espíritu, á todas las facultades, en suma, del hombre, obras perfectas, llenas de vida, de luz, de colorido y de unidad» (1).

Los estudios publicados ya en la BIBLIOTECA CLÁSICA y los que siguen, demuestran esta verdad, y son elocuentes modelos de un género de literatura en el cual no triuvo vales lord Macaulay.

M. J. B.

1887.

---

(1) TAINE, *Histoire de la littérature anglaise*, chap. III, vol. V.

FANNY BURNEY. (1)

1752. — 1840.

I.

Aun cuando pasó Fanny Burney los últimos cuarenta años de su vida casi completamente alejada del trato de gentes, y á pesar de que en tan largo período poco entendieron hablar de ella sus contemporáneos, la impresión que produjo en Inglaterra la noticia de su muerte fué grande y profunda, é hizo remontar los espíritus y transponerlos á dos generaciones de distancia, esto es, á la época de sus primeros triunfos literarios; como que aquellos á quienes reverencian los

(1) El presente estudio se publicó en la *Edinburgh Review* del mes de Enero de 1843, bajo el epígrafe de *Madame D'Arblay: Diary and letters of Madame D'Arblay*, 5 t. en 8.º—Londres, 1842.—(N. DEL T.)

ingleses y proclaman por patriarcas en la república de las letras se les antojaban niños, comparados con ella, pues Burke había pasado muchas noches de claro en claro leyendo sus libros, y levantádola Johnson por sobre Fielding, cuando aun frecuentaba Rogers la escuela, y Southey paseaba y corría con babero llevado de la mano por su niñera. Y en verdad que puede parecer raro y extraño perder á quienes gozaban de justo renombre cuando todavía no eran conocidos muchos varones ilustres que, colmados de honra y de honores, bajaron al sepulcro largos años antes que no ellos, dejándolos en esta vida, como si debieran disfrutarla perpetuamente. Así aconteció con Madame D'Arblay (1), cuya popularidad había llegado á su colmo antes de que publicase Cowper su primer libro, y de que Porson comenzase á brillar en las aulas de Cambridge, y de que Pitt tomase asiento en la Cámara de los Comunes, y de que resonara la voz de Erskine en Westminster-Hall; como que desde la aparición de su primer libro hasta su muerte transcurrieron sesenta y dos años, y que en ese tiempo pasaron en tropel, no solamente las revoluciones políticas, sino es también las intelectuales, surgiendo ingenios á millares, que florecieron, se marchitaron y desaparecieron, y poniéndose de moda diversos géneros literarios, que después cayeron en descrédito y quedaron en olvido. ¿Qué huellas, si no, deja-

(1) Su nombre de familia era Burney; el de D'Arblay lo tomó de su marido.—(N. DEL T.)

ron los desvaríos de la escuela *Della Crusca* y los de Kotzebue, después de haber embaucado á la muchedumbre, ni qué prestigio, ni qué talento han sido parte á salvar de su ruina las escuelas no hace mucho tan florecientes de Godwin, de Darwin y de Radcliffe? Pero si muchos libros, después de imprimirse seis ó siete veces y de lograr efecto momentáneo, han ido luego á juntarse con las novelas de Afara Behn y los poemas épicos de sir Ricardo Blackmore, las primeras obras de Fanny Burney, á pesar del transcurso de los años, del cambio de las costumbres y de la justa fama que ganaron no pocos de sus rivales, continuaron ocupando lugar preferente y elevado en el concepto público, mereciendo su autora por ellas fama de clásica, que conservó hasta el fin de sus días. Y como antes de su muerte puso el tiempo á su nombre la señal con que marca los de aquellos que pasan de esta vida con méritos para quedar en la memoria de las gentes, aconteció con ella lo propio que con Sir Candy Rackrent, en la novela de Miss Edgeworth, que sobrevivió á sus funerales y oyó el fallo de la posteridad sobre sus obras.

De nosotros diremos que siempre nos ha inspirado el talento de Fanny Burney admiración profunda y sincera, sin asomos de parcialidad: de aquí nuestro contento al saber que se publicaba su *Diario*. No estaban exentas de temor por eso nuestras esperanzas, recordando lo que sucedió con las *Memorias* sobre el Dr. Burney, publicadas hace diez años; porque si bien contenían muchas noti-

cias interesantes y curiosas, tuvieron mal acogimiento, y quedaron muy luego relegadas al olvido. A decir verdad, eran merecedoras del castigo, por estar escritas conforme al último estilo de Madame D'Arblay, que fué la manera más detestable que se haya visto jamás, y por obra de la cual no puede haber noticia, por curiosa que sea, ni tampoco inventiva, por extraordinaria que resulte, con eficacia en ningún caso para salvar un libro del olvido. Temerosos, pues, de hallar en el *Diario* de Madame D'Arblay alguna de aquellas frases que tanto abundan en las *Memorias*, que las desfiguran á cada página con la fealdad de su retórica, y que mueven necesariamente á risa al lector, después de ponerle grima, tomamos en las manos el libro; mas descubrimos á poco, y no sin gran contento nuestro, que lo había escrito Fanny Burney antes de adquirir la *elocuencia*, y casi todo él en su primero y mejor estilo, es decir, en un inglés perfectamente femenil y claro, natural y lleno de animación y de vida. Entrambos libros están abiertos sobre nuestra mesa, y cada vez que interrumpimos la lectura de las *Memorias* y pasamos á la del *Diario* sentimos una manera de alivio y de consuelo en el espíritu; que la diferencia entre uno y otro es tan grande como la que pueda existir entre la atmósfera de una perfumería infestada de agua de lavanda y de jabón de jazmín, y el aire libre de un pinar, alfombrado de tomillo, una fresca y apacible mañana de Mayo. Empero, quien quiera conocer la historia de las costumbres y de la literatura inglesas, deberá

de consultar una y otra obra, y, demás de lo que aprenda en sus páginas, quedará recompensado de lo que sufra con las *Memorias* deleitándose con el *Diario*.

Con el auxilio, pues, de ambos libros, vamos á intentar describir á nuestros lectores y darles cuenta de la época más interesante de Francisca Burney (1).

II.

Descendía Fanny de una familia probablemente de origen irlandés, á juzgar de su apellido, que era Macburney, la cual se hallaba establecida desde hacía mucho tiempo en el Shropshire, donde poseía cuantiosos bienes. Desgraciadamente, mucho antes de nacer Fanny comenzaron á deshonrarse los Macburney, y á empobrecer como de propósito deliberado y con verdadera emulación en el mal. Así las cosas, como el heredero presuntivo de Jacobo Macburney se indispusiera con su padre por haber contraído matrimonio con una actriz del teatro de *Goodman's Fields*, el anciano castigó al hijo rebelde casándose á su vez con su cocinera, de la cual nació un niño, que se llamó José y fué dueño de todos los bienes de la familia, en tanto que Jacobo

(1) *Fanny* es en inglés el diminutivo de *Francisca*, y lo hemos preferido porque por él la conocían y con él la designaban, familiar y afectuosamente, los escritores contemporáneos. — (N. DEL T.)

hubo un *schilling* por patrimonio. Pero el hijo predilecto se dió tan buena traza é hizo tantas extravagancias, que, de allí á poco, nada tuvo el desheredado que envidiarle en cuanto á su hacienda. Entonces, y como hubiese menester de acudir á ganar el sustento con su trabajo, se dedicó José á dar lecciones de baile, y fué á establecerse al condado de Norfolk; Jacobo por su parte, después de suprimir el *Mac* de su apellido, dejándolo reducido á Burney, se fijó en Chester y ejerció de retratista. En Chester tuvo Jacobo un hijo llamado Carlos, muy conocido en la república de las letras por ser autor de la *Historia de la Música* (1), y éste, á su vez, fué padre del que, andando el tiempo, llegó á ser erudito distinguido (2),

---

(1) La *Historia de la Música* es notable por su mérito, y sin precedentes en su género. El primer tomo (1776) comprende la historia de la música en los pueblos de la antigüedad hasta Jesucristo; el segundo (1782), la de la música desde la era cristiana hasta mediar el siglo XVI; el tercero (1787), la de la música en Europa, y el cuarto y último (1788), la de la música dramática desde su principio hasta fines del siglo XVIII.

También escribió Burney, á su regreso de un largo viaje por el continente, una obra considerable, en tres volúmenes, titulada: *Del estado de la música en Alemania.*

Suyas son, además, unas *Memorias sobre Metastasio*, que vieron la luz en 1793, en tres volúmenes, y una *Vida de Hændel* (1785), que goza fama de ser modelo en su género.—(N. DEL T.)

(2) Llamado Carlos, como su padre, y nacido en Lynn el año 1757. Filólogo distinguido y autor de una obra muy estimada y notable por la erudición y sagacidad que revela, titulada: *Tentamen de metris ab Æschylo in choricis cantibus adhibitis.* El Go-

y de nuestra Fanny, más notable aún que su hermano por su ingenio creador y original.

No tardó Carlos en mostrar grandes aptitudes para el arte cuya historia escribiría más adelante; diéronle un maestro célebre de Londres, y se aplicó mucho y con fruto á sus lecciones, merced á lo cual halló á poco un protector afectuoso y magnífico en Fulk Greville, personaje de noble alcurnia y de modales distinguidos, que reunía en su persona, según parece, todas las cualidades y defectos y todas las virtudes y vicios que constituían hace cien años el carácter de un caballero. Bajo la protección de este Mecenas hubiera podido Carlos hacer una carrera brillante; pero su salud se resintió con el clima de Londres, y hubo de alejarse de las nieblas del Támesis en busca del aire puro de las costas, estableciéndose de organista en Lynn con su joven esposa.

Allí nació Fanny, en el mes de Junio de 1752. Nada pareció indicar en su infancia que, muy joven aún, merecería ocupar puesto preferente y duradero entre los escritores ingleses, pues no sólo era tímida, encogida y de pocas palabras, sino que sus hermanos, y no sin apariencias de razón, la llamaban tonta, porque á los ocho años ni aun conocía el alfabeto.

El 1760 regresó Mr. Burney á Londres con propósito de quedar allí definitivamente, y tomó casa en Poland Street, barrio aristo-

---

bierno inglés adquirió su magnífica biblioteca para el *British Museum* en 13.500 libras esterlinas.—(N. DEL T.)

crático en los tiempos de la reina Ana, pero que luego pasó de moda y quedó desierto de nobles y opulentos vecinos. Más adelante se instaló en Saint-Martin's Street, al Sur de Leicester Square. La casa que habitó allí subsiste aún, y subsistirá mientras que haya en Inglaterra vestigios de civilización, por ser la de Newton, y la torrecilla cuadrada que se levanta sobre ella y la diferencia de las demás colindantes, el observatorio del sabio.

A poco de hallarse Mr. Burney establecido en Londres, contaba tan considerable número de discípulos de la clase más elevada, que pudo atender con modesto desahogo y discreta independencia á las necesidades de su familia. Demás de esto, su mérito profesional le valió el diploma de doctor en música, por la universidad de Oxford, y las obras que publicó sobre asuntos relacionados con su arte le conquistaron entre las personas ilustradas un lugar que, si no eminente, fué respetable siempre.

III.

El curso que siguió la inteligencia de Francisca Burney desde los nueve á los veinticinco años merece tenerse muy en cuenta, porque aun estaba en la cartilla cuando perdió á su madre, y, á contar de aquel momento, se educó á sí propia. Por lo que hace á Mr. Burney, fué tan mal padre como es posible que

lo sea un hombre muy honrado, muy afectuoso y de carácter muy dulce, amantísimo de su hija, pero que no pareciese comprender nunca que sus deberes debieran de salir del límite de las caricias. Y, á decir verdad, no le hubiera sido posible tampoco vigilar por sí la educación de su familia, ocupado como lo estaba durante todo el día (1). Pero si envió á un colegio de París á dos de sus hijas, no quiso hacer lo propio con Fanny, temeroso de que perdiese la fe protestante yendo á país católico, y la guardó consigo, sin darle por eso aya ni maestros de ninguna clase. Una de sus hermanas la enseñó á escribir; y sólo cuando rayaba en los catorce años comenzó á cobrar cierto apego á los libros.

Mas no fué con la lectura como se formó su inteligencia, pues cuando escribió sus mejores novelas había leído poco, y cuando ya era su fama universal, ni conocía las obras más celebradas de Voltaire y de Molière, ni siquiera de oídas, lo cual es más extraño todavía, un solo verso de Churchill, á la sazón el poeta más popular entre todos los contemporáneos de la juventud de Fanny. Bien será decir que nada muestra en ella mucha lectura de novelas. Ni tampoco era

(1) Salía de su casa á las siete de la mañana, y cuando todos sus discípulos estaban en Londres no volvía hasta las once de la noche, viéndose obligado con mucha frecuencia, en todo tiempo, á llevar en los bolsillos una lata con emparedados y una botella de vino y agua para comer mientras iba en el carruaje, de una lección á otra

esto muy extraño, porque la biblioteca de su padre, con ser considerable y abundantísima en libros generalmente reprobados de los moralistas ingleses (lo cual hubo de contrariarle, como él mismo confesó después, cuando Johnson pasó revista en cierta ocasión á sus estantes), no tenía más de una novela: la *Amelia* de Fielding.

IV.

Sin embargo, una manera de educación, que habría sido inútil á la mayor parte de las jóvenes, pero que se adaptaba más al espíritu de Fanny que no la educación docente bien dirigida, fué la que recibió Miss Burney al pasar de la infancia á la pubertad, porque tuvo abierto delante de los ojos el gran libro de la naturaleza humana, cuyas páginas se volvieron solas de su propio movimiento. Era la posición de su padre ocasionada y á propósito en aquellos momentos para que así fuese. Por sus bienes de fortuna y por su origen pertenecía Mr. Carlos Burney á la clase media; mas, al propio tiempo que dejaba á sus hijas en libertad de alternar con esas personas á quienes los criados y doncellas de buena casa llaman vulgares (1), acaso hubiera pocos

(1) Las hijas del doctor tenían costumbre de jugar con las de un peluquero que vivía en la vecindad.

magnates que pudiesen reunir en los palacios más espléndidos de Grosvenor square ó de Saint James's square una sociedad tan variada y brillante cual la que se congregaba en el modesto salón del doctor. Y como éste, merced á su incansable actividad, hallaba siempre ocasión en los intervalos de reposo que le dejaban sus ocupaciones de adquirir nuevos y grandes conocimientos, que luego hacía brillar con mucho acierto, y como además de las partes de su ingenio era de carácter simpático, sencillo y discreto en su trato y de modales corteses, se abrieron de par en par para él las puertas de los círculos literarios de primer orden. Cuando aun vivía en Lynn, acertó á captarse la buena voluntad de Johnson, elogiando sinceramente las excelencias del *Diccionario Inglés*, y estas simpatías se trocaron en grande amistad desde que Burney se trasladó á Londres, visitándose ambos con frecuencia y entendiéndose á maravilla en orden á todos los asuntos, excepto, dicho sea en honor de la verdad, en el particular de la música, pues mientras el padre de Fanny se mostraba, y era en efecto, muy apasionado de su arte, Johnson, ni lo parecía ni podía serlo á causa de que en punto á oído sólo tenía el necesario para distinguir entre las campanas y el órgano de la iglesia de San Clemente. Por lo demás, tantos eran los puntos en que concertaban sus opiniones, que no pocas veces aconteció, en las largas veladas de invierno, prolongarse sus coloquios más de lo que duraban las bujías y los tizones de la chimenea. Ni tampoco podía menos de ser

así, cuando el entusiasmo de Burney por el ingenio creador del *Rasselas* y del *Rambler* rayaba en idolatría, y que acaso por esto condescendiese Johnson en decir que su amigo era un buen muchacho é imposible no quererlo.

Garrick también frecuentaba la casa de Poland Street y de Saint Martin's Lane; y como el famoso actor, tanto por su buen natural como por un resto de vanidad, se complacía y gozaba con los niños de igual modo que entre críticos peritísimos, viéndolos pasar del entusiasmo al terror que producían en ellos sus parlamentos y sus cambios de fisonomía cuando representaba papeles de su repertorio en algún círculo infantil, y eran los Burney sus preferidos, hacía con frecuencia de su casa teatro de sus caprichos melodramáticos, ya poniéndoles miedo en el corazón por varios modos con el acento, el ademán y la mirada, ya moviéndolos á risa, si remedaba viejas gruñonas y ropavejeros gangosos.

Como sería obra por demás enojosa la de ir enumerando los artistas y literatos que tuvo entonces ocasión de ver y oir nuestra Fanny, nos bastará decir que Colman, Twining, Harris, Barretti, Hawkesworth, Reynolds y Barry (1) tomaron asiento muchas

(1) Artistas todos y literatos de gran renombre, que florecieron en Inglaterra el siglo XVIII, sobresaliendo entre ellos Reynolds, el célebre retratista que llegó á ser presidente de la Academia de Bellas Artes de Londres, y cuyos discursos son modelos acabados de análisis y de elegancia, y Harris, sobrino de Shaftesbury y padre de Lord Malbesbury, que

veces á la mesa del doctor para cenar y beber con él sendas tazas de té. Mas no era esto solamente, porque la fama que había conquistado Burney como maestro é historiador de la música llevaba á su casa á los artistas y aficionados más eminentes de la época: de aquí que famosos cantantes italianos, que recorrían á la sazón Inglaterra, reputándolo por dispensador de la gloria de su arte, hicieran los mayores esfuerzos para obtener su beneplácito. Por tal modo se hizo íntimo amigo suyo Pachierotti, y la codiciosa Agujari, que no cantaba nunca por menos de cincuenta libras esterlinas cada noche, dába gratis y complacida sus mejores acentos para el doc-

---

brilló como filólogo y político, y fué autor de una excelente *Gramática filosófica*, notable por la sutil metafísica y los profundos conocimientos de los gramáticos griegos y latinos que revela; estudios y trabajos que no le impidieron ser diputado, lord del Almirantazgo y secretario de S. M. Barrett, ó Barretti, era hijo de un inglés que siguió á Jacobo II al destierro, y fué traductor laborioso de gran número de obras, entre otras, de los *Oficios*, de Cicerón; de las *Metamorfosis*, de Ovidio; del *Elogio de la locura*, de Erasmo, etc. Colman, después de dar algunas obras, que fueron muy aplaudidas, al teatro, se hizo empresario del de Covent Garden y del de Hay-Market. También se le deben traducciones de Terencio y del *Arte Poética*, de Horacio. Hawkesworth, que redactó los viajes del capitán Cook, lució mucho de 1752 á 54 por las galas de su ingenio en una serie de chispeantes artículos que pareció en el *Adventurer*, periódico rival del famoso *Spectator*, en que Addison y Steele brillaron años antes con tan vivo resplandor. Barry fué actor muy renombrado, y compitió en la escena con Garrick y Quin, siendo incomparable en el *Otello*.—(N. DEL T.)

tor, aconteciendo que hasta la caprichosa y altiva Gabrielli se impusiera modales de buena crianza en su tertulia. Con lo dicho basta para comprender que Mr. Burney podía disfrutar, sin gasto casi, de conciertos tan buenos como los mejores que se dieran en los palacios de los grandes. Por lo cual, cuando sucedía esto, la tranquila calle que habitaba se veía llena de carruajes de librea, y rebosando de magnates y de damas ilustres y de ministros y embajadores su modesta casa; como que cierta noche, de la que se conserva una reseña completa, se reunieron en la sala del doctor Burney: Lord Mulgrave, Lord Bruce, Lord y Lady Edgecumbe, Lord Barrington, ministro de la Guerra; Lord Sandwich, del Almirantazgo; Lord Ashburnam, gentilhombre de Cámara, y el embajador de Francia, Mr. de Guignes, tan renombrado por su belleza y su ventura en empresas de amor. Bien será decir, no obstante, que la gran novedad de aquella reunión consistió en el embajador de Rusia, Conde Orloff, cuya gigantesca persona resplandecía de brillantes, y cuyos modales revelaban la indomable rudeza del scita mal encubierta de una tenue barnizada de cortesía francesa. Mientras se paseaba por la sala del doctor, tocando casi con la cabeza los colgantes de la araña, las jóvenes se decían por lo bajo, con muestras de admiración y de miedo, que aquel coloso era el amante favorito de augusta princesa; que había representado principalísimo papel en la revolución que la dió el trono, y que aquellas manos, adornadas á la sazón de valiosa

pedrería, sirvieron para estrangular al infortunado emperador y esposo (1).

A estos huéspedes ilustres había que añadir notabilísimas muestras de la raza de los hombres á la moda, tales como Bruce (2), que comía carne recién cortada de reses vivas y bebía el agua procedente del Nilo, y hablaba siempre de sus viajes; y Omai, que también concurría á las tertulias de Mr. Burney, para balbucir las palabras que sabía de inglés, y cantar barcarolas otaitianas cual lo hacía Oberea para cautivar el corazón de su amado Opano (3), esto es, aullando.

V.

Con todo y así, la joven Fanny permanecía siempre aislada en medio de aquel círculo

---

(1) Véase nuestra traducción de un libro tan raro como curioso, titulado: *Historia de la revolución de Rusia en* 1762, escrito en francés por Mr. de Roulhiére, testigo presencial del suceso. Madrid, 1878.—(N. DEL T.)

(2) Viajero escocés que, después de recorrer á Túnez, Trípoli, Rodas y Chipre, se internó en Abisinia, donde residió cuatro años. Allí creyó descubrir las fuentes del Nilo en el *Bahr-el-Azrek*, ó río Azul, que no es sino el origen del Nilo abisinio. Bruce visitó la Nubia y el Egipto además, trasladándose luego á Inglaterra, donde publicó sus viajes en 1790. —(N. DEL T.)

(3) Oberea fué reina de Otaiti y mujer de maravillosa hermosura y muy blanca de color. Murió en 1772.—(N. DEL T.)

elegante y literario que solía congregarse, de vez en cuando, en casa de su padre, porque ni era artista, y por consiguiente no podía representar ningún papel en los conciertos que se daban allí, ni acertaba en ningún caso á desechar la timidez, y esto le vedaba de participar en las conversaciones que se tenían. La más leve observación de un extraño la ruborizaba, y hasta los antiguos amigos de la casa no alcanzaban de Fanny, las más de las veces, otra respuesta que un par de monosílabos. Era pequeña de cuerpo, y su rostro podía pasar desapercibido entre jóvenes de su edad que no fuesen hermosas. Por todas estas razones dejábanla obscurecerse, y ella se replegaba, con gran contento suyo, al fondo del cuadro, porque también así podía observar, sin exponerse á la recíproca, cuanto pasaba en rededor suyo. Pero, si bien reconocían en ella sus más próximos parientes buen sentido, no imaginaron entonces que bajo aquellas apariencias de modestia y de timidez se ocultaban imaginación fecunda y concepto exacto y profundo de lo ridículo. Carecía, es cierto, de la penetración necesaria para apoderarse de los matices delicados de los caracteres; pero en cuanto á los detalles sobresalientes, luego al punto los cobraba y los esculpía en su imaginación. Así fué y por tal modo, como, siendo aún adolescente, pudo acumular para sus ficciones un caudal de materiales tan considerable, que pocos han acertado á reunir tantos, alternando con la mejor sociedad durante largos años. Ni tampoco podía menos de ser así, dadas sus facul-

tades y después de haber estado al acecho, por decirlo así, puestos los ojos y atento el oído durante mucho tiempo en los hombres que frecuentaban la casa de su padre, desde los príncipes y altos funcionarios del Estado, hasta los artistas y poetas pobladores de buhardillas y comensales de tabernas subterráneas; como que desfilaron á centenares delante de Fanny Burney franceses, ingleses, alemanes, italianos, magnates, violinistas, prelados, empresarios de teatro, cómicos, viajeros, salvajes recién cogidos, y cantatrices acompañadas de esposos más ó menos auténticos.

Y aquella sociedad hizo en ella tan profunda impresión, que comenzó á escribir historietas desde que pudo servirse cómodamente de la pluma, cosa que le sucedió algo tarde, como ya se dijo. Pero, si sus narraciones divertían á sus hermanas, y el doctor hasta ignoraba que su hija ocupara el tiempo en trazarlas y que por tal modo fuese su camino la vocación literaria de Fanny, vino á entorpecer y á dificultar sus progresos una circunstancia imprevista: el casamiento de su padre, cuando ella contaba quince años. Porque, como la segunda Mrs. Burney descubriese, á poco de vivir en su compañía, que gustaba de emborronar cuartillas, y le hiciese algunos sermones acerca de esto en tono jocoso, bastaron las palabras de la madrastra para que cediese de su empeño, y que, renunciando á la literatura, hiciese un auto de fe con sus manuscritos. Todo bien considerado, no podía ser más discreto el adverti-

miento, ni estar hecho con mejor intención, pues por aquel tiempo, y á causa de circunstancias de las cuales demos acaso cuenta más adelante, ninguna cosa podía ser tan perjudicial á una joven como pasar plaza de novelista.

Destruídos que fueron los manuscritos, enhebró Fanny la aguja, y puso por obra derechuelos y vainicas, desde el almuerzo á la comida, sin vagar y con regularidad escrupulosa. Pero, como en aquella época se comía temprano y las tardes le pertenecían por completo, y aun cuando hubiese renunciado á escribir novelas seguía gustándole manejar la pluma, se puso á redactar una manera de diario, y entabló sostenida correspondencia con una persona que parece haber ejercido en el desarrollo de su inteligencia influjo muy principal y eficaz. Era Samuel Crisp, antiguo amigo de su padre; y como su nombre, conocidísimo hace un siglo próximamente en los círculos más aristocráticos de Londres, ya nadie lo recuerda, no estará demás que hagamos una digresión, siquiera sea breve, para refrescar la memoria de las gentes con algunas noticias curiosas é instructivas que le conciernen.

VI.

Mucho antes de nacer Francisca Burney, ya brillaba en la sociedad londinense mister Crisp, que había entrado en ella triunfalmente, precedido y rodeado de gran pres-

tigio. Su familia era de las principales, su educación esmeradísima, su porte y su presencia distinguido y amable, sus modales elegantes por extremo, su caudal cumplido y su reputación sin tacha; alternaba con cuanto había de más culto, ilustrado y aristocrático; tenía mucha lectura y mejor conversación; su opinión en materia de literatura, de música, de arquitectura, pintura y escultura era muy estimada, y nada, en suma, de cuanto puede dar el mundo le faltaba para su bien, si no era el don de conocer hasta dónde alcanzaban sus facultades, y el de comprender que no debían desdeñarse aquellos medios de distinguirse y de sobresalir que se hallaban á su alcance, para buscar otros en los cuales nada podía merecer.

«Es indubitable—decía Swift—que ningún hombre ha hecho mal papel si ha comprendido el que podía representar; así como es innegable también que ninguno lo ha hecho bueno si se ha equivocado.» Cada día que transcurre nos ofrece nuevos ejemplos en apoyo de esta verdad; pero no podemos ponerle mejor comentario que la historia misma de Samuel Crisp. Los hombres como él tienen su natural asiento, y en lugar de mucha importancia en la república de las letras, porque el fallo de sus pares decide siempre y determina en última instancia cúyo deberá ser el rango de los autores, porque no es á la multitud ni al estrecho círculo de los que se hallan dotados de ingenio creador en gran escala á quienes debemos pedir fallos discretos y equitativos en punto á crítica, pues la multitud, que no

conoce los buenos modelos, se deja seducir y cautivar por cuanto la pone asombro y la deslumbra; como que abandonó á la Siddons para ir en pos de Master Betty, y hoy día prefiere sin duda Jack Sheppard á Von Artevelde. Demás de esto, no debemos fiarnos implícitamente, cuando se trata de las obras de otro, de la opinión de un hombre dotado de grande ingenio, ni de quien es peritísimo en cualquier ramo principal del arte, porque son innumerables los fallos erróneos que ha pronunciado. No falta quien diga que la envidia y los celos entran por mucho en la injusticia que los informa; pero no es difícil hallar explicación más honrada, en nuestro concepto, al hecho de que se trata. Porque la excelencia misma de una obra prueba que ciertas facultades del autor se han desarrollado á expensas de las demás, en razón á que no es lícito al humano espíritu adquirir extraordinaria extensión en todas direcciones á un tiempo mismo y ser gigantesco y bien proporcionado juntamente; y como aquellos que llegan á brillar y sobresalir en un arte, sea cual fuere, mejor aún, en una parte cualquiera del arte, llegan á conseguirlo consagrándose con entusiasmo intenso y exclusivo á la investigación y al logro de una sola superioridad, el don de percibirla en otros géneros está en ellos las más de las veces envuelto en nieblas que les impiden su vista. De aquí que alaben ó censuren á la ventura cuando se apartan de las lindes de sus dominios, y que sus opiniones merezcan menos crédito que las del mero inteligente que no

produce nada ni hace otra cosa que disfrutar del arte y juzgar sus obras. El pintor que se distingue por lo concluído y acabado de sus cuadros, pasa un día tras otro esforzándose por conseguir la perfección en copiar las venas de una hoja, los pliegues de un velo de blonda ó las arrugas de un rostro venerable, y mientras él pinta un lienzo del tamaño de media vara, otro maestro de orden diferente luce su habilidad cubriendo las paredes de un palacio de dioses que sepultan gigantes debajo de montañas, ó pueblan la cúpula de un templo de mártires y de ángeles y de serafines, y cuanto es más grande la pasión de cada uno de estos artistas y más ferviente por su género, y más sube de punto su mérito en él, menos probable será que puedan apreciarse y juzgarse el uno al otro con equidad y justicia, en tanto que otros que nunca tomaron un lápiz en las manos, acaso juzgan mejor á Miguel Angel que lo hubiera hecho Gerardo Dow, y hacen más justicia á Gerardo Dow que lo hubiera hecho Miguel Angel.

Lo propio acontece en literatura, porque millares de hombres que no tienen una chispa siquiera del ingenio de Dryden (1) ó de Wordsworth, rinden á Dryden la justicia que nunca le tributó Wordsworth, y á éste la que jamás le hubiera hecho aquél. La colectividad de los hombres ilustrados hace mucho aprecio de Gray, de Johnson, de Richardson y de

(1) Véase el tomo XXX de la BIBLIOTECA CLÁSICA, titulado *Estudios Críticos.* — (N. DEL T.)

Fielding; pero Gray no hallaba mérito alguno en *Rasselas*, ni Johnson en el *Bardo*, ni Fielding decía otra cosa de Richardson sino es que era solemnísimo pedante, ni Richardson hablaba de Fielding que no fuese para despreciarlo y zaherirlo.

VII.

Por lo que hace á Mr. Crisp, parécenos que fué muy ocasionado al útil oficio de perito en materia de artes, porque si sus aptitudes y su instrucción le permitían apreciar en su justo valor casi todos los géneros de superioridad intelectual, como consejero era de mucha cuenta su dictamen. Y acaso también hubiera podido como escritor ocupar un puesto muy elevado con sólo querer circunscribirse á una especialidad que no exigía sino buen gusto, buen sentido y erudición; mas, por desgracia, se propuso ser gran poeta, escribió una tragedia en cinco actos sobre la muerte de Virginia, y la ofreció á Garrick, amigo personal suyo. Garrick leyó el trabajo, hizo un gesto y expresó la duda de si sería prudente para Mr. Crisp exponer una reputación tan bien fundada y que rayaba tan alto á las eventualidades de obra de tan problemático éxito. Pero, cegado su autor de la ambición, puso en juego resortes de tanta fuerza, que nadie hubiera podido resistir su empuje mucho tiempo; como que Mr. Crisp solicitó v

obtuvo la mediación del hombre más elocuente y de la mujer más seductora de su época, persuadiendo á Pitt á que leyese su *Virginia* y la declarase de primer orden, y haciendo de modo que Lady Coventry, con su mano escultural, venciese la resistencia de Garrick á tomar el manuscrito y le obligase á representar la tragedia en 1754.

Ninguna de cuantas cosas pueden ser parte al éxito de una obra dramática se omitió en aquella circunstancia, y Garrick mismo escribió el prólogo y el epílogo. Los amigos entusiastas del autor llenaban todos los palcos, y gracias á sus enérgicos esfuerzos se prolongó hasta diez noches la existencia de *Virginia* en las tablas. Mas no porque su muerte no fuese aparatosa dejó nadie de comprender que sólo merecía ese destino. Cuando se imprimió el libro, el desencanto del público fué mayor, si cabe, y más completo. Los críticos, los del *Monthly Review* (la *Revista Mensual*) en particular, cayeron sin misericordia, pero no sin justicia, sobre la intriga, los caracteres y el estilo. De nosotros diremos, aun cuando no hemos podido leer nunca la obra por no haberla encontrado, y juzgándola por una de sus escenas inserta en el *Gentleman's Magazine*, la cual no parece haber sido publicada en él con mala intención, que solamente las dotes de Garrick y la parcialidad del auditorio pudieron evitar que muriese en el punto mismo de nacer un engendro tan feble y tan contrario á la naturaleza.

Empero la ambición del poeta quedó invencible, y cuando concluyó la temporada de

Londres se puso animosamente á corregir las faltas, sin sospechar siquiera que toda la obra era una sola y misma falta desde el principio hasta el fin, y que los pasajes en que pretendía ser elocuente no eran, en realidad, sino muestras de la vulgar ridiculez en que tropiezan y caen los autores que se deciden á ser sublimes y patéticos á despecho de la naturaleza. De consiguiente, Mr. Crisp borró, añadió, retocó y se halagó con la idea de alcanzar un éxito señalado y completo el año próximo; pero Garrick no se mostró dispuesto á representar la tragedia revisada y corregida, siendo inútiles cuantos ruegos y amaños hubieron de ponerse en juego para lograrlo. Lady Coventry, que se hallaba moribunda de esa dolencia que parece preferir las criaturas más encantadoras y bellas para hacerlas víctimas suyas, no podía serle de provecho alguno en aquella circunstancia. Bien será decir que, aun cuando la hermosa dama hubiese pretendido esta vez forzar la voluntad del eminente trágico, tan irrevocable parecía su propósito, que no hubiera conseguido sino evasivas corteses.

Cierto es que Mr. Crisp cometió gravísimo error con su malhadada tragedia; pero no lo es menos que lo expió con leve penitencia, y que si la *Virginia* no volvió á ponerse en escena, no fué tampoco arrojada de ella entre silbidos: el público la recibió con frialdad; pero la dispensó mejor acogida, sin embargo, que á otras muchas producciones dramáticas muy apreciables, tales como la *Irene*, de Johnson, y el *Buen hombre*, de Golds-

mith (1). Si hubiese sido prudente, se habría estimado feliz, aprendiendo á conocerse á tan poca costa; y dando de lado á sus infundadas esperanzas de ganar fama de poeta, se hubiera vuelto en busca de las copiosas fuentes que aun le quedaban: si hubiese sido un imbécil sin dignidad y sin pudor, habría continuado escribiendo malas tragedias á docenas, á despecho de la crítica y de las burlas; pero tenía demasiado criterio para exponerse á otro descalabro, y muy poco para soportar el primero con espíritu sereno. Y como la ilusión de que era gran autor trágico se había apoderado fuertemente de su ánimo, atribuyó el desastre de *Virginia*, no á su causa verdadera, sino es á todas menos á aquélla, y se lamentó y se dolió de la mala voluntad de Garrick, que hizo, á lo que parece, por acreditar la obra cuanto pueden hacer de consuno el talento y la amistad, y que tenía motivos egoístas para desear que la tragedia de Mr. Crisp alcanzase tanto aplauso como la ópera titulada *Beggar*. Crisp se quejó hasta de la tibieza de sus amigos, cuando precisamente su parcialidad le valió tres beneficios á ninguno de los cuales tenía derecho; y por quejarse de todo, se quejó de la injusticia de los espectadores, cuando hubiese debido agradecerles de por vida la paciencia ejemplar que demostraron. Perdió el buen humor, se

(1) Véanse los Estudios sobre Goldsmith y Johnson, del mismo autor, en el tomo de *Estudios Literarios* de la BIBLIOTECA CLÁSICA, el primero, y en el presente volumen, el segundo.—(N. DEL T.).

le agrió el carácter y se tornó misántropo y cínico. Se retiró de Londres y fué á instalarse en Hampton, en una casa deshabitada desde hacía largos años y solitaria, construída en un prado del común de vecinos, y en uno de los lugares más excéntricos del Surrey; como que no había camino, senda, ni vereda que pusiera en comunicación la vivienda con pueblo, caserío ni cabaña alguna, cosa que parecía ser muy de su agrado, pues hacía lo posible por ocultar á sus amigos aquel asiento de sus días futuros. Durante la primavera iba, no periódicamente, sino de tiempo en tiempo, á Londres, y se le veía en teatros y conciertos; mas luego al punto desaparecía de nuevo y se refugiaba en su triste soledad, sin más compañía que sus libros y papeles. Treinta años sobrevivió Mr. Crisp á su desastre; una nueva generación surgió á su alrededor; los hombres perdieron el recuerdo de sus malos versos, y hasta su nombre se borró de la memoria de las gentes. Un solo hecho bastará á demostrar hasta qué punto lo habían olvidado sus contemporáneos. Buscando su nombre en un voluminoso Diccionario de autores dramáticos, publicado en vida suya, vimos que no contenía más respecto de Mister Crisp, sino que fué empleado del ramo de Aduanas y escribió una obra titulada *Virginia*, que se representó en 1754. Acaso esta indiferencia contribuyó también á que hasta el término de sus días meditara el desdichado autor trágico en orden á la injusticia del director del teatro y del público de las butacas, y quisiera persuadirse á sí propio y con-

vencer á los demás de que si no le tributaron los supremos honores literarios fué porque descabaló su obra, quitándole algunos fragmentos, acaso los mejores, por condescender con Garrick. ¡Pobre naturaleza humana! ¡Cuánto más siente y se duele de las heridas de la vanidad que no de las del corazón! ¡Cuán pocos que hubiesen perdido deudos y amigos en 1754 guardaban íntegro su recuerdo en 1782! ¡Cuántas hermanas queridas, hijas predilectas, jóvenes arrebatadas de la muerte al amor de sus esposos en plena luna de miel no habían sido ya olvidadas en ese trascurso de tiempo, ó vivían en la memoria de los suyos como sombras envueltas en las nieblas de lo pasado, en tanto que Samuel Crisp lloraba todavía su tragedia, como Raquel á sus hijos, sin hallar ni querer consuelo! «No quitéis punto ni coma de mi obra», escribía veintiocho años después del fracaso, «á menos de que la enmienda no esté plenamente justificada en vuestra conciencia; es cuanto puedo aconsejar á mi costa y para mi mal. Pero..... silencio!» Poco después de haber escrito estas palabras, acabó su vida, que hubiera podido ser por extremo útil y venturosa, en la misma tristeza que pasó más de un cuarto de siglo. Persuadidos de que este curioso fragmento de historia literaria merecía la pena de no quedar en olvido, y porque se nos antoja risible, melancólico y lleno de saludables enseñanzas, y ocasionado á lo que nos proponemos decir más adelante, nos hemos extendido algo en él.

VIII.

Como decíamos antes, era Crisp antiguo é íntimo amigo de los Burney, tanto que sólo á ellos dijo el nombre y dió las señas del vetusto y solitario caserón donde se guareció á manera del buho en su mechinal, y que sólo para ellos reservó los restos de buena voluntad que le quedaron después del naufragio de su *Virginia*. Quería á Fanny cual si fuese hija suya, la llamaba su Fannikin, y ella á él, en justa correspondencia, su papá. Mas no se limitó á esto el mutuo afecto de Crisp y Miss Burney, pues aquel tomó una parte más activa y ejerció más influjo en el desarrollo de la inteligencia de Fanny que sus mismos padres; que Samuel, aparte de que fuese detestable poeta, era persona instruída por extremo, pensador profundo y excelente consejero. Agradábanle mucho los conciertos de Poland Street, los cuales, dicho sea en honor de la verdad, comenzaron por instigación suya, y mientras vivió en Londres concurrió á todos. Y conservó tan buenos recuerdos de las veladas musicales de Mr. Burney que, cuando se hizo viejo y contrajo la gota, producida en parte por la irritación constante de su espíritu, y no pudo salir de su ermita, deseando tener noticias de la sociedad bulliciosa y brillante que ya no frecuentaba por sus achaques físicos y morales, instó á su discípula para que le hiciese revistas de lo que

pasaba en la tertulia de su casa. Varias cartas de las que Fanny le dirigió por entonces han visto la luz pública, y no es posible leerlas sin descubrir ya en ellas todas las facultades que produjeron con el tiempo la *Evelina* y la *Cecilia*, esto es, la perspicacia en percibir las singularidades de carácter y de modo de ser, el talento de agrupar los hechos, y la donosura y el gracejo gentil y agudo.

Ya dijimos que las advertencias de su madrastra contuvieron durante algún tiempo la inclinación de Fanny á escribir novelas; y ahora debemos de añadir que, pasado éste, reapareció con más bríos que nunca, tomando nuevo cuerpo en su imaginación los héroes y heroínas que arrojó al fuego los años pasados. Una historia predilecta la preocupaba más principalmente, y era la de una joven llamada Carolina Evelyn, simpática y hermosa, que casó enamorada de su prometido, pero bajo malos auspicios, y que murió, dejando una niña de corta edad. Fanny comenzó á bosquejar entonces las diversas escenas trágicas y cómicas á que habría de someterse la pobre criatura, huérfana de madre, mal emparentada de una parte y bien de otra; la rodeó de una muchedumbre de seres imaginarios, malos y buenos, burlescos y graves: un capitán de navío, grosero á pedir de boca; un fatuo insolente, vestido de corte; otro fatuo tan feo y tan insolente como el anterior, pero que vive en Snow-Hill, y se viste con ropas de segunda mano para ir al baile de Hampstead; una vieja rugosa y pintada de colorete, que se hace la niña y habla una

jerga entreverada de mal inglés y de francés detestable; y, finalmente, de un poeta macilento y maltrecho, con puntas y ribetes de escocés: estos fantasmas comienzan luego á tomar cuerpo y consistencia, y cuando la fuerza que impulsa á Fanny á escribir se torna invencible, aparece completa la historia de *Evelina*.

Entonces nació en ella el deseo natural, aunque mezclado de temor, de que su obra viese la luz pública; que si Francisca era tímida y circunspecta y no tenía costumbre de oir alabanzas á su intención, no carecía por eso de confianza en sí misma y de grandes deseos de distinguirse. Pero si deseaba darse á conocer y brillar, tampoco quería esto sin exponerse al menor contratiempo, lo cual no era fácil. Y como carecía de recursos pecuniarios para tomar sobre sí las costas de la edición, se hacía indispensable persuadir á un librero á que se aventurase por ella. Dodsley se negó á leer el manuscrito si antes no se le decía el nombre de su autor, y ésta era precisamente una de las precauciones que se proponía tomar Fanny para ocurrir á las eventualidades de un fracaso. Al cabo, un editor de Fleet-Street, llamado Lowndes, fué más complaciente que los otros, y Miss Burney, bajo el pseudónimo de Grafton, sostuvo correspondencia con él (1). Antes de cerrar el trato,

(1) Las cartas del editor iban dirigidas, á ruego de Fanny, al café de Orange; precaución que acaso tomó ella para evitar que los tratos fuesen descubiertos por su familia.

creyó Fanny deber suyo pedir á su padre licencia para realizarlo, y al efecto le dijo que había escrito un libro, y que deseaba la diese su consentimiento para publicarlo anónimo, añadiendo, en conclusión, que le agradecería mucho no tener que mostrarle su obra. Lo que sucedió á seguida entre los dos facilitará la inteligencia de lo que quisimos decir al principio, afirmando que había sido tan mal padre Mr. Burney como puede serlo una persona excelente. Porque la idea de que iba su hija Fanny á dar un paso del cual podía depender la felicidad de su vida, elevándola en el concepto público á grande altura, ó poniéndola en ridículo para siempre, no se le ocurrió siquiera, sobre todo sabiendo que, caso de un malogro, no sería posible guardar secreto en razón á estar en él muchas personas allegadas á la familia. En ocasión tan grave, debía el doctor imponerse á la menuda de lo hecho por su hija, aconsejarla prudentemente, y ganar su confianza é impedir que se aventurase á un fracaso si su libro era malo, y si era bueno, examinar las cláusulas del contrato con el editor y velar por los intereses de su hija. En vez de esto se limitó á mirarla con asombro, á echarse á reir á carcajadas, á darle muchos besos, y á consentir en cuanto le pluguiera en el asunto, sin preguntar ni aun por el nombre de la novela. En vista de lo cual, Fanny firmó la cesión del manuscrito al editor, que dió por él veinte libras esterlinas. Miss Burney recibió aquel dinero enajenada de alegría, sin alcanzársele que la inexcusable negligencia de su padre la perjudicó

en mil doscientas ó mil y quinientas que habría podido tomar, de intervenir él en el asunto.

IX.

Al cabo de muchas dilaciones salió á luz *Evelina* el mes de Enero de 1778. Fanny estaba enferma de miedo y no se atrevía ni á salir de su casa. Trascurrieron algunos días sin que se oyese hablar del libro, el cual tampoco tenía otra cosa que sus propios merecimientos para interesar al público; como que ni su autor era conocido, ni la casa que lo imprimía gozaba, que sepamos, de gran renombre, ni había partidarios reclutados expresamente para el aplauso, ni los lectores inteligentes se prometían gran cosa de una novela que tenía por asunto los primeros pasos dados en la vida del mundo por una joven, ni tampoco había en aquel tiempo, entre las personas discretas y respetables, inclinación á la lectura de novelas, sino es, al contrario, una manera de predisposición hostil, justificada y excusable hasta cierto punto, porque las obras de esta naturaleza que se publicaban carecían de ingenio en general, y, á las veces, á esta falta era necesario añadir la de moralidad.

Pero de allí á poco empezaron á dejarse oir las primeras alabanzas del público. Los gabinetes de lectura pedían la novela de Fanny continuamente para satisfacer los de-

seos de sus lectores: alguno, más perspicaz que los otros, adivinó que su autor era Anstey: después vino un artículo laudatorio en la *London Review;* á corta distancia le siguió la *Monthly* (Revista Mensual) con otro, aun más lisonjero, y con esto logró abrirse paso *Evelina* hasta donde la lectura de novelas estaba en entredicho. Los sabios y los hombres de Estado que dejaban las novelas desdeñosamente á Miss Lydia Languish y á Miss Sukey Saunter, no tenían reparo alguno en decir que no se cansaban de leer la *Evelina:* carruajes de librea de casas grandes, que no parecían al Este de Temple-Bar, acudían formando largas filas por Fleet-Street á la puerta del afortunado editor, y cuantos compraban el libro de Fanny, ganosos de saber quién lo había escrito, abrumaban con preguntas á Lowndes, que se hallaba en orden á este punto tan enterado como ellos. Pero el misterio no podía continuar siéndolo mucho tiempo, á causa de que los hermanos de la autora, y sus tías y sus primas estaban informados del secreto, y que su satisfacción era demasiado grande para poder contenerse dentro de los límites de la prudencia. ¿Ni cómo tampoco disimular más tiempo cuando el Dr. Burney había llorado de alegría leyendo las páginas de su hija, y enfadádose *papá Crisp* con nuestra Fanny por no haberlo iniciado en el secreto, y era sabedora de todo, por una confidencia, Mrs. Thrale (1), que divulgó reservadamente la noticia?

(1) Ester Lynch Salusbury Thrale, distinguida

Si la *Evelina* fué admirada y aplaudida de cuantos la leyeron, suponiéndola obra de un ingenio felicísimo las personas familiarizadas con la buena sociedad y la literatura, el aplauso y la admiración subieron de punto al saberse que una joven tímida, encogida de carácter, modesta y sencilla era la autora de la mejor novela que hubiese parecido desde los tiempos de Smollett. Á decir verdad, lo hecho por Fanny Burney era extraordinario. Pero como si esto no fuese bastante, una muchedumbre de rumores vino á embellecer la historia del libro y á exornarla con tantos detalles de tal índole que, á poco más, resulta milagrosa. *Evelina*, decían entre otras cosas los comentaristas, era obra de una jovencita de diez y siete años; novelería que, con ser

---

escritora inglesa, logró alcanzar merecida fama por su afición á las buenas letras, y por el éxito con que las cultivó. Recibió educación muy esmerada y superior á la que generalmente se da á la mujer, pues, además de varias lenguas vivas que hablaba, sus conocimientos en matemáticas y lenguas antiguas eran muy extensos, si no profundos. Nació en Boswell, en 1739, y murió en Clifton, en 1821. Fué grande amiga de Samuel Johnson; casó en primeras nupcias con un acaudalado fabricante de cerveza y diputado, por cuyo nombre de Thrale es conocida en la república de las letras, así como por el de su segundo marido, el italiano Piozzi. Dejó escrita una feliz imitación de La Fontaine, la *Florence Miscellany* (1786); unas *Anécdotas de Johnson; Cartas á Johnson y de Johnson* (1788); un *Viaje por Francia*, *Italia y Alemania* (1789); *La Sinonimia inglesa* (dos tomos, 1794), obra utilísima y muy leída, y una *Revista de los acontecimientos y caracteres más notables de los últimos* 1800 *años* (dos tomos, 1801).—(N. DEL T.).

increíble, se repitió entonces y se repite aún al presente. Bien es cierto que si Fanny tenía sobrada rectitud de carácter para confirmar el cuento, su coquetería femenil la selló los labios para desmentirlo, y, acaso por culpa suya, transcurrió mucho tiempo antes de que sus detractores imaginaran este medio de mortificarla. Y no porque á la sazón faltaran espíritus bajos y ruínes, y corazones despreciables; que allí estaban Kenrick el envidioso, y Wolcot el brutal, y Jorge Steevens el viperino, y John Williams el agreste, entre los testigos de su primer triunfo; sino porque la empresa caballeresca de rebuscar los archivos parroquiales de Lynn para dar en rostro á una mujer con la gravísima falta de ocultar la edad, estaba guardada para un escritorzuelo chabacano de nuestros días, cuya bilis excitó ella negándose á facilitarle antecedentes para una ridícula edición de la vida de Johnson, por Boswell, que después se vendió al peso.

X.

Pero, volvamos á nuestra historia. El triunfo de Fanny fué completo: la tímida y obscurecida joven se halló colocada por él en el pináculo de la gloria, y oyó á los grandes hombres, á quienes antes veía de lejos, dirigirla palabras de admiración, inspiradas en su mérito, en su sexo y en sus cortos años. Burke. Windham, Gibbon, Reynolds y She-

ridan figuraban entre sus panegiristas más apasionados. Cumberland reconocía el mérito de Francisca á su modo, esto es, mordiéndose los labios y haciendo mala sangre cada vez que la oía nombrar. Pero donde pudo disfrutar de cuantas dulzuras proporciona la lisonja y el afecto fué, sin duda, en Streatham, al lado de Mrs. Thrale, la cual, en el colmo entonces de la popularidad y de la grandeza, de carácter jovial y amable, de talento despejado, de ingenio chispeante, de conocimientos extensos, pero superficiales, de maneras agradables, aunque no elegantes, y de corazón afectuoso, sintió por Fanny un cariño parecido al que puede inspirar una hermana de menos edad. Johnson vivía entonces con los Thrale; y aun cuando fué siempre muy amigo del Dr. Burney, como tal vez no se curó nunca mucho de sus hijas, ni es fácil que Fanny se atreviese jamás á dirigirle la palabra sino para preguntarle si quería que le sirviese la vigésima taza de té, luego al punto se tornó en grandísimo admirador suyo cuando hubo leído la *Evelina*, y quedó prendado del fondo y de la forma de la novela, que colocó por sobre las de Fielding, con las cuales, á decir verdad, estuvo siempre injusto por extremo. Sin embargo, no por eso llevó su parcialidad hasta el punto de asentar á *Evelina* junto á Clarisa ó á Sir Carlos Grandisson, si bien afirmaba que su cara Fanny había hecho ya lo bastante para poner en mucho cuidado al mismísimo Richardson. Johnson, á quien, además de mucho entusiasmo por el libro, inspiraba ternura semipa-

ternal y semigalante la persona de su autor, afectos uno y otro que podía demostrarle sin misterio, autorizado de sus años y de su carácter, comenzó por besar las manos á Fanny, y acabó por abrazarla de la manera más familiar del mundo, pidiéndole por Dios que fuese siempre buena y juiciosa. Y por tal modo la llamaba con los epítetos más dulces y lisonjeros, apurando con ella el vocabulario de las finezas, extasiándose un día con la gentileza de su tocado, y rogándole otro con vivas instancias que aprendiese latín con él; demostraciones de afecto que á nadie parecían mal, ni había por qué, tratándose de un hombre como Johnson, cuyo buen natural era notorio y lo hacía simpático, á pesar de lo irritable y agreste de su carácter. Bien será decir de paso que las *Memorias* de Mad. D'Arblay han contribuído mucho á dar á conocer cuán dulce y amable sabía ser el Dr. Johnson cuando quería.

Hemos mencionado á varios de los hombres más eminentes que acudieron á rendir obsequios y respetos al autor de *Evelina;* en cuanto á la muchedumbre de sus admiradores de un orden secundario, exigiría catálogo tan extenso como el que figura en el libro II de la *Ilíada*, y habríamos de inscribir, entre otros muchos, á Mrs. Cholmondeley, que decía cosas tan extrañas, y á Mr. Seward, tan renombrado por su invencible propensión á bostezar, y á Baretti, que mató á un hombre en Haymarket, y á Paoli, que hablaba un inglés tan detestable, y á Langton, que aventajaba en estatura á sus demás consocios

de *club*, y á Lady Millar, que poseía una copa en la cual tenían costumbre los poetas tontos de poner sus naderías en verso, y á Jerningham, que hacía rimados dignos de la copa de Lady Millar, y al Dr. Franklin, no cual ciertas gentes lo han soñado, gran Dr. Franklin de Pensilvania, porque en ese caso no hubiera podido entonces besar las manos á la señorita de Burney sin exponerse á ser ahorcado y hecho cuartos, sino, lisa y llanamente, al Dr. Franklin el Chico,

Αἴας
μείων, οὔτι τόσος γε ὅσος Τελαμόνιος Αἴας
ἀλλὰ πολὺ μείων.

Pero, aun cuando no hubiera sido extraño que un éxito semejante perturbase hasta la razón más sólida, y que corrompiese hasta el natural más bueno y amable, no hallamos en el *Diario* de Fanny la sombra siquiera de un pensamiento que desmienta su carácter, verdaderamente el más amable y modesto de todos. Porque, si bien es cierto que abunda el *Diario* en pruebas del íntimo y profundo placer con que recibía, entre gozosa y turbada, los acatamientos que le iba conquistando su mérito, lo es también que su felicidad principal consistía en la que veía reflejarse en su padre, en su hermana y en su caro papá Crisp, como ella lo llamaba. Por eso, mientras que los grandes, los ricos y los sabios le hacían la corte; mientras que las miradas de una muchedumbre entusiasta la seguía á lo largo del Steyne, en Brighton, y

en los Pantiles, en Tunbridge Wells, su corazón vivía en el círculo reducido de su familia, en Saint-Martin's Street; y si consignaba con prolija diligencia cuantos cumplidos delicados ó groseros entendía en todas partes, lo hacía únicamente para que fuesen partícipes de ellos dos ó tres personas que la quisieron bien cuando niña, que la quisieron mejor en la obscuridad, y para quienes era su gloria literaria la más grande, pura y exquisita felicidad. Nada sería más injusto que confundir aquellas expansiones de un corazón amante, cierto de hallarse finamente correspondido, con el egoísmo de una marisabidilla, que aburre y encocora á cuantos se le acercan, hablándoles como una cotorra de su novela ó de sus poesías.

XI.

Era natural que la victoria tan señalada que alcanzó Fanny con su primer ensayo la diese ánimo para intentar otra prueba; y como además, si *Evelina* le proporcionó gran cosecha de aplausos no fué con ella tan pródiga de libras esterlinas, y sus amigos la instaron vivamente para que hiciese alguna obra para el teatro, y Johnson prometió darle cuantos consejos fuesen necesarios acerca de la composición, y Murphy, que pasaba por muy perito en punto á las aficiones del público, se encargó de iniciarla en los misterios teatrales, y Sheridan se dejó decir que aceptaría un

drama ó comedia suyos sin leerlos; cobró fuerzas con estos alientos y escribió *Los Pedantes* (The Wittings). Felizmente la obra no se puso en escena, ni se imprimió tampoco; y no es difícil comprender, á pesar de lo muy poco que dice el *Diario* de Fanny acerca del particular, que *Los Pedantes* hubieran sufrido una derrota, y que Sheridan y Murphy así lo entendieron, aun cuando callaron su parecer por no afligirla. Por dicha para ella, tenía Miss Burney un amigo que, á trueque de hacerla un buen servicio, no temía esto, y era Crisp, el cual, dando muestras con la autora de *Los Pedantes* de mayor cordura que dió consigo mismo, después de leer el manuscrito en su soledad, le dijo claramente que se había equivocado, y que sería inútil corregir algunos defectos en la obra, porque si bien rebosaba de ingenio, carecía en absoluto de interés; que su conjunto era malo; que traería á la memoria del público las *Femmes Savantes* (que Fanny aun no conocía, por extraño que parezca), y que no podía resistir constante comparación con Molière. El doctor Burney fué del mismo parecer cuando leyó la carta de Crisp, á la cual calificó nuestra joven autora de «cencerrada capaz de hacer subir los gatos al tejado.» Pero tenía, después de todo, sobra de buen juicio para no comprender que le valía más ser silbada por *papá Crisp* que no por la rugiente multitud que poblaba el patio del teatro de Drury Lane, y su corazón era demasiado noble para no quedar agradecido á un acto tan leal de franqueza y de amistad. Su respuesta de-

muestra cuánto merecía tener un consejero franco, de buen criterio y cariñoso. «Quiero—decía—consolarme de sus censuras no viendo en ellas sino es la prueba más grande que yo haya recibido de la sinceridad, de la rectitud y ¿por qué no añadir de la estimación de mi querido *papá?* Y como da la feliz casualidad de que me quiero á mí misma infinitamente más que á mi comedia, esto entra por mucho también para consolarme del desastre; desastre que, después de todo, no lo es, si bien se considera el caso; porque, cuando mis dos papás se han puesto de acuerdo para que llegue á mis manos esa carta, que más parece una cencerrada capaz de hacer subir los gatos al tejado, es evidente que se compadecían tanto de la pobrecita de Miss Bayes cuanto ella puede compadecerse de sí propia. Ya ve usted que no trato de corresponder á su franqueza con aires de indiferencia fingida. No negaré por eso que me sienta contrariada; lo estoy, pero le prometo que durará poco mi mal humor, tan poco, que ya no lo tendré mañana. Adiós, caro papá; no más mortificación ni abatimiento; sólo quiero estar ufana de tener, aparte de mi familia, y cual si perteneciese á ella, un amigo que me profese tanto afecto que me diga la verdad desnuda, como usted acaba de hacerlo.»

Fanny renunció desde aquel punto á sus proyectos dramáticos, para proponerse una empresa más propia de su talento; y poniéndola en ejecución sin tardanza, comenzó los apuntes de otra novela, en la cual debía desarrollar un plan admirablemente concebido

para lucir las facultades que la colocaban por sobre otros escritores. Ni tampoco podía menos de ser así, exponiendo en su obra una gran galería de retratos, en la cual aparecían á los ojos de todos series prolongadas de tipos de ambos sexos, notables todos por algún rasgo característico y pronunciado. Veíanse allí la codicia y la prodigalidad, el orgullo de raza y el de los bienes de fortuna, la agitación y la apatía enfermizas, la locuacidad frívola y el silencio altanero, un Demócrito á quien la menor cosa mueve á risa, y un Heráclito llorón eterno y majadero. La obra siguió rápidamente su camino y quedó concluída en un año. Faltábale algo de la sencilla naturalidad que tan agradable hacía la lectura de *Evelina;* mas, en cambio, daba testimonio de que los cuatro años transcurridos desde la publicación de *Evelina* los aprovechó su autora por modo admirable. Cuantos leyeron el manuscrito de *Cecilia* dijeron unánimes que debía de reputarse por la mejor novela del siglo: Mrs. Thrale rió y lloró con ella, y *papá* Crisp le pronosticó entusiasmado un éxito extraordinario, completo y rápido. El *Diario* no dice lo que Fanny recibió por precio de su novela; pero, á juzgar de algunas expresiones que deslizó en él, nos inclinamos á creer que la cantidad fué considerable. A mayor abundamiento, Fanny contaba entonces con personas de buen juicio y experiencia para evitar con sus consejos que cayese, como la vez pasada, en las garras de algún editor logrero, con tanto más motivo, cuanto que ya estaba bien reputada en la república

de las letras, y que la venta del libro debía de ser grande. De nosotros diremos que, según versión autorizada, le dieron los editores de *Cecilia* dos mil libras esterlinas por el mamanuscrito; cantidad que, con ser crecida, hubieran podido mejorar todavía sin perjuicio de sus intereses.

Cecilia pareció el verano de 1782. La expectación pública fué inmensa, tanto, que á personas de aquel tiempo hemos oído que ninguna novela de Sir Walter Scott excitó mayor curiosidad é interés, ni se aguardó con más impaciencia, ni se agotó más rápidamente; como que *Cecilia* colmó los deseos de cuantos la esperaban con ansias vivas, y fué proclamada inmejorable por unánime sufragio de sus lectores y colocada entre las obras clásicas en su género que cuenta la literatura inglesa.

XII.

Fanny tenía entonces treinta años, y en aquel punto, en pos de una juventud por todo extremo venturosa, comenzaron á condensarse densas nubes sobre la brillante aurora de su vida, sucediéndose rápidamente una serie de acontecimientos dolorosos y ocasionados á dejar profunda huella en un corazón tan sensible como lo era el de nuestra ilustre novelista. Primero, hubo de acudir á

velar los postreros instantes de su mejor amigo, Samuel Crisp; y, á seguida, cuando volvía á Saint Martin's Street después de cumplir tan triste obligación, quedó aterrada con la noticia de haber quedado Johnson paralítico. De allí á pocos meses se despidieron para siempre con solemne ternura: él quiso verla de nuevo la víspera de su fallecimiento; ella pasó largo tiempo llorando al pie de la escalera que conducía á su alcoba, y esperando que la llamase para bendecirla; mas ninguno de los dos vió logrado su deseo, porque Johnson comenzó á perder el conocimiento, y sólo pudo, en un intervalo de lucidez, enviarle algunas palabras de afecto. Aun hubo de sufrir otra prueba, la más dolorosa tal vez; que hay separaciones acaso más sensibles que las causadas por la muerte, y si pudo llorar con orgullosa ternura la pérdida de Crisp y de Johnson, hubo de gemir con vergüenza á causa de Mrs. Thrale.

Sin embargo, bajo otros aspectos era risueño el porvenir para nuestra Fanny. Con todo y así, la vemos sustraerse de allí á poco tiempo á la felicidad doméstica, á la amistad, á la independencia, á los goces de la vida, al culto de las letras, y á cuanto la pertenecía en el asiento de su hogar.

Entre las personas distinguidas á quien había sido presentada Miss Burney, y cuyo trato frecuentaba, ninguna parece haber ocupado en su corazón lugar más preferente que Mrs. Delany. Era esta señora una interesante y venerable reliquia de otros tiempos: sobrina de lord Lansdowne, que, cuando joven, cam-

bió versos y cumplidos con Edmundo Weller (1), y fué de los primeros en aplaudir al

---

(1) Waller, como dice Filaretes Chasles, suavizó la versificación inglesa, que perfeccionó Dryden y elevó Pope á la armonía virgiliana; y aun cuando Johnson y Burnet, entre sus compatriotas, lo tratan mal, antes lo censuran por su frivolidad é incostancia políticas que por falta de merecimientos literarios, si bien alcanzó siempre más aplauso por la forma elegante y atildada de sus composiciones, que por la elevación de sus conceptos y la majestad de su estilo. La Fontaine le tributó muchas alabanzas en su conocida epístola á la Duquesa de Bouillon. Por lo demás, si tenemos en cuenta que después de haber pertenecido al Parlamento Largo, y cantado las glorias del Protector, y llorado su muerte en versos armoniosos, se apresuró, no bien arribó Carlos II á las playas de Inglaterra, á felicitarlo con motivo de su feliz restauración en el trono de sus padres, nos explicaremos mejor la dureza de Johnson cuando dice, refiriéndose á él: «Los cambios y mudanzas que se advierten á cada paso en las opiniones de Waller mueven á indignación y nos hacen despreciar su carácter, pues quien así prostituye su ingenio, si como poeta conserva el brillo del talento, como hombre pierde la dignidad de la virtud.» Bien será añadir que Waller no se curaba de invectivas y que tenía el valor de sus veleidades, importándole poco así la rudeza de la crítica como la calidad del crítico; y buena muestra es de ello la ingeniosa respuesta que dió al mismo Carlos II en una ocasión. Porque como le dijese S. M. con cierta ironía que sus alabanzas á la legitimidad eran inferiores en mérito á las que prodigó antes á la revolución, contestó al Monarca sin desconcertarse que así era, en efecto, porque los poetas lucían más con la ficción que con la realidad. Á los ochenta años, dos antes de su muerte, ocurrida en 1687, escribió su poema *El Amor*, y Johnson reconoce que ni el asunto ni el estilo se resintieron de su

naciente ingenio de Pope, casó luego con Mr. Delany, conocido y reputado entre sus contemporáneos por gran erudito y elocuente predicador; pero á quien la generación actual recuerda más aún como asiduo al reducido círculo donde Swift, atormentado de su ambición desengañada, de sus remordimientos y de los primeros barruntos de la locura, concurría para esparcir y descansar el espíritu. El Dr. Delany había muerto muchos años antes de que trabasen amistad su viuda y Fanny Burney. Mistress Delany, que era de noble alcurnia, fina y elegante por extremo, y que gozaba, á pesar de los achaques propios de la edad avanzada que ya tenía, de la plenitud de sus facultades y de la paz del alma, estaba muy en favor con la familia real, y, á decir verdad, le sobraban merecimientos para ello, y para disfrutar de la pensión de trescientas libras esterlinas que cobraba de la Corona, y de la casa perteneciente al patrimonio en la cual vivía y que los Reyes habían mandado disponer para ella en Windsor. SS. MM. la visitaban de vez en cuando, y en su compañía espaciaban el espíritu, entreviendo por tal modo la vida privada de las familias inglesas.

El mes de Diciembre de 1785 se hallaba temporalmente Miss Burney de visita en casa de la viuda de Delany, en Windsor. Acaba-

---

edad, no siendo inferior este último á las obras de su juventud.

Lord Lansdowne, grande amigo de Pope, imitó con éxito la manera de Waller.—(N. DEL T.).

ban de comer, y mientras la respetable anciana dormitaba en un cómodo sitial al amor de la lumbre, y su sobrina, niña de siete años, jugaba con los huéspedes de su tía á no sabemos qué juego propio de Navidad, se abrió repentinamente la puerta y dió paso á un personaje voluminoso que no se hizo anunciar. Traía una gran cruz al pecho, y entró diciendo: *¡Bien, y qué!* Verlo y exclamar todos: ¡El Rey! y quedar en suspenso el juego, las risas y las conversaciones fué obra de un instante. Fanny confiesa que la presencia de S. M. le produjo el efecto de un fantasma. Pero Mrs. Delany se adelantó para saludar á su regio amigo, y la calma se restableció; presentó á Fanny, y nuestra joven autora sufrió entonces un largo interrogatorio, y otro no menos prolijo contrainterrogatorio en orden á cuanto había escrito, escribía y pensaba escribir. De allí á poco apareció la Reina, y su augusto esposo repitió, palabra por palabra, todos los pormenores que había obtenido acerca de Miss Burney para edificación de su consorte, subiendo tanto de punto la regia benevolencia, capaz en aquella ocasión de vencer y suavizar á los mismos autores de las *Probationary Odes*, que no deberá extrañar que pareciese verdaderamente seductora é incomparable de amabilidad á la persona objeto de ella si se advierte su juventud y su educación *tory*. Pocos días después se renovó la visita; y como ya Miss Burney era más dueña de sí misma que la primera vez, oyó y pudo retener en la memoria la lección de literatura que fué ser-

vido el Rey de darle en lugar de recibirla. S. M. sentenció con este motivo á varios grandes autores nacionales y extranjeros, diciendo entre otras cosas que Voltaire fué un monstruo, y otro monstruo también Rousseau, si bien menos terrible y dañino. «Pero, añadió, ¿y Shakespeare? ¡qué fárrago tan agradable y tan bello el de la mayor parte de sus obras? ¿No es verdad? Esto no se puede repetir; pero ¿qué piensa usted de ello? Después de todo, también hay allí mucho fárrago malo. ¿No es verdad?»

El día siguiente gozó Fanny del triste privilegio de oir algunos fragmentos de crítica, no menos notables, de la Reina, sobre Goethe y Klopstock, y hubiera podido sacar mucho provecho, bajo el punto de vista de la economía, tomando ejemplo de S. M. para formar una biblioteca. «Ese libro lo compré hace tiempo en un baratillo, le dijo la Reina: ¡parece increíble la cantidad de libros buenos que hay en las librerías de viejo!» Mrs. Delany, que, al oir estas palabras, entendió que S. M. recorría en persona los puestos de Moonfields y de Holywell Street, no pudo reprimir una exclamación de sorpresa. «No los compro yo precisamente, repuso S. M.; tengo un criado de confianza y muy entendido en ese ramo, que los busca para mí en las librerías, y cuando no los encuentra, me paso sin ellos como los demas.» Miss Burney reproduce las palabras de la Reina cual si lo merecieran; pero de nosotros diremos que no se nos alcanza el placer que pudiera producirle, siendo ella persona tan dis-

creta y de aficiones tan literarias, un discurso eficaz sólo á demostrar la tacañería de la primera señora de Inglaterra, obligada más que ninguna otra del país á ser espléndida para estimular la literatura.

XIII.

Fuerza es reconocer que se hallaba Fanny bajo el influjo de la bondad y de la condescendencia de los dos magnates á quienes la presentó Mrs. Delany. Pero como aun estaba más infatuado que no ella el Dr. Burney, dió por resultado esta predisposición de ánimo del padre y de la hija un suceso en el cual no podemos pensar con sangre fría, y que referido como lo hace Fanny en su libro con todas sus consecuencias, merece, al menos, ser alabado, porque el advertimiento que se desprende de él es de los más elocuentes.

Es el caso que, como renunciara por entonces su cargo de segunda azafata de la Reina Mrs. Haggedorn, S. M. ofreció á Fanny el puesto vacante. Cuando se recuerda que Miss Burney era en aquel tiempo el novelista más popular de Inglaterra, que la fortuna la sonreía, y que todo era felicidad para ella en el seno de la familia, nos sentimos movidos de indignación y de risa comparando el sacrificio que se la pedía con la remuneración que se la daba en cambio.

Pedíasele que consintiera en separarse de

su familia y de sus amigos, casi tan completamente como si se trasladase á las Indias, y vivir casi tan estrechamente encerrada como si quedase recluída en un convento, empleando las facultades que instruyeron y deleitaron á los más claros ingenios de sus días, en mezclar tabaco en polvo, en poner alfileres, en pasar los días atenta á una campanilla para ocuparse en operaciones y cuidados propios de una doncella de labor, viviendo siempre sometida á ridículas etiquetas palatinas, ayunando hasta sentirse mal de necesidad cuando las urgencias del servicio así lo exigían, permaneciendo en pie horas enteras, hasta no poder más, y no hacer un movimiento ni decir una palabra sin preguntarse antes si aquello que hiciese ó dijese parecería mal á su señora. En lugar de los hombres eminentes y de las mujeres ilustres, flor de los partidos y de la mejor sociedad, con quienes alternaba de igual á igual, iba á tener por compañera eterna á la primera azafata de S. M., esto es, á una bruja venida de Alemania, de menos que mediano discurso, de modales insolentes, de carácter grosero y brusco, ítem más, enconado por los achaques de la vejez. Bien es cierto que, de vez en cuando, podría consolarse de haber perdido la compañía de Burke y de Windham, participando de los «sublimes y celestiales coloquios» de los caballerizos del Rey.

¿Y bajo qué condiciones vendía Fanny su libertad y aceptaba la esclavitud? ¿Acaso por un título de nobleza y un patrimonio? ¿Ó por una pensión de diez mil duros? ¿Ó porque al

hermano que tenía en la Armada lo hiciesen capitan de navío (1)? ¿Ó porque al que tenía en la Iglesia lo hicieran deán? Nada de eso. El precio en que fué tasada Fanny se redujo á ofrecerle casa, mesa, un lacayo y cinco mil pesetas de haber anual!

Si el hombre que vende su primogenitura por un plato de lentejas comete una insensatez aun cuando esté acosado del hambre, ¿qué decir de quien vende su primogenitura y ni aun recibe á cambio de ella las lentejas? No hay para qué tratar ahora de si la opulencia es compensación que baste al sacrificio de la libertad física é intelectual, porque Miss Burney pagó el derecho de quedar prisionera y en servidumbre; como que en las condiciones de su contrato entraba la de que mientras perteneciese á la Casa Real no volvería á presentarse ante el público en calidad de autor, cláusula que, aun sin estipularse, había de quedar cumplida de hecho, en razón á que las ocupaciones de su cargo eran de tal índole que no consentían esfuerzo intelectual sostenido por algún tiempo. Que su oficio era incompatible con las tareas literarias, el Rey

---

(1) Llamábase Jacobo, acompañó á Cook en dos viajes de circunnavegación y llegó á ser contraalmirante. A él se debe la *Historia cronológica de los descubrimientos hechos en los mares del Sur* (cinco tomos, 1804.) También escribió una interesante *Historia de los piratas franceses de América* (Londres, 1816), y la *Historia cronológica de los descubrimientos hechos al Nordeste y de las primeras navegaciones de los rusos al Este* (Londres, 1819). (N. DEL T.)

lo reconoció francamente cuando Fanny lo renunció, diciendo: «Ha hecho el sacrificio de no escribir en cinco años»; verdadero y grande sacrificio, porque durante aquellos cinco años, y no sólo sin gran trabajo, sino por modo fácil y agradable para ella, hubiera logrado adquirir el capital necesario á producirle una renta vitalicia mucho más considerable que lo era el salario que recibía de los Reyes. Demás de esto, los ingresos que le habían procurado en Saint Martin's Street todas las comodidades de la vida eran escasos en Saint James, porque, ó mucho nos equivocamos, ó una dama que debía parecer en público frecuentemente al lado de la reina Carlota, no podía economizar un céntimo de su haber de cinco mil pesetas. De donde se sigue que la base de este arreglo era equivalente á proponer la esclavitud á cambio de la mendicidad.

No se nos alcanza cúyo pudo ser el propósito de SS. MM. al llevarse á Palacio á Fanny Burney, porque, ni se propusieron alentar sus tareas literarias, en razón á que la separaban de su casa, donde casi era seguro que escribiría, para colocarla donde y como no sería posible que tal hiciese; ni tampoco hacerle un servicio pecuniario, en razón á que la separaban de donde podía enriquecerse para colocarla donde forzosamente habría de ser siempre pobre; ni menos aún el adquirir con ella una azafata dotada de cualidades excepcionales, por ser evidente que si Fanny era la única mujer de su tiempo capaz de narrar la muerte de Harrel, las había por millares infinitamente más capaces que no

ella para el particular de hacer lazadas, y de prender moños y cintas, y de rellenar cajas de rapé. Acto habría sido ciertamente de liberalidad regia y discreta, y por todo extremo digno del soberano, concederle una pensión de su peculio; y de no ser esto posible, dejarla tranquila ir su camino. Es para nosotros indudable que animó á los Reyes, en aquella circunstancia el mejor deseo; pero también lo es que sus buenas intenciones fueron lo que suelen ser las de las personas colocadas por sobre el nivel de la generalidad, que han contraído el hábito de ser tratadas con la más profunda deferencia por cuantos se les acercan, y en quienes ya es costumbre ver reflejado en el rostro de los demás la mortificación que causa su despego, y el contento que produce su benevolencia, y que por ende imaginaron SS. MM. que el solo hecho de haberles llamado la atención, de estar próximo á ellos y de servirlos era ya una felicidad extraordinaria, debiendo Miss Burney recibir con agrado y gratitud inefables el permiso que le daban de adquirir, á cambio de su salud, de su bienestar, de su independencia, de sus afecciones domésticas y de su fama literaria, el privilegio de pasar horas enteras de pie detrás del sillón de la Reina ó de darle los guantes ó el pañuelo. Pero ¿quién podrá censurar á los príncipes por esta causa, ni á quién se antojará extraño que vivan haciéndose tales ilusiones, cuando aquellos precisamente que sufren más de su deificación les levantan los altares? ¿Podía esperarse de Jorge III y de Carlota que com-

prendiesen mejor aquello que convenía más á Miss Burney, y que mostrasen más celo por sus intereses que su padre y ella misma? Ningún ardid emplearon los augustos consortes para seducirla; pues las condiciones de su servidumbre se le pusieron de manifiesto lisa y llanamente; que las redes se tendieron, y el anzuelo se echó sin cebo á su vista, y el pajarillo quedó preso en ellas, y el pez se tragó el anzuelo.

No hay por qué extrañar que la idea de vivir en el Palacio Real, y de ser persona empleada en el servicio inmediato de la Reina entusiasmaran á una joven sin experiencia; pero su padre debió velar por ella, y advertirla que al lado de los Reyes sólo tendría la satisfacción de pueriles vanidades y esperanzas quiméricas sin cuento, mientras que al lado de su familia gozaría de libertad, de tranquilidad de espíritu, de comodidades, del trato de gentes y de honrosas distinciones. ¡Cosa singular! En vez de esto, y mientras ella dudaba, el doctor parecía enajenado de gozo: un circasiano que hubiese vendido en buen precio su hija más hermosa á un turco, mercader de esclavos, no habría estado tan satisfecho como él, ni habría demostrado su contento con mayores trasportes de alegría. Y, sin embargo, el doctor era persona discreta, y amable, y de buen corazón, que había visto mucho, y que tenía grandísima experiencia; pero se cegó en aquella ocasión, y creyó que ir á Palacio era lo mismo que ir al cielo, que ver á los reyes y á los príncipes era algo así como una visión beatífica, que la

felicidad de que gozaban las personas reales, en el hecho de ser de ellos, no se disfrutaba por ellos únicamente, sino que se trasmitía por una manera de efluvio ó de reflejo misterioso á cuantos alcanzaban ó merecían el bien inefable de asistir á su tocador ó de llevarles la cola; y, por tanto, triunfó de cuantas objeciones le hizo Fanny, y la llevó él mismo á su cárcel, dejándola prisionera. Cuando se cerró la puerta, quedó Miss Burney absorta y llorosa, recordando con triste melancolía el bien conocido que trocaba por la ignorada vida nueva del Palacio; y mientras se perdía su inteligencia en un mar de conjeturas y de zozobras, iba el doctor la vuelta de Saint Martin's Street rebosando de satisfacción por la maravillosa buena suerte que había deparado el cielo á su hija Fanny.

XIV.

Comenzó entonces una esclavitud que duró cinco años. ¡Cinco años perdidos en lo mejor de su vida, y sacrificados estérilmente á obligaciones serviles, sin otros recreos que ocios más insoportables aún que las obligaciones, y rodeada siempre de compañeros ineptos ú hostiles! He aquí la historia de un día de los ordinarios: Miss Burney se levantaba y vestía temprano para estar pronta y prevenida al primer campanillazo de la Reina, que sonaba con puntualidad á las siete y media de la mañana. Tres cuartos de hora poco más ó menos

duraba su servicio en el tocador de S. M., y en ese tiempo relativamente corto tenía la honra de poner el corsé á su augusta señora, los ahuecadores, el vestido y la pañoleta. El resto de las primeras horas de la mañana lo empleaba en arreglar y ordenar prendas en las cómodas y armarios, y en disponer vestidos. Hecho esto, entraba de nuevo para empolvar á la Reina y concluir su atavío. Dos veces por semana rizaba el cabello á su ama, operación delicada en la cual invertía más de una hora, y por tal modo nunca estaba libre antes de las tres de la tarde. Las dos horas que mediaban hasta las cinco eran las únicas francas que tenía, y á ellas debemos la mayor parte de su *Diario*. A las cinco se reunía, por obligación, que no por devoción, con su colega Mrs. Schwellenberg, vieja insoportable, aduladora y servil, verdadera chinche palatina, más ignorante que una moza de retrete, orgullosa y encopetada como un cabildo de canonesas tudescas, grosera, gruñona, y tan incapaz de soportar la soledad como de conducirse decorosamente en compañía. Con persona de tan poco apetecible trato había de comer y de pasar la velada nuestra Fanny, esto es, había de permanecer durante seis horas mortales, sin más aditamento que los caballerizos cuando acudían, de ocho á nueve, á tomar el té. Pero si la pobre prisionera intentaba recogerse á su habitación y olvidar sus miserias en compañía de un libro, la detestable vieja rompía en lamentaciones y quejas porque Fanny la dejaba sola. No por eso era con ella más benévola Mrs. Schwellen-

berg si permanecía en su puesto, porque continuamente oía de sus labios las mayores impertinencias; como que, para la bruja tudesca, la fama literaria era indicio seguro de haber nacido, quien la tenía, en condición humilde y á mucha distancia de lo que se llama buena sociedad. Y luego, sobre esta base, y poniendo á contribución su repertorio de mal inglés para expresar el desprecio que sentía por los literatos en general y por la autora de *Evelina* y de *Cecilia* en particular, dejaba caer un diluvio de invectivas sobre todos. Fanny detestaba las cartas, y no entendía la menor cosa de ningún juego de naipes; mas, cuando llegó á persuadirse de que la manera de pasar la velada con la Schwllenberg, sin mucho peligro de altercados, era resignarse á jugar, consintió con paciente tristeza en el nuevo sacrificio, y consagró al rey y á la sota largas horas que hubieran movido á risa ó llanto una serie de generaciones, á emplearlas ella en el ejercicio de su ocupación favorita. Entre once y doce de la noche, la campanilla sonaba de nuevo, y Miss Burney permanecía veinte minutos ó media hora en el cuarto de la Reina para desnudarla, y hecho esto quedaba libre, y podía recogerse ó soñar que departía tranquilamente al amor del fuego con su hermano en Saint-Martin's Street, ó que constituía el foco luminoso de una reunión en casa de Mrs. Crewe, que Burke la llamaba primera entre las más distinguidas de su tiempo, ó que Dilly la entregaba un vale de diez mil duros por precio de una novela.

Fuerza es convenir en que los hombres

tienen menos paciencia que las mujeres, puesto que no se nos alcanza cómo pudo una criatura humana soportar la vida que hacía Fanny Burney, mientras hubiese una buhardilla en Grub Street (1), una escoba de barrer calles, un asilo de mendigos ó una fosa en el cementerio. Y, sin embargo, para vivir esa vida renunció Fanny á la paz, á la felicidad y á la independencia de su hogar, á sus buenos amigos, al extenso círculo de sus brillantes relaciones, á los trabajos intelectuales en que debía lucir tanto, y á la esperanza cierta de lo que hubiera sido la riqueza para ella.

Pero como no hay nada nuevo bajo el sol, el último maestro en la lengua y el ingenio áticos nos dejó una relación gráfica y conmovedora de los sufrimientos de un literato que, seducido de análogas esperanzas á las de Francisca, entró al servicio de un magnate romano. «¡Cuán desgraciado soy! exclama la víctima infeliz de su propia pueril ambición. No me satisfacían mis habituales ocupaciones, ni mis amigos de siempre, ni la vida tranquila y exenta de cuidados que hacía, ni aquel dulce sueño que dormía cuanto era mi gusto, ni aquellos paseos á medida de mi voluntad, y fuí á dar de mi grado, que no por fuerza, en la extrema bajeza en que me hallo prisionero! Y ¿por qué? ¿Me faltaban acaso los medios para gozar en libertad de bienes aun más considerables que los que

(1) Cuartel general entonces de los escritores pobres que vivían en Londres. — (N. DEL T.)

ahora me procuro en servidumbre? Como león domado y manso al extremo de seguir á sus amos como un perro, en fuerza de tener el corazón oprimido y humillado, voy de una parte á otra, siguiendo los pasos de quienes me tendrían en mucha cuenta y me mirarían con respeto y admiración, de haber yo permanecido en mi terreno. Y para colmo de sufrimiento, comprendo juntamente que ni me honro con lo que hago, ni lo que hago place á nadie; que los talentos y la cultura, que tanto agradan en otros lugares, aquí no se aprecian; y como ignoro el arte de los palaciegos, no puedo soportar la comparación con aquellos que, por ser su oficio, ejercieron la lisonja desde la juventud para pretender con más éxito. ¡Necio de mí, que pensé tener dos vidas, y que aun me quedaría una que vivir por y para mí, después de sacrificar otra en el servicio de un extraño!»

Cierto es que, de vez en cuando, acontecían sucesos eficaces á interrumpir la monótona existencia de Fanny Burney; por ejemplo, la corte se trasladaba de Kew á Windsor, ó de Windsor á Kew; un coronel fastidioso tomaba su retiro, y otro más fastidioso lo reemplazaba; un criado torpe cometía una torpeza con motivo de servir el té, y esto daba ocasión á un altercado de las damas con el criado; un ministro protestante francés, y medio loco por añadidura, decía cosas peregrinas de la fidelidad conyugal, ó un funcionario de la Casa Real tenía la desdicha de citar un pasaje del *Morning Herald*, en el cual se maltrataba á la Reina, y con este motivo Mrs. Schwe-

llenberg prorrumpía en mal inglés, dirigiéndose al palaciego lector de periódicos: «Usted me hace lo que usted llama transpirar.»

XV.

Suceso más importante fué la visita del Rey á Oxford. Miss Burney acompañó la corte á Nuneham, tuvo la honra de entrar en Oxford en el último carruaje de los que seguían al de S. M., y después, de ir detrás de la Reina todo el día, recorriendo capillas y refectorios, y de permanecer de pie y medio muerta de necesidad y de cansancio, mientras que su augusta señora satisfacía el apetito con excelentes fiambres. Y como en *Magdalene College* dejasen á Fanny sola un momento, cayó desfallecida en una silla, lo cual visto de un caballerizo que tenía buen corazón, comprendiendo que aquella enfermedad sería causada del hambre, partió con ella un pedazo de pan y algunos albérchigos que había guardado discretamente. Para colmo de su mala ventura, en lo mejor de aquella parvidad, se abrió la puerta, entró la Reina, y sus maltrechos servidores hubieron de levantarse y de recoger más que de paso sus frugales provisiones. «Comprendí aquel día—dice la pobre Miss Burney—que debía ser cosa corriente que nuestro apetito fuese igual á cero, y nuestro vigor infinito.»

Con ser tan desfavorables las circunstan-

cias en que visitó á Oxford, su vista reanimó en ella, para valernos de sus propias palabras, «una manera de instinto que tenía como embotado desde algún tiempo»; y olvidándose un espacio de su oficio palatino de azafata, experimentó lo que podía esperarse de una mujer de verdadero talento cuando se halla rodeada de los restos venerables de los siglos pasados, de obras artísticas de gran mérito, de inmensos tesoros de ciencia, y de monumentos elevados á la memoria de varones ilustres. Si aun hubiese sido lo que fué antes de que su padre la pusiera en el peor trance de su vida, fácilmente comprenderemos cuánto habría gozado visitando la más noble de las ciudades inglesas. Acaso hubiera hecho el viaje, y sin acaso, en carruaje de alquiler, y tal vez no hubiese vestido de gasa de Chambery tan fina y sutil como la que flotaba sobre sus pies vacilantes en el regio cortejo; pero, en cambio, ¡con cuánto placer hubiese recorrido los claustros de *Magdalene College*, y comparado la severidad añosa de Merton con el esplendor de Christ Church, y contemplado desde la cúpula de la biblioteca Radcliffe la inmensa multitud de torrecillas y de almenas que se yerguen á su alrededor! ¡Con cuánta satisfacción hubiesen dado de mano, durante algunas horas, aquellos sabios á las *Odas* de Píndaro y á la *Etica* de Aristóteles, para servir de guías, de colegio en colegio, al autor de *Cecilia!* ¡Y qué obsequios, y qué banquetes en pequeño hubiera encontrado en sus celdas monásticas! ¡Con cuánta emulación hubieran sacado para distraerla los cuadros,

las medallas y los misales iluminados que guardaban religiosamente! ¡Cuántas cosas hubiera oído y contado después acerca de Johnson, visitando Pembrocke, y acerca de Reynolds en el vestíbulo de la capilla de New-College! Pero estos goces no podía tenerlos entonces la que se vendió por esclava.

Diez y ocho meses después de su visita á Oxford, un nuevo suceso interrumpió la monótona y fastidiosa vida que hacía Miss Burney en la corte, con motivo de haber sido llamado Warren Hastings á comparecer en la barra de la Cámara de los Lores. La Reina y las princesas concurrieron el primer día de la vista, y Fanny tuvo permiso para ir también al Senado (1), porque á la Reina le interesaba

(1) He aquí cómo describe el autor esta escena, una de las más memorables y solemnes que se han visto en el Parlamento inglés, y de que fué teatro el día 13 de Febrero de 1788, en su estudio titulado *Warren Hastings*: «Muchos espectáculos se habrán ofrecido más brillantes á la vista por el esplendor de las joyas y la riqueza de los vestidos; pero tal vez no se haya dado ninguno en la sucesión de los tiempos tan ocasionado á impresionar el ánimo del hombre reflexivo y pensador. Porque todo cuanto pueda ser parte á interesar, así de los tiempos pasados como de los presentes, se reunió con este motivo en un solo punto y en un solo momento; y todas las facultades y talentos que desarrollan de consuno la civilización y la libertad se manifestaron allí con todas las ventajas y todo el prestigio que nacen del contraste y de la comunidad de acción. Cada paso que se daba en el curso del proceso traía á la mente, al través de aquellos pasados siglos de agitación y de tumulto, el tiempo en que se asentaron los cimientos de la Constitución inglesa, ó, haciéndola trasponer mares y desiertos

mucho el proceso, y cuando no podía ir á Westminster Hall, se complacía en infor-

---

infinitos, la fijaba en medio de las razas indostánicas de color de bronce, habitadoras de un país abrasado por el sol, que adoraban extraños dioses y escribían en raros caracteres.

»El alto tribunal del Parlamento debía juzgar, con arreglo á la práctica establecida en tiempo de los Plantagenet, á un inglés acusado de haber ejercido actos de tiranía sobre el señor de la ciudad santa de Benares y las princesas de Uda.

»Era el lugar digno del proceso; que se habían reunido los jueces en la gran sala de Guillermo el Rojo, bajo cuyas bóvedas resonaron otro tiempo las aclamaciones con que fueron saludados á su advenimiento treinta reyes; en la sala donde con tanta justicia se condenó á Bacon y se absolvió á Somers; donde pudo la elocuencia de Strafford inspirar respeto por algún espacio y conmover á un partido victorioso y lleno de justo enojo, y en la cual el rey Carlos I arrostró con faz serena las iras y tempestades del tribunal que debía de juzgarlo. Ni faltaron tampoco las pompas civiles y militares para la mayor grandeza del acto: las avenidas que conducían al edificio se hallaban cubiertas por los granaderos, y fuerzas de caballería mantenían el orden y la circulación en las calles; los Pares, revestidos de sus mantos de oro y armiño, entraron luego, llevando á su cabeza los heraldos y el rey de armas, en número de hasta ciento setenta, ó sea de las tres cuartas partes de la Cámara Alta, como á la sazón existía, y avanzaron procesionalmente hasta ocupar sus escaños, establecidos en lugar de preferencia, próximo del tribunal. Iba el primero el último de los barones, Jorge Elliott, Lord Heathfield, ennoblecido hacía poco tiempo con motivo de su memorable defensa de Gibraltar contra la flota y ejércitos combinados de Francia y España, y cerraba la comitiva el Duque de Norfolk, conde-mariscal del reino, los altos dignatarios de la Corona, los hermanos y los hijos del Rey, siendo el postrero el Príncipe de Gales, cuya gentil presencia y noble aspecto atraían

marse de su marcha por persona dotada de tan singulares facultades de observación como

---

las miradas del concurso. Los añosos muros del salón estaban cubiertos de tela de color escarlata. En las galerías se agolpaba un concurso tal, que ningún otro semejante ha podido nunca excitar el temor ó la emulación de los oradores: allí se veían reunidos de todos los extremos de un gran imperio libre, ilustrado y próspero, la hermosura, la gracia, el ingenio, la erudición y los representantes todos de las ciencias y de las artes; allí estaban las jóveves hijas de la casa de Brunswick, de nacarada tez y rubia cabellera, sentadas alrededor de la Reina; allí los embajadores de los grandes monarcas y de las grandes repúblicas contemplaban con admiración un espectáculo que ningún otro pueblo del mundo podía ofrecerles; allí Mistriss Siddons, en todo el esplendor de su majestuosa hermosura, estudiaba conmovida una escena superior á todas las del teatro; allí el historiador del Imperio romano pensaba en los tiempos en que Cicerón acusó á Verres, defendiendo la causa de la Sicilia, y en el momento en que Tácito, ante un Senado que aún tenía ciertas apariencias de libertad, se pronunció contra el opresor del África; allí se hallaban también, uno al lado del otro, el pintor más renombrado y el erudito más profundo de su tiempo: Reynolds, á quien la grandeza del espectáculo que se ofrecía en la sala de Guillermo el Rojo hizo dar tregua á sus pinceles que han conservado á la posteridad las frentes pensadoras de tantos publicistas y hombres políticos, y las dulces sonrisas de tantas mujeres ilustres; y Parr, el investigador incansable, que atraído de la solemnidad del acto, suspendió sus trabajos en la recóndita y obscura mina de la cual iba sacando inmenso tesoro de erudición—tesoro á veces mal dispuesto para utilizarlo con fruto, pero no por eso menos grande, precioso y magnífico;—allí la dama á quien secretamente había hecho dueño de su corazón el heredero de la Corona, lucía sus gracias seductoras; allí la nueva Santa Cecilia, progenitora de hermosa descendencia, cuyas delicadas

lo era Miss Burney ciertamente, y, además, relacionada con algunos de los personajes más

---

facciones, embellecidas por el amor y la inspiración del arte divino de la música, ofrecían admirable conjunto; allí la sociedad brillante que criticaba y jugaba del vocablo en los salones decorados con abigarrada riqueza de Lady Montagu; y allí, en fin, en torno de la Duquesa de Devonshire, como guirnalda de flores, aquellas damas que, con la muda elocuencia de sus labios, más persuasiva que la del mismo Fox, derrotaron á la Casa Real y al Ministerio en las elecciones de Westminster.

»Hecha la proclama, Hastings se adelantó hacia la barra y puso una rodilla en tierra. El acusado era digno del tribunal y del concurso. Había gobernado un pueblo numeroso y dilatado, había dictado leyes y tratados, había puesto en movimiento grandes ejércitos, proclamado y desposeído príncipes y conducídose siempre de tal modo en su elevada posición que todos le temieran y los más le amaran, y que hasta sus más encarnizados adversarios, aparte de la virtud, no le negasen ningún otro título á la gloria. Su traza era de grande hombre, no de malvado, y su actitud, si demostraba profundo respeto al tribunal y á los circunstantes, también demostraba respeto á sí mismo y completa calma. Su frente despejada, la expresión pensadora de sus ojos, su boca respirando indomable resolución, y su rostro pálido y fatigado, pero tranquilo y no nada sombrío, parecían decir tan claramente como se lee por bajo de su retrato en la sala del Consejo de Calcuta: *Mens æqua in arduis.* Tal era el aspecto con que se presentó á sus jueces el célebre procónsul.

»Acompañábanlo sus abogados, á quienes su talento y erudición encumbraron después á los primeros cargos de la magistratura: Mr. Law, espíritu enérgico y atrevido, llegó á ser magistrado del Banco del Rey; Mr. Dallas, más humano y elocuente, fué magistrado también de los Commons Plaids, y Mr. Palmer que, veinte años después, dirigió con éxito tan notable, y ante la misma audiencia, la defensa de Lord Melville, siendo á seguida nombrado vicecanciller.

distinguidos entre los que dirigían la acusación. La parte del *Diario* que hace refe-

---

»Pero el acusado y sus letrados no atraían tanto la atención como sus acusadores. Habíase reservado un espacio en el salón, con bancos forrados de verde y mesas con arreos de escribir, para la Cámara de los Comunes, y allí tomaron asiento los comisarios en traje de ceremonia. Era el primero Burke. Fox, por lo general tan descuidado en su manera de vestir, llamó aquel día la atención de los concurrentes, pues se presentó con espada y redecilla, en honor, sin duda, del tribunal y de la ilustre concurrencia. Pitt rehusó formar parte de la comisión acusadora; y su ancianidad impidió á Lord North de llenar en ella su cometido; por lo cual faltarían en aquel concurso de tantos y tan diversos talentos, el auxilio de la elocuencia poderosa, fecunda y sonora del primero, y el no menos precioso del buen sentido, tacto y cortesía del segundo. Pero, á falta de estas dos notabilidades, ofrecía el banco de los comisarios un grupo de oradores como tal vez no se habían visto reunidos desde la gran época de la elocuencia ateniense. Porque se hallaban allí Sheridan y Fox, el Hypérides y el Demóstenes de Inglaterra; Burke, el cual, si desconocía ó desdeñaba el arte de adaptar su estilo y sus razonamientos al gusto y facultades de su auditorio, sobrepujaba por la elevación de su estilo, la grandeza de su inteligencia y la exuberancia de su imaginación á todos los oradores antiguos y modernos; y, por último, con los ojos respetuosamente fijos en Burke, el caballero más cumplido de aquel tiempo, de rostro animado y expresivo, de vigorosa y esbelta complexión, el noble, ilustrado y distinguido Windham, quien, aun entre tales hombres y á pesar de sus cortos años, no pasaba desapercibido, porque siendo todavía de temprana edad, y cuando la mayor parte de los jóvenes se disputan en las aulas premios y *fellowships*, él se había conquistado en el Parlamento envidiable posición.

»Llegado el momento, se levantó Burke y comenzó su discurso, destinado á servir de introducción ge-

rencia á la célebre causa de Warren Hastings es por extremo animada y pintoresca; pero, no obstante, bien será decir que la hemos leído con profunda pena, porque nos parece demostrar que la clara inteligencia de Fanny Burney había comenzado á resentirse de la perniciosa influencia de un sistema de vida tan incompatible con la sanidad del espíritu como el aire de las lagunas Pontinas con la sanidad del cuerpo. En efecto, desde el pri-

---

neral á todas las acusaciones; y con una exuberancia de ideas y un esplendor tal de lenguaje que sobrepujó las esperanzas de su auditorio, describió á grandes rasgos el carácter y las instituciones de los indígenas de la India, recordó las circunstancias bajo las cuales nació aquel imperio de la Inglaterra, y expuso la constitución de la Compañía y de las presidencias. Y después de haber dado por este medio al concurso una idea de la sociedad de Oriente, tan viva como existía en su espíritu, atacó la administración de Hastings, como sistemáticamente opuesta á la moral y al derecho de gentes. La energía y los patéticos acentos del orador arrancaron expresiones de admiración al severo Canciller, cosa desacostumbrada en él, y más digna de ser tenida en cuenta conociendo su hostilidad hacia Burke.

»El mismo acusado pareció conmovido algún espacio, á pesar de la firmeza de su carácter. Las señoras que ocupaban las tribunas, poco habituadas á tanto lujo de elocuencia, y agitadas por la solemnidad del acto, y tal vez dispuestas á no dejar que pasara desapercibida una ocasión tan propicia de lucir su sensibilidad, se hallaban en estado indescribible: los pomos de sales circulaban de mano en mano, se oían suspiros y sollozos mal contenidos, no había vagar en los pañuelos, y por lo que hace á mistress Sheridan, fué menester sacarla de la sala casi desfallecida.»

Véase el tomo XVI de la BIBLIOTECA CLÁSICA, estudio de *Warren Hastings*.—(N. DEL T.)

mer día, se decidió en favor de Hastings con vehemencia tan presuntuosa y acerba como impropia de la modestia y dulzura de su carácter. Se estremece viendo entrar en el salón á Burke á la cabeza de la Cámara de los Comunes; dice que oprime y veja con notoria crueldad á un hombre inocente; no se le alcanza cómo los acusadores pueden mirar, sin avergonzarse, al acusado; Windham se levanta de su escaño para ofrecerla algunos dulces; «pero yo no quise—dice—aceptarlos»; y más adelante prorrumpe de esta manera: «¡Ah! Mr. Windham, ¡cómo pudisteis abrazar una causa tan injusta y cruel!» «Mr. Burke me vió desde su asiento—añade—y me saludó con la más expresiva cortesía.» Conviene advertir que la saludó Mr. Burke después de su primer discurso, esto es, de la oración que produjo tanto efecto en su auditorio, y que, á decir verdad, no podía compararse á ninguna otra de cuantas se habían pronunciado hasta entonces en los tiempos antiguos y modernos. «Pero le contesté—prosigue—de la manera más indiferente, fría y desabrida que supe, no siéndome posible reprimir el disgusto que me causaba verlo al frente de semejante causa!» Y después de esto, bien será dejar consignado que Burke había sido siempre para ella invariable y afectuoso amigo, y que cuatro años antes del proceso de Hastings, siendo él pagador general, nombró al Dr. Burney organista del hospital de Chelsea. Más aún: cuando con motivo de las elecciones de Westminster, supo el insigne orador que se hallaba Mr. Burney

perplejo entre sus opiniones *toríes* y la deuda de gratitud que tenía con él, le manifestó franca y noblemente que carecía de títulos para exigirle un sacrificio. «Poco ó nada me debéis—le escribió—pero aun cuando me debierais cuanto hubiera podido hacer en vuestro servicio, espero que no me creeríais capaz de habéroslo hecho con la segunda intención de sujetaros la voluntad y de tornaros en satélite mío.» Y á quien así se había conducido con el Dr. Burney, ¿tenía derecho su hija de tratarlo descortésmente, porque hubiese adoptado una línea de conducta opuesta á la suya en una cuestión magna y complicada por extremo, que él había estudiado á fondo durante muchos años, y que desconocía ella por completo? Porque es indubitable, según se desprende de las propias palabras de Miss Burney, que cuando trató con tanta dureza á Mr. Burke, ni siquiera sabía de lo que acusaban á Hastings. Pero, sin embargo, debía de saber que Burke había logrado persuadir á la Cámara de los Comunes, á pesar de estar prevenida contra él, de la verdad de los cargos que se hacían á Warren Hastings, y que Pitt y Dundas estaban ya conformes y unidos con Fox y Sheridan para concurrir al procedimiento y sostener la acusación. Ciertamente que hubiera podido esperarse de una mujer aun menos distinguida que lo era Miss Burney, el buen sentido necesario para comprender que las cosas no habrían llegado á tal punto si las presunciones contra el ex gobernador no hubieran sido tan violentas como lo eran, cosa en la cual con-

venían entonces y convienen ahora todos los hombres razonables y justos. Cierto es que debían tenerse muy en cuenta sus grandes servicios públicos para contrabalancear sus grandes crímenes; pero no lo es menos que así sus crímenes como sus servicios eran cosa igualmente desconocida para la mujer que lo declaraba inocente con tanto aplomo, y que decía de sus acusadores, esto es, de los hombres más ilustres de todos los partidos políticos, no sólo que estaban equivocados, sino que cometían una obra de iniquidad, verdaderamente bárbara y escandalosa.

Fanny había visto algunas veces á Hastings y hallado amables sus modales y su conversación; pero no podía ser tan flaca de razonamiento como para deducir de la cortesía y de la urbanidad del Gobernador en un salón, que fuese incapaz de cometer crímenes políticos influído de la venganza y de la ambición. Una insulsa jovencilla recién salida del colegio acaso habría cometido esta falta; pero la mujer que supo trazar el carácter de Monekton hubiera debido mostrarse más discreta.

El hecho es que Fanny llevaba ya mucho tiempo en Palacio, y que había caído en esa manera de esclavitud del alma que sigue á la del cuerpo; como que, habituada desde hacía tantos meses á mirarse en los ojos de su señora, á estimar con gratitud infinita la más leve muestra del aprecio de la Reina, á sentirse desgraciada por el más leve barrunto de su regio desagrado, á no tener otros compañeros que seres ya sometidos y domados de

antiguo, había comenzado á degenerar y á ponerse al bajo nivel de su nuevo estado.

La reina Carlota era partidaria decidida de Hastings, aceptó con agrado los presentes que le hizo el ex gobernador á su regreso de la India, quebrantó las pragmáticas de su severa virtud hasta el punto de tomar bajo su pretección á su esposa, cuya conducta fué por cierto tan reprensible como la de cualquiera de las frágiles beldades que á la sazón estaban excluídas rigurosamente del Palacio Real; y como era público que el Rey pensaba en orden á este asunto lo propio que su esposa, y todos los individuos de la casa miraban á SS. MM. antes de hablar, de ahí que fuese la acusación una obra de todo en todo abominable, y los que la sostenían en la Cámara unos malhechores, y el acusado el ciudadano más digno y peor tratado del Reino Unido. Después de todo, si así se hablaba en Palacio, comenzando por los Reyes, y siguiendo por el mayordomo mayor y los gentileshombres de servicio, y acabando por los ujieres, no deberá de parecer muy extraño que Miss Burney, filiada en la servidumbre, por espíritu de cuerpo, hiciese causa común con los demás, aun cuando fuese su acento más vivo y su mal humor menos pronunciado.

XVI.

La relación que hace Fanny de la enfermedad del Rey contiene descripciones y cuadros tan excelentes, que los historiadores de los siglos futuros tendrán tanta cuenta de ella como del *Diario* de Pepys ó del de Evelyn. Pero, si bien demuestran estas páginas cuánto era su natural bueno, afectuoso y compasivo, fuerza es confesar que demuestran también la influencia nociva que iba ejerciendo su modo de vivir, no sólo en su inteligencia, sino en el concepto que iba formándose de la justicia. No tenemos la pretensión de discutir ahora sobre si las miras de Pitt ó de Fox, en orden á la regencia, eran más discretas que no las suyas; discusión que, además, sería ociosa de todo punto, porque las censuras de Miss Burney lo mismo caen sobre Pitt que sobre Fox, y sobre la minoría que sobre la mayoría, que sobre la Cámara tomada en conjunto. Y porque los representantes del país querían averiguar si el Rey estaba ó no loco, y si había ó no esperanzas de que sanase, dice nuestra Fanny: «El día se ha pasado aquí bien tristemente, porque las noticias son malas dentro y fuera de Palacio; en Palacio, porque nuestro caro y desgraciado Soberano va de mal en peor; fuera de Palacio, porque la Cámara exige nuevos reconocimientos facultativos. ¡Qué agravio tan despiadado hace la Cámara

de los Comunes con estas investigaciones á la majestad del monarca, que sólo son eficaces á poner de manifiesto á los ojos de todo el mundo hasta los menores detalles de una enfermedad que se ha considerado siempre con sigiloso y sagrado misterio hasta por las familias más modestas! No hallo palabras que acierten á expresar la indignación que todos sentimos aquí con tamaño exceso.» Bien será decir, no obstante, que la medida que tanta indignación producía en Kew procedía del mismo Mr. Pitt, ministro que por su fidelidad gozaba fama entonces de ser el campeón más decidido de su príncipe. Y, sin embargo, el celo que mostraba por el Rey era cosa de poco momento comparado con el que animaba á la servidumbre menuda de pajes y azafatas. Fanny habla con horror de la ley de regencia, obra de Mr. Pitt. «Tiemblo, dice, cuando me hablan de esa ley. ¡Día terrible será, sin duda, el en que la voten! Sus prescripciones me crispan los nervios.» A decir verdad, que Mr. Pitt fuese ó no fuese hombre de Estado integérrimo y prudente, al cabo era hombre de Estado, y cualesquiera que fuesen los motivos que tuviese para limitar el poder del Regente, comprendía que, á todo trance, se hacía necesario proveer en cierto modo y hasta cierto punto al ejercicio del poder real, pues sin él quedaría la nación huérfana de gobierno. Pero en este detalle, acaso por su poca importancia, no pensó nunca la gente palatina, ni se ocurrió á la muchedumbre de pajes, caballerizos y azafatas que había menester el Estado de un poder que sancionase

las leyes, que ejerciera la prerrogativa, que proveyese á los cargos públicos, que negociase con los príncipes extranjeros, y que mandase los ejércitos de mar y tierra, porque aquellos ilustrados políticos, y Miss Burney como los demás, entendían que cuantos consideraban esta cuestión bajo el punto de vista del interés público daban muestra de tener el corazón empedernido; criterio en orden á las cosas de la monarquía que si no extraña en los ujieres de la Casa Real, sorprende y entristece tratándose de una persona de tan claro ingenio cual lo era ciertamente nuestra Fanny, porque indica de una manera indubitable que su inteligencia iba en descenso, buscando el nivel cortesano.

Más de dos años después de haberse curado el Rey, Miss Burney arrastró en Palacio existencia muy triste. Perdió uno de los consuelos que suavizaron durante algún espacio las durezas de su servidumbre, con la muerte de Mrs. Delany, cuyo trato la era tan agradable mientras residían SS. MM. en Windsor. El coronel Digby, gentilhombre del Rey, persona de buen gusto, de buen sentido, de alguna instrucción y de modales seductores, muy amigo de Fanny, en cuyo ánimo acaso produjeron cierta impresión las atenciones y la solicitud del palaciego, tal vez más de la que produce la amistad exenta de otro afecto más íntimo, salió por entonces de Palacio, se casó de una manera que la sorprendió por extremo é hirió su corazón, y que de todos modos la redujo á mayor aislamiento en aquella cárcel donde las perso-

nas gratas estaban tan escasas. Con esto, la Casa Real se tornó para ella más enojosa y Mrs. Schwellenberg más insoportable, y su salud comenzó á flaquear; como que cuantos la veían pálida, demacrada y vacilante predecían un desenlace funesto en breve plazo.

XVII.

Siempre que habla Fanny de su señora y de las princesas lo hace con muestras de respeto y de afecto; pero si las princesas parece que merecieron cuantas alabanzas las tributa el *Diario*, por ser personas muy amables, en cambio la *encantadora Reina*, como ella la llama, se nos antoja que no mereció mucho el adjetivo. Porque si bien es cierto que tuvo suficiente criterio para comprender á cuánto la obligaba su alto rango, y el necesario dominio sobre sí misma para no apartarse ni por un momento de la línea de conducta propia de su situación, y que en sus relaciones con Miss Burney fué afable y atenta las más veces, las menos reservada y fría, y nunca descortés ni áspera, como que supo siempre dispensar con habilidad esas mercedes triviales que se aprecian en mucho más de lo que valen intrínsecamente cuando es un monarca quien las hace, y también mostrarse atenta, prestar un libro á tiempo y preguntar por la salud de los parientes; no es menos cierto que jamás pareció curarse mucho ni poco del bienestar, de la salud, ni

de la vida de sus servidores cuando se trataba de su comodidad. De aquí que Francisca, débil, febril y sin poder sostenerse, tuviera que levantarse antes de las siete para vestir á la *encantadora* Reina. La triste situación á que se veía reducida la azafata no pudo escapar, ni escapó ciertamente, á la vista de su real señora; mas como fuese doctrina establecida en la corte considerar simuladas todas las enfermedades hasta el momento que se hacían irremediables, el único medio que tuvo la enferma de no hacerse sospechosa de fingimientos fué continuar vistiendo y desnudando á S. M. hasta morir. «Esto no provenía—dice Fanny Burney en su *Diario*, en ocasión de sufrir de una manera cruel de su dolencia, de sus vigilias y de sus trabajos—de dureza de corazón; muy al contrario, pues no hay en ella tal defecto, sino de preocupaciones inveteradas y de falta de experiencia personal.»

Muchas personas que la vieron entonces quedaron sorprendidas del cambio que se advertía en ella por efecto de sufrimientos físicos y morales, y temieron por su vida: la única persona que pareció haber comprendido el estado de Miss Burney fué su padre, quien al cabo y á su pesar abrió los ojos. En Mayo de 1790 su hija tuvo con él una entrevista de tres horas, la única larga que hubiesen celebrado desde que él la llevó á Windsor en 1786. Fanny le dijo entonces que se hallaba muy abatida, que la faltaban las fuerzas, que las vigilias y el cansancio la consumían, que no tenía ninguna distracción, ni qué amar, ni qué esperar; que su familia y sus amigos eran

para ella como si no existieran, y que los recordaba como se recuerda la memoria de los muertos; y, finalmente, que desde la mañana hasta media noche, el mismo trabajo enojoso y monótono, y los mismos intervalos de solaz, más enojosos y monótonos que el trabajo, se sucedían para ella siempre igual, sin una hora de verdadera tranquilidad y de sosiego, acabándola de una manera lenta, pero segura.

Con estas revelaciones quedó el doctor abatido por extremo; y como tenía muy buen corazón, la consoló diciéndola que si quería retirarse de Palacio, su casa y sus brazos la esperaban, si bien no podía en su fuero interno soportar la idea de que pusiera por obra su propósito de alejarse de la corte. A decir verdad, la realeza le inspiraba idolátrica veneración, comparable sólo á las humillantes supersticiones de aquellos devotos sirios que hacían pasar á sus hijos á través del fuego en honra de Moloc. Cuando convenció á su hija para que aceptase el puesto de azafata, esperó el doctor, según dice Fanny, que algunos medros y adelantos personales y prácticos, no estipulados en el contrato, resultarían para ella con motivo de su empleo en la Casa Real. ¿Qué se prometía Mr. Burney? Cosa es que no sabemos; pero, aunque hubiese tenido aspiraciones muy limitadas y muy modestas, es lo cierto que nada vió logrado, y sí sólo cumplido lo que se fijó en un principio para su hija, esto es: mesa, casa y doscientas libras esterlinas anuales. Hemos recorrido atentamente todas las páginas de su *Diario*, gano-

sos de hallar en ellas algo de esos medros que se prometía el doctor, y sólo encontramos una promesa que nunca se realizó: la de un vestido, lo cual bastaba para que Miss Burney diese tantas muestras de gratitud como el mendigo con quien, según la leyenda, partió San Martín la capa. Pero la experiencia de cuatro años no parecía bastante á disipar las ilusiones que se forjó el doctor, y, por consiguiente, faltó poco para que entre su amado papá y su encantadora Reina cayese muerta un día nuestra Fanny.

Transcurrieron seis meses desde la entrevista del padre con la hija, y nada se hizo para que volviese á su casa; la enfermedad iba de mal en peor; tomó quina, mas de allí á poco el específico dejó de surtir sus saludables efectos; recurrió al vino para vigorizarse, y al opio para calmar sus nervios; comenzó á tener dificultad para respirar; todos la creían atacada de consunción; y sus dolores de costado adquirieron tanta intensidad que tenía muchas noches que levantarse tres ó cuatro veces de la mesa de juego y dejar á la furia con quien la habían encadenado, para ir á su cuarto á tomar esencia de asta de ciervo. Si Fanny hubiese sido esclava negra, su amo la hubiera dispensado de trabajar; pero la Reina no dió muestras siquiera de advertir cuánto iba desmejorando su azafata, y la campanilla continuó resonando tres veces al día, para vestir á S. M. á las siete de la mañana, para volver á vestirla al medio día, y para desnudarla á las doce de la noche.

Entretanto, la sociedad elegante y literaria

de Londres comenzó á interesarse por Miss Burney y á indignarse contra su padre y contra la Reina. «¿Es posible—dijo una ilustre dama francesa al Doctor—que Fanny tenga un empleo tal que no se la conceda licencia para atender á su salud?» Horacio Walpole (1) la escribió demostrándole cuánto se interesaba por ella. Boswell, poseído de santa y caritativa indignación, casi forzó las consignas palatinas para verla. «¿Por qué seguir aquí, señora?—la dijo;—eso no puede ni debe ser; es preciso que renuncie usted su cargo. No queremos que siga usted así, y antes que consentirlo tomaremos medidas muy violentas, empezando por conminar al Dr. Burney para que cumpla con su deber.» Y lo propio entendían, aunque no por modo tan extremado, Burke y Reynolds. Windham habló en idéntico sentido al Doctor; y como lo viese indeciso todavía, exclamó: «Caeré sobre usted con todos los socios del club; que Miss Burney cuenta en él con entusiastas admiradores de su talento, y estoy cierto de que no me dejarán solo en este caso.» Este clamor general de simpatías hizo temer á la familia de Fanny que la hora menos pensada recibiese Mr. Burney algún agravio en público, tan grande como lo tenía merecido por su imperdonable locura palaciega, y además, como los médicos no le hablaron con rodeos, sino que lisa y llanamente le dijeron que su hija se moría irremisiblemente si continuaba en el

(1) Véase el tomo LXXXII de la BIBLIOTECA CLÁSICA titulado *Vidas de políticos ingleses.*—(N. DEL T.)

servicio, el amor paternal, la autoridad facultativa y la opinión de todo Londres triunfaron, al fin, de la monomanía cortesana del Doctor, el cual rogó á Fanny que dimitiese.

No sin gran esfuerzo, aunque se trataba de su vida, extendió Fanny la renuncia, y la entregó á la Reina. «Me costó mucho trabajo resolverme, dice el *Diario;* y me faltaban las fuerzas para dirigirme á S. M. con este objeto, viendo hasta qué punto parecía la Reina lejos de esperarla, pues, aun cuando varias veces me sentí mal en su presencia, y me costó no poco trabajo el sostenerme, harto comprendía que me había marcado por suya, en su fuero interno, de por vida.»

XVIII.

Al fin, sacando fuerzas de flaqueza, presentó su papel á la Reina, y estalló la tempestad, sólo que, como en la *Eneida*, Juno encargó á Alecto de su venganza; porque S. M. permaneció tranquila y amable, mientras que la señora de Schwellenberg habló y gesticuló como una loca de atar. ¡Qué insolencia! ¡Qué ingratitud! ¡Qué torpeza! ¿Qué pretendía con esto Miss Burney? ¿Caer acaso en desgracia de la real familia, y arrastrar á sus parientes á la misma ruina? ¿Perder las ventajas inestimables que traía consigo la protección de S. M.? ¿Renunciar á una multitud de privilegios que, una vez abandonados, no se recobraban ya nunca? ¿A qué fin

hablar de salud y de vida? Los que no podían vivir en Palacio, lo mejor que debían hacer era morir en él. Harto indicaban estas declaraciones que la renuncia de Fanny no se admitiría, como así sucedió, en efecto. Pero, entonces, los médicos esforzaron sus razonamientos, y los temores paternales del Dr. Burney cobraron tanto cuerpo y consistencia, que manifestó claramente y sin ambajes en una carta, escrita con la intención de que la leyese la Reina, que no había otro remedio sino era la salida inmediata de su hija de la Casa Real. La Schwellenberg volvió á montar en cólera, y á la misiva del Doctor siguió «una escena casi horrible», dice Fanny. «Y como estaba fuera de sí, añade, calificaba con los epítetos más violentos y despreciativos nuestra conducta. Estoy segura de que nos habría encerrado, á mi padre y á mí, en la Bastilla, si en Inglaterra hubiera existido tal indignidad, por ser el único lugar apropiado, en su concepto, para que volviésemos en nuestro acuerdo después de una empresa de tanto escándalo y atrevimiento como la que ambos acometimos contra la voluntad de la Reina.» Merecen llamar la atención estas palabras del *Diario* de Miss Burney, porque son las únicas contenidas en él en las cuales parece recordar su autora que había nacido en un pueblo libre, que no podía obligársele á servir contra su voluntad, y que tenía tanto derecho, si así le parecía conveniente, á vivir en Saint-Martin's Street, como la reina Carlota en Saint-James.

La Reina prometió, sin embargo, que pa-

sado que fuera su cumpleaños, quedaría libre la de Burney; pero no cumplió su palabra, y se molestó de que volviesen á recordársela, si bien dijo entonces que cesaría Fanny en su servicio al cabo de quince días. «Oí esto, dice, con un presentimiento tristísimo de no poder vivir quince días más en el estado de salud tan precario en que me hallaba..... A medida que se acercaba el momento de la separación, disminuía la cordialidad de la Reina, y advertía en ocasiones muestras muy evidentes del enojo que la causaba el verse contrariada en su convencimiento de que hubiera debido continuar á su servicio á todo trance. Con todo y así, estoy cierta de que, comprendiendo al cabo de cuán poco podría servirle si no mudaba de sistema de vida, cesó de parecerle mi deseo extraño, aunque sin aprobarlo por eso.» ¡Oh Reina magnánima y amable! ¡Cuánto candor no era necesario para convenir en que si ciertas gentes no hallaban suficientemente pagado el precio de su vida con la honra inestimable de ponerle y tirarle las medias, la falta que cometían por no tener conciencia de sus deberes no era, después de todo, contra naturaleza, sin dejar de ser por eso merecedora de censura y vituperio!

De nosotros diremos que nada nos extraña la indiferencia de S. M. por la vida de los demás, tratándose de la satisfacción de sus gustos; lo que sí nos sorprende, y no alcanzamos á comprender, es el gusto que pudiera tener S. M. en conservar á su lado á Miss Burney. En nuestro concepto, es probable que no fuese Fanny persona muy adecuada

para entender en el guardarropa de la Reina, á juzgar del desaliño de su persona; y en cuanto á su mérito como lectora ó poetisa, cargos que acumuló á las veces durante los cinco años que permaneció en la Casa Real, se nos antoja que S. M. hubiera podido hallar sin pena quien hiciese ambas cosas mejor que no ella, pues en lo primero no brillaba, y en lo segundo aún eran peores sus composiciones que las del poeta laureado (1). Acaso la

(1) En Inglaterra, el título de *poeta laureado* se creó el siglo XV, y se aplica á un poeta que designa el soberano, y á quien se da un sueldo de ciento veintisiete libras esterlinas anuales, y una pipa de vino de Jerez. Generalmente recompensa el Monarca por tal modo el talento superior de quien, demás de ser poeta, es persona grata al Gobierno. El *laureado* no tiene más obligación que escribir dos odas cada año: una con motivo del año nuevo, y otra para celebrar el aniversario del natalicio del Soberano. John Kay, contemporáneo de Eduardo IV (1441-1483), fué el primer titular de este oficio. Dryden también lo fué con el tiempo, si bien Jacobo II le suprimió el vino de Jerez por razones de economía. Aun cuando sólo existen *poetas laureados* con cargo al presupuesto en Inglaterra, también se otorgaron coronas oficiales á los poetas en Francia, Italia y Alemania: el Petrarca fué coronado en el Capitolio, y el Tasso mereció los mismos honores, no recibiéndolos en vida por haber muerto durante los preparativos de la fiesta; Maximiliano I fundó en Viena un colegio el año 1504, cuyos individuos debían designar el poeta que les pareciese merecedor de tamaña recompensa; y en Francia han sido muchos los laureados, por más que ninguno pueda clasificarse entre los grandes poetas de su patria. En España mereció esta honra Quintana, que fué coronado en Madrid, en el Senado, por Doña Isabel II, el 25 de Marzo de 1855.—(N. DEL T.)

economía que resultaba de esto, circunstancia muy atendible dado el carácter de la reina Carlota, influyó también mucho en su conducta de aquel entonces con Miss Burney. La cual, por verse libre de su oficio lo antes posible, hubiera renunciado, no sólo á una pensión de retiro, cosa en que no pensó nunca, sino á cuanto poseía. Pero S. M., que no ignoraba lo que decía el público á propósito de su azafata, y que sabía cumplir con los deberes de su dignidad, no podía, por decoro propio, dejar que una mujer de tanto talento, que renunció á una carrera brillante y lucrativa para servirla, que permaneció cinco años privada de libertad y esclava de su deber, y que había perdido la salud con el trabajo y las vigilias, saliese de su casa sin llevar consigo muestras evidentes de la regia munificencia. Por su parte, Jorge III, que pareció conducirse como persona bien educada, de bondadoso carácter y discreción siempre que se trató de Miss Burney, comprendió esto, y dijo claramente que tenía derecho á ser recompensada. Con efecto, al fin, y en pago de lo que hubo de sufrir y del sacrificio de su salud, se le señaló una pensión, no vitalicia, sino sujeta á la voluntad de Reina, de cien libras esterlinas anuales.

Entonces se abrieron las puertas de la cárcel, y Francisca se vió libre. Johnson hubiera podido, decía Burke, añadir una página muy notable á su poema sobre la vanidad de las pretensiones humanas, si hubiese vivido lo bastante para ver á su Fannykin (*Paquita*) cómo entró y cómo salió de Palacio.

XIX.

La libertad, la amistad, las afecciones de familia, los goces todos, en una palabra, que no había disfrutado en tanto tiempo, fueron algún espacio todavía causa de más daño en su cuerpo quebrantado y enfermo. La convalecencia fué lenta y resultado de la paz del hogar, del sosiego de los días, y del tranquilo y reparador reposo de las noches; y el régimen, los amigos de que se veía rodeada siempre, la conversación brillante y culta del círculo de sus buenas relaciones completaron la obra de la solicitud de la familia, y le hicieron olvidar poco á poco los tocados de la Reina y la mesa de juego de la Schwelenberg. Aconsejáronla viajar, y emprendió entonces una excursión á pequeñas jornadas, de catedral en catedral, y por los puertos y puntos de baños, y así, de New-Forest pasó á Stonehenge y á Wilton, y á las escarpadas riberas de Lyme, y al hermoso valle de Sidmouth, y de allí á Powderham Castle, y á las minas de Glastonbury Abbey, y á Bath, regresando de Bath á Londres contenta y en buena salud al acercarse la estación de invierno. Apenas llegada, fué á visitar su antigua cárcel, y halló con fiebre nerviosa y un tobillo dislocado á la persona que la reemplazó, pero ejerciendo su cargo sin tregua ni reposo.

Estaba, entonces, inundada la Inglaterra de

franceses fugitivos de la revolución. Habíase fijado una colonia de estos emigrados en Juniper Hall, en el Surrey, no lejos de Norbury Park, donde residía Mr. Lock, amigo íntimo de la familia de Burney. Fanny estuvo en Norbury Park, y la presentaron á los extranjeros. Pero, si bien es cierto que tenía grandes preocupaciones contra ellos, porque su *torysmo* aventajaba con mucho, no sólo al de Mr. Pitt, sino al de Mr. Reeves, y los huéspedes de Juniper Hall eran partidarios de la Constitución de 1791, y por tanto más odiosos á los realistas de la primera emigración que Petion y Marat, una mujer como Miss Burney no podía resistir largo tiempo á la fascinación que naturalmente había de ejercer sobre ella una sociedad tan escogida. Fanny había tratado con intimidad á Mrs. Montagu, á Mrs. Thrale, á Johnson y á Windham; pero tuvo que reconocer que hasta entonces no había oído hablar; como que allí se reunían para cautivar su ánimo la elocuencia más animada, la observación más fina, el ingenio más chispeante y la cortesía más exquisita, y que allí estaban Madame de Staël y Mr. de Talleyrand, y Mr. de Narbonne, distinguido representante de la aristocracia francesa, y el general D'Arblay, amigo y acólito de Mr. de Narbonne, persona dignísima y por extremo amable, de muy apuesta presencia, tan bizarro soldado como cumplido cortesano, y amante de las buenas letras.

Las preocupaciones que Fanny tenía contra los realistas constitucionales franceses, fueron disipándose rápidamente al ponerse

en contacto con estas personas. Oyó embelesada los diálogos de Mr. de Talleyrand y de Madame de Stael; hizo coro con Mr. D'Arblay para detestar á los jacobinos y para dolerse de la suerte de los Borbones; le dió lecciones de francés, se prendó de él, y lo tomó por marido sin más caudal que su modesta pensión de cien libras esterlinas.

El *Diario* da punto en esto por el momento, y nosotros terminaremos en breve nuestra relación, repasando rápidamente los sucesos más importantes que conocemos en la segunda parte de la vida de Madame D'Arblay.

Como el patrimonio del general D'Arblay había desaparecido en el naufragio general de la Revolución francesa, y en un país extranjero, cualesquiera que fuesen sus talentos, no podían ser eficaces á enriquecerlo, la obra de proveer á las necesidades de la familia correspondió á Fanny. En 1796 publicó por suscrición su tercera novela, titulada *Camila:* el público la esperaba con impaciencia, y acaso debido á esto le produjo más, á nuestro parecer, que hasta entonces había ganado ningún autor por una novela. Sin responder de la exactitud de la cifra y sólo á título de rumor, diremos que *Camila* le valió más de tres mil guineas (unos quince mil duros próximamente), y que, sin embargo, no alcanzó nunca la celebridad que lograron *Evelina* y *Cecilia*, no sin justa causa, porque fuerza es reconocer que si en cuanto á la vida y al movimiento de los personajes no desmerecía de sus precursoras, y que la pintura de los caracteres era de mano maestra, la decadencia

no podía ser más manifiesta en lo que hace á la gracia y la pureza del estilo.

Hemos oído decir también que se representó por aquel tiempo, aunque sin éxito, una tragedia de Madame D'Arblay. No sabemos si llegó á imprimirse; pero es lo cierto que no hemos podido hacer ninguna investigación acerca de su historia ni de su mérito.

Durante la corta tregua que siguió á la paz de Amiens, Mr. D'Arblay se trasladó á Francia, y apoyado de Lauriston y de La Fayette solicitó del Gobierno francés su reingreso en el estado mayor del ejército, y obtuvo la promesa de que así se haría; mas como el General insistiese en que no se le obligase nunca, en ningún caso, á servir contra los compatriotas de su mujer, el primer Cónsul no quiso naturalmente que volvieran á decirle más palabra sobre el asunto, y mandó que lo diesen de baja en definitiva.

Madame D'Arblay se reunió á su marido en París poco antes de comenzar la guerra de 1803, y continuó en Francia por espacio de diez años consecutivos, hasta que, al cabo, mientras Napoleón iba sobre Moscou, logró de sus Ministros, no sin gran esfuerzo, que la diesen permiso para regresar á su patria con su hijo, que había nacido en Inglaterra, llegando á punto de recibir la última bendición de su padre, que pasó de esta vida á la edad de ochenta y siete años. En 1814 publicó el *Wanderer*, última novela que dió á luz, y cuyo mérito es tan escaso, que los amigos discretos de la memoria de su autor no intentaron siquiera sacarla del olvido en que

cayó. El mismo año envió á Cambridge su hijo Alejandro. Este joven alcanzó entre los compañeros de su año un lugar preferente, obtuvo una beca para Christ's College, y logró que su reputación universitaria fuese mucho mayor de lo que pudiera esperarse de sus triunfos académicos, porque, á decir verdad, no lo había preparado su educación francesa á los fuertes exámenes que impone el consejo universitario de Inglaterra, si bien algunos de los que fueron condiscípulos suyos nos han asegurado que pocos podían compararsele tratándose de matemáticas puras. El joven D'Arblay abrazó el estado eclesiástico, y cuando creía su madre que lograría verlo alcanzar fáma de orador sagrado, tuvo el desconsuelo de perderlo en la flor de sus días. Por lo demás, cuanto hemos oído decir de él nos hace creer que fué el hijo que merecía una madre como la suya. En 1832 publicó Madame D'Arblay sus *Memorias* de Mr. Burney, y el 6 de Enero de 1840 falleció á la edad de ochenta y siete años.

XX.

Pasemos ahora de la vida de Madame D'Arblay á sus escritos, y comencemos diciendo que no se puede diferir mucho de opinión en cuanto á la naturaleza de su mérito, por más que se difiera en cuanto al que se la suponga, porque, como decía Johnson, tenía, en toda la extensión de la palabra, el

privilegio de trazar caracteres, y que en el desarrollo de las pasiones y de las veleidades humanas brillaba de tal suerte, que antes parecía realizarlo por modo extraordinario, cual si poseyera un don para ello, que no por obra de arte.

Mas, para el mejor desempeño de nuestro cargo de Rey de Armas conocedor de las pragmáticas de la prerrogativa literaria, y para que llevemos á Madame D'Arblay al lugar que por derecho la corresponde, fuerza será que hagamos investigación más profunda que no la hecha.

Hay un punto en el cual es muy notable la relación que existe entre la fisonomía del hombre y su inteligencia; no hay dos fisonomías iguales, y sin embargo son muy contadas las que se apartan mucho del tipo ordinario: en un millón de hombres no habrá un solo individuo á quien tome por otro un amigo, y no obstante es posible permanecer una hora y dos, y más, viendo desfilar centenares de criaturas humanas sin descubrir una sola cuya fisonomía ofrezca un rasgo tan extraordinario que nos volvamos para mirarla; que si la variedad es infinita dentro de límites no distantes entre sí, las muestras que rebasan de estos límites, por uno ú otro lado, constituyen escasa minoría. Lo propio acontece con el carácter de los hombres, porque si en esto es también infinita la variedad, y excede á la ponderación, los casos en los cuales las diferencias se apartan del tipo común hasta el punto de ser extraordinarios ó grotescos, son muy raros. La codicia predomina en éste, el

orgullo en el otro, el amor á los goces materiales en aquél, precisamente y de igual modo que la nariz es el rasgo más característico de esta fisonomía, y la frente ó la boca de aquella ó esotra; viéndose, por el contrario, pocas caras en las que la boca, la frente ó la nariz no contribuyan, aun cuando en grados diferentes, al efecto general, de igual modo que hay pocos caracteres en los cuales se desarrolle una sola predisposición hasta el punto de obscurecer y borrar completamente las demás.

Es indubitable que un pintor de retratos que no supiera reproducir sino fisonomías y personajes parecidos á los que se enseñan al público á son de tambor ó de trompeta y pagando la entrada, no podría ciertamente, por expresiva que fuese su ejecución, colocarse nunca entre los artistas de primer orden, y que sería necesario clasificarlo muy por debajo de aquellos cuyo talento consiste en apoderarse de particularidades que no llegan hasta la deformidad; talento que luce tanto más, cuanto menos evidentes son esas particularidades y mejor las traslada al lienzo. Hacer el retrato de un esqueleto, de los hermanos Siameses, ó de cualquier contrahecho, y hacerlo de modo que quien lo vea comprenda cúyo es el original, es empresa ocasionada para un pintor de muestras, porque cualquiera que lo sea es capaz de reproducir una joroba ó una de esas narices prominentes que se levantan entre dos mejillas como valladar insuperable. Para lo que sí hace falta más habilidad es para retratar á dos hombres de fisonomía correcta y de gran parecido entre

sí, y hacerlo de tal suerte que cuantos hayan podido verlos una vez, sin vacilar los reconozcan sin confundirlos. Pues si con estos tipos nada puede por ingenioso que sea el caricaturista, porque frentes despejadas, perfiles regulares y facciones esculturales nada ofrecen que se preste á la sátira del pincel, en cambio presentan en la unidad aquella variedad característica y propia de cada uno, y que no por consistir en rasgos y tonos delicados, que sólo aciertan á dar los pinceles de primer orden, dejan de constituir la fisonomía propia de cada uno y de fijar la diferencia que los separa y hacer que no puedan confundirse uno con otro.

Estas diferencias las hallamos igualmente en todas las artes de imitación. Foote (1), por ejemplo, era un mímico de primer orden, incomparable para las burlas; pero no se asi-

(1) Artista dramático y autor cómico inglés, apellidado por sus compatriotas el *Aristófanes moderno*. Su ingenio y su gracia eran tan extraordinarios cuando remedaba ó criticaba con sus burlas los defectos de los demás, «que no había medio humano—dice Johnson, que no era de los mejor dispuestos en favor suyo—de contener la risa.» Todos sus biógrafos convienen en esto, y en que, una vez en el uso de la palabra, se dejaba llevar de su espíritu cáustico, mordaz y burlesco, sin perdonar nada ni á nadie, lo cual le valió grandes disgustos y no pocos enemigos.

Dió veintidós comedias al teatro. En 1778 se publicó en Londres la colección de ellas en cuatro volúmenes. Sus *Memorias* las dió á la estampa en 1805 Mr. W. Cooke (tres volúmenes). Están llenas de anécdotas y episodios tan salados que hacen de su lectura divertidísimo pasatiempo.—(N. DEL T.)

milaba nunca otra cosa de quien quería remedar sino alguna particularidad extraña: la tartamudez, el acento, el andar, el aire del cuerpo. «Si hay—decía Johnson—uno que salte sobre un pie, Foote saltará igual.» Garrick, por el contrario, cogía al vuelo esas diferencias de modales y de pronunciación que, no obstante ser características en sumo grado, son demasiado leves para poder describirse. Es indudable que puesto Foote á remedar una plática entre un escocés y un campesino del condado de Sommerset, habría hecho reir universalmente á todo el público de Haymarket; en cambio, Garrick hubiera podido imitar una conversación entre dos hombres de buena sociedad, que ambos hubieran recibido la mejor educación, entre Lord Chesterfield, por ejemplo, y Lord Albermarle, de tal modo que nadie hubiera puesto en duda quién era cada uno de los interlocutores, y sin que tampoco pudiese decir nadie que Lord Albermarle ni Lord Chesterfield decían una palabra ni hacían un gesto que no fuese propio de personas de la mejor educación.

La misma diferencia se halla en los dramas y en las narraciones imaginadas. Shakspeare es el primero entre cuantos han representado la naturaleza humana por medio del diálogo, y la variedad de sus creaciones, como la variedad de la naturaleza, es infinita en diversidad y sin una monstruosidad casi. Los caracteres que pone en escena, y que dejan en nuestro ánimo una impresión tan viva como las personas mismas con las cuales vivimos en contacto familiar, pueden contarse por do-

cenas, y, sin embargo, apenas se hallará en este número un carácter que se aparte mucho de la generalidad, y que pudiéramos llamar muy excéntrico si lo encontrásemos en la vida real; que la insulsa especie de que cada hombre sólo tiene una pasión dominante, y que una vez descubierta sirve para explicarnos todos los misterios de su conducta, no la sustenta Shakspeare en su teatro; como que en él aparece el hombre tal cual es, compuesto de una muchedumbre de pasiones que luchan entre ellas para triunfar de su alma y que lo gobiernan sucesivamente. ¿Cuál es, si no, la pasión dominante de Hamlet? ¿Cuál la de Otello, ó la de Enrique V, ó la de Wolsey, ó la de Lear, ó la de Shylock, ó la de Benedicto, ó la de Macbeth, ó la de Casio, ó la de Falconbridge, y así sucesivamente? Pero concretémonos un espacio, por ejemplo, en Shylock. ¿Le importa el dinero tanto que sea indiferente á la venganza? ó ¿le importa la venganza tanto que sea indiferente al dinero? ó ¿le importan el dinero y la venganza por tal modo que sea indiferente á la honra de su nación y á la ley de Moisés? Nada menos que eso, sino que sus inclinaciones, sus instintos, sus deseos, se hallan tan mezclados y confundidos unos con otros, que si nos propusieramos deslindarlos, tropezaríamos con la misma dificultad que en la vida real. Porque si un crítico superficial dice que la pasión dominante en Shylock es el odio, podrá preguntársele: ¿cuántas pasiones se amalgamaron para formar ese odio? En parte, es resultado de su orgullo herido, pues Antonio lo llamó

perro; y en parte, de la codicia, pues Antonio le impidió ganar medio millón, y cuando Antonio no exista, ya no tendrán límites los beneficios de sus tratos usurarios; en parte, también es resultado del espíritu nacional y religioso, pues Antonio le escupió la túnica judía, y el ofendido juró venganza por el santo sábado hebreo. Y de igual modo podríamos considerar en detalle todos los caracteres citados, y cincuenta más aún, porque Shakspeare tiene por hábito constante representar el humano espíritu cual si estuviera gobernado, no por el poder absoluto de una inclinación dominante, sino por un conjunto de pasiones diversas que se contrabalancean unas á otras; como que por admirable que sea en todas las partes de su arte, lo admiramos principalmente por habernos dejado mayor número de retratos notables que los demás autores dramáticos reunidos, sin que acaso haya en esa colección una sola caricatura.

Pero si Shakspeare no tuvo igual ni segundo, entre los escritores que, bajo el punto de vista que acabamos de indicar, se acercan más á la manera del gran maestro, puede colocarse sin vacilación alguna á Juana Austen, orgullo y gloria de Inglaterra, que nos presenta en sus obras una multitud de caracteres vulgares, si se quiere, bajo cierto aspecto, y parecidos á los que hallamos á cada paso en la vida, y que son, sin embargo, tan diferentes unos de otros cual si fueran las criaturas humanas más excéntricas. Hay entre ellos, por ejemplo, cuatro ministros del culto, que á nadie sorprendería ver

en otros tantos presbiterios del reino, y son: Mr. Ferrars, Mr. Filney, Mr. Bertram y Mr. Elton: todos pertenecen á lo principal y más selecto de la clase media; todos están perfectamente bien educados; todos viven sujetos al rigor de la misma profesión sagrada; todos son jóvenes; ninguno de los cuatro tiene manía, ni tema favorito, ni pasión dominante; y á pesar de tan insípida semejanza como existe aparentemente, á primera vista, entre los cuatro, cada uno de los jóvenes teólogos es distinto de sus reverendos hermanos. Y estas diferencias las crea Miss Austen por medio de pinceladas tan tenues y suaves que no es posible analizarlas, ni describirlas, ni conocerlas sino por el efecto general que contribuyen á dar.

Á nuestro parecer, es necesario trazar una línea de demarcación entre los artistas de este orden, y los poetas ó autores de novelas cuyo talento consiste sólo en describir lo que Ben Jonson (1) llamaba manías. Pero las

---

(1) Renombrado poeta dramático inglés, que nació en Westminster, en 1574, amigo de Shakspeare, Fletcher, Beaumont, Selden, Donne y Chapman, y muy protegido de Jacobo I. Carlos I le señaló una pensión de cien libras esterlinas al año. Campbell en su *Ensayo sobre la poesía inglesa* clasifica á Ben Jonson, como erudito y poeta, inmediatamente después de Milton. Su estilo—dice Lafond—es enérgico; su prosa, elegante; su versificación, correcta; su pensamiento, claro y perceptible á todos. Con menos imaginación y poesía que Shakspeare, Jonson le aventaja en buen gusto: ambos son realistas; pero, mientras Shakspeare propende á remontar su espíritu y aspira á lo bueno y á lo bello, Jonson no

palabras de Ben expresan su pensamiento y el nuestro con tanta exactitud que no podemos prescindir de citarlas. «Cuando—dice—una tendencia particular domina y posee á un hombre hasta el punto de atraer todas sus afecciones, sus espíritus y sus potencias como otros tantos afluentes que siguen la misma dirección y llevan el mismo rumbo, débese calificar esto de manía (1).» Es indudable que

---

aparta sus ojos de las flaquezas humanas y las escarnece, si bien es cierto que lo hace con tanto arte y con tan feliz ingenio que, leyéndolo, nos hacemos cómplices de sus agresiones, y nos recreamos con sus sarcasmos y sus burlas.—(N. DEL T.)

(1) «When some one peculiar quality
Doth so possess a man, that it doth draw
All his effects, his spirits, and his powers,
In their confluxions all to run one way,
This may be truly said to be a humour.»

Humour no es manía en todos los casos, aunque sí en éste, como fácilmente comprenderá el lector; que así es posible traducir la palabra inglesa por *manía* en ciertas ocasiones, como por *capricho*, *humorada*, *fantasía*, *ingenio*, *carácter*, *índole*, *natural*, *bufonada*, *extravagancia*, *chiste*, *jocosidad*, etc., en otras. Por lo demás, el *humour* es una singular manera de ser del espíritu, original y casi exclusiva de los ingleses, y la que da casi todo su sabor á gran número de sus producciones literarias; «como que significa el género de talento, según dice Taine, que puede distraer á los hombres del Norte.» Definirlo es obra difícil; pero si tenemos en cuenta la principal aplicación que se hace del *humour*, casi podremos decir que, en la generalidad de los casos, vale tanto como *ironía* en castellano. Ninguno más *humorist* que Thackeray, entre los ingleses, y en verdad que ninguno resulta, bien traducido en castellano, más *irónico* que él.—(NOTA DEL T.)

hay gentes en las cuales una manía como las que define Ben ha logrado adquirir completo ascendiente: la desaforada codicia de Elwes (1); el insensato deseo de Sir Egerton Brydges de conseguir un título al que no tenía mejor derecho que á la corona de España; la malevolencia que largas meditaciones acerca de imaginarias injusticias engendró en el carácter sombrío de Bellingham, son ejemplos que lo demuestran, así como el celo que animó á Clarkson y á otros hombres virtuosos contra la trata de negros y la esclavitud, también lo son, aunque de orden más digno de respeto.

Existiendo estas predisposiciones, parécenos innegable que han de ser asuntos ocasionados á la imitación del arte, si bien es igualmente innegable que la imitación de tales predisposiciones, no nada frecuentes en la vida real, por hábil y amena que pueda resultar, sobre que no es empresa del orden más elevado, tampoco deberá de introducirse indiscretamente, sino con grandísima cautela y discreción, en las obras que aspiran á ser pintura fiel de la vida. Tanto es así, que si un

---

(1) Llamábase Juan Meggot, y, aparte de su avaricia, era persona muy apreciable por sus antecedentes personales y su brillante educación. Heredó de su padre unos siete millones de pesetas y otro tanto de un tío, y dejó al morir proximamente veinticinco millones. Su tacañería fué tal, que se alimentó siempre de carnes de desecho para comprarlas más barato, y que no se limpiaba el calzado porque temía deteriorarlo con los cepillos. Murió en 1789, y su fama es proverbial en Inglaterra.—(N. DEL T.)

autor despliega grandes dotes de ingenio en la descripción de esas predisposiciones, podrá merecer por ello ser colocado entre los clásicos y en alto asiento; pero aun habrá de prepararse sillón más preferente y visible, con solio y cojines, para esos ilustres y muy contados escritores que han sobresalido y brillado en el arte por todo extremo difícil de pintar caracteres en los cuales ningún rasgo es prominente al exceso.

XXI.

Si hemos logrado explicar bien la regla, sin dificultad conseguiremos aplicarla al caso particular que nos ocupa. Madame d'Arblay apenas nos ha dejado otra cosa que sus estudios acerca de tal ó cual de estas predisposiciones; como que casi todos los personajes de sus novelas tienen cierta tendencia, con carácter de achaque, á padecer de *humour* en cualquiera de sus manifestaciones. En *Cecilia*, por ejemplo, Mr. Delvile no abre jamás la boca sin hacer alusiones á su alcurnia y al rango que ocupa en la sociedad; ni Mr. Briggs sin hablar de la acumulación del dinero; ni Mr. Hobson sin dejar entrever cuánto un hombre improvisado, envanecido de sus riquezas, se precia de sí propio y de lo que posee; ni Mr. Simkins sin hacer alguna observación servil, ocasionada siempre á captarle confianzas y benevolencias en su clientela; ni Mr. Meadows sin manifestar de algún modo

indiferencia y cansancio de la vida; ni Mr. Albany sin declamar sobre los vicios de los ricos y los sufrimientos de los pobres; ni Mrs. Belfield sin alabar á su hijo de algún modo inoportuno; ni Lady Margaret sin demostrar continuamente que su marido la pone celosa. Morrice no es más que un vivaracho impertinente; Mr. Gosport, la personificación del sarcasmo; Lady Honoria, una bachillera con ingenio, y Miss Larolles, otra bachillera sin él. Si Madame d'Arblay aspiró á más, en nuestro concepto, no logró su objeto.

De consiguiente, nos vemos en el caso de no concederle asiento en la primera fila del arte; pero no podemos negar que en el puesto que le corresponde tuvo pocos iguales, y acaso ninguno superior. La diversidad de predisposiciones representadas en sus novelas es inmensa, y aun cuando el lenguaje de cada persona en particular sea monótono, el efecto general resulta lleno de vida y agradable. Sus intrigas, consideradas como tales intrigas, son inverosímiles por extremo, y están toscamente fraguadas; pero se hallan dispuestas de una manera tan admirable, que sólo ellas tendrían eficacia para poner de relieve los grupos que presenta de caracteres excéntricos, dirigido el de cada individuo por su manía propia, expresándose en su jerga especial, y dando su ridiculez particular á la general la luz y el tono necesarios para que aparezcan todos convenientemente al efecto propuesto. Pongamos un ejemplo, haciendo abstracción de las probabilidades que ha sido

preciso violentar para reunir en la misma vivienda nada menos que á Delvile, Briggs, Hobson y Albany; que una vez allí, nos olvidaremos de las probabilidades con el espectáculo verdaderamente chistoso que resulta del conflicto de cuatro viejos lunáticos, poseído cada uno de una monomanía personal, y que habla un dialecto propio, y que sobrexcita y exalta y descompone á sus interlocutores cada vez que abre la boca.

El género cómico era una de las especialidades en que más sobresalía Madame d'Arblay; pero es indudable, á juzgar de ciertos pasajes de *Cecilia* y de *Camila*, que también hubiera podido alcanzar el mismo éxito en el género patético. Y no decimos esto por las escenas de angustia suprema que preceden á la catástrofe en ambas novelas, sino por ciertos pasajes penetrados de ternura natural de que se hallan salpicadas ambas novelas, por ejemplo, la relación que hace Mrs. Hill de la muerte de su niño en *Cecilia*, y la despedida de Sir Hugo Tyrold y de Camila, cuando el bizarro baronet se cree á punto de morir.

Desgraciadamente, toda la fama de Madame d'Arblay descansa en lo que publicó durante la primera parte de su vida, porque cuanto escribió en los cuarenta y tres años que precedieron á su muerte, sólo sirvió á desacreditarla, sin que por eso se entienda que tenemos ningún motivo para creer que cuando llegaron á completa madurez sus facultades sufrieran algún menoscabo. En *El Viajero* descubrimos á veces destellos de su talento; pero ni en este libro ni en las *Me-*

morias de su padre hay rastro siquiera de flaqueza intelectual; y si ninguna de las dos obras vale la pena de leerse, no es porque haya mermado el ingenio del autor, sino porque se ha pervertido de todo en todo, sufriendo, en cuanto al estilo, un cambio gradual, pernicioso por extremo, y sin ejemplo en la historia literaria hasta el extremo que llegó en ella. Y como entendemos que acaso pueda ser de alguna utilidad referir el progreso de esta revolución, lo haremos en breves palabras.

Cuando escribía sus cartas á Mr. Crisp, el *Diario* de su juventud y su primera novela, no era, en verdad, su estilo, enérgico ni brillante; pero era fácil y claro y estaba exento de faltas graves. Cuando escribió *Cecilia* remontó más el vuelo. Para entonces había frecuentado ya mucho el círculo cuyo centro era Johnson, y ella una de sus adoratrices. Y tanto y tan humildemente reverenciaba Fanny al ídolo, que no veía ninguno de sus defectos, ni alcanzó nunca que, ni aun en sus mejores obras literarias, fué sin tacha el estilo de Johnson, ni que, aun habiéndolo sido, no fuese indiscreto en ella el imitarlo; porque la fraseología que puede convenir á una disertación sobre las unidades, ó al prefacio de un diccionario, acaso y sin acaso esté fuera de lugar en una novela de costumbres; como que ni los viejos critican las modas reinantes, ni los jóvenes galantean á las damas con epítetos que vayan su camino meciéndose al modo de santos en procesión, ni con la cadencia sonora que suelen y pueden usar con éxito feliz los buenos

escritores en circunstancias de mucha solemnidad.

En hora menguada tomó por modelo al *Rambler* el autor de *Evelina;* pues, si aun cuando hubiera podido imitar á su maestro tan perfectamente como Hawkesworth, habría hecho mal, ¿qué decir de su intento cuando hasta esa imitación excedía de sus facultades? Fanny, que tenía estilo propio bastante bueno, y que sin mucho esfuerzo de su parte hubiera podido llegar á ser excelente, determinó de abandonarlo y adoptar otro en el cual lo primero que necesitaba para lucir era ganar una casi milagrosa batalla sobre la naturaleza y la costumbre; y con todo, si lograba dejar de ser Fanny Burney, después, literariamente hablando, no conseguiría transformarse por méritos de la empresa en Samuel Johnson.

El cambio de manera comenzó á despuntar en *Cecilia;* si bien la imitación de Johnson en *Cecilia*, sin ser siempre del mejor gusto, es á las veces felicísima, siendo muy contados los lugares que se hacen desagradables en fuerza de verbosidad. Decían algunos entonces por lo bajo que Johnson había prestado auxilio á su joven amiga, y que la novela le debía sus mejores pasajes; pero estos discursos no eran otra cosa sino suposiciones malévolas de la envidia, porque las verdaderas cualidades de Miss Burney se hallaban tan fuera del alcance de Johnson, como las verdaderas cualidades de Johnson se hallaban fuera del alcance de Miss Burney; que hubiera sido tan imposible al uno escribir la es-

cena de las máscaras ó la de Vauxhall, como á la otra escribir la vida de Cowley ó el artículo sobre Soame Jenyns. De lo que no tenemos duda es de que revisó las cuartillas ó las pruebas de *Cecilia*, y de que retocó el estilo de la novela en muchas partes; lo cual nada tiene de extraño, porque Johnson no escaseaba los servicios de este género á sus amigos, si los solicitaban, como aconteció con Goldsmith, Boswell, Lord Halles, Hawkesworth, Mrs. Williams, y hasta con Mr. Crabbe, cuyos versos corrigió sin haberlo tratado nunca. Cuando Fanny pensó escribir una comedia, la prometió buenos consejos, si bien advirtiéndole de pasada que no era el teatro su especialidad. Y si esto hacía Johnson con quienes no estimaba del modo que á Miss Burney, y si le brindaba con su auxilio hasta para obras en proyecto, no hay dudar que hubiera publicado ella una obra importante sin consultarlo, demas que repasando las páginas de *Cecilia*, vemos en aquellos pasajes más elevados la inequívoca huella de su mano. Antes de terminar este artículo citaremos dos ó tres lugares.

XXII.

Más adelante, cuando Madame d'Arblay volvió á presentarse al público en calidad de escritora, se hallaba en situación muy diferente, y ya no se contentó con el estilo liso y llano de *Evelina;* pero, como no contaba con

el amigo que dió vigor y brillo á la factura de *Cecilia*, fué necesario que imitase á Johnson sin él, y esto dió por resultado que todos los períodos que quiso embellecer en *Camila* fuesen detestables, y que sólo se haya librado la obra de caer en el mayor descrédito merced á la contextura por extremo admirable de las escenas en que se limitó á ser sencilla y familiar.

Pero aun debía de caer más bajo, porque después de la publicación de *Camila* residió Madame d'Arblay diez años en París, durante los cuales no hubo casi relaciones entre Francia é Inglaterra, pudiendo decirse que apenas lograba cruzar el Canal alguna que otra carta de vez en cuando; y como todas sus conversaciones pasaban en francés, y escribía, y hablaba, y pensaba de igual modo, empeoró su estilo en el idioma patrio. Ovidio dijo que un destierro de menos duración habría sido muy perjudicial á la pureza de su latín; Gibbon no estuvo tanto fuera de Inglaterra y olvidó su antigua manera de hablar; Madame d'Arblay, que ya importó en Francia un estilo corrompido, volvió á su país haciendo uso de una algarabía indefinible. Si pudiera decirse el *johnsonés* como decimos el francés ó el inglés, diríamos que Madame d'Arblay escribía entonces una manera de *johnsonés* en decadencia, una especie de jerigonza bárbara, que así era al lenguaje de *Rasselas*, como el guirigay de los negros jamaicos al inglés de la Cámara de los Lores; estilo singular y raro que nos recuerda los más insulsos pasajes de las novelas de Mr. Galt, las peroraciones

de Exeter Hall, los grandes artículos del *Morning Post*, y más que todo esto los anuncios del perfumista Rowland y del Dr. Goss. Poco importa saber cúyas sean las ideas que se presentan con semejante atavío, porque ni el ingenio de Shakspeare ni el de Bacon reunidos podrían salvar de la burla universal una obra escrita de tal modo.

Para que nuestros lectores comprendan cuánto diferían entre sí los tres estilos de Madame d'Arblay, y juzguen mejor de la diferencia, nada será más eficaz que ponerles muestras de ellos delante de los ojos. Las líneas que siguen pertenecen al libro de *Evelina*, escrito por Fanny antes de tener amistan con Johnson:

«Su hijo—dice—parece ser de menos inteligencia y de carácter más alegre; pero su alegría es la del colegial travieso y demasiado crecido para su edad, que se divierte haciendo ruido y fastidiando á los demás. No quiere á su padre á causa de su laboriosidad y de su afición al dinero, aun cuando no parezca tener talento, ni aptitud, ni arranques, ni generosidad que lo eleven por sobre el nivel de los negocios ó del dinero. Su mayor complacencia consiste, á lo que parece, en molestar y poner en ridículo á sus hermanas, que le pagan con desprecios. Miss Branghton, la hija mayor, no es fea precisamente; pero tiene un aire altanero, de mal humor y de persona satisfecha de sí misma; detesta la ciudad sin saber por qué, pues fácilmente se comprende que no ha vivido nunca en otra parte. Miss Polly Branghton es bastante bonita, pero

muy tonta, muy ignorante, muy atolondrada y muy buena muchacha, que yo sepa.»

No diremos que sea éste buen estilo; pero sí que es sencillo, claro y agradable. Vengamos ahora á *Cecilia*, novela que Fanny escribió durante su intimidad con Johnson, y nuestros lectores juzgarán si, al menos, Johnson no corrigió el siguiente pasaje:

«Se trata, pues, de un mal, antes imaginario que verdadero, y de una herida profunda para el orgullo, sin que ofenda por eso la moral. Con esto digo lo bastante para que lea usted en mi corazón, porque le he confesado mis perplejidades, declarado mi vanagloria y expuesto con igual sinceridad el origen de mis dudas y el motivo de mi resolución. Ahora, sin embargo, no sé cómo proceder, porque tiemblo cuando considero las dificultades que aun me restan que vencer, y apenas si me atrevo á pedir lo que tanto me importa lograr. Mi familia, que confunde la ambición con el honor, y las distinciones sociales con la dignidad, tiene, desde hace largos años, proyectado para mí un brillante casamiento hacia el cual va empujándome, y que si ya no ha conseguido es porque mi repugnancia invencible á contraerlo ha sido eficaz á que no insistan en sus gestiones, si no á que desistan de ellas; estando cierta de que no darán oídos á ningún proyecto que contraríe los suyos. Así es que temo intentar aquello de cuyo éxito desespero anticipadamente y que no sé cómo pedir á los que pueden sellar mis labios con un mandato.»

Demos ahora una muestra del último es-

tilo de Madame d'Arblay. He aquí cómo da cuenta del reuma que contrajo su padre al regresar del continente:

«Asaltóle durante su precipitado regreso, que se verificó en el período álgido del conflicto invernal de los elementos, cruel dolencia, y esto unido á las molestias de incómodas posadas y á otros mil accidentes propios de las circunstancias, lo puso en el trance de las implacables torturas del reuma espasmódico más agudo, siendo tales sus ímpetus que apenas le consintieron llegar á sus lares, donde quedó sujeto á cuidadoso y prolongado encierro y encadenado al lecho del dolor. Estos y no otros fueron los impedimentos que hicieron doblegarse momentáneamente, sin lograr quebrantarla sin embargo, la naciente alegría de sus esperanzas al ingresar en nueva carrera: la de aplaudido literato; porque fué postrado á los embates de su dolencia, y cuando trocaba los vinos ligeros de Italia, Francia y Alemania por las negras y repugnantes pócimas de la farmacopea, y en medio de los agudos dolores que lo atenazaban y de la hirviente fiebre que lo consumía, cuando llegó á la plenitud de la fuerza del sublunar equilibrio que parece hallarse siempre como suspendido sobre quienes se avecinan al logro de rara y anhelada felicidad, que llega en el momento preciso de su madurez y cuando parece que ha de hacer explosión en mil satisfacciones.»

He aquí ahora un segundo pasaje de *Evelina:*

«Mrs. Selwyn es muy buena y muy atenta

conmigo. Tiene felicísimo ingenio, tanto, que casi podría decirse que su inteligencia es varonil; pero, desgraciadamente, sus modales merecen el mismo epíteto, porque, trabajando por adquirir los conocimientos de los hombres, ha perdido por completo la gracia y los encantos de la mujer. Por lo que á mí respecta, como no tengo valor ni voluntad de discutir con ella, no me he resentido nunca de su falta de dulzura, por más que con las mujeres que carecen de esa virtud, esencialísima del carácter femenil, me halle más contrariada y menos á mi gusto que con un hombre brusco.»

Esta manera es buena en su género. La del siguiente pasaje de *Cecilia* también lo es, sin que por eso la llamemos perfecta, aunque sí que es de Johnson ó del Diablo:

«Hasta el altanero Mr. Delvile ha estado aquí menos insufrible que en Londres. Vivía tranquilo en su castillo, mirando á su alrededor con un orgullo de posesión y de poder que, al propio tiempo que lo hinchaba de vanidad, lo suavizaba, quitándole angulosidades. Nadie le disputaba la superioridad que pretendía tener, y por eso no hallaba obstáculos como en Londres, donde abundaban sus competidores. Ni tampoco tenía rivales que pudieran molestarlo, porque cuantos allí había eran feudatarios suyos ó huéspedes que cedían á su voluntad, y por tanto cedía de su altivez y al menos demostraba cortesía con las gentes.»

Ciertos estamos de que no se hallará un trozo igual ni parecido al que acabamos de

citar en ninguna de las obras de Madame D'Arblay, excepción hecha de *Cecilia*. Comparémoslo al ejemplo siguiente del último estilo que tuvo:

«Si hemos de juzgar de la beneficencia por la felicidad que proporciona, ¿qué títulos podrían ostentarse más sublimes que los de Mrs. Montagu cuando celebraba con tanta munificencia su cumpleaños, dedicándola á esos desdichados obreros que desempeñan el más abyecto de los oficios lícitos, cuál es de ser custodios de nuestros incendiados hogares? No es, pues, á la vanagloria, sino á la bondad de corazón, á lo que debemos de atribuir la publicidad dada á este acto de magnífica y espléndida caridad que valía á sus ennegrecidos objetos ese mínimum de una radiosa mañana, durante la cual dejaban de mirarse como seres miserables degradados y excluídos de todo trato social.»

Para concluir con las citas, añadiremos aún dos ejemplos más cortos. Como Sheridan no quisiera que su mujer, tan renombrada por su hermosura, luciera su voz en público, y Johnson lo aprobase por ello, «el doctor, dijo Madame D'Arblay, era el último que hubiera alentado personalmente la indiferencia hacia las delicadezas del decoro por medio de un abuso destructivo de los esfuerzos del talento.»

El otro ejemplo es este. El célebre *Club*, el *Club* de Johnson (1) había excluído de su

(1) El *Club* llamado de Johnson lo fundó en 1764. En un principio constó de ocho socios, ami-

seno por motivos políticos á dos individuos respetables, *tory* el uno, *wohig* el otro, y Madame D'Arblay da cuenta del suceso en esta forma: «Una ebullición de odios políticos, semejante á la que fué vencida con tanta dificultad cuando se trató de Mr. Caning, desbordó sus espumas alrededor de la urna del escrutinio y dió por resultado la exclusión de Mr. Rogers.»

En la jerigonza de Madame D'Arblay, un delito que mereciese prisión correccional se denominaba *crimen engendrador de prisión.* Morirse de hambre es *caer por inanición en el no ser.* Sir Isaac Newton es *el revelador de los cielos por los impulsos que sirven á sus fuerzas para incorporarse;* además nos cuenta que Mrs. Thrale, cuando veía silenciosos á varios hombres de talento, *se impacientaba del enojo que le producía una taciturnidad que, en un círculo de tan célebres interlocutores, producía somnolencia tan narcótica como la que hubiera podido causar la mas estéril carencia de todas las facultades humanas.*

A decir verdad, no es posible leer una sola página de las últimas obras de Madame

---

gos íntimos del fundador, que se reunían á cenar los lunes. Entre ellos figuraban Burke, Reynolds, Goldsmith y Gibbon. Hoy es uno de los más importantes de Londres, pues pertenecen á él los principales artistas, literatos y hombres políticos del país. Lord Macaulay comía en él siempre que asistía al Parlamento. El día que se celebró el centenario de su fundación, propuso y obtuvo Lord Stanhope que se denominase definitivamente *Club de Johnson,* en vez de *Club literario,* en memoria del que lo estableció.— (N. DEL T.)

d'Arblay sin hallarla transformada en un jardín de flores retóricas de esta especie; como que nada semejante al novísimo *eufuismo* (1) suyo podrán hallar los aficionados en la jerga de que tanto se burlaba Mr. Gosport, ni en la conversación de Sir Sedley Clarendel.

XXIII.

Al expresarnos con la claridad y lisura que lo hemos hecho en orden al estilo de Madame d'Arblay, no entra por nada en nuestro propósito decir la menor cosa desfavorable á su memoria. Creemos, por el contrario, haber prestado un servicio á su reputación literaria, porque el completo fracaso de las últimas obras que publicó es un hecho sobrado conocido para que procuremos ocultarlo, y porque, además, entendemos que algunas personas han inferido de él que aconteció así por faltarle talento para sostenerse á la altura á que la elevaron el aplauso universal, la moda y la buena fortuna. De nosotros diremos que, á nuestro parecer, su primera popularidad no

(1) Del griego *euphués;* pero que no sirve para expresar en lengua inglesa buen gusto precisamente, sino antes, tratándose del estilo, el lenguaje amanerado y pretencioso. Lyly escribió en 1580 un libro titulado *Euphués*, con el cual dió nombre á este rebuscamiento de palabras, tan ridículo como absurdo, muy de moda bajo el reinado de Isabel de Inglaterra, y que nosotros llamamos, no ya culteranismo, sino cultiparlismo.—(N. DEL T.)

fué sino la justa recompensa de un mérito sobresaliente, y que nunca hubiera sufrido menoscabo alguno, de limitarse Miss Burney á escribir en su propia lengua; debiendo atribuirse únicamente su fracaso á la pretensión dé salir de sus dominios, por decirlo así, para invadir otros que se hallaban fuera de su alcance; con lo cual incurrió en idéntico error que una muchedumbre de hombres distinguidos. Newton, por ejemplo, zozobró al dejar el curso de las estrellas y el flujo y reflujo del Océano, para ocuparse de las copas y de los sellos del Apocalipsis (1); Bentley zozobró cuando abandonó á Homero y Aristófanes por hacerse editor del *Paraíso perdido;* Iñigo Jones zozobró cuando quiso hacer obras que rivalizaran con las iglesias góticas del siglo XIV (2), y á Wilkie le aconteció lo propio cuando se le ocurrió que su *Violinista ciego* y su *Día de la renta* no eran empresas dignas de su ingenio, y que debía de competir con Laurence como pintor de retratos. Bien está indicar estos desastres para enseñanza de la posteridad; pero bueno es decir que nada cercenan de la reputación perma-

---

(1) A propósito de estos comentarios al *Apocalipsis*, dijo Voltaire irónicamente que habían sido eficaces á consolar la raza humana de la superioridad de Newton sobre ella.—(N. DEL T.)

(2) Iñigo Jones era de origen español; y si bien es cierto que careció de verdadera originalidad como arquitecto, sus dibujos forman una colección admirable, y bastan á justificar el sobrenombre de *Vitruvio Británico* que le dieron sus contemporáneos.—(N. DEL T.)

nente de aquellos que, en realidad, han hecho grandes cosas.

Dos palabras para concluir. No sólo tiene derecho Madame d'Arblay á lo que podría llamarse mención honorífica en un certamen literario, por el mérito intrínseco de sus primeras obras; mas también porque con ellas señala una época importantísima en la historia literaria de Inglaterra. *Evelina* fué la primer novela escrita por una mujer, que aspiró á reflejar en sus páginas la vida y las costumbres, y que ha vivido, ó que ha merecido vivir, sin exceptuar el *Female Quixote* (1) (Don Quijote femenino), con ser obra de gran mérito, si se la considera como sátira punzante; pero que, bajo el punto de vista de las costumbres y de la vida humana, es más desbaratada y absurda que cuantas se propuso criticar.

A decir verdad, la mayor parte de las novelas á la moda que precedieron la publicación de *Evelina*, no sólo eran de las que no deben escribir las mujeres de buena educación, sino de las que ni siquiera pueden las mujeres de buena educación, sin ponerse rojas de vergüenza, decir que las han leído. De aquí que las personas piadosas tuvieran horror á las novelas, y que las familias decentes, aun sin presumir de muy piadosas, fueran enemi-

(1) La heroína de esta novela, que se publicó el año 1752, por efecto de la lectura de novelas adoleció de idéntico mal que nuestro héroe manchego. Johnson, que tuvo parte, á lo que se supone, en la obra, coloca á su autora, Carlota Lennox, por sobre Ana More y Fanny Burney.—(N. DEL T.)

gas declaradas de tales libros. Dos ó tres años antes de la publicación de *Evelina* expresaba Sir Anthony Absolute el concepto que á los padres y maridos razonables merecían los gabinetes de lectura, calificándolos de paraísos del diablo, donde se mantenía lozano siempre y frondoso el árbol de la fruta prohibida. Y este concepto precisamente que tenían formado las personas graves y reflexivas de la novela, desarrollaba el mal en vez de remediarlo; porque como no tuviesen sus autores mucha fama que perder, ni hallasen público lector de ellas entre las personas respetables, se tomaban las mayores libertades, y escribían de un modo tal que, á no verlo, parecería increíble al presente.

Miss Burney hizo con la novela inglesa lo propio que Jeremías Collier (1) con el drama, y aun mejor que él, porque, en primer lugar, demostró que podía escribirse una novela en la cual, así la vida de las personas elegantes como la del vulgo de Londres, se describiesen con verdad y gracia, sin decir una palabra que ofendiese la moral más rígida ni la susceptibilidad más exquisita; desvaneciendo con esto la mala fama que hasta entonces había tenido un género de composiciones útil y ameno, y reivindicando para su sexo el derecho de participar con el nuestro en obras tan nobles y bellas. Muchas mujeres ilustres siguieron después el camino que trazó

(1) Con la obra titulada *Consideraciones sobre la inmoralidad y depravación del teatro inglés.* Este tratado tuvo un éxito inmenso en 1698.—(N. DEL T.)

Miss Burney; y en verdad que las novelas escritas por ellas en Inglaterra forman una rama importantísima de la literatura patria, y uno de sus timbres más preciados y merecedores de aplauso universal, porque, aparte de otras circunstancias, ningún género de obras se distingue más ni mejor que éstas por la sutilidad de observación, por el ingenio, por la gracia y por la pureza de su moral. Entre las autoras que sucedieron á Fanny Burney, algunas la igualan, y dos solamente la superan en nuestro concepto; pero la misma circunstancia de haber sido aventajada le da más derecho á nuestro respeto y á nuestra gratitud, porque así con *Camila*, *Evelina* y *Cecilia*, le debemos también el *Mansfield Park* y el *Absentee*, de Miss Austen y de Miss Edgeworth.

ROBERTO SOUTHEY (1).

1774.—1843.

I.

Un hombre del talento y de los conocimientos de Mr. Southey no podía escribir dos volúmenes tan extensos como los que tenemos á la vista, que careciesen en absoluto de útiles noticias y de pasajes interesantes; y sin embargo, no recordamos nunca haber leído una cantidad tan grande de páginas escritas por un hombre de innegable talento, y haber quedado menos satisfechos.

De algún tiempo á esta parte habíamos advertido, no sin disgusto, la extraña fatuidad que induce al poeta laureado á abandonar

(1) Publicado en la *Edinburgh Review* del mes de Enero de 1830, con motivo de la obra titulada: SIR THOMAS MORE, OR COLLOQUIES OU THE PROGRESS AND PROSPECTS OF SOCIETY, by *Robert Southey, Esq, L. L. D., Poet Laureate*, 2 vols. 8.° London: 1829. —(N. DEL T.)

los géneros literarios en que podía sobresalir, prefiriendo dar lecciones al público sobre ciencias, cuyas primeras nociones apenas ha saludado, y á nuestro juicio, ahora más que nunca ha incurrido en semejante error.

Para tratar el asunto que últimamente ha emprendido se necesitan las más altas cualidades morales é intelectuales del hombre de Estado, que al mismo tiempo sea gran filósofo; se requiere un entendimiento á la vez vasto y profundo, un corazón á la vez recto y compasivo, y Mr. Southey consagra á esta empresa, á nuestro parecer, dos facultades que nunca se habían concedido á ningún ser humano con tanta liberalidad: la facultad de creer sin la menor razón, y la de odiar sin la menor provocación.

Es un hecho evidente, por muy extraordinario que parezca, que el entendimiento de Mr. Southey, tan espléndidamente dotado por la naturaleza bajo muchos conceptos, y tan profundamente educado por el estudio; entendimiento que ha ejercido una gran influencia en la generación más brillante del pueblo más esclarecido que existió jamás, es incapaz en absoluto de distinguir lo verdadero de lo falso.

El gobierno, según la opinión de Mr. Southey, figura en el número de las bellas artes. Juzga una teoría, una medida de interés público, una religión ó un partido político, un tratado de paz ó una guerra, como juzgaría un cuadro ó una estatua: por el efecto que hubiese producido en su imaginación. Para él una serie de impresiones es lo que para otros

hombres una serie de raciocinios, y sus opiniones, como él las llama, no son tales opiniones, sino sus gustos.

II.

Las anteriores apreciaciones pueden aplicarse en parte á un hombre de mucha más valía que Mr. Southey, á Mr. Burke. Sin duda alguna, poseía éste un entendimiento admirablemente organizado para la investigación de la verdad, una inteligencia más poderosa que la de ningún hombre de Estado práctico ó teórico del siglo XVIII, un talento más grande que todas sus demás facultades, á excepción de su apasionada é ingobernable sensibilidad, y así se explica que ordinariamente abrazaba un partido como fanático, y lo defendía como filósofo. En los momentos más importantes de su vida, en el proceso de Hastings, por ejemplo, ó al estallar la revolución francesa, su conducta parece inspirada por los sentimientos y motivos que tan bien ha descrito Mr. Coleridge: «por una arrebatada piedad, por el invencible atractivo de lo grande y por la indomable actividad de su alma.» En este espíritu tan vasto, tan poético, tan fácil de conmoverse, despertaban el más ardiente interés el Indostán y sus inmensas ciudades, sus pagodas resplandecientes, los innumerables enjambres de su población bronceada, sus antiguas dinastías, su pomposa etiqueta, y subyugaban su imaginación los mil detalles

de los trajes, de las costumbres y de las leyes, el misterio mismo que envolvía la lengua y el origen de estos pueblos. Así le parecía el colmo de la gloria humana defender bajo las antiguas bóvedas de Westminster Hall, en nombre del pueblo inglés, ante el tribunal de la nobleza inglesa, aquellas grandes naciones y aquellos reyes separados de él por la mitad del mundo.

A poco que se reflexione, se advierte que la hostilidad que mostró hacia la revolución francesa procedía principalmente del descontento que experimentaba viendo cómo se convertían en ruinas todos sus antiguos recuerdos políticos, cómo se borraban las fronteras conocidas de los Estados, cómo la revolución barría en un instante los nombres y las distinciones que habían llenado la historia de Europa durante siglos; y sentía el mismo disgusto que sufriría un anticuario al ver que manos profanas sacudían el polvo de un añoso escudo, ó un inteligente en pintura si advirtiese que cualquier ignorante pretendía retocar su cuadro favorito de Ticiano. Sin embargo, cuando Burke se inclinaba á adoptar una opinión, sea cual fuere la causa, nunca lo hacía sin esforzarse en justificarla con un motivo legítimo, y su razón, semejante á un demonio sujeto á un encantador, estaba como fascinada por el encanto, pero siempre conservaba su potencia. Es verdad que caía en todas las faltas que le inspiraban sus pasiones y su imaginación; pero por censurables que fuesen estas faltas, sabía desembarazarse de ellas con suma destreza y vigor maravilloso, pues, aun cuando su conducta no estuviese

inspirada en la razón, procuraba defender las mayores extravagancias con argumentos mucho más aceptables que los que emplean los hombres vulgares al defender opiniones que han adoptado después de madura deliberación. Pocas veces la razón ha desplegado, aun en los espíritus mejor equilibrados en que se ostenta como soberana, tan gran poder y energía, como en los menores actos de esta servidumbre verdaderamente regia en que vivía la razón de Burke.

Lo contrario sucede con Southey: la razón no ocupa ningún lugar en su espíritu; no se encuentra allí ni como guía, ni como subordinada, ni como soberana, ni como sierva; no hay en él apariencia de conocer lo que es un raciocinio; nunca hace uso de un argumento, ni jamás se toma la molestia de contestar á los de sus adversarios. En ningún caso se le ocurre la idea de que un hombre debe saber dar cuenta del modo como ha llegado á formar sus opiniones, y no salir del paso diciendo que piensa así porque tal es su voluntad ó su capricho; no se le ocurre que hay bastante diferencia entre una afirmación y una demostración; que un rumor no prueba nunca un hecho; que un hecho aislado, aunque se prueba, rarísima vez puede servir de base suficiente á una teoría; que dos proposiciones contradictorias jamás pueden ser verdades incontestables; que una petición de principios no resuelve un problema, ó que, por último, cuando se presenta una objeción vale la pena de contestar con algo más convincente que estas dos palabras: «criminal ó imbécil.»

III.

Nadie pensara seguramente en el absurdo de leer las obras de semejante escritor con la esperanza de aprender en ellas la ciencia política; como que todo lo que se puede esperar de un sistema inventado por él es que sea espléndido é interesante, es decir, que le sirva de pretexto para emplear imágenes sublimes ó agradables. La filosofía que expone Southey es un verdadero sueño, una creación poética, como la caverna de Domdaniel, el Swerga ó el Padalón, y por cierto que en más de un punto se asemeja á esas brillantes ficciones, pues como ellas, tiene bastante invención, grandeza y brillantez, y como ellas también, es grotesca y extravagante, y falta siempre aun á la regla de verosimilitud convencional, que tan necesaria es para el mejor efecto de las obras artísticas.

Los admiradores más entusiastas de Southey no se atreverán, acaso, á defender que el éxito de sus obras ha sido siempre menor, á medida que exigían mayor fuerza de razonamiento, porque, después de todo, sus poemas tienen mucha más fama que sus trabajos en prosa, y si es verdad que sus odas oficiales, entre las que se debe clasificar *La visión del juicio*, son por regla general peores que las de Pye, y tan malas como las de Cibber, tampoco podemos decir que sus pequeñas composiciones en verso hayan sido más afor-

tunadas. Sólo sus grandes poemas, aunque llenos de defectos, son, sin embargo, producciones verdaderamente extraordinarias. Podrá suceder que dentro de cincuenta años nadie los lea; pero si se leen, es indudable que se les admire.

Al decir que preferimos la poesía de Southey á su prosa, debemos hacer una excepción en favor de la *Vida de Nelson*, que es, sin duda, la más perfecta, hermosa y concluída de sus obras. Es un hecho, y sus poemas lo prueban con exceso á cada paso, que Southey muestra infinitamente menos ingenio para concebir un plan que para desarrollarlo, y que tiene una ventaja inmensa sobre todos si encuentra los caracteres y los acontecimientos ya trazados y no le queda otra cosa que hacer si no es dar al cuadro animación y vida.

Quizá no haya existido nunca escritor alguno que posea condiciones más completas para escribir la historia del gran marino inglés; en ella no hay enigmas sutiles del corazón humano que adivinar, ni teorías que exponer, ni causas ocultas que descubrir, ni consecuencias remotas que profetizar: el carácter del héroe todo entero está á la vista, y las hazañas que deben referirse son brillantes y pintorescas. Demás de esto, la necesidad de seguir la marcha verdadera de los acontecimientos, ha preservado á Mr. Southey de los defectos que desfiguran el plan primitivo de casi todos sus poemas, y que, sin embargo, no son eficaces á borrar de la memoria sus detalles tan preciosos y sus bellezas tan innumerables. Bien es cierto que no exigía el

asunto ese vigor de raciocinio, cuya carencia es la mayor censura que hay que hacer de la prosa de Southey, y así sería difícil encontrar en toda la historia literaria ningún ejemplo de más feliz armonía entre el asunto y el autor. Los vientos y las olas se han unido, para que la nave llegue con rumbo seguro al puerto.

John Wesley y la Guerra de la Península eran asuntos muy distintos, y exigían todas las cualidades de un historiador filosófico, y después de todo, no es extraño que Southey haya naufragado en sus obras sobre estos dos asuntos, por más que en la una y en la otra se encuentren preciosos modelos de arte narrativo. La *Vida de Wesley* pasará probablemente á la posteridad; pues, por defectuosa que sea, contiene la única pintura popular de una revolución moral muy notable y de un hombre que, por su elocuencia y el poder de su lógica, había llegado á ser una eminencia en literatura, que por su genio para el gobierno se igualaba con Richelieu, y que, en descargo de todos los errores que haya podido cometer, tiene la honra de haber consagrado todas sus facultades, á pesar de las censuras y burlas, á lo que él consideraba como el mayor bien de la humanidad. La *Historia de la guerra de la Península* murió ya, y para decir verdad, el segundo tomo murió al nacer. La gloria de producir un relato imperecedero de esta gigantesca lucha, parecía estar reservada al coronel Napier.

El libro de la Iglesia contiene algunas historias muy bien escritas, pero el resto es puro

fárrago. Evidentemente era ésta una empresa, que sólo un pensador profundo podía llevar á feliz éxito, y aun así y todo, un pensador profundo corría peligro de naufragar, si no sujetaba bien la rienda á sus pasiones. En todas las obras en que Mr. Southey abandona por completo la narración, é intenta tratar cuestiones morales y políticas, tropieza de la manera más absoluta y más vergonzosa, y cuando esto sucede, tan sólo se libran sus escritos del desprecio y de la burla por la galanura y pureza del lenguaje. Preciso es confesarlo: el estilo de Mr. Southey posee un irresistible encanto, y aun en aquellos mismos momentos en que escribe tonterías, se le lee con gusto, exceptuando cuando pretende ser gracioso, pues entonces no hay ni se ha visto bufón más insoportable. Con mucha frecuencia hace sus probaturas en el género cómico, y, sin embargo, no recordamos una sola ocasión en que haya conseguido otra cosa que ser pretenciosa y ridículamente fastidioso. Dice en una de sus obras, que al obispo Spratt le cuadraba muy bien su nombre, porque era un poeta muy pequeñito (1); y en el libro de que hoy tratamos, no puede citar á Francis Bugg, el cuácaro renegado, sin hacer una observación sobre su apellido malsonante (2). A la verdad, un hombre sensato bien puede decir semejantes fruslerías en el rincón de su hogar, al amor de la lumbre; pero cuando se ve á una persona formal, á una cria-

(1) *Spratt*: cierta especie de pescado.
(2) *Bugg*. chinche.

tura humana, escribir semejantes bachillerías, copiarlas, entregarlas al impresor, corregir las pruebas, y lanzarlas por último á todos los vientos de la publicidad, se siente algo así como vergüenza de pertenecer á la especie humana.

IV.

Sin duda hay que atribuir en gran parte la extraña dureza que Mr. Southey emplea contra sus adversarios, al modo que tiene de formar sus opiniones, pues se nota frecuentemente que, en cuestiones científicas, las diferencias de gusto producen animosidades más violentas que las diferencias de opinión. Y no es esto todo. Casi todos los juicios que Mr. Southey formula acerca de los hombres y sus acciones, llevan el sello de una singular austeridad; y si bien estamos lejos de censurarle que coloque muy altos sus ideales en punto á moralidad, y que todo lo juzgue según estos ideales, preciso es reconocer que el rigor debería ir acompañado del discernimiento, y, en verdad, Mr. Southey parece absolutamente desprovisto de discernimiento.

En sus juicios parece un monje, y aprecia las cosas como un benedictino de manga estrecha é inexorable conciencia, que por el hecho mismo de su austera condición no hubiese incurrido nunca en las muchas flaquezas comunes al resto de los mortales. Jamás hombre alguno, sin haber sido fraile, ha es-

crito acerca el amor, por ejemplo, con tanta frialdad, y casi puede decirse con tanta grosería como Southey, cuyas descripciones del amor son las que haría un contemplativo que sólo conociese las pasiones por los detalles del confesonario. Casi todos sus héroes hacen el amor ó como ángeles ó como animales, y para él no hay diferencia entre la pasión platónica de Glendoveer, que contempla con embeleso la lepra de su querida, y el apetito brutal de Arvalan y de Roderick, si bien en éste se reunen los dos caracteres, mezcla informe de espíritu celestial y bestia, al principio sucio lodo, después alma cándida é inocente, que sale de su casa con las aviesas intenciones de un Tarquino, y vuelve convertido y electrizado, dispuesto nada menos que á casarse. Si no recordamos mal, la única escena de amor que se encuentra en *Madoc* se compone de los delicados homenajes que tributa á Goervyl, salvaje que ha bebido hasta emborracharse el excelente licor de la mesa del príncipe; en suma, sería necesario pasar semanas enteras registrando la inmensa cantidad de versos escritos por Southey para encontrar un pasaje que revele cierta simpatía por los sentimientos que han consagrado los bosques de Vaucluse y las rocas de Meillerie.

Nada hay de dulce ni humano en la poesía de Southey, si se exceptúan algunas imágenes muy bellas de ternura paternal y de afecto filial; por el contrario, el odio, el orgullo, la sed insaciable de venganza, todas esas pasiones que los teólogos llaman pecados capitales, son para él sublimes virtudes: las disfraza

con el nombre de deberes, las purifica del contacto de los intereses vulgares, las ennoblece haciendo que vayan acompañadas de la energía, de la perseverancia y de una gran austeridad de costumbres, y después las ofrece en espectáculo á la admiración de la humanidad. Tal es el espíritu que anima á sus personajes, Thalaba, Ladurlad, Adosinda, el mismo Roderik antes de su conversión: tal es el fin moral que afecta perseguir en todos sus escritos, y parece que siempre quiere sacar esta consecuencia: «Tengo razón para ser inexorable y severo.» La única muestra de compasión que á veces le merecen sus adversarios, es la de rogar por su conversión, y lo hace en unos términos que recuerdan lo que se cuenta de aquel cura portugués, que mientras pedía á Dios por la conversión de un judío, lo entregaba al brazo secular como relapso.

No pretendemos aplicar personalmente á Mr. Southey ninguna de las observaciones que hemos hecho acerca de la tendencia de sus escritos, pues por el contrario, siempre hemos oído decir, y lo creemos firmemente, que es un hombre muy amable y compasivo, y todo esto, más bien que efecto de firmes convicciones, son caprichos de la naturaleza humana. Cuando Southey coge la pluma, cambia de naturaleza tan completamente como el capitán Shandy cuando ceñía su espada, y sabido es que el tío Toby, á pesar de su carácter, se inquietaba bien poco por la muerte de los granaderos franceses que caían bajo los muros de Namur.

Los únicos adversarios á quienes Southey

da cuartel, son aquellos en quienes descubre algunos rasgos de su propio carácter, pues parece que tiene antipatía instintiva á los hombres prudentes y moderados, á los hombres que evitan los extremos y saben dar razones; y así, por ejemplo, ha tratado á Mr. Owen de Lanark con mucho más respeto que á Mr. Hallam ó al doctor Lingard, y la única razón que puede encontrarse de parcialidad tan manifiesta es que Mr. Owen profesa ideas más erróneas, más rancias y menos razonables que ningún pensador de nuestro tiempo.

V.

Con estos antecedentes se comprenderá lo que puede ser el sistema político de M. Southey, tal y como ha de esperarse de un hombre que considera la política, no como ciencia, sino como cuestión de gustos ó de sentimientos.

Todos sus planes de gobierno son completamente inconsecuentes. En su juventud fué republicano, y sin embargo, él mismo nos dice en el prólogo de sus *Diálogos*, que desde entonces era opuesto á las pretensiones de los católicos, y en la actualidad, que es un furibundo ultraconservador, mientras que sostiene, con una vehemencia que raya en ferocidad, todas las consecuencias más severas y más duras de la teoría ultraconservadora de gobierno, la parte más baja y menos noble de

esta teoría no le gusta. Está dispuesto á aconsejar el destierro, la persecución, los más duros castigos contra los libelistas y demagogos, y hasta las proscripciones, las matanzas, la guerra civil, si es necesario, antes que hacer la menor concesión al pueblo descontento; una tiranía severa y sombría, que aplaste la oposición, que imponga silencio á todas las demostraciones, que se someta el espíritu público al yugo de una obediencia pasiva, tiene para él cierto sello característico de grandeza que fascina su imaginación.

Y sin embargo, nada encuentra agradable ni bueno en las maniobras y la corrupción del poder, y se muestra poco propicio á tolerarlas, cayendo hoy en un error semejante al que padeció cuando era jacobino, pues no vió entonces que su sistema conducía fatalmente por la fuerza de la lógica y tenía que conducir en la práctica á la abolición de toda distinción religiosa, como no ve ahora que lo que rechaza por despreciable y abyecto en la profesión de fe de su partido es una parte integrante y necesaria de su doctrina, y sueña en un imposible, queriendo reunir á la vez la tiranía y una moralidad política íntegra y pura, pues la observación más superficial le pondría en el caso de reconocer que no existe ni puede existir nunca tiranía sin corrupción.

VI.

Mas ya es tiempo que pasemos al examen del libro, de que debemos tratar más especialmente y que, por otra parte, corrobora casi en cada una de sus páginas nuestras observaciones generales acerca de las obras de Mr. Southey.

En el prólogo, el autor nos advierte que, contra lo que muchos han sostenido, siempre se ha opuesto á las pretensiones de los católicos, y lo creemos sin escrúpulo, tanto porque Southey es sin duda alguna incapaz de estampar una mentira deliberadamente, cuanto porque su afirmación es muy probable en sí misma, pues dado el carácter que le distingue, esperábamos que, aun en sus más violentos paroxismos de entusiasmo democrático, sería ajeno á cualquier aspiración que tuviera por objeto aplicar un remedio sencillo á un gran mal, cuyas consecuencias ha demostrado la práctica. Sin ser profetas, habríamos anunciado que la única medida que ha puesto de acuerdo á todos los grandes hombres de Estado de dos generaciones y que éstos se han esforzado en realizar, sería también la única que no pondría en contradicción á Southey consigo mismo, esforzándose siempre en combatirla, pues en política nuestro autor ha pasado de un extremo á otro, como el Satanás de Milton, que al recorrer el globo, procuraba «cabalgar sobre tinieb.as.» Allí

donde reina la profunda oscuridad, allí podemos estar seguros de encontrar á Mr. Southey: no importa cuándo, y pocos, muy pocos tendrán su talento para evitar constantemente la claridad del día en el curso de un viaje á los antípodas.

Aunque Southey ha sido, por lo común, poco feliz en la concepción del plan de sus obras, pocas veces ha claudicado tan lastimosamente como en ésta, si se exceptúa su deplorable *Visión del Juicio.*

En el mes de Noviembre de 1817, nuestro laureado poeta se hallaba, á lo que parece, ocupado en leer un periódico y en meditar sobre la muerte de la princesa Carlota. De pronto se presenta á él un hombre de edad madura y del más digno y respetable aspecto, y le dice que es un extranjero que viene de lejano país, pidiéndole con mucha política que le dispense si no ha cuidado de proveerse de las oportunas cartas de recomendación. Southey supone que su huésped es un americano que viene á visitar los lagos ingleses y á los poetas de estos lagos, y con toda la gracia y cortesía que sólo puede dar el continuo hábito y trato del gran mundo, le hace á su vez todos los cumplimientos que un autor debe á sus admiradores, asegurándole que siempre las visitas más agradables que ha recibido han sido de americanos, entre los que conoce á muchos hombres cuyo mérito y virtudes honrarían á todos los países.

Conviene advertir de paso, para bien de Mr. Southey, que aun cuando con toda evidencia no tiene ninguna afición á las institu-

ciones americanas, nunca habla del pueblo de los Estados Unidos con esa compasiva afectación de desdén con que los hombres de su partido han hecho más que las guerras y las tarifas para excitar la odiosidad mutua entre dos naciones nacidas para vivir en recíproca amistad; y por grandes que sean los defectos de su carácter, debemos hacerle la justicia de reconocer que tan despreciable envidia no ha tenido nunca lugar en su alma, aunque, á decir verdad, difícilmente podría concebirse que un hombre dotado de tanta sensibilidad é imaginación contemplara sin placer y sin orgullo nacional la juventud espléndida y vigorosa de un gran pueblo, por cuyas venas corre nuestra sangre, cuya inteligencia se ha nutrido con nuestra literatura, y que ha recogido la rica herencia de nuestra civilización, de nuestra gloria y de nuestra libertad.

VII.

Volvamos al gabinete de Southey, en Keswick.

El extranjero manifiesta al hospitalario poeta que no es un americano, sino un espíritu, y aquél le contesta, con más franqueza que cortesía, que es un espíritu muy extravagante. El extranjero le tiende la mano; al ir á estrecharla Southey, advierte que no tiene peso ni se siente al contacto; entonces nuestro autor se pone serio, sus cabellos se

erizan, y conjura al espectro que le diga quién es y á qué viene.

El fantasma resulta ser Sir Tomás Moore.

En el otro mundo, al parecer, se ostentan las huellas del martirio, como en éste las placas, cruces y condecoraciones, pues Tomás Moore enseña al poeta una larga cicatriz encarnada, más brillante que un rubí, alrededor de su cuello, y le dice que Cranmer lleva en el paraíso un vestido de llamas en el cual se destaca sin duda el guante de su mano derecha con un resplandor enteramente particular.

Sir Tomás no prolonga mucho su visita por esta vez, prometiendo cultivar las nuevas relaciones que acaba de adquirir, y se desvanece en el aire, no sin rogar antes á Mr. Southey que no entere de esta visita á su esposa. El resto del libro consiste en conversaciones entre Southey y el espíritu acerca del comercio, la circulación del dinero, la emancipación de los católicos, la literatura periodística, los conventos de monjas, la cuestión de subsistencias, el tabaco, el comercio de libros y otros mil asuntos, sin que falte la obligada visita á la orilla de los lagos, á la cual invita Southey con mucha cortesía al espectro, enseñándole los más bellos panoramas.

Todavía no hemos llegado á comprender qué necesidad tenía Southey de evocar un espíritu, para hablar de cosas y asuntos que pudieran explicar muy bien el cura de la parroquia, un comerciante acomodado, ó un americano, ya que nuestro autor tomó por tal á su aeriforme huésped; pues por lo de-

más, ni Tomás Moore nos enseña nada sobre los acontecimientos futuros, declarando positivamente que carece del don de la presciencia, ni sobre los presentes. Resulta que ha aprendido á hablar el inglés moderno, que ha leído todas las obras que se han publicado desde su tiempo, y que sigue con su afición á gastar chanzas, como cuando las gastaba con el verdugo; si bien á juzgar por el retrato que de él hace Southey, no se puede decir que su espíritu ha ganado en cualidades desde que está en el Paraíso, ni que conserve aquella poderosa fuerza de raciocinio que poseía cuando era Gran Canciller de Inglaterra; y aunque se envanece «de haberse despojado de todas las pasiones que obscurecen la inteligencia de los hombres y pervierten su conciencia», preciso es confesar que se nos presenta mucho menos estoico que cuando vivía.

Desde el principio de su conversación, el espectro advierte á Mr. Southey que no espere de él que le haga revelaciones, y por cierto que nuestro poeta le expone, en cuanto á la divina autoridad del Apocalipsis, algunas dudas que seguramente no aumentarán su fama entre los milenarios modernos; pero el espíritu guarda silencio impenetrable, y, si mal no recordamos, no deja escapar ni una sola alusión á los asuntos en que se ocupan las almas separadas del cuerpo, á no ser que se tenga por tal aquella especie de tentadora esperanza que dá á Southey, de que exista una imprenta en el Paraíso que reimprima todas las publicaciones importantes de la casa de Murray y Colburn, ni más ni menos que se

hace en Filadelfia, insinuándole delicadamente que las obras de nuestro autor: *Thalaba* y la *Maldición de Kehama*, corresponden al número de las que merecerán tan insigne honra.

¡Qué contraste presenta esta absurda fábula con aquellos bellísimos relatos que Platón y Cicerón ponían al principio de sus diálogos! ¡Qué derroche de imaginación y qué esfuerzos de inventiva para montar la máquina de esta historia, y qué lastimoso resultado! ¿A qué conduce sacar á escena nada menos que á un alma venida del otro mundo, para decir lo que diría el más adocenado de los hombres? ¡El espíritu inmortal de un gran hombre de Estado y de un gran filósofo desciende de nuevo á la tierra para hacer en ella el vagabundo, como cualquier viejo millonario, aburrido y bilioso en un establecimiento de baños; hojear periódicos y novelas, hacer largas visitas y salir á pasear, buscando los sitios más pintorescos! Quizá es menos ridícula la escena de San Jorge y de San Dionisio en *La Pucelle*, de Voltaire; en éste, al menos, sabida es su intención de burlarse de las cosas religiosas; pero en Mr. Southey no supondrá nadie que haya querido hacer un juego de los misterios de la otra vida. Pero, en cuanto al efecto, el hecho es que en la obra de que tratamos, en la *Visión del Juicio* y en algunos de sus otros trabajos parece un incrédulo empedernido, por el modo ligero y despreciativo con que presenta los asuntos más solemnes, así como las extravagantes representaciones de personas y de cosas santas, que se ven en algunos

grotescos cuadros italianos, se parecen á las caricaturas que Carlile expone en la fachada de su tienda. Y conste que juzgamos aquí el acto particular, según el carácter general de quien lo comete, y calificamos de absurdo y de torpe, tratándose de un cuadro de iglesia, lo que merecería el nombre de sacrílega profanación y blasfemia, si se presentara en la tienda de un blasfemador reconocido.

VIII.

Pasemos ahora á las conversaciones ó diálogos entre Mr. Southey y Sir Tomás Moore, ó para expresarnos con más propiedad, entre dos Southeys, igualmente elocuentes, igualmente violentos, igualmente faltos de razón, igualmente aficionados á hablar de lo que no entienden. Acaso no se podrá escoger un ejemplo más acabado del espíritu que anima toda la obra, que aquellos pasajes en que Mr. Southey expone su opinión acerca del sistema manufacturero, que detesta con todas sus fuerzas, y que en su sentir es un sistema más tiránico que el de los tiempos feudales, un sistema que destruye el cuerpo y degrada el espíritu de los que están sometidos á él, y á propósito del cual manifiesta la esperanza de que la rivalidad de otras naciones acosará á Inglaterra en los campos de batalla, que veremos declinar nuestro comercio exterior, y podremos de este modo recobrar un poco de salud y fuerza nacional, aparentando creer que el

exterminio de toda la población obrera sería un inmenso beneficio, si era el único medio de destruir un mal tan grande.

Ni un solo hecho presenta Mr. Southey en apoyo de sus apreciaciones, y se nos figura que, por el contrario, hay muchos que conducen á una conclusión en todo diferente, pues en primer lugar, la contribución de los pobres es positivamente menos elevada en los distritos manufactureros que en los agrícolas, y si Mr. Southey tiene á bien fijar la atención en los informes del Parlamento sobre esta materia, verá que la cifra de los socorros parroquiales de que las clases obreras han tenido necesidad en los diferentes condados de Inglaterra está casi exactamente en razón inversa de la extensión del sistema manufacturero en dichos condados. Tenemos á la vista los informes de los años que terminan en Marzo de 1825 y en Marzo de 1828, y resulta que en 1825 el impuesto de los pobres es más elevado en Sussex, (veinte *schellings* poco más ó menos por habitante,) viniendo después los condados de Buckingham, Essex, Suffolk, Bedford, Huntingdon, Kent y Norfolk, en cuyos condados el término medio asciende á más de quince *schellings* por cabeza. No vamos á recorrer todo el país, pues aun en el Westmoreland y en el cantón norte del condado de York, el término medio asciende á más de ocho *schellings*, y en el Cumberland y el condado de Monmouth, los más ricos de todos los distritos agrícolas, es de seis *schellings*, pero en la parte occidental del condado de York no es más que de cinco *schellings*, y cuando se llega al con-

dado de Lancaster sólo es de cuatro *schellings*, una quinta parte que en Sussex. Los informes correspondientes al año que concluye en Marzo de 1828 son algo más desfavorables á los distritos manufactureros; pero el condado de Lancaster ha tenido, aun en este tiempo de miseria pública, una contribución de pobres inferior á la de todos los demás distritos, y apenas superior á una cuarta parte de la que corresponde á Sussex, y entre los distritos agrícolas, el Cumberland es el único que ha sido tan afortunado como la parte occidental del condado de York. Estos hechos parecen indicar que los obreros de las manufacturas están en una situación de mayor bienestar y más independiente que los trabajadores del campo.

La influencia del sistema manufacturero sobre la salud física, otro de los temas propuestos por Mr. Southey, debe apreciarse mediante un procedimiento que sin duda parecerá demasiado bajo y vulgar á una imaginación tan elevada como la de nuestro autor; es decir, por la proporción entre nacimientos y defunciones. Sabemos, en efecto, que al par que se ha desarrollado este sistema atroz, la nueva miseria, usando las mismas palabras de Southey, la moderna enormidad, el engendro de un siglo monstruoso, el azote que nadie puede aprobar, á no ser que tenga el corazón gangrenado y la inteligencia obscurecida, la mortalidad ha disminuído en grande escala, y precisamente esta disminución ha sido más grande en las ciudades manufactureras que en ninguna otra parte. Y no se nos

diga que la mortalidad es hoy todavía más grande en las ciudades que en los campos, pues esto ha sucedido siempre; pero la diferencia ha disminuído extraordinariamente, como lo prueba, entre otros muchos, este dato: la mortalidad anual, á mediados del siglo pasado, estaba en Manchester en la proporción de 1 por 28, y hoy es de 1 por 45, y lo mismo sucede en Glasgow y en Leeds; es más, el término medio de la mortalidad en estas tres grandes capitales de los distritos manufactureros acusa una cifra bastante inferior á la que daba hace cincuenta años Inglaterra y el país de Gales, tomados en conjunto, esto es, ciudades y campos. Puede sostenerse, no sin razón, que los hombres viven ahora más tiempo porque tienen mejores alimentos, mejor habitación, mejores vestidos y más cuidados cuando están enfermos, y todos estos adelantos se deben al acrecentamiento de riqueza nacional que ha producido el sistema manufacturero.

Mucho más podríamos decir sobre esta materia, pero ¿para qué? Southey confiesa, y ya lo sabíamos, que no es en los cuadros de mortalidad ni en las estadísticas donde ha formado sus convicciones, pero no se digna descender á estudiar la historia del sistema que ataca, ni á formar un balance entre los bienes y los males que dicho sistema ha producido, ni á comparar un distrito con otro distrito y una generación con otra generación. Según sus propias palabras, he aquí la razón, la única razón que da en apoyo de sus opiniones:

«Contemplábamos largo tiempo en silencio

los grupos de casas que se extendían á nuestros pies. Aquí y en la aldea vecina de Millbeck es donde pueden apreciarse y compararse los resultados de las fábricas y de la agricultura. Las viejas chozas parecen levantadas para formar el encanto de un pintor ó de un poeta: sólidamente construídas con la piedra del país, sin yeso ni cal blanquecina que las ensucie, con sus anchos techos inclinados cubiertos de pizarra, su construcción no podría adaptarse con mayor armonía al hermoso paisaje que las rodea, ni evocadas por Anfión al poder mágico de su flauta pastoril. El tiempo las ha embellecido más y más, vistiéndolas con las galas de todas las estaciones, adornándolas de olorosas flores y plantas trepadoras, las enredaderas, el espeso musgo, el helecho, y, en suma, ese vistoso traje de mil variados colores que fabrica en su inmenso taller la Naturaleza. Las chimeneas son redondas ó rectangulares, tan adornadas como las que coronan, á manera de pequeñas torres, las viviendas de los aldeanos portugueses. Y sin embargo, todo está bien distribuído y apropiado á la situación que ocupan. La reja de boj tallado en las ventanas, los rosales plantados al lado de la puerta, la cerca tapizada de flores dominada por grandes y espléndidas malvarosas; después, muy próximo, el jardín, las colmenas y el huerto, con sus taludes cubiertos de narcisos y campanillas blancas, tan precoces y tan abundantes en esta región: todo esto indica en los propietarios cierta comodidad y descanso, cierto cuidado de la propiedad y gusto en conservarla,

cierta afición instintiva á los placeres naturales, sanos é inocentes. Por el contrario, las nuevas viviendas donde habitan los operarios de las fábricas están construídas según el plan de las fábricas mismas, sin ningún adorno y en línea recta; y no me explico por qué sucede, pero todo lo que tiene relación con las fábricas es siempre incomparablemente feo. Desde el más grande de los templos en que se adora á este Mammón, á este ídolo de las riquezas, hasta el más miserable albergue en que se amontonan sus esclavos, todas las viviendas tienen el mismo carácter é igual monotonía: ni las embellece el tiempo, ni la Naturaleza podrá nunca vestirlas ni preservarlas, y siempre que se las mire ofenderán la vista y despertarán en el corazón un sentimiento de tristeza.»

¡He aquí la ciencia! ¡He aquí los principios con que se quiere gobernar las naciones! ¡Los rosales y el impuesto de los pobres, en lugar de las máquinas de vapor y la independencia! ¡La mortalidad en las chozas embellecidas por helechos y musgos, más bien que la salud y la prolongación de la vida en edificios que el tiempo no puede hacer poéticos y armoniosos!

Porque las casas de los hilanderos de algodón están en línea recta y son rectangulares, se nos dice nada menos que nuestro siglo ha inventado tales atrocidades, que nuestros mayores ni siquiera pudieron soñar, y se añade que la sociedad ha caído en tan deplorable estado, que el exterminio sería para ella un beneficio. Si hemos de dar crédito á Mr. Sou-

they, ha encontrado un medio de comparar los efectos de la industria y los de la agricultura, y este medio es subirse sobre una colina, mirar alternativamente la choza de un aldeano y la vivienda de un obrero, y comparar cuál de las dos es más bonita.

¿Piensa Southey que la totalidad de los campesinos ingleses vive ó ha vivido siempre en esas casas sólidas y adornadas con su empalizada de madera, sus lindos cercos de flores, sus colmenas y sus jardines? Y no siendo así, ¿qué vale, ni de qué sirve su paralelo?

Sin duda son dignos de desdén y de lástima esos pseudofilósofos que creen servir la causa de la ciencia menospreciando la literatura y las bellas artes; pero si alguna cosa puede excusar la pequeñez de su espíritu, es un libro como el de Southey, pues no es extraño que cuando un fanático pretende tomar la belleza como piedra de toque de la verdad política, otro fanático se atreva á proscribir absolutamente los placeres del gusto y la imaginación.

IX.

De este modo discurre Southey sobre cuestiones que cree conocer á fondo, y no nos sorprende verle caer en errores tan extraordinarios, supuesto que confiesa su ignorancia en los asuntos que escribe, y declara que no está versado en la Economía política, y que no tiene por esta ciencia ni afición ni apti-

tud. Los razonamientos que hace después justifican plenamente su confesión.

«En otro tiempo—dice Sir Tomás Moore—la riqueza era tangible, y consistía en tierras, en dinero ó en diversos objetos, que tenían un valor efectivo ó un valor convencional.»

Montesinos (tal es el nombre, un tanto afectado, que se ha puesto Southey) contesta de este modo:

«Las alhajas, por ejemplo, y los cuadros, como en Holanda, donde las hojas de tulipán desempeñaron el mismo papel durante algún tiempo.»

«Esta manía—dice Sir Tomás—ha sido una de las locuras contagiosas á que las naciones están sujetas. Toda la riqueza fué efectiva hasta el día en que el progreso del comercio hizo necesaria la creación del papel-moneda, que se diferencia de las piedras preciosas y los otros objetos destinados á los cambios, en un punto importantísimo: en que es ilimitada su emisión.»

«Le consideramos—observa Montesinos—como representación de una riqueza real, y por consiguiente, como limitado al valor total de lo que representa.»

Y el espectro contesta: «Si lleváis esta idea hasta sus últimas consecuencias, pronto caeréis en la más tenebrosa obscuridad; y si hoy tienen curso los billetes de Banco de provincia, que son la base de los cambios en varios distritos, ¿quién puede asegurar que lo tendrán mañana? Cuando menos se piensa, llega la noticia de que la casa que los emite ha

suspendido sus pagos; ¿qué representarán entonces, ni qué valdrán para su poseedor? Este tendrá en sus manos la sombra de una sombra.»

No sabemos por dónde coger este manojo de absurdos para soltarlo. Podríamos preguntar á nuestro autor, si no es también prueba evidente de locura dar un gran valor á hojas de plantas y piedras raras, que no son útiles ni bellas, ó cómo sostiene que no hay límite en la emisión del papel, cuando se ahorca al que lo emite en nombre de otro, y el que lo hace en su propio nombre está obligado á convertir en especie el valor de dicho papel.

El error de Southey viene de más lejos, pues dice: «Toda riqueza fué tangible y real hasta el día de la introducción del papel-moneda», sin recordar que nunca, desde que los hombres salieron de su estado primitivo de barbarie, ha dejado de haber en el mundo deudas, y desde el momento que se pone en duda que el deudor puede pagar, toda deuda se considera como parte integrante de la riqueza del acreedor. Y, sin embargo, ¿puede decirse que esta riqueza sea tangible y real, ó acaso que un crédito deja de ser riqueza porque tenga la garantía de un reconocimiento escrito? Ahora bien; ¿qué es el papel-moneda? ¿Acaso Mr. Southey no ha visto nunca un billete de Banco? Con sólo que lo lea, advertirá que no es más ni menos que un reconocimiento escrito de una deuda, y una promesa de pagar esta deuda. Se puede faltar á la promesa, se puede no pagar la deuda, los acree-

dores pueden sufrir perjuicios; pero éste no es un riesgo exclusivo del poseedor del papel, es un riesgo inseparable de la relación jurídica entre el acreedor y el deudor, pues todo hombre que venda un objeto cualquiera que tiene en su poder á cambio de otra cosa que no sea dinero al contado, corre el riesgo de que aquello mismo que consideraba la víspera como una parte de su fortuna, no tenga ningún valor al día siguiente. Alude Southey á las galerías de cuadros en Holanda, y ciertamente, los cuadros poseían propiedades reales y tangibles; pero supongamos, por ejemplo, que un holandés debe á un tratante en cuadros el precio de uno cualquiera que ha ajustado con él, y entonces lo que equivale á nuestro papel-moneda no es el cuadro, que es tangible, sino el derecho que tiene el comerciante al precio del cuadro, y este derecho no es tangible. ¿Y por ventura el tratante en cuadros no consideraría este derecho como una parte de su fortuna? Cualquier negociante que tuviese noticia de este derecho, ¿no puede estar más dispuesto á abrir crédito al tratante en cuadros, en consideración á este mismo derecho? Pero he aquí que el holandés comprador se arruina, y su ruina tiene las mismas consecuencias, de que nunca se había oído hablar, según Southey, antes de la introducción del papel-moneda, pues ayer el derecho del vendedor valía el precio en que había vendido el cuadro; hoy, después de arruinado el comprador, no vale nada; es, repitiendo la frase que pone el autor en boca del espectro, *la sombra de una sombra.*

No hemos de negar que una sola bancarrota causa perjuicios mucho más considerables, por lo mismo que los derechos de esta naturaleza pasan con tanta facilidad de mano en mano; pero las leyes de todos los países sancionan en ciertos casos la transferencia de los derechos que se tienen sobre un objeto, aunque todavía no se haya tomado posesión del mismo, y no creemos que Mr. Southey pretenda que se declaren nulos y de ningún valor todos los billetes de Banco, ó letras de cambio que hayan sido endosadas, pues prescindiendo de otros inconvenientes, si tal cosa sucediera, no por eso se evitaría la transferencia de derechos, que cambiaría de forma, verificándose de un modo imperceptible, pero también en grande escala. Por ejemplo, cuando el panadero presta al carnicero, presta en realidad á los parroquianos del carnicero, que son los que sostienen su tienda, y en esto consiste que cuando una persona debe cantidades considerables á varios comerciantes y no las paga, ocasiona comunmente grandes perjuicios á gran número de gentes á quienes no conoce ni pensó hacer daño.

El error de Southey se deriva de que ha tomado por una diferencia fundamental lo que no es sino una diferencia de forma y de relación, pues en todas las sociedades, los hombres adquieren derechos sobre la propiedad de los demás; en todas ellas es posible que algunos deudores no puedan cumplir sus compromisos; en todas, en fin, hay una riqueza que no es tangible y que puede llegar á ser la *sombra de una sombra.*

X.

Discurre luego Mr. Southey acerca de la deuda nacional, á la que considera, de acuerdo con su interlocutor, bajo un punto de vista nuevo, como una adición evidente á la renta del país, y formando una parte tan grande de nuestra riqueza, que cuando la agricultura alcanzó el mayor grado de prosperidad, el interés de la deuda igualaba á los rendimientos de todo el suelo de la Gran Bretaña, y hoy equivale á la renta total de todas las fincas rústicas y urbanas y de toda la propiedad inmueble reunida; y cree que es muy conveniente que haya un fondo de reserva de la riqueza pública tan seguro y ventajoso como el que proporcionan las rentas del Estado.

«Y hay que mencionar—dice el espíritu—otra ventaja todavía más importante, cual es el empleo de estos intereses anuales, equivalentes á toda la renta actual de la propiedad inmueble.» A lo que agrega Montesinos: «La aplicación y empleo de esta cantidad proporcionan trabajo á la mitad de la industria del reino, y dan de comer á la mitad de sus habitantes; y si de esta máquina social tan grande y tan complicada se quita el peso de la Deuda nacional, las ruedas se pararán necesariamente.»

Por lo visto, y si más adelante no hiciese algunas aclaraciones, que por otra parte son inútiles, se podría pensar que Mr. Southey

cree que los dividendos son un don gratuito enviado del cielo en épocas fijas á los tenedores de fondos públicos, como las codornices ó el maná que llovieron sobre los israelitas en el desierto.

Cuando dice que el Estado atiende al pago de los intereses de la Deuda por medio de contribuciones, prescinde Southey de determinar qué aplicación se daría á las cantidades que representan dichas contribuciones si no se pagaran al acreedor nacional; y reflexionando un instante esta cuestión, se verá que el *gran beneficio* de que habla nuestro autor queda reducido á muy pequeña cosa. Un tenedor de fondos públicos, por ejemplo, gasta anualmente el importe de dividendos que cobra por valor de quinientas libras, y diez vecinos suyos dan cada uno cincuenta libras al cobrador de contribuciones, para pagar los intereses de la Deuda nacional. Si se decretara la abolición de la Deuda pública, cuya medida estamos muy lejos de aconsejar, el tenedor de fondos del Estado dejaría de gastar cada año sus quinientas libras, no mandaría trabajar á sus obreros y les privaría de este medio de subsistencia, lo cual considera Southey como un mal lamentable; pero si se reflexiona un poco, como cada uno de los vecinos de nuestro tenedor de fondos posee anualmente cincuenta libras más que antes, claro está que hará más gastos que cuando le obligaban á desembolsarlas. La cantidad es exactamente la misma; sólo ha cambiado de manos, y no hay ningún motivo para que Southey crea que en manos del contribuyente se empleará

con menos liberalidad y con menos juicio, suponiendo que únicamente un tenedor de fondos del Estado puede dar trabajo á los pobres; ó que si se suprime una contribución, los que la pagaban antes van inmediatamente á cavar hoyos en la tierra y á enterrar allí la cantidad que el Gobierno solía cobrarles; ó en suma, que el dinero no puede poner la industria en movimiento si el cobrador de contribuciones no lo saca del bolsillo de un individuo para meterlo en el bolsillo de otro; todo lo cual es tan absurdo, que bien merecía la pena de que Southey intentase probarlo, pues debemos advertirle que nuestra generación tiene el corazón algo duro y la inteligencia algo rebelde para darse por satisfecha con la única razón que hasta ahora nos da el autor de los *Diálogos;* á saber: comparando la contribución y la renta con la evaporación y el rocío.

Ya son añejas estas ideas en Southey, pues en todas las circunstancias apuradas del Erario, recordamos haberle oído repetir que no por medio de la economía, sino por el aumento de los impuestos, es como un país puede recibir algún alivio, y por lo visto, se mantiene todavía, con la fe inquebrantable de un Diafoiro político, en la máxima de *resaignare, repurgare et reclysterizare* (muchas sangrías, purgas y lavativas). Dice que los pueblos pueden ser más ricos, pero no los gobiernos; pues los Estados no deben tener á su disposición más riquezas que las que consagre al bien público, y para contribuir á él, es uno de los medios más seguros emplear fuertes cantidades en trabajos de utilidad nacio-

nal, y gastarlas en la educación y mejoramiento del pueblo.

Reconocemos que indudablemente un Estado no debe tener á su disposición más riqueza que la que haya de aplicar al bien público; pero tampoco los individuos y las asociaciones deben disponer de más riquezas que las que pueden consagrar al bien general. La fórmula es muy lata: si no hay límite en la cantidad que se puede emplear útilmente en obras públicas y en el mejoramiento del pueblo, tampoco debe haberlo en que los que posean grandes riquezas las gasten útilmente, si tal es su voluntad, bien estas riquezas sean de particulares ó pertenezcan á un gobierno; y por consiguiente, la única razón que existe en favor de la tesis de Southey, sobre que los gobiernos no pueden ser más ricos y sí los pueblos, es que los gobiernos probablemente dedicarían sus recursos á objetos de más utilidad que los particulares.

Al afirmar Southey que uno de los medios más seguros de contribuir á la prosperidad nacional es emplear cantidades considerables en trabajos de utilidad pública, convendría saber qué es lo que considera un gasto útil ó qué entiende por prosperidad nacional. Si entiende la riqueza del Estado, equivale á emplear este argumento: «Cuanto más rico es un Estado, más vale; porque cuanto más rico es un Estado, más rico será.» Esto se parece mucho á lo que llaman rompecabezas ó á las cajas de sorpresa, y es lo que nosotros decimos con cierta galantería *un argumento de señora.* Y si por prosperidad nacional entiende

Southey la riqueza del pueblo, incurre en una contradicción evidente, pues raciocina de este modo: «Un pueblo puede ser más rico y no un Gobierno, porque éste puede emplear su riqueza en enriquecer al pueblo. Consecuencia: conviene quitar al pueblo su riqueza, porque ya tiene bastante, y emplearla en obras que tengan por objeto enriquecer al pueblo.»

XI.

No vamos ahora á investigar, ni tampoco es ocasión de hacerlo, si Southey recomienda el establecimiento de impuestos considerables, para enriquecer al pueblo ó para empobrecerlo; pero es seguro que si su propósito es aumentar la riqueza del pueblo, no puede emplear un medio más malo, y en lo que se refiere á obras públicas, por ejemplo, hay dos ó tres principios, confirmados por unaantigua experiencia, que deben aceptarse casi siempre sin vacilación.

Ningún individuo ni sociedad, por poco que estimen sus intereses, emplean sus capitales en un negocio de canal, de túnel ó de puente, si no tienen probabilidades ó esperanzas de que sus desembolsos han de darles resultado; y los especuladores particulares no sacarían ninguna ventaja de esta clase de asuntos, si el público no comprendiera que lo que paga va á proporcionarle utilidad, pues un pueblo no paga nunca por espontáneo impulso lo que sabe que no le trae beneficios. Existe, pues,

una relación directa y evidente entre el motivo que determina á los individuos á emprender una obra, y la utilidad de la misma obra. ¿Pero se puede decir que continúa la misma relación cuando se trata de un trabajo de interés público ejecutado por el Gobierno? ¿Los ministros que dirigen los destinos del país se hacen más ricos cuando es útil, ó se empobrecen cuando no resulta su utilidad? Y no es que neguemos que un hombre público tenga menos interés que un particular cualquiera por el aumento y conservación de su crédito; pero ¿no es verosímil que adquirirá mayor renombre y fama á los ojos de la opinión que se paga de exterioridades, si en una gran ciudad gasta inútilmente cuantiosos capitales para elevar artísticos monumentos con todas las magnificencias de la arquitectura, que si hace construir en el último rincón de una provincia una excelente carretera ó un amplio y hermoso canal? Para apreciar la utilidad de las obras públicas no hay que atender á su nombradía, sino á los rendimientos que producen. Un monumento, bajo este punto de vista, no proporciona ninguna ventaja al Estado: con una carretera ó un ferrocarril, sólo por derechos de Aduanas ingresan ríos de plata en las arcas del Tesoro. Ciertamente, en un siglo de corrupción, son frecuentes los abusos de confianza; pero estos abusos y otras mil informalidades no han de faltar, ni aun en el período de más integridad y pureza administrativa. En ningún país, desde hace mucho tiempo, ha habido hombres de Estado que atiendan tanto á la opinión

pública, ni que hayan sido más íntegros en los negocios de dinero, que los últimos que han gobernado á Inglaterra, y sin embargo, basta sólo fijarse en los recientes edificios construídos en Londres, para encontrar una prueba indudable de la verdad que defendemos, y es que en tiempos de inmoralidad al pueblo se le estafa ó roba lisa y llanamente, y en épocas de integridad administrativa no sucede esto, pero cuanto más mala es una obra, más cara cuesta.

El Estado tiene obligación de construir edificios según las necesidades de la nación, y á esto debía limitarse, en nuestro concepto, su iniciativa. Tenemos la firme creencia que serían más útiles para el servicio público quinientas mil libras esterlinas de suscriciones individuales con el fin de construir canales ó ferrocarriles, que cinco millones de libras que votara el Parlamento con el mismo objeto. Los refranes antiguos del ojo del amo y los negocios de todo el mundo, encierran una gran verdad.

XII.

De todas las inconsecuencias, que, como hemos dicho, abundan en el sistema político de Southey, hay una de mayor bulto, un principio dominante, un error que va más lejos que los demás, y es el que se deriva de su teoría sobre obras públicas. Supone ó cree

que un gobernante no está solamente encargado de velar por la seguridad perfecta de las personas y propiedad de los ciudadanos, sino que debe ser también una especie de maese Pedro, arquitecto, ingeniero, maestro de escuela, comerciante, teólogo, dama de la junta de beneficencia en todas las parroquias, un intendente y administrador de todas las casas, haciendo de espía, escuchando á las puertas, que nos ayuda á llevar la carga, que nos reprende, que se toma el trabajo de opinar por nosotros, que gasta por nosotros nuestro dinero. Si no hemos comprendido mal, sienta como principio que ningún hombre puede dirigir sus propios negocios tan perfectamente como pueden hacerlo los que le gobiernan, sean quienes fueren, y que un Gobierno es tanto más perfecto, cuanto más se entromete en las costumbres y opiniones de sus gobernados, pareciendo nuestro autor íntimamente convencido de que en manos del Gobierno está aliviar todas las miserias que afligen á las clases inferiores, y casi le parece una impiedad dudar de cosa tan evidente. Para que no se crea que exageramos, citaremos lo que dice sobre el asunto, que es una verdadera joya por lo que respecta á la lógica.

Habla Tomás Moore: «Hay en vuestra metrópoli muchos miles de individuos que se levantan por la mañana sin saber cómo vivirán durante el día, ni dónde dormirán por la noche. Todos los hombres, aun los más viciosos, saben que la depravación conduce á la miseria; pero hay también muchos, aun entre los que son buenos é instruídos, que necesitan

todavía aprender que recíprocamente la miseria produce la depravación.»

«Hay muchas personas que lo saben—contesta Montesinos,—pero creen que las instituciones humanas no pueden impedir esta miseria: ven el efecto, pero consideran las causas como inseparables de la condición de la humana naturaleza.»

«Tan cierto como Dios es bueno—replica Sir Tomás—tan cierto es que no existe ni puede existir un mal necesario: ni la enfermedad, ni el sufrimiento, ni la muerte son verdaderos males para un alma religiosa.»

Pues si la enfermedad, el sufrimiento y la muerte no son verdaderos males, no acertamos á comprender por qué ha de ser un mal que miles de individuos se levanten por la mañana sin saber cómo van á subsistir durante el día, puesto que el mal del hambre, por sí solo, produce desde luego el sufrimiento, después la enfermedad y por último la muerte; si no produjera todas estas consecuencias, no sería una calamidad, y si estas consecuencias no son males, el hambre no debe serlo tampoco. Proponemos á mister Southey un dilema muy sencillo: ó el dolor físico es un mal, ó no lo es; si es un mal, ya hay, pues, en el mundo un mal necesario; si no es un mal, ¿para qué librar de él á los pobres?

Tiene Southey acerca de la sabiduría de los gobiernos nociones tan exageradas y falsas como acerca de su poder y medios de acción, y así es que habla con cierto desdén y disgusto del respeto que hoy se profesa á la

opinión pública, que, según él, debe mirarse con temor y desconfianza, resistiendo vigorosamente sus usurpaciones, pues si se cede, nos exponemos á arruinar el país. Mantener el orden no es más que uno de los fines del gobierno; las obligaciones del jefe de un Estado son las de un padre ó de un patriarca: él debe considerar la disciplina moral del pueblo como su principal objeto; establecer una religión; hacerla adoptar por la nación entera, y mirar á todos los disidentes como sus enemigos personales.

«Es un hecho ciertísimo—dice Sir Tomás—que la religión es la base en que descansa el gobierno civil: de la religión derivan el poder su autoridad y las leyes su eficacia; á ella deben el poder y las leyes, no sólo el espíritu que los anima, sino también la sanción que los garantiza, y es necesario para la seguridad del Estado y para el bienestar del pueblo que esta religión sea una institución pública, porque sin ella el pueblo estará á merced de agitaciones en todos sentidos de mil doctrinas diversas: cuanto más unido se halle el pueblo á las instituciones del Estado, mayor será la paz que éste disfrute: tal es, pues, la primera regla y la noción más sencilla de una buena política; dirigir al pueblo por el sendero por donde debe marchar. El Estado que mira con negligencia este deber prepara su propia destrucción, y los que dirigen al pueblo por otro camino, socavan los cimientos de seguridad del Estado. En las mismas ciencias abstractas, nada puede haber más evidente que los anteriores axiomas.»

«Lo cual no impide que los nieguen—contesta Montesinos—nuestros maestros charlatanes y nuestros autorzuelos de poco fuste: los unos con la audacia de sus malos propósitos; los otros con la feliz convicción de una ignorancia impenetrable.»

XIII.

La amplificación de los párrafos que acabamos de citar, ocupa la mayor parte de los dos volúmenes que examinamos. Cuando Southey declara que la religión es evidentemente la base del gobierno civil, no ha podido de ningún modo querer significar que los hombres, al establecerlo y sostenerlo, no hayan tenido otros motivos que los que la religión inspira, ni que el gobierno civil no procure ningún beneficio temporal, ni que los intereses temporales de los hombres no sufrirían detrimento aun cuando vivieran en un estado de anarquía. La base del gobierno es completamente distinta del fundamento en que se apoya la religión, desde el momento en que se reconoce, como Southey no puede menos de reconocer, que es útil para la humanidad en este mundo tener un gobierno civil, y que la gran mayoría de los hombres, por no decir todos, ha creído siempre en esta utilidad. La religión cristiana sanciona ciertamente el gobierno, como sanciona todo lo que contribuye á la felicidad y moralidad de nuestra especie; pero no nos explicamos en qué sentido se sos-

tiene que la religión es la base del gobierno, á no ser que se diga también que la religión es la base de la costumbre necesaria de comer, beber, ó encender fuego para calentarnos cuando hace frío. La historia prueba de un modo perentorio y absoluto que los gobiernos han existido, que se han hecho obedecer más ó menos, que han protegido y servido de defensa á los pueblos, poco ó mucho, en tiempos en que la religión no les prestaba su apoyo, en tiempos en que ninguna religión ejercía su influencia sobre los sentimientos y la vida de los hombres.

Cuando aquel Ateniense deseaba tener algunas instituciones que pudiesen impedir á Orestes que le robara su manto y á Midias que le cortara la cabeza, no era lo que le inspiraba, ni el temor del Tártaro, ni la fe en los Campos Elíseos. Dice Southey que la religión es la única que presta al poder su autoridad y á las leyes eficacia; pero ¿qué religión es la que da autoridad á nuestra dominación en la India, ó eficacia á la ley por cuya virtud ahorcamos á los brahamanes? El gobierno civil ha existido en todos los ámbitos del mundo durante miles y miles de años, ya en tiempo de fanatismo, ya en siglos de indiferencia epicúrea, ya en épocas de acendrada piedad; y no obstante que la fe de los pueblos haya sido más ó menos racional y pura, no obstante que hayan adorado á una potencia bienhechora ó á un genio del mal cruel y vengativo, no obstante que hayan ó no creído en la inmortalidad del alma, han sentido siempre la necesidad de un gobierno civil, y lo

han establecido desde el momento que han salido del estado salvaje. Y éste es un hecho tan universal, tan primitivo, como la costumbre de guisar y preparar los alimentos. A pesar de lo cual Southey afirma, que el gobierno se funda en la religión, y que no hay en todas las ciencias abstractas un axioma más evidente que éste. Sin duda alguna sería curioso averiguar qué idea tiene formada Southey de las demostraciones de las ciencias abstractas, por más que es de temer que sus conocimientos en este ramo sean bastante vagos é incompletos.

Pero, sigamos la argumentación de Mr. Southey. Como la religión es la base del gobierno, y como el Estado disfruta de tanta mayor quietud y paz, cuanto el pueblo se halla más ligado á las instituciones del Estado mismo, resulta que la primera obligación de un gobierno es dirigir al pueblo por el camino por donde debe marchar, y es evidente que los que le dirigen por otra vía contribuyen á minar la seguridad del Estado. Véase la debilidad de este argumento. Una religión puede ser falsa, un gobierno puede ser opresor; y no nos parece indispensable que el pueblo tenga fe siempre en la religión establecida y esté siempre ligado al gobierno constituído: es más, consideramos como un mal evidente cualquier auxilio que un gobierno pueda dar á religiones falsas, ó que la religión pueda prestar á gobiernos opresores.

XIV.

Suena bien indudablemente esta máxima: «Los gobiernos deben dirigir á los pueblos por el camino por donde éstos deben marchar»; pero ¿hay alguna razón para creer que un gobierno dirigirá al pueblo por el buen camino, y negar, á la inversa, que un pueblo pueda encontrar este buen camino por sí solo? ¿Pues no se han visto gobiernos que no eran más que ciegos que guían á otros ciegos, según la frase del Evangelio, y no existen también ahora gobiernos semejantes? ¿Se puede establecer como regla general que el impulso del progreso hacia la verdad política y religiosa se dirige de arriba abajo, del gobierno al pueblo, y no de abajo arriba, del pueblo al gobierno? Importa ante todo resolver estas cuestiones con claridad. Declama y vocifera Southey contra la opinión pública, que sin embargo usurpa, según él, el poder supremo, y sostiene que antes gobernaban las leyes, pero que ahora es la opinión pública la que gobierna. Pero ¿qué son ni qué significan las leyes sino la opinión de una clase cualquiera de individuos que tiene autoridad sobre el resto de la colectividad? ¿Cuándo el mundo se ha gobernado de otro modo que por la opinión de una ó de varias personas, ni cómo podría gobernarse de otro modo, puesto que todos los sistemas políticos, religiosos ó científicos no son más que opiniones que se fun-

dan en pruebas más ó menos satisfactorias? La cuestión que se debate no está colocada entre una opinión humana y otro método distinto más elevado de llegar á conseguir la verdad, sino entre dos opiniones: entre la opinión de un hombre y la de otro hombre, entre la opinión de una clase y la de otra clase, entre la opinión de una generación y la de otra generación.

Se dirá que la opinión pública no es infalible; pero ¿puede Mr. Southey citar una institución cualquiera que nos asegure esta garantía de infalibilidad? ¿Puede encontrar una familia, una profesión, una clase, en una palabra, separada del resto de la colectividad por cualquier distinción evidente, cuya opinión tenga mayores probabilidades de ser justa que esta opinión pública tan combatida? ¿Citará Mr. Southey los pares, por ejemplo, ó los doscientos hombres de más elevada estatura que se encontraran en el país, ó los pobres caballeros de Windsor, ó los niños que nacieran con cabellos, ó una casta compuesta de los descendientes de cada séptimo hijo? Porque no suponemos que recomendara la elección popular: esto sería, ni más ni menos, una apelación á la opinión pública. Y es inútil decir que la opinión de los hombres más sabios y mejores debe gobernar la sociedad, porque quedaría por resolver dónde están los hombres mejores y más sabios.

Creen, ó afectan creer muchas personas respetables, y Southey es una de ellas, que habiéndose demostrado que la educación moral y religiosa del pueblo tiene la más grande

importancia, se sigue necesariamente que éste ha de ser uno de los fines que se debe proponer todo gobierno, olvidando que aquí se trata de examinar, no sólo la bondad del fin, sino también la conveniencia de los medios, pues en el cuerpo político, más aún que en nuestro cuerpo material, todos los miembros no desempeñan las mismas funciones, y no hay ninguna contradicción en afirmar que una parte determinada de la colectividad puede ser perfectamente apta para proteger las personas y las propiedades del resto de la comunidad, siendo á la vez inhábil en absoluto para dirigir nuestras opiniones ó regular nuestras costumbres en la vida privada.

XV.

El mayor, el más poderoso interés del jefe de un Estado es proteger á sus súbditos contra todo despojo ó violencia que cometan los demás, porque al tirano más absoluto y cruel le conviene emplear sólo estos medios, y no permitir que otros dispongan de vidas y haciendas, siendo los medios para conseguir dicho objeto tan claros y sencillos, que los hombres son casi siempre más felices bajo el despotismo de un gobierno malo, que lo serían en un estado de anarquía, y aun en los sistemas más imperfectos, cuando el nombramiento de magistrados se confía al azar, como en las repúblicas italianas, el resultado ha sido mejor que si no hubiera existido ninguna

autoridad en absoluto y se hubiera dejado á cada uno obrar á su capricho. Por otra parte, no hay tampoco ninguna razón para creer que las opiniones de un magistrado en asuntos especulativos tengan mayores probabilidades de ser justas que las de cualquier otro hombre, y en cuanto es posible juzgar, ninguna de las diversas maneras conocidas de elegir un magistrado, ni la elección popular, ni los accidentes de la suerte, ni la circunstancia del nacimiento pueden garantizar que será más sabio que otro cualquiera de sus conciudadanos, y aun parece probable que todos éstos reunidos deban ser más sabios que uno solo; por consiguiente, no podemos comprender cómo se sostiene que corresponde á una determinada clase de hombres el deber y el derecho de dirigir las opiniones de las otras clases, á no ser que se llegue á probar que la primera tiene ó puede tener opiniones más justas que las últimas.

Compara Southey al gobierno con un padre de familia, y afirma que sus deberes son análogos á los de la paternidad; lo cual sería cierto si el gobierno fuese necesariamente tan superior en inteligencia al pueblo que dirige, como el padre más incapaz es superior durante cierto tiempo al hijo más listo y precoz, ó si el gobierno fuera susceptible de amar á los pueblos como los padres aman generalmente á sus hijos; pero ninguna razón hay para suponer que un gobierno tenga ni la ternura de un padre ni su perspicaz inteligencia. Del mismo modo y con igual razón podría decirse que los deberes de un zapatero son

paternales, y que una persona que no es del oficio comete una usurpación cuando dice que el calzado que hace el zapatero es malo, y que quiere, en uso de su perfectísimo derecho, unas botas mejores. Si los que fabrican una cosa cualquiera no han de preocuparse de la opinión de aquellos para cuyo uso la destinan, la división del trabajo dejaría de ser un beneficio. Mr. Southey pretende sin duda que los gobiernos traten á los pueblos que usurpan el privilegio de pensar, como aquel zapatero de un conocido poema, que dice á Lord Foppington que su señoría le infiere un agravio al suponer que el calzado le hace daño: «No hace daño á vuestra señoría ni le aprieta—grita;—no puede hacerle daño: ¿si lo sabré yo? Yo conozco mi oficio, y jamás ha salido de mi tienda un calzado mejor hecho.» Y casi en nuestra comparación sale con ventaja el zapatero de Vanbrugh, pues al menos se contentaba con reglamentar los zapatos de sus parroquianos, y en este ramo especial no carecía ciertamente de conocimientos; pero no pretendía poner la ley en materia de pantalones ó de sombreros. Southey, por el contrario, defiende que los que gobiernan un país han de imponer al pueblo sus opiniones, no solamente sobre política, sino también sobre otros asuntos en los que ni el gobierno tiene competencia ni medios particulares de conocimiento, como la religión y la moral, y que el primero que pasa por la calle puede apreciarlos y resolverlos con tanto acierto y justicia como lo puede hacer el mismo rey.

Mayor número de probabilidades tienen los

hombres de resolver equitativamente una cuestión cuando la discuten con entera libertad; y si un gobierno interviene en la discusión, seguramente la cohibe y la hace menos libre que lo sería de otra manera. Para formar una opinión con rectitud y justicia, es preciso que los hombres no tengan otro deseo que el de conocer la verdad, ni se dejen dominar por las influencias de la esperanza ó del temor, por el estímulo de una recompensa ó el miedo de un castigo; y seguramente el gobierno, como tal, no puede apoyar sus doctrinas sino con premios ó penas, y sostiene un debate, no con ayuda de razonamientos, sino á fuerza de promesas ó amenazas, pues si emplea el raciocinio, además de ser ridículo y signo de debilidad, no lo hace, ni lo puede hacer, en virtud de los poderes que le corresponden como tal gobierno. Resulta, pues, que, en lugar de una lucha entre diversos argumentos y opiniones, existe una lucha entre los argumentos y la fuerza; en lugar de una lucha en la cual la verdad obtenga, gracias á la constitución natural del espíritu humano, una ventaja decisiva sobre la mentira, existe una lucha en la cual la verdad, si sale victoriosa, será por accidente.

Y, en suma, ¿cuál es la seguridad que da á los gobiernos, después de todo, semejante sistema de educación? Pocas naciones pueden encontrarse en que la discusión se halle cohibida con más eficaces trabas, ni en que la opinión pública se haya mantenido con más estricta conformidad á las instituciones y al poder constituído, que España é Italia; y, sin

embargo, sabemos que las trabas que existen en España é Italia no han impedido que el ateísmo se extienda en el seno de las clases ilustradas, y sobre todo entre los sacerdotes, consagrados más especialmente al servicio de la divinidad. Conocido es por todos que en la época de la revolución francesa un gran número de curas se apresuraron á declarar, uno tras otro, que su doctrina, su ministerio, su vida entera, no había sido más que una mentira, una farsa que apenas podían sostener con apariencias hábilmente dispuestas para hacer que durase la ilusión. Y si se dice que se trataba entonces de una religión falsa ó por lo menos profundamente pervertida, no tenemos inconveniente en aceptar las circunstancias más favorables á la tesis de Southey, refiriéndonos á la forma religiosa que cree más pura: al sistema de religión que considera más perfecto en la Iglesia de Inglaterra; á la forma de gobierno que admira y que echa de menos con mayor pesar; al gobierno de Inglaterra bajo el reinado de Carlos I. ¿Puede pedirse que exista entre la Iglesia y el Estado una unión más íntima que la que había entonces? ¿Pueden desearse tribunales eclesiásticos de mayor poder, un rey más celoso, un primado más activo? ¿Puede concebirse que se dé á la Iglesia establecida un monopolio sobre la instrucción pública más completo? ¿Puede ningún gobierno hacer más para dirigir al pueblo por el camino por donde quiere verlo marchar? Y, sin embargo, ¿qué resultados ha producido todo esto? Veámoslo.

XVI.

A fines de 1639, Laud envió á su señor un informe sobre el estado de la provincia de Cantorbery, en que se considera á la Iglesia de Inglaterra como elevada al colmo del poder y de la prosperidad, pues el gobierno de entonces había puesto en práctica tan eficazmente la política que quisiera resucitar Southey, que no se veía por ninguna parte ni un solo vestigio de disidencia. La mayor parte de los obispos escribían que su grey se hallaba en el mejor estado; siete ú ocho personas de la diócesis de Peterborough habían tratado de separarse de la Iglesia, pero más tarde se habían sometido humildemente; en Norfolk y Suffolk, todos aquellos cuya conducta pudo parecer sospechosa, habían hecho profesión de estar unidos á la Iglesia, y aparentaban conformarse estrictamente á sus prácticas; y aun cuando en el informe se declaraba que se había tropezado con algunas dificultades en Suffolk, para persuadir al pueblo bajo que viniese á tomar la comunión en la verja del santuario, éste era el único caso de *disidencia* que el ojo vigilante de Laud pudo descubrir en todas las diócesis de sus veinticinco sufragáneos, la víspera de una revolución en que el primado y la Iglesia, y el monarca y la monarquía, debían de perecer juntamente.

Ahora bien; que Mr. Southey pronuncie

su fallo: ¿cuándo ha tenido la Constitución mayores garantías de seguridad, en 1639, al presentar Laud el informe que antecede á Carlos I, ó, por el contrario, hoy, al juntarse abiertamente en miles de reuniones millones de disidentes; hoy, que se defienden en voz alta proyectos contra los diezmos; hoy, que se venden públicamente en las calles libros que atacan, no solamente á la Iglesia establecida, sino á los primeros principios del cristianismo?

Afirma Southey que los signos de descontento son hoy más graves en Inglaterra que lo fueron en Francia al reunirse los Estados generales; tratando acaso de sacar la deducción de que está en vísperas de estallar entre nosotros una revolución como la revolución francesa. Sin duda nuestro autor ignora que para formar juicio del malestar de los Estados, hay que atender, no á lo que el espíritu público deja salir á la superficie, sino á lo que tiene encerrado y oculto. ¿Por ventura puede concebirse algo más terrible que la situación de un gobierno que domina sin recelo en un pueblo entero de hipócritas, que es adulado por la prensa y execrado en el fondo de los corazones, que se felicita de la subordinación y obediencia de sus súbditos, y que no sabe que sus súbditos están ligados contra él por una francmasonería de venganzas cuyos signos misteriosos se extienden con más rapidez que la electricidad, y que en un instante diez mil ojos se miran, diez mil manos se estrechan, diez mil voces se cruzan para producir el cataclismo? ¡Oh política profunda

é ingeniosa! En vez de curar el mal, suprime los síntomas, únicos que pueden revelar su naturaleza; deja á la serpiente su mortal veneno, y le quita tan sólo el cascabel que sirve para anunciar la aproximación del temible reptil!.....

XVII.

Un nuevo sistema de educación se puso entonces de moda, precisamente después que el pueblo pagó á Carlos I sus desvelos paternales en dirigirle asiduamente por el buen camino, haciendo rodar su cabeza. Vióse levantar otro gobierno, que, como el primero, hizo de la religión su base más sólida, y de la disciplina y prácticas religiosas del pueblo, su principal deber. Leyes sanguinarias persiguieron el libertinaje; los cuadros profanos fueron condenados al fuego; las estatuas indecentes, cubiertas con púdicos velos, y vestidas con la mayor honestidad; se cerraron los teatros, se decretaron numerosos días de ayuno, y el Parlamento mandó que los cargos públicos no se confiaran sino á hombres que merecieran por todos conceptos la opinión de santos. Á qué extremos condujo este sistema, es notorio á todo el mundo: su consecuencia natural fué dar margen á una impiedad, á una sensualidad sucia y repugnante, que de continuar, hubiera roto bien pronto todos los lazos de moralidad y de honor; y aun en la actualidad se citan pasajes

de la Escritura, nombres bíblicos, y hasta algunas doctrinas de los libros sagrados, que se miran con prevención, y han caído en ridículo, únicamente porque van asociados al recuerdo de las austeridades de aquella época.

Por dos veces se ha ensayado en Inglaterra, y en grande escala, la empresa de inculcar al pueblo una religión, constituída en determinada forma. Carlos I y Laud hicieron la primera experiencia: los puritanos intentaron la segunda. Los conservadores fanáticos de nuestro tiempo tienen todavía mucho de aquellos sentimientos y opiniones de Carlos I y de Laud, aunque con alguna más moderación, y fácilmente puede advertirse también que aun viven entre nosotros los herederos de los puritanos. Uno y otro partido debían recordar que su estrecha alianza con el poder, no les ha producido en otro tiempo ni grande honor ni grandes beneficios; que han caído y se han desacreditado cuando los jefes de gobierno los sostenían, y, por el contrario, se han engrandecido y cobrado prestigio, cuando el poder los ha combatido; que el sistema que querían imponer al pueblo, no importa cuándo, ha sido siempre, mientras que se empeñaron en hacerlo prevalecer, un sistema impopular; y, finalmente, que la educación dirigida por los altos dignatarios de la Iglesia preparó la dominación de los puritanos, y la dominación de los puritanos degeneró en el reinado de las cortesanas.

Y éste es un resultado perfectamente natural y previsto, pues nada es más insoportable á un pueblo, cuando desde su origen no ha

sufrido el yugo de esta clase de tutelas directivas, que un gobierno paternal, ó en otros términos, un gobierno que dice á sus súbditos lo que deben hablar, leer, comer, beber ó vestir; y si nuestros padres hace ya doscientos años no pudieron soportar esta ominosa y degradante intervención, nosotros, sus hijos, no vamos á tener mayor paciencia.

Cree Mr. Southey que el yugo de la Iglesia se debilita, porque se han aflojado los vínculos que la unen con el poder civil; y nosotros, por el contrario, tenemos el convencimiento de que si se soporta este yugo, es porque se ejerce con suavidad y es fácil y cómodo. El día en que se trate de apretar los tornillos, el pueblo lo sacudirá y se lo quitará de encima; que no ha sido ni será el primero y más potente yugo hecho polvo y pisado por Inglaterra en sus días de venganza.

XVIII.

Aun no hemos llegado á manifestar hasta qué punto quiere Mr. Southey que el gobierno haga uso de su intervención para inculcar al pueblo las doctrinas de la Iglesia.

He aquí un pasaje en que Sir Tomás Moore dice con vehemencia: «¿Es posible que vuestras leyes toleren que los incrédulos existan como partido? *Vetitum est adeo sceleris nihil?*»

Á lo cual contesta Montesinos: «Ellos hacen alarde de su incredulidad á pesar de

las leyes; y según la doctrina de moda que ahora sostiene la prensa, ésta es una cuestión en la que las leyes no deben intervenir, puesto que todos los hombres tienen el doble derecho de adoptar las opiniones religiosas que más sean de su agrado y de hacer públicas dichas opiniones.»

De aquí se deduce con toda evidencia que Mr. Southey no concedería á la incredulidad una tolerancia completa y absoluta, por más que en otro pasaje hace notar con cierto fondo de verdad, aunque procurando pasar de largo y como por sobre ascuas, que «toda medida de intolerancia que no ataque en su raíz el predominio y completo desarrollo de la tiranía que la Iglesia de Roma ejerce, cuando tiene poder para ello, influye en las opiniones que pretende suprimir, como la poda en las plantas vigorosas: les da nuevo vigor y fuerza.» Relacionando las afirmaciones de estos dos pasajes, se llega á la siguiente conclusión: que á juicio de Southey, sería menester emplear contra los incrédulos en Inglaterra una severidad tan excesiva, como la que haya usado en los tiempos de su mayor poder la Iglesia católico-romana, ó para hablar sin ambajes, que debía quemarse á Smithfield Carlile y sus dependientes, y que debía, en suma, sufrir la misma suerte toda persona que se resistiera á hacer solemne profesión de su fe cristiana; y aunque creemos que Southey no aconseja tales extremos, el lenguaje que usa nos autoriza, según todas las reglas de la lógica, á atribuirle esta conclusión. Y es que sus opiniones no llegan nunca á constituir un

sistema, y al primer golpe de vista, mira tan sólo la cuestión bajo una de sus fases, persiguiendo la idea que necesita para hacer una frase ingeniosa y bien redondeada; si bien por esto mismo sería excesiva injusticia acusarlo de profesar una doctrina únicamente porque esta doctrina se deduzca en rigurosa lógica de los principios que de antemano haya establecido.

Esta falta de lógica en Southey hace que ignoremos en absoluto su parecer sobre la tolerancia, pues á renglón seguido de censurar al gobierno porque no castiga á los incrédulos, aborda la cuestión de la incapacidad política de los católicos, cuestión que á esta hora ya es asunto fuera de discusión, á Dios gracias, y se consagra á defender una causa perdida, so pretexto de que las doctrinas católicas tienden á la persecución, y que los católicos han sido siempre perseguidores cuando han estado en el poder. «Ellos deben emplear la persecución—dice Southey—si tienen fe en su propia doctrina: su conciencia les dice que están obligados á hacerlo, y aun cuando no lo crean, deben perseguir por conveniencia política, pues un sistema tan despreciable y tan perverso no se puede mantener sino por medio de la intolerancia.»

¡Las almas de los justos que pueblan el cielo se espantan al ver la depravación de un país en que no se persigue á los incrédulos; y sin embargo, hay que excluir del poder á una numerosa secta de cristianos, porque los que en otro tiempo profesaban las doctrinas de esta secta se han hecho culpables de persecu-

ción! Antes hemos afirmado que no sabíamos á punto fijo cuál era el parecer de Mr. Southey sobre la tolerancia; pero con estos antecedentes se puede reducir á la siguiente fórmula: todo el mundo debe tolerar á Southey, y Southey no debe tolerar á nadie.

XIX.

Por nuestra parte, y sin que nos importe nada el temor de ser mal comprendidos, tributamos nuestra incondicional aprobación á la conducta moderada, sabia y eminentemente cristiana que la Iglesia y el gobierno han observado en los últimos tiempos respecto á las publicaciones impías, y felicitamos á una y otro de que no hayan considerado necesario levantar esos baluartes en que se refugian las supersticiones falsas y sanguinarias, en torno de una religión pura, misericordiosa y filosófica, de una religión ante cuya evidencia se han inclinado las más grandes inteligencias del mundo. No quedó cautiva el Arca de Dios sino el día en que se la quiso rodear de un ejército de defensores, y durante el cautiverio su santidad bastó para protegerla contra los ultrajes y profanaciones, y para hundir en el polvo al ídolo de los filisteos, enemigos del Dios de Israel, hecho pedazos y vencido sobre las losas de su propio templo. El Cristianismo funda su verdadera fuerza, su inmenso poder, no en los auxilios exteriores, sino en su moral llena de bondad, en su perfecta armonía con

el corazón humano, en la facilidad que posee de acomodarse á la capacidad de todas las inteligencias, en los consuelos que prodiga á las almas heridas por el infortunio, en esos divinos resplandores con que esclarece el misterio del sepulcro y de la vida futura: y cuando un sistema está rodeado de tanta grandeza, no va á aumentar en dignidad, ni en prestigio, ni en poder, con que forme parte ó se le incluya en la constitución política.

No es ahora la primera vez que se ha reducido á no contar con otros elementos que con la fuerza de sus propios testimonios y con los atractivos de su eterna belleza: su teología sublime ha confundido las escuelas de Grecia en una lucha en que la razón iba lealmente á combatir con la razón; los más valientes y los mejores de los Césares se vieron obligados á reconocer la inutilidad de sus legiones y de su política, cuando quisieron oponerlas al empuje de unas armas que no eran materiales, á un reino que no era de este mundo. Y podemos asegurarlo: no está reservada la victoria que ni Pórfiro ni Diocleciano pudieron lograr, á ninguno de esos que en nuestro tiempo dirigen sus ataques contra la última barrera que resiste á los poderosos, y la última esperanza que sostiene á los desgraciados; más bien toda la historia del Cristianismo demuestra que sus alianzas con el poder pueden ponerlo en peligro de ser corrompido, pero su oposición á los poderosos no causará nunca su ruina. Por el contrario, los que le imponen una soberanía temporal le tratan como sus predecesores trataron en otro tiempo á su augusto funda-

dor. Doblan la rodilla ante él, y le escupen al rostro; le gritan «¡Salve!» y le abofetean; colocan un cetro en su mano, pero es un cetro irrisorio de frágil caña; le coronan, pero ponen en sus sienes una corona de espinas; cubren con un manto de púrpura las heridas que le han hecho sus propias manos, y escriben títulos magníficos sobre la cruz donde le han clavado para hacerle morir ignominiosamente entre tormentos.

Aunque las predicciones de Mr. Southey sobre el porvenir de la sociedad son tan sombrías, nos consolamos al pensar que nuestro autor no es profeta, y recordamos á este propósito que en vísperas de la abolición de las *Leyes de Prueba* (Test-Act) anunciaba que estas leyes odiosas serían inmortales, y que las almas piadosas tendrían por largo tiempo la satisfacción de ver á la Iglesia profanar el más solemne de sus ritos religiosos, á fin de conservar la supremacía política; y que, en sus *Diálogos sobre la sociedad*, afirma que no se podrá admitir á los católicos en el Parlamento hasta el día en que venga el poder á manos de esos *wighs* á quienes Johnson llama seres insondables, cuyo fondo nadie puede encontrar; pero entretanto que el libro se imprimía, la profecía resultó falsa, y uno de los más *torys* entre los *torys*, el héroe predilecto de Mr. Southey, conquistó la más noble de las coronas, corona en que se lee esta inscripción: *Ob cives servatos.*

XX.

Tales son los temores de Southey al considerar los tristes tiempos que alcanzamos, tan llenos de amenazas y de sombras, según él dice, que decididamente se debía perder toda esperanza, si no quedase el consuelo de confiar en la misericordia de Dios; pero si á esto se reduce todo, recordando que Dios ha permitido otras veces que los salvajes invadan el mundo civilizado, y que ciertas doctrinas introduzcan en la misma religión cristiana un espíritu de corrupción, haciéndola, durante algunos siglos, casi tan mala como el paganismo, ni aun nos queda el recurso de creer que los atributos divinos impidan que la humanidad sufra de nuevo semejantes calamidades. Y sin embargo, nosotros consideramos el estado del mundo, y en particular la situación del reino de Inglaterra, con mucha más satisfacción y mejores esperanzas de las que revela el pesimismo de nuestro autor. Aun cuando habla con desdén de los que suponen el estado salvaje más beneficioso que el estado social, y dice que ni siquiera en su juventud le han alucinado las opiniones de Rousseau, sostiene por otra parte la extraña paradoja de que una nación que ha dado algunos pasos en el camino del progreso es más feliz entonces que cuando hace mayores conquistas y se coloca á la cabeza de la civilización y la cultura, creyendo, por ejemplo, que los bretones del tiempo de

César fueron más dichosos que los ingleses del siglo XIX, y proponiendo, en suma, la época que precedió á la Reforma como modelo digno de imitarse, y en la cual nuestro pueblo era mucho más feliz que lo fué en tiempos antiguos y que lo ha sido más adelante.

Para apreciar el valor de estas opiniones hay que atender á los gustos personales de Mr. Southey, única base en que se fundan, pues siendo, como es, literato, una vida completamente desprovista de placeres literarios le parece insípida, y aborrece el espíritu de la generación actual, la seriedad y aridez de sus estudios, el atrevimiento de sus investigaciones y la indiferencia con que mira un gran número de añejos prejuicios á que todavía rinde vasallaje la inteligencia de nuestro autor, el cual ni quiere un siglo enteramente sumido en la ignorancia, ni un siglo animado del espíritu de investigación y de reforma. Su sueño dorado, la época en que hubiera vivido más á gusto, son los veinte primeros años del siglo XVI, pues entonces existía precisamente ese término medio, ese grado de vida intelectual que Southey necesita. Entonces los hombres instruídos, que eran en corto número, escribían y leían mucho, y un literato ó un abogado era tenido en gran estimación; pero el pueblo, el populacho no tenía el atrevimiento de reflexionar, y aun entre las clases ilustradas, los espíritus investigadores é independientes respetaban más la autoridad que la razón, al contrario de lo que sucede en nuestros días; y esto es lo que enamora á Southey, que se hubiera

encontrado perfectamente á sus anchas, como el pez en el agua, si le toca en suerte vivir en esta época; así es que declara que nunca el mundo ha conocido unos tiempos más venturosos, y afirma que los salvajes vivían en un estado miserable sin duda; pero que en su opinión, los contemporáneos de Tomás Moro eran más felices, no ya que los salvajes, sino que nosotros mismos.

Y sin embargo, no hay duda que la actual generación lleva ventaja á los contemporáneos de Sir Tomás bajo todos los puntos de vista en que éstos aventajaban á los salvajes.

XXI.

Rendido ante la evidencia, no pretende Mr. Southey que en el siglo XVI estuviera el pueblo en ciertas condiciones materiales mejores que en la actualidad, y que no haya ganado nada en la comodidad de las viviendas y en el vestido, en la satisfacción de estas dos necesidades de la vida; por el contrario, reconoce que bajo este aspecto ha habido una pequeña mejora. El hecho es tan cierto, que ni el hombre más preocupado puede ponerlo en duda, pues el perfeccionamiento de las artes mecánicas ha disminuído el precio de los artículos que se fabrican y ha puesto al alcance de los pobres mil objetos que ni Sir Tomás ni su interlocutor hubieran podido obtener á ningún precio en el siglo XVI. Pero Mr. Southey sostiene que las clases obreras

se alimentaban mejor hace trescientos años que actualmente, y nosotros no podemos menos de considerar esta afirmación como un error craso y absoluto.

Seguramente en esta época la condición de los criados de las familias nobles y ricas y de la de los estudiantes de las Universidades era mejor en todo que la de los infelices jornaleros; y sin embargo, ni aquellos criados ni aquellos estudiantes vivían con más holgura que los pobres que se reunen hoy en nuestros establecimientos de trabajo. Para probarlo, bastará hacer algunas citas. Vemos en el libro de cuentas de la casa de los Duques de Northumberland, una de las familias más ricas é ilustres de Inglaterra, que su servidumbre vivía casi como hoy vive un simple marinero. Datos irrecusables prueban que en el reinado de Eduardo VI la vida de los estudiantes de Cambridge era de lo más miserable y precaria que se puede concebir, pues la mayor parte de ellos no comían más que un potaje, compuesto de un bocado de carne, unos granos de sal y un poco de harina de avena, y nada más, según lo dice textualmente un profesor de Saint John's College, que vivía en aquella época y de quien tomamos este curioso detalle. Hoy los pobres que sostiene la parroquia comen pan de trigo; entonces los campesinos se consideraban felices si no faltaban tortas de cebada, y á veces tenían que contentarse con más frugal sustento, como lo demuestra la descripción que hace Harrison en la introducción á *Holinshed*, en que pinta cómo vivía la población obrera «en el siglo de

oro de la buena reina Isabel», según la frase de Mr. Southey. «Los caballeros—dice—consiguen generalmente hacer suficiente acopio de trigo, para que no les falte el pan en su mesa; pero su servidumbre y sus pobres vecinos tienen que contentarse en algunos condados con pan de centeno y de cebada, y aun en épocas de hambre se ven reducidos á comer pan de habichuelas, de garbanzos ó de maíz, y algunas veces mezclado con bellotas. No digo que se llegue á este extremo lo mismo en tiempos de abundancia que de penuria, aun cuando fácilmente se podía afirmar así; pues si bien en la actualidad hay mayor cantidad de terreno sembrado que antiguamente, el precio del trigo se ha elevado tanto en los pueblos y en los mercados, sin motivo legítimo, que los artesanos y los pobres del campo no pueden comprarlo, y se ven obligados á contentarse con *pienso de caballo*, es decir, con pan de cebada.» Quisiéramos saber qué se diría hoy si se obligara á nuestros obreros de cualquier parroquia de Inglaterra á alimentarse con *pienso de caballo*. Los parias de la riqueza, los ilotas de Mammón, como llama Southey á los obreros de las fábricas, no se resignan tan fácilmente en nuestros días á las privaciones de todas clases á que estaban condenados los pobres campesinos de aquella época tan privilegiada, á juicio de nuestro autor, que se desarrolló entre la caída de la tiranía del feudalismo y el nacimiento de la tiranía comercial.

«Las gentes del pueblo están ahora mucho

peor alimentadas que cuando los pobres eran pescadores», dice Mr. Southey, lamentándose en otro lugar de que se resistan á comer pescado, pues han adquirido, sin saber cómo, una obstinada prevención contra esta clase de alimento, que es á la vez sano y delicado, y que sería fácil obtener barato y en gran abundancia desde el momento en que el consumo fuera tan general como debía ser; pero aun cuando es verdad que las clases inferiores tienen contra el pescado una invencible repugnancia, seguramente no la tendrían si sufrieran los estímulos del hambre: el hambriento y el necesitado no se paran en semejantes preocupaciones; y si en nuestros días no se come sino en los momentos de gran escasez lo que antes constituía el fondo del alimento ordinario, la consecuencia es bien sencilla: es porque el pueblo tiene ahora una alimentación mejor, al menos á su juicio, que la que disfrutaban sus abuelos.

Además, la asistencia y los medicamentos que hoy pueden proporcionarse al más pobre obrero en caso de enfermedad ó accidente, son en todo superiores á los que podía tener el mismo rey Enrique VIII; y ahora puede decirse que no hay un solo rincón en nuestro país, por apartado que esté, donde no ejerzan su profesión varios médicos, á quienes probablemente Sir Enrique Halford no aventajará tanto por su ciencia, como cualquiera, el más insignificante y menos instruído de ellos, aventaja por la suya al doctor Butts. Mr. Southey reconoce que se han hecho grandes progresos en este punto, é imposible le hubiera

sido negarlo; pero, en su sentir, las enfermedades, que ahora se curan mejor mediante los descubrimientos de las ciencias médicas, se han recrudecido y aumentado desde el tiempo de los Druidas en una proporción que excede en mucho á los progresos de la terapéutica. No sabemos nada, ni hace gran falta, acerca de las enfermedades y remedios que empleaban los Druidas para curarse; pero estamos completamente seguros que el progreso de la medicina ha sido infinitamente más rápido que el crecimiento proporcional de las enfermedades durante los tres últimos siglos, y este es un hecho probado por los más positivos testimonios, que demuestran que el término de la vida humana es indudablemente ahora más largo en Inglaterra que en ninguno de los siglos anteriores á que podamos remontarnos con datos estadísticos dignos de fe. Todas las declamaciones del mundo sobre las chozas pintorescas y los templos de Mammón no podrán quitar fuerza al argumento de que no hay un testimonio tan decisivo respecto al bienestar físico de la sociedad, como el que suministra la estadística de defunciones, y con ella en la mano se demuestra como un hecho evidentísimo que la vida de los habitantes de Inglaterra se va prolongando gradualmente desde hace algunas generaciones, y es completamente imposible creer que la vida humana se prolongue más y más, si la condición material de los hombres fuera más mala cada día.

No es asunto baladí y merece reflexionarse bien. Póngase en la cuenta de cargo de este

siglo, tan decantado por Southey, la fiebre y la peste, esa enfermedad terrible que hizo su primera aparición en Europa en el seno de la generación que, según él, lleva la palma de la felicidad; ese azote que asoló la Europa con tal furia que los mismos médicos se llenaron de espanto, y que sacrificó tantos miles de millares de víctimas; recuérdese el estado de los pueblos septentrionales de esos países, que fueron constantemente teatro de robos, secuestros, matanzas é incendios sinnúmero; añádase á todo esto la ejecución de setenta y dos mil personas, inmoladas por la mano del verdugo bajo el reinado de Enrique VIII, y cuando todos esos horrores se hayan puesto en el balance, decida el lector discreto entre las dos épocas: entre el siglo XIX y el siglo XVI.

XXII.

Lejos está de nuestro ánimo afirmar que las clases inferiores no padezcan aún muchas privaciones en Inglaterra; pero nadie nos hará creer que los obreros de nuestro país sufran físicamente más que los de las otras naciones, aunque sean las más prósperas del continente, á pesar de las afirmaciones de Southey y de la opinión de todo un grupo de hombres políticos que, no teniendo nada de común en lo demás con las doctrinas de aquél, están conformes con sus creencias en este punto. Nadie dirá, porque es imposible sostenerlo, que los

lazzaroni que duermen bajo los pórticos de Nápoles, ó los mendigos que asedian los conventos de España, vivan en más feliz condición que el pueblo inglés; y la extrema miseria que hace poco se ha desarrollado en la Alemania del Norte, que es una de las regiones mejor gobernadas y más prósperas de Europa, excede, según todos los informes, á cuanto se ha visto entre nosotros durante muchos años. Los campesinos de Suecia y Noruega se ven obligados casi constantemente á mezclar la harina con astillas de madera ó serrín, y muchas veces este triste recurso no ha bastado á impedir que familias enteras y aun pueblos enteros muriesen de hambre. En el reino de los Países Bajos se ha intentado en los últimos años hacer una experiencia que no prueba otra cosa, á nuestro juicio, sino la pésima alimentación, inferior en todo á la de los mendigos de Inglaterra, á que se ven generalmente reducidas las clases obreras en Holanda.

No puede compararse desde hace muchos siglos la miseria más dura que haya sufrido nuestro pueblo con la que ha tenido que tolerar en nuestros días la clase pobre de la nación francesa, hasta tal punto, que aun cuando, en efecto, á principios del año 1817 hubo gran escasez en nuestra isla, los más pobres y desvalidos de Inglaterra se podían considerar en la opulencia comparando con su situación la horrible penuria del pueblo de Francia. En el *Diario de Fisiología experimental*, de Magendie, hallamos un trabajo que trata una cuestión de fisiología relativa á

la miseria de esta época. Parece que los habitantes de seis departamentos: los del Ain, el Jura, Alto Saona, Doubs, Vosgos y Saona y Loira, se vieron en la dura necesidad de alimentarse con harina de maíz y patatas, y más tarde, agotados estos recursos, tuvieron que contentarse con ortigas, judías verdes, tallos de diversas plantas y hierbas de las que únicamente comen los animales: después de pasar por estas horribles angustias, cuando al hacer la recolección del año siguiente pudieron comer pan de cebada, un gran número de estos infelices murió por haber devorado con ansia y llenado el vientre de lo que consideraban como manjar delicioso, y la alimentación detestable que habían tenido que soportar durante el invierno, produjo en ellos una hidropesía de una especie particular. Se encontraban los cadáveres en los caminos y en los campos, y como un médico hiciese la autopsia á seis de estos desdichados, halló sus estómagos completamente obstruídos y llenos de alimentos malsanos que aquellos míseros, instigados por el hambre, habían disputado á las bestias. ¿Se ha oído nunca hablar en Inglaterra, ni aun en Irlanda, de una miseria semejante?

En general, y no queriendo por nuestra parte hacer afirmaciones concretas acerca de una cuestión que sería imprudente resolver sin un examen mucho más prolijo y atento que el que ahora podemos emplear, nos inclinamos á creer que las clases obreras de las Islas Británicas, aun cuando hayan sufrido y tengan que sufrir todavía muchos males y muchas

miserías, efecto en parte de su propia imprevisión, y en parte de los errores de los que gobiernan, son, no obstante, más felices, materialmente hablando, que los habitantes de ninguna otra región igualmente extensa del viejo continente; y por esta misma causa el pueblo siente con mayor violencia su malestar, y se queja más aquí que en ninguna otra parte. Además, la libertad de discusión y el poderoso interés con que los adversarios de un ministerio procuran siempre exagerar la importancia de los desastres públicos, son dos datos que deben tenerse en cuenta; pues hay países donde el pueblo tolera en silencio un grado de miseria que entre nosotros quebrantaría los fundamentos del Estado: hay países en que los habitantes de toda una provincia se resignan á comer hierbas, sin hacer tanto ruido ni mover tanto escándalo como movería aquí un tejedor de Spitalfields si los administradores le dieran pan de cebada.

Es verdad que la condición del trabajador se halla probablemente en mayor grado de bienestar en aquellas sociedades nuevas cuya población civilizada dispone de una inmensa extensión de terreno rico y feracísimo, más bien que en nuestras viejas sociedades, ya gastadas por la acción del tiempo; pero declaramos que no hemos podido encontrar en los anales del mundo antiguo ningún documento concluyente en que se pruebe que alguna de las grandes naciones, presentes ó pasadas, hayan proporcionado á sus obreros mayor suma de bienestar de la que durante

los últimos treinta años han disfrutado las clases trabajadoras en Inglaterra. Cuando había poca población en nuestra isla, sus moradores se hallaban en estado de barbarie, y el poco capital que había estaba expuesto á grandes peligros; y aunque ahora sea el país más rico y civilizado del mundo, también la población es excesivamente numerosa, y nosotros no hemos conocido jamás esa edad de oro de que gozan actualmente las clases inferiores en los Estados Unidos; nosotros no hemos conocido una edad de libertad, de orden y de educación en que las ciencias mecánicas hayan llegado á un gran desarrollo y en que la población, no siendo muy numerosa, pudiera cultivar y mejorar con el trabajo aun las regiones más fértiles. Pero aparece con toda evidencia, al comparar nuestra condición con la de nuestros antepasados, que las ventajas que ha traído el progreso y la civilización, no sólo han contrabalanceado los inconvenientes del aumento de población, sino que los han vencido, y si el número es ahora diez veces mayor, en cambio la riqueza se ha centuplicado, habiendo en nuestros días, por efecto de esto, muchas más personas para repartirse la riqueza que produce el país, que había en el siglo XVI.

Véase, si no, como demostración evidente de esta verdad, que cada individuo posee hoy una parte mayor de riqueza que en aquel siglo tenían los que ocupaban un rango análogo en la sociedad: el rey tiene una corte más fastuosa; los palacios de los grandes señores encierran mayores preciosidades y mag-

nificencias; los propietarios son más ricos, así como los industriales y comerciantes; los criados, los artesanos y los jornaleros disfrutan una alimentación más abundante y nutritiva, mejores vestidos, mueblaje más decente y cómodo. Y aunque esto no es una razón para tolerar los abusos, ni para que dejen de emplearse todos los medios de que se pueda disponer á fin de mejorar la situación de nuestros conciudadanos menos afortunados que nosotros, es una razón bastante para que no se diga, como están diciendo constantemente algunos de nuestros filósofos, que el pueblo inglés es el más miserable y desheredado que jamás ha existido sobre la superficie de la tierra.

XXIII.

Antes hemos visto la curiosa doctrina de Mr. Southey acerca de la riqueza nacional, y que, á su juicio, un Estado no puede ser más rico, y un pueblo sí. Más curiosos son todavía los motivos que aduce para justificar su opinión. Oigamos sus mismas palabras: «Un pueblo puede ser más rico, porque la tendencia del sistema comercial, y especialmente del sistema manufacturero, es aglomerar riquezas en vez de distribuirlas, y donde quiera que la riqueza se emplea en alguna operación de comercio, aumenta en proporción de la cantidad invertida. Los grandes capitalistas son como los peces mayores, que se tragan

todos los peces menudos, como los sollos de un estanque que se comen toda la morralla; y así, es muy cierto que la pobreza de una parte de la nación parece aumentar en igual proporción que se enriquece la otra. La historia nos suministra muchos ejemplos. Cuando después de las conquistas de los portugueses en Oriente y Africa llegó á afluir en Portugal un río inmenso de oro, una inundación de tesoros incalculables, tan inagotable abundancia de riquezas contribuyó del mismo modo al nuevo esplendor de la corte y al lujo de las clases elevadas, que á la miseria del pueblo.»

No ha estado muy feliz Mr. Southey al elegir el ejemplo que nos cita, pues la riqueza que tan poco aprovechó á los portugueses no era el fruto ni del trabajo de las fábricas ni de las empresas comerciales debidas á la iniciativa particular; no era la riqueza del pueblo, sino la del gobierno y de sus hechuras, de aquellos que, en sentir de nuestro autor, no pueden nunca ser más ricos. Por el contrario, la tesis que sostiene Mr. Southey se halla en contradicción con la historia entera y con los fenómenos que nos rodean por todas partes. Rusia y Polonia son los países más pobres de Europa; casi no tienen comercio; sus manufacturas están en la infancia: Inglaterra es el país más rico del viejo continente; su comercio se extiende de uno á otro confín del globo; sus fábricas son las más florecientes del mundo. Ahora bien; ¿está la riqueza más repartida en Rusia y en Polonia que en Inglaterra? Hay en Rusia y en Polonia individuos cuya renta es igual, si no ma-

yor, que la que disfrutan los más ricos potentados ingleses; en aquellas regiones hay un considerable número de capitales que rentan 80.000 libras esterlinas al año, muchos más que entre nosotros; pero no existen otras tantas fortunas, ni mucho menos, que produzcan 2.000 ó 1.000 libras esterlinas al año. En más de una parroquia ó municipio de Inglaterra hay mayor número de personas que poseen de 300 á 3.000 libras de renta anual, que podrían encontrarse en los dominios enteros del Czar de todas las Rusias; y sólo las casas cómodas y confortables que se han edificado en Londres y en sus alrededores en los últimos treinta años, y cuyos propietarios son personas de muy modesta posición, bastarían para formar una ciudad más grande que las capitales de muchas naciones de Europa. ¡Y á esto se llama el estado de la sociedad en que los grandes propietarios han devorado á los pequeños!

Poco honor hace ciertamente á la sagacidad de Mr. Southey el remedio que cree haber descubierto para curar el mal que lamenta: pretende remediar las calamidades producidas por la concentración de riquezas en manos de un corto número de capitalistas, concentrándolas en poder de un solo gran capitalista, que no tiene ninguna razón apreciable para emplearlas mejor que los demás, en manos del Estado, que todo lo absorbe.

XXIV.

Si no estamos conformes con la opinión de Southey sobre la marcha de la sociedad en el tiempo pasado, mucho menos podemos participar de sus creencias respecto al destino probable que está reservado á la sociedad en el porvenir; pues él estima, como hemos visto antes, que, según todas las apariencias exteriores, el país camina rápidamente á su ruina, y sólo confía en la bondad de Dios, dando al Ser Supremo una especie de intervención que venga á trastornar el orden regular de las causas y de los efectos, intervención que no nos parece ni muy cristiano ni muy razonable esperar con tal exceso de confianza. Nosotros también confiamos, ciertamente, una y mil veces en su bondad y misericordia, en su bondad, según ha querido manifestarla, no por una intervención extraordinaria, sino mediante las leyes generales que le plugo establecer en el mundo físico y el mundo moral. Contamos con la tendencia natural de la inteligencia á la verdad, y con la inclinación natural de la sociedad al progreso; pues no conocemos ningún ejemplo auténtico de un pueblo que haya positivamente retrogradado en el camino de la civilización y de la prosperidad, á no ser bajo el peso de calamidades violentas y terribles, como las que destruyeron el Imperio romano, ó las que asolaron la

Italia á principios del siglo XVI; ni sabemos de ningún país que, después de cincuenta años de paz y de un gobierno relativamente bueno, haya sido menos próspero que al principiar este período.

La introducción de fuerzas nuevas cambia el equilibrio del poder, y en la misma forma puede disminuir la importancia política de un Estado: así, por ejemplo, ha quedado muy reducida la influencia de España y Holanda en relación á otros tiempos; pero dudamos que por esto Holanda y España sean más pobres que antes. Se dirá que otras naciones las han adelantado en el camino de la civilización; pero si se las estudia en sí mismas y no en su relación con otros pueblos, en España y en Holanda se ha cumplido un progreso indudable. Nosotros creemos firmemente que Holanda es más rica ahora que cuando sus arrogantes buques se paseaban por el Támesis, y que España tiene ahora más riquezas y prosperidad que cuando conducía á un rey de Francia prisionero á los pies de Carlos V. La historia está llena de ejemplos que demuestran palpablemente este progreso natural en las sociedades, y vemos en los anales de la humanidad, en casi todas sus páginas, que la actividad del individuo lucha contra las guerras, las exacciones, el hambre, el incendio, las prohibiciones irrisorias y las protecciones más irrisorias todavía; que crea y produce la riqueza más pronto que la pueden despilfarrar los gobiernos, y que repara con constancia cuanto los invasores hayan podido destruir; y por último, aun cuando haya sobrado motivo

para acusar á los gobernantes de la corrupción más grosera y de la prodigalidad más desordenada, vemos que se acrecienta cada día la fortuna de las naciones y que todos los elementos de la vida social tienden más y más á su perfeccionamiento.

XXV.

Los tiempos que atravesamos son de gran penuria, forzoso es confesarlo; pero ¡cuán pequeña cosa nos parece la miseria actual, si se fija la atención en la historia de los últimos cuarenta años! Una guerra, en cuya comparación todas las otras guerras resultan insignificantes: impuestos tan onerosos, como no han podido imaginar nunca los pueblos más agobiados bajo el peso de los tributos: una deuda pública más considerable que la totalidad de todas las deudas públicas que han existido en el mundo: los artículos de primera necesidad por las nubes: el pueblo hambriento: alterado con grave imprudencia el valor de la moneda, y con la misma imprudencia restablecido: he aquí el cuadro. Y no obstante, el país es menos pobre que en 1790, y tenemos la firme seguridad de que, á despecho de todas las faltas de los gobiernos, se ha enriquecido progresiva y constantemente. De tiempo en tiempo, podrá haber habido una interrupción momentánea: de tiempo en

tiempo, podrá haberse producido un movimiento de retroceso; pero no hay duda posible en cuanto á la tendencia general: una ola aislada habrá podido retroceder; pero evidentemente la marea sube.

Si nosotros, queriendo desempeñar el papel de profetas, pronosticáramos que el año 1930 ocupará las Islas Británicas un población de 50.000.000 de habitantes, mejor alimentada, mejor vestida y con mejores viviendas que los ingleses en nuestros días; que los condados de Sussex y de Huntingdon estarán más florecientes que lo están hoy las comarcas más ricas de la parte occidental del condado de York; que un cultivo tan delicado como el de un jardín se extenderá hasta la cima del Ben Nevis y de Helvellyn; que se usarán en todas las casas máquinas construídas con arreglo á principios actualmente desconocidos; que no habrá necesidad de carreteras, porque cubrirá las islas una espesa red de caminos de hierro; que no se viajará sino por medio del vapor; que nuestra deuda, tan enorme como se nos figura, parecerá á nuestros hijos una carga insignificante que será fácil pagar en uno ó dos años: si nosotros dijéramos todo esto, muchas gentes nos tendrían por locos. No somos profetas, ni hemos de aventurar presagios para lo porvenir; pero sí afirmamos con toda convicción lo siguiente:

Si nuestros antepasados, después de los trastornos y de la revolución de 1720, hubiesen oído á alguno anunciar en el Parlamento, cuando á raíz de aquellos sucesos se

reunió perplejo y lleno de espanto, que un siglo más tarde, en 1830, la riqueza de Inglaterra sobrepujaría los sueños de los optimistas más extravagantes; que la renta anual igualaría al capital de aquella misma deuda que consideraban como una carga intolerable; que por cada uno de sus contemporáneos que poseyera una fortuna de 10.000 libras esterlinas, habría más adelante cinco de sus descendientes con un capital de 50.000 libras; que Londres sería dos veces más grande y tendría doble población, y que, sin embargo, el número de defunciones disminuiría en una mitad; que el servicio de correos rendiría al Tesoro más beneficios que en tiempo de Carlos II todos los derechos de aduanas reunidos; que las diligencias irían de Londres á York en veinticuatro horas, y los hombres navegarían ordinariamente sin la ayuda del viento y viajarían sin caballos; si hubieran oído todo esto, seguramente habrían concedido á esta predicción poco más ó menos el mismo crédito que á los viajes del capitán Gulliver y á sus liliputienses.

Y sin embargo, la predicción hubiera sido de todo en todo exacta y verdadera; y acaso hubiesen comprendido que no era del todo absurda, con sólo reflexionar que el país pagaba entonces anualmente una cantidad bastante para adquirir el capital de la renta de los Plantagenet, diez veces más considerable que la que sostenía al gobierno de la reina Isabel, y tres veces mayor que la que se creía carga insoportable en tiempo de Oliverio Cromwell; y es que casi todos los hombres

miran el estado de cosas en que tienen costumbre de vivir como estado de cosas necesario.

Más de una vez hemos oído decir que el cinco por ciento es el interés natural del dinero; que el número de doce individuos es la cifra natural del tribunal del Jurado, ó que una contribución de cuarenta *schellings* es la cantidad que debe pagar naturalmente un elector, y esto hace que en cada siglo, aunque todo el mundo sabe que un progreso nunca interrumpido se viene cumpliendo hasta la generación presente, nadie haga cuenta del menor progreso á favor de la generación venidera. En absoluto es imposible probar que están equivocados los que nos dicen que la sociedad se ha detenido en su marcha progresiva y que ya hemos alcanzado el tiempo de mayor prosperidad, si bien debe observarse que los que nos han precedido han dicho lo mismo y con igual razón en apariencia. «Un millón de libras esterlinas al año nos reducirá á la miseria», decían los patriotas de 1648. «Dos millones al año van á aniquilar al país y convertirlo en polvo», se decía en 1660. «¡Seis millones anuales, y una deuda de cincuenta millones!», exclamaba Swift. «Los grandes aliados nos han llevado á la ruina», decía Junius. «¡Ciento cuarenta millones de deuda! Bien podemos decir que debemos á Lord Chatham más que hemos de poder pagarle nunca, cuando le debemos una carga semejante.» — «¡Doscientos cuarenta millones de deuda! gritaban en coro todos los hombres de Estado de 1783; ¿qué mi-

nistro puede salvar á un país tan sobrecargado, por grandes que sean su economía y su habilidad?» Y á pesar de todo, hemos visto que si no se hubiesen contraído nuevas deudas desde 1783, con el aumento de los recursos del país hubiera sido posible pagar la deuda que espantaba á Pitt, á Fox y á Burke, y hasta pagarla varias veces, y esto por medio de impuestos mucho menos considerables que los que hemos tenido que tolerar. ¿En nombre de qué principio puede sostenerse que para el porvenir no hay que esperar otra cosa sino la decadencia, viendo como vemos que en el pasado la ley del progreso en todos tiempos se cumple?

En suma: si hasta el presente ha marchado Inglaterra con paso seguro por el camino de la civilización, no fué por la intervención del ídolo de Mr. Southey: el Estado omnisciente y omnipotente; ha sido gracias á la energía y á la prudencia de la nación, y en esta misma energía y en esta misma prudencia ponemos hoy, como antes, nuestra fe y nuestra esperanza. Los gobiernos trabajarán más eficazmente por el bienestar y progreso de la nación limitándose á cumplir sus deberes naturales y legítimos, dejando que los capitales busquen y encuentren su empleo más lucrativo, y los objetos que contribuyen á la comodidad de la vida consigan y alcancen su justo precio; haciendo que la actividad y el talento obtengan su recompensa natural, mientras que la ociosidad y la ineptitud sean castigadas como merecen; conservando la paz, defendiendo la propiedad,

disminuyendo los gastos de la justicia, observando una estricta economía en todos los ramos de la administración pública. Y siendo ésta la conducta del gobierno, no hay que dudarlo, la nación hará lo demás (1).

---

(1) Nuestro amigo y compañero de la Interpretación de Lenguas del Ministerio de Estado, don Antonio Gayón Bonneval, es el autor de la traducción que antecede; trabajo que hizo los años pasados en sus momentos de ocio, y que puso después á nuestra disposición cuando supo que preparábamos para publicarla una nueva serie de *Estudios* de lord Macaulay.—(N. DEL T.)

BIBLIOTECA POPULAR · VILLAHARTA

ROBERTO MONTGOMERY (1).

1807.—1855.

I.

Gustaban los sabios de la antigüedad de difundir la enseñanza en forma de apólogos;

(1) Publicado en la *Edinburgh Review* de Abril de 1830, á propósito de los siguientes poemas de Roberto Montgomery: *The omnipresence of the Deity* y *Satan*, que vieron la luz en Londres el año 1830.

Montgomery nació en Bath el año 1807, y murió en Brighton en 1855. En vista del éxito extraordinario que alcanzó el primero de estos poemas, Montgomery continuó dedicándose á obras religiosas, que tuvieron igual acogimiento del público. Al cabo de algún tiempo abrazó el estado eclesiástico y llegó á ser orador sagrado de gran fama, conquistándole mucha celebridad los sermones que predicó en Londres el año 1843.

Las obras principales de Montgomery son, demás de las que se trata en el presente estudio, *La oración universal*, *Oxford*, *El Mesías*, *La mujer ó el ángel de la vida*, *Lutero*, *Meditaciones*, *Vida cristiana*, *La lira cristiana* y el *Santuario*.—(N. DEL T.)

y, aun cuando esta manera pasa generalmente por infantil, no tratamos de excusarnos de haberla adoptado ahora, porque una generación que ha tenido gusto en comprar once ediciones sucesivas de un poema escrito por Mr. Roberto Montgomery, bien puede animarse á oir una fábula de Pilpay (1).

Erase, pues, un devoto brahman que había prometido sacrificar un carnero á plazo fijo, y habiendo llegado el día de cumplir la promesa, se levantó muy de mañana y salió de casa para comprarlo. Y fué también el caso que vivían en su vecindad tres bribones, que sabedores del voto, se concertaron para sacar partido de él. Hízose el encontradizo el primero con el brahman y le dijo estas palabras:

—¿Quieres comprarme un carnero? Traigo aquí uno que conviene á maravilla para un sacrificio.

—Eso busco, le contestó el interpelado, y para eso he salido.

Entonces abrió el impostor un saco, y sacó de él un animal impuro, esto es, un perro feo, viejo, ciego y cojo.

Al verlo el brahman, exclamó:

---

(1) Pilpay ó Bidpay, brahman y gimnosofista indio que vivió 2.000 años antes de nuestra era. Se le atribuye una colección de *Fábulas* en sanscrito, que se tradujo el siglo VI en pehlvi por el mago Burzouych, después en árabe y en hebreo, y finalmente en latín, por Juan de Capua, hacia el año 1262. Galland y Gaulmin han traducido en francés la obra de Pilpay bajo el título de *Libro de las luces en la conducta de los príncipes*. París, 1644.—(NOTA DEL T.)

—¡Miserable que pones tus manos en cosas impuras y que hablas palabras de mentira! ¿te atreves á llamar carnero á eso?

—¿Y cómo no, repuso el otro, si es un carnero hermoso, de vellón blanco y fino y de carne delicada? ¿ni qué ofrenda mejor podrás á hacer á los dioses?

En este punto llegó uno de los cómplices.

—¡Alabados sean los dioses! dijo el segundo pícaro. ¡He aquí lo que busco; ya no tengo por qué ir al mercado para comprar el carnero que me hacía falta! ¿Cuánto quieres por él?

Cuando el brahman entendió esto, quedó perplejo, sin atreverse á dar crédito al testimonio de sus sentidos.

—¡Qué vas hacer! ¿no ves que no es carnero, sino perro, lo que tienes delante? prorrumpió el brahman.

—Amigo, le contestó el recién venido, ¿estás borracho ó loco?

En aquel punto se les acercó el tercer cómplice.

—Preguntemos á éste, dijo el brahman, cómo se llama el animal, y si para él es carnero, lo tomaré por carnero.

Vinieron en ello los demás, y el brahman, levantando la voz dijo:

—¡Caminante! dime cómo se llama este animal.

—Sí, por cierto, dijo el truhán; se llama carnero, y en verdad que no lo he visto más hermoso en mi vida.

Entonces dijo el brahman:

—No hay dudar; los dioses han trastornado mis sentidos.

Y, pidiendo mil perdones al del perro, se lo compró por una medida de arroz y una olla de *ghee*, y se fué derechamente á ofrecerlo en holocausto á los dioses; pero irritados éstos de la impureza del sacrificio, lo castigaron, enviándole una enfermedad que lo dejó paralítico.

Si no estamos trascordados, así es la relación del Esopo sanscrito. La moraleja de la fábula (como debe de hacerlo la moraleja de toda fábula que valga la pena de contarse) aparece por sí misma y sobrenada en la superficie: el autor quiere, sin duda ninguna, ponernos en guardia contra las maniobras de compadres y de autores de reclamos, los cuales son gentes de tan mala ralea, que más de una vez, á fuerza de palabras, han precipitado al público en grandes errores. Pero ninguna de sus fechorías ha sido más curiosa ni difícil que la de haber persuadido á muchas gentes de que Mr. Roberto Montgomery era un gran poeta.

Antiguamente, cuando abundaban poco los lectores para que viviese un autor de lo que producía la venta de sus obras, quien no tenía caudal suficiente, no podía dedicarse á la carrera lireraria si no contaba previamente con un protector. Entonces, los literatos solían pasar la vida en las antecámaras de los ricos y poderosos, legando después como tradición hereditaria á los que les sucedían en aficiones todos los defectos que la falta de independencia creó en ellos, y transformándolos por tal modo en parásitos y esclavos de los grandes. Triste cosa es pensar cuán nu-

merosos fueron los escritores condenados á la tarea, ó, mejor dicho, al suplicio ingnominioso de dar nueva forma á las filigranas de la lisonja y de espejarlas para que lucieran más y mejor. Horacio, invocando á Augusto en el lenguaje más entusiasta de la veneración religiosa; Estacio, adulando á un tirano y al favorito de un tirano para conseguir un pedazo de pan; Ariosto, poniendo en verso la genealogía de un protector avaro; el Tasso, celebrando las virtudes heroicas de la miserable criàtura que lo hizo encerrar en una casa de locos, son ejemplos, que citamos entre mil que pudieran enumerarse fácilmente, de la degradación á la cual deben someterse quienes, careciendo de bienes de fortuna, determinaron escribir cuando casi nadie leía.

Pero este mal tiende á desaparecer por obra del progreso humano. Porque, á medida que el gusto de la lectura se hace más general, la protección particular se hace menos necesaria. Buena prueba es de lo que decimos la diferencia que se advierte desde mediados del siglo XVIII en el tono de los escritores, así de Inglaterra como de Francia, que comenzó á ser y ha seguido siendo más elevado é independiente. Pope se gloriaba de ser el «único poeta que hubiera sabido agradar con manera viril»; se burlaba de las dedicatorias empalagosas que abrumaban á Halifax; se declaraba superior á un poeta pensionado, como Boileau, y se preciaba de ser amigo, no cliente, de nobles y príncipes. La explicación de todo esto es muy sencilla: Pope fué el primer inglés que ganó con la venta de sus

manuscritos un capital suficiente á permitirle vivir con desahogo y perfecta independencia (1). Johnson lo exalta por la magnanimidad que demostró dedicando su *Ilíada* á Congreve, prefiriéndolo á un ministro ó á un par del reino. Ahora nadie vería en esto motivo bastante á justificar alabanzas, ni tampoco se sorprende cuando Mr. Moore da á Sir Walter Scott, ó éste á aquél, tales muestras de aprecio, dedicándose sus libros, mientras que la sola idea de que uno ú otro hubiese buscado entre sus relaciones algún magnate á quien ofrecer sus obras á cambio de un puñado de libras esterlinas habría parecido ridícula y despreciable á todo el mundo. Y, sin embargo, esto es lo que hubieran hecho sin vacilar Dryden ú Otway, sin que por ello los creamos merecedores de censura. Es fama que Otway se ahogó por comer con ansia un mendrugo de pan, estando hambriento; y que sea ó no cierta la historia, lo averiguado es que Otway vivió en la miseria siempre. Dryden contaba ya cerca de setenta años, é iba á la cabeza, sin que ninguno se le acercase á mucha distancia, de los literatos de Inglaterra, cuando recibió trescientas libras esterlinas por sus *Fábulas*, esto es, por una colección de diez mil versos, que ningún poeta contemporáneo suyo era capaz de producir. Y Pope, á los treinta años, poseía ya

(1) Su traducción de la *Ilíada*, que es una de las obras más importantes de la literatura inglesa, le valió unas siete mil libras esterlinas, y casi otro tanto la de la *Odisea*.—(N. DEL T.)

seis ó siete mil libras esterlinas ganadas con su pluma. No tuvo, sin embargo, que sepamos, más elevado espíritu, ni conciencia más escrupulosa que sus predecesores, y sí sólo les aventajó en rentas, lo cual le permitió sostener mejor que no ellos la dignidad de la carrera literaria.

Desde la época en que vivió Pope hasta nuestros días, el número de lectores ha ido siendo más numeroso cada vez, y por tanto los literatos se han hecho más independientes. Pero si es una gran desgracia que hombres destinados por su talento y su ilustración á instruir y deleitar al público se vean reducidos á la necesidad de ser cortesanos de protectores corrompidos y necios para poder vivir, y aun cuando nos regocija mucho que haya desaparecido ese mal, nos aflige que lo haya reemplazado en nuestros días otro mal no menos grave. Ahora el público es protector, y protector tan liberal y espléndido á las veces, que cuanto dieron los magnates á los autores, desde la época de Mecenas hasta los días de Harley, no equivale ciertamente á lo que los libreros ingleses han pagado, los últimos cincuenta años, á los literatos por precio de sus obras. De aquí que los escritores, al cesar de ser cortesanos de los individuos, hayan comenzado á serlo del público, y que si antes se valían de la lisonja, se valgan ahora del reclamo.

¿Cuál de los dos sistemas es peor? ¿Quiénes son los que han deshonrado más su profesión: los que antes prodigaban alabanzas mentidas, ó los que ahora se ingenian, valiéndose de

todos los artificios de la mendicidad, para mentir alabanzas en su provecho? No intentaremos siquiera decidir esta cuestión, pero sí dejar sentado que ya es hora de poner término á los flamantes ardides del reclamo. Porque el arte de ponderar las excelencias de los libros se practica en nuestros días por tan pérfido modo y con tanto éxito, que cuantos se interesan por la conservación del buen gusto nacional, ó por el decoro de la carrera literaria, tienen obligación precisa de unirse para poner término á esas prácticas vergonzosas. Diríase que los poetas y novelistas de nuestra generación han tomado á su servicio el sobrante de anunciadores y revisteros periodísticos que no pudieron hallar colocación celebrando las excelencias de la incomparable casa Bish, ó las medias y elásticos de Romani, ó los afiladores de navajas de afeitar de Packwood, ó el aceite Macasar de Rowland, y que, no teniendo bastante con ellos, han alistado la caterva de carteleros de las empresas de publicidad. Porque hombres que han seguido una carrera en la cual ninguno que sea honrado y digno vió, ni verá nunca, oficio ni comercio, adoptan sin escrúpulo en nuestros días y perfeccionan con habilidad digna del mayor desprecio procedimientos tales, que hasta los taberneros los rechazarían. Un carnicero con parroquia no pone rótulos á lo que vende; un mercero acreditado no pregona en la puerta de su tienda las excelencias de lo que tiene, y el sastre y el sombrerero hacen lo propio. ¡Pero el literato! ¿Qué artificio ni superchería, por despreciables que

sean, no pondrá en juego, si por ellos alcanza notoriedad?

No deja de ser divertido el recordar la historia de la mayor parte de las publicaciones que han estado más en boga los últimos años. El editor es, en la mayoría de los casos, dueño de alguna revista ó periódico, y naturalmente, su órgano hace resonar la trompetería: dada la señal, los demás periódicos ó revistas sobre los cuales ejerce alguna influencia el editor, ó el autor, ó la camarilla del uno ó del otro, se envían y se devuelven los ecos de la música, y durante quince días se ven los papeles cubiertos de reclamos y de *bombos*, que corresponden á las múltiples fórmulas enumeradas por Sheridan; reclamos y *bombos* directos, oblicuos, colusorios, esto es, confeccionados entre dos compadres, que hacen como que disputan en orden al mérito de la obra. A las veces, las alabanzas resultan superpuestas á manera de capas geológicas, de tal suerte, que haciendo un corte, luego al punto se ven. Los adjetivos y las frases hechas llueven á chaparrón, y caen como dulce grajea en día de Carnaval romano sobre el libro y el autor: patético, sublime, admirable, ingenioso, chispeante, correcto, culto, ameno, incisivo, etc., etc. En otros casos se recurre á supercherías de un orden más trascendental, como v. gr.: «No falta quien diga, ó se dice, ó hemos oído en algún círculo, que se han hecho proposiciones de cierta índole al autor para decidirlo á suprimir de su libro algunas páginas, acaso no las mejores, ó al menos para que velase

un poco alguno de los principales retratos que contiene.»—«Hay un lance personal pendiente entre una persona muy conocida en la política y el ejército y el inimitable satírico de los vicios de los grandes. No podemos ser por hoy más explícitos.» También el lanza-reclamos se reviste, si el caso lo requiere, de cierta gravedad, é imprime á su panegírico el carácter de amonestación, ó, al menos, de advertimiento, y dice sobre poco más ó menos así: «No deben dejarse pasar sin correctivo ciertas personalidades, porque ni el ingenio exuberante del autor á que nos referimos, ni el poder irresistible de sus sangrientos sarcasmos, pueden excusar en ningún caso la completa indiferencia de que da prueba en orden á los sentimientos de los demás. Y no causará menos sorpresa en el público que ha producido en nosotros el que un escritor de talento tan trascendental, y que no será por cierto extraño á la compasión, á la generosidad y á los impulsos más amables del corazón, se muestre tan intransigente con las flaquezas y debilidades de personas ilustres y distinguidas, con las cuales demuestra cada página de su libro que ha debido vivir constantemente.» Tales como resultan los párrafos anteriores, no son otra cosa que tímidas y pálidas imitaciones de los que insertan los periódicos cada vez que un pobre diablo se propone decir al público en mal inglés, y en peor francés, cómo comen ó se ponen la corbata los habitantes de Grosvenor Square. Los mejores periódicos dan cabida en sus columnas á estos reclamos, si bien poniéndolos bajo el

epígrafe de *Anuncio* ó *Correspondencia;* pero luego se reproducen los panegíricos sin él en las cubiertas de todas las revistas, cuidando de poner por debajo: De *El Times*, ó de *El Globo*, por más que los directores del uno y del otro periódico no sean más responsables de esto que del régimen recomendado á los libertinos viejos por Mr. Goss para restaurarse y rejuvenecerse.

No puede ni debe parecer extraño que aquellos que se ganan la vida fabricando y divulgando calumnias contra las gentes se dediquen luego á tales prácticas, porque natural es y propio que quienes se degradan hasta el punto de escribir obras difamatorias, se degraden hasta el punto de extenderlas á fuerza de reclamos, y por tal modo el más vil y nauseabundo de los oficios, recurre al medio de publicidad más vil y nauseabundo. Lo que sí deberá de parecer extraño es que quien tiene un resto siquiera de dignidad personal y otro tanto de respeto á sí mismo, consienta en perseguir al público valiéndose de mañas de pobre porfiado. Porque si el hambre puede hasta cierto punto servir de disculpa lo mismo para esos manejos que para hurtar un pan, los hombres de alguna delicadeza deberían rechazar siempre semejantes medios de ocurrir á las necesidades de la vida.

Un autor no puede alegar, como excusa, que la caja ó la influencia de sus editores, y no las influencias propias, le procuran alabanzas de la prensa, porque tiene la obligación precisa de tomar sus medidas para impedir

que los demás hagan aquello que puede ser parte á deshonrarlo. Porque de su honra se trata en este caso, y si es hombre de talento y digno, su honra y su provecho como escritor estarán interesados juntamente, sin duda, en que sus obras se presenten al público sin otra recomendación que su mérito, y en que se analicen y discutan con perfecta libertad; que si el fin que se propone con ellas es noble y puede manifestarse á las claras, á la corta ó á la larga verá colmados sus deseos, dejando á la crítica franco y expedito el paso. En cambio, vemos en nuestros días, con harta frecuencia, que los escritores se proponen alcanzar la fama literaria como el usurpador de Shakspeare la soberanía: el editor representa el papel de Buckingham al servicio del autor, que representa el de Ricardo: luego se disponen convenientemente, y en los sitios designados de antemano, los cómplices de la conjura, y cuando llega la hora los mercenarios aplauden y vitorean; la multitud los contempla primero con asombro, y luego aplaude y vitorea también por el placer de gritar: por tal modo, y merced á las aclamaciones de algunos complacientes serviles, ciñe la corona quien no tiene derecho alguno á llevarla.

Es evidente que cuanto dicen los que se atribuyen el privilegio de la crítica, ejerce, aun careciendo de fundamento, decisiva influencia en la opinión de la mayoría de los lectores, sin que por ello censuremos al público. Porque los mismos que hallan viva complacencia en la lectura, están, siempre que se trata de un libro, en idéntico caso de quien

nunca se ha tomado el trabajo de reflexionar acerca del arte de la pintura y ve un cuadro. Cualquiera que tiene un poco, no más, de imaginación ó de buen gusto, experimenta cierto placer en contemplar cuadros; y, sin embargo, ¿qué sucede á ese hombre, aun siendo de clara y sutil inteligencia, pero que no ha educado el gusto á fuerza de visitar museos, si uno ó varios inteligentes lo inducen á creer que un mal lienzo es una obra maestra? Quedar persuadido de ello sin tardanza. ¿Merecerá por eso que se burlen de él las gentes? Desde luego; pero no por su falta de conocimientos en materia de pintura, sino en materia de hombres. Él sabe que hay en pintura una delicadeza de gusto que él no tiene, que no sabe distinguir entre los diversos autores como lo hacen las personas peritas, que no se ha familiarizado con los buenos modelos, que no los ha estudiado nunca de cerca y con atención, y que cuando el efecto general de la obra de arte le agrada ó le desagrada no trata de averiguar la causa; de consiguiente, si personas á quienes cree de verdadera competencia, y de cuya sinceridad no duda, le afirman que tal cuadro es bueno y tal otro es malo, luego al punto lo da por cierto. Vuelve á comenzar, entonces, su examen, con propósito de hallar las bellezas señaladas, y si logra descubrirlas ó imagina que las descubre, se maravilla de su predisposición para las artes en vista de la rapidez de su progreso en ellas.

Así precisamente acontece á la casi totalidad de los que juzgan un libro, porque se

avergonzarían de no gustar de aquello que aprueban otros que pasan por autoridades en la materia. En nuestros días, por ínfima que pueda ser una novela ó un poema, nada es más fácil que anunciarlo con bombo y platillos en todas las publicaciones diarias, semanales, quincenales y mensuales. En otro sentido, nada ó muy poco se dice, porque si el autor ó el editor tienen mucho interés en exaltar el libro y ponerlo por las nubes, nadie tiene interés en rebajarlo; y como los más ocasionados á guiar la opinión pública entienden que no deben empeñar una lucha por naderías, se consuelan de su inacción pensando que ciertas popularidades duran poco, y que llevan en sí mismas el germen de su destrucción; despreciativa indulgencia que se ha llevado hasta los límites de lo posible. Cierto es, por lo demás, que las reputaciones artificiales que se desarrollan como las plantas exóticas sustituyendo las leyes de la naturaleza con el calor de la estufa, se marchitan apenas florecen, y que no debe de temerse que los reclamos eleven nunca un escritorzuelo á la categoría de clásico en ninguna parte. Bien será decir á este propósito cuán divertido es repasar algunos cuadernos de las colecciones periódicas para ver en ellas cuántas producciones inmortales han ido á reunirse al cabo de pocos meses con los poemas de Blackmore y las novelas de Mrs. Behn (1), y hasta qué punto

(1) Ricardo Blackmore fué médico de Guillermo III, que lo creó *baronet;* murió en 1729. Escribió varias obras de medicina y un poema titulado

se han olvidado las gentes de tantos «puntos de vista, profundos todos, de la naturaleza humana», de «tantos cuadros de costumbres tan delicadamente descritos», de «tantos pensamientos tan bellos y originales», de «tan

---

La Creación. En sus *Estudios* atacó á Pope, y éste, en desquite, lo colocó en la *Dunciada*, sátira violenta contra los imbéciles de todos tiempos; libro que goza fama entre los ingleses de ser obra maestra de su literatura, no siendo, en realidad, otra cosa, en concepto de los críticos extranjeros, sino una diatriba de mal gusto. La Harpe, Villemain y Taine se hallan conformes en este punto.

Miss Johnson, más conocida por Mrs. Behn, ó por Afara Behn, fué hija de un general inglés. Nació en 1648, en Cantorbery. Siguió á su padre á Surinam, donde conoció al príncipe Oronoko, sobre quien adquirió grandísima influencia, y cuya vida le dió pie para escribir más adelante una novela titulada *Oronoko ó el real esclavo* (2 t.). A su regreso á Londres casó con un opulento comerciante holandés, que murió á poco tiempo. Entonces, su viuda, hermosa y discreta, y rica además, se abrió camino hasta el palacio de Carlos II. Prendado el Rey de su ingenio, la encargó de una misión secreta en Holanda. Afara Behn descubrió con este motivo, en 1666, en Amberes, el proyecto formado por el almirante Ruyter de ir á quemar la flota inglesa en el Támesis; y como, aun cuando previno de él á su majestad, el Rey no hizo caso del aviso, ofendida ella renunció su cargo, y se consagró desde aquel momento á la literatura. Fué amiga de los escritores de más cuenta de su época, y dió á la prensa varias obras dramáticas, y poesías y novelas, en todas las cuales no quedó bien parada la decencia. El estilo de sus composiciones es fácil y ameno. Cuatro de sus comedias se han traducido en francés, y publicado en el *Théâtre des femmes anglaises* (París, 1773, 4 t.). La mejor de sus novelas es el *Oronoko*. Tradujo la *Pluralidad de Mundos*, de Fontenelle, y la *Historia de los oráculos*.—(N. DEL T.)

elevados puntos de vista», de «aspiraciones tan generosas», y de «tantas armonías, merced á las cuales el alma se anonada á impulsos de su pasión de lo bello y lo divino»; como que los nombres de los libros y de los autores lanzados á los vientos de la publicidad por modo tan ruidoso y en estilo tan grandilocuente se han borrado ya de la memoria de igual modo que el del hombre que construyó Stonehenge (1). Algunas novelas, puestas de moda en 1829 por el procedimiento expuesto, servían para envolver especias al año siguiente, y otras que se ponderan y exaltan hoy en un lenguaje que acaso parecería desmedido, aun tratándose del *Quijote*, correrán el año venidero igual suerte. Pero, si no tememos que los reclamos puedan en ningún caso dar fama perdurable á los que no la merecen, no por eso entendemos que sea menos perniciosa su influencia que si lograsen su objeto: pues aun cuando los hombres de mérito verdadero conseguirán, si perseveran, llegar al puesto que merecen, y los intrusos serán arrojados de los que usurpen, no por eso deja de ser un mal muy grave el que los caminos que conducen á la inmortalidad literaria se hallen obstruídos á cada paso por una muchedumbre de pretendientes llenos de osadía y de ignorancia, que sin conseguir establecerse definitivamente en parte ninguna, cierran la entrada y la entorpecen y dificultan á los que tienen

(1) Se designa con este nombre, en Inglaterra, una especie de monumento druídico gigantesco, que se halla situado á diez millas de Salisbury.—(N. DEL T.)

derecho á encontrarla franca y expedita. ¡Qué más, si cuantos no quieren deshonrarse, incorporándose á la turbamulta chabacana de los pedantes y de los necios y de los explotadores de la literatura, saben que les aguarda verse atropellados en la puerta por ellos, esto es, por quienes, si entrasen, habrían de salir expulsados á silbidos! Así vemos que hombres distinguidos en las letras se desalientan y renuncian á una carrera en la cual el éxito no está en proporción del mérito, en tanto que otros emplean para defenderse iguales medios que pusieron en juego para encumbrarse competidores que valían menos que no ellos, y merced á los cuales pareció que triunfaban durante algún tiempo: que son pocos los que tienen bastante confianza en su propio mérito y bastante elevación de alma para esperar con paciencia, firmeza y desdén juntamente á que los imbéciles se adelanten y se estrellen. Pero es lo cierto que de cuantos no se rebajan y envilecen poniendo en juego para medrar los recursos y los expedientes denunciados, la inmensa mayoría se desalienta con la tardanza del éxito, y que cuantos emplean esas supercherías para medrar se rebajan y envilecen.

Hemos advertido estos últimos tiempos con grandísimo placer algunos síntomas que nos hacen esperar que los escritores verdaderamente respetables de todos los partidos comienzan á soportar con impaciencia la plaga de los entremetidos y charlatanes de la literatura. De nosotros sabemos decir que haremos por nuestra parte cuanto podamos para contribuir á que desaparezca. Y pues creemos que no es

posible trabajar más útilmente en obra tan meritoria que mostrando al público el género de poesía que logra llegar á la undécima edición en fuerza de reclamos, y cómo por tal modo consigue fácilmente hacerse pasar «por ingenio felicísimo» cualquier mozo de cordel, si el mozo de cordel se degrada con bastante voluntad para emplear esos medios, vamos á exponer con brevedad y lisura el concepto que nos merecen los renglones desiguales de Mr. Roberto Montgomery.

II.

No tenemos ninguna enemistad contra Mr. Montgomery. No sabemos absolutamente una palabra respecto de él, sino es aquello que acerca de su persona dicen sus propios libros; ni siquiera lo conocemos de vista, como no sea por el retrato suyo que precede al libro, retrato en el cual, dicho sea de paso, parece haber hecho Mr. Montgomery cuanto humanamente ha podido para parecerse á un hombre de mucho ingenio y de más sensibilidad, si bien, á nuestro parecer, no ha logrado su propósito en la medida del deseo. Y si nos fijamos en Mr. Roberto Montgomery, lo hacemos porque sus obras han recibido más entusiastas alabanzas en un principio, y después han sido objeto de mayores muestras de menosprecio que cuantos autores se han dado á luz en los últimos cuatro años. Los escritos de nuestro autor se parecen

á la poesía como un tapiz de Oriente á un cuadro; porque así como hay colores en un tapiz de Oriente con los cuales se puede hacer un cuadro, así hay también palabras en los versos de Mr. Montgomery más que suficientes para formar frases que contengan conceptos penetrados de bellísima poesía, siempre que se coloquen de cierto modo y se hagan con ellas ciertas combinaciones, pero que dispuestas como lo están por él, antes parecen reunidas de tal suerte, que no acierten á dar nunca idea de cosa que exista «arriba en los cielos, ni abajo en la tierra, ni en las aguas que se hallan más abajo todavía que la tierra.»

El poema sobre la omnipresencia de la divinidad comienza por una descripción de la creación del mundo, en la que no hallamos sino un solo y único pensamiento que pueda parecerse de lejos á una idea delicada, y este pensamiento no es de Mr. Montgomery, sino de Dryden, de quien lo toma él, pero desfigurándolo y echándolo á perder, y es el siguiente: «Al fin, dulcemente hermosa, como el último acorde de una sinfonía, la mujer, ser angélico, entró en la existencia.»

Dicho esto, describe la influencia del Ser Supremo, tal y como aparece y se siente en todas partes, con algunos versos tolerables hurtados á Pope, y con una cantidad de versos intolerables que le pertenecen única y exclusivamente, v. gr.: «¿A quién será posible describir el curso irresistible de tu carrera, cuando ni la imaginación puede seguirte? No hay flor acariciada de la brisa, ni fruto

entre cuantos embellecen los árboles, ni átomo en los mares, ni suspenso en los aires, ni cosa ninguna en la cual no se reconozca tu influencia plástica. Deja que, con temerosa y furtiva mirada, contemple cómo todo lo llenas y vivificas, para que en la majestuosa perspectiva de la tierra, que es tu espejo, pueda pintar tu presencia y también sentirla.»

Estos dos últimos versos dan excelente muestra del género de estilo que place á Mr. Montgomery, y que hace su poesía parecida á los tapices orientales. La perspectiva majestuosa de la tierra es el espejo de la presencia de Dios, en el cual espejo pinta Mr. Montgomery la presencia de Dios! Ignorábamos hasta ahora que se pintase sobre los espejos.

Otros versos tan malos como los que acaban de citarse, nos ofrecen uno de los ejemplos más chistosos de latrocinio de cuantos conocemos. Pero si no estaría de más advertir á los plagiarios que, en tesis general, lo que hurtan continúa, después de hurtado, siendo útil sólo á su legítimo dueño, y contribuyendo al mayor descrédito del que hurtó, tratándose de Mr. Montgomery huelga el advertimiento, porque nunca vimos corsario que hiciera peor uso de su botín que lo hace él. Lord Byron, en un pasaje que todos sabemos de memoria, dirigiéndose al mar, dice así: «El Tiempo no surca tu frente de azur» (1). Pues bien, Mr. Montgomery se

(1) «Time writes no wrinkle on thine azure brow.»

apropia la imagen y expone á los ojos del público lo que ha robado, con la mayor sangre fría y en la forma siguiente:

«¡Y tú, Océano inmenso, en cuyo terrible rostro las férreas pisadas del Tiempo no logran hacer estrago!»

¿Qué decir, después de esto, sino que los bienes mal adquiridos no aprovechan?

Más adelante, el efecto que causa en los ateos el Océano se describe de la siguiente pomposa manera:

«¡No! ¡jamás! ¡es imposible que haya podido nunca el alma sombría del ateo contemplar las olas que se rompen y se estrellan hirvientes en la playa, y mientras que la creación entera vacila y se estremece al menor indicio de su voluntad, haga escarnio de la presencia terrible del Omnipotente! ¡Voluntad que se manifiesta en el rugido del Océano que, lanzado del viento, arroja contra los peñascos de la orilla olas como formidables montañas, y cuando en el tumulto de la tempestad nos estremecen los torbellinos que se precipitan furiosos á nuestro alrededor!»

De donde se sigue que si el ingenio de Mr. Montgomery no fuese sobrado libre y ambicioso para dejarse coger de las reglas de la sintaxis, podría suponerse que la creación vacila con el menor indicio de la voluntad del ateo; pero los lectores de nuestro poeta, en punto á gramática, deben aceptar de él como bueno lo que da.

Algunos versos más adelante llegamos á otro ejemplo de hurto que tampoco aprovecha de ningún modo á su autor. Sir Walter

Scott dice en *The Lord of the Isles:* «Como rocío en la violeta es la velada luz de tus ojos» (1).

Si consideramos aisladamente la frase, es bellísima; pero, como acontece siempre con las frases bellas de buenos escritores, sube de punto su belleza cuando se la considera en el marco que su autor le hizo, circunstancia que no pueden apreciar los que la ven separada del contexto. Oigamos ahora lo que dice Mr. Montgomery:

«Y el brillante collar de rocío descansa en la zarza, como el húmedo éxtasis en los ojos de la beldad» (2).

Los versos de Sir Walter Scott forman parte de una canción dirigida á una mujer al despuntar del álba, cuando las violetas están bañadas de rocío, y por lo tanto, la comparación de una violeta que brilla á causa del rocío que la cubre, con los ojos de una mujer, no sólo es natural y graciosa, sino tan perfecta como puede serlo una comparación. Pero las gotas de rocío sobre una rama de zarza, así se parecen á los ojos de una mujer, como pueden parecérsele sobre cualquiera otra cosa. Y ya que tratamos de esto, bien será recordar un cuento que nos trae á la memoria el hado aciago de los plagiarios. El esclavo de un mágico vió que su amo agitaba una varita para evocar los espíritus, y que, cuando se pre-

---

(1) «The dew that on the violet lies,
Mocks the dark lustre of thine eyes.»

(2) «And the bright dew-bead on the bramble lies,
Like liquid rapture upon beauty's eyes.»

sentaban, les daba órdenes que obedecían sin tardanza. Quiso hacer lo propio, y al efecto escondió la vara de su amo, y, cuando estuvo solo, la agitó; pero como no advirtió que su señor hizo la operación con la mano izquierda, la evocación resultó irregular, y los espíritus enfurecidos, en vez de obedecer sus mandatos, lo hicieron pedazos. En efecto, son muy pocos los que pueden hacer conjuros con la varita de Sir Walter Scott sin aventurar mucho, y Mr. Roberto Montgomery es de los que no pueden.

Mr. Campbell dice en una de sus más lindas poesías:

«Iban las estrellas ocupando sus puestos, como centinelas de los cielos.»

El pensamiento es bueno y de mucha oportunidad, sobre todo en boca de un soldado que refiere un sueño. Mas, aun cuando Shakspeare dice que «la ropa de cualquier valiente le va bien á quien se la roba» (1), no es aplicable su aforismo á los robos de Mr. Montgomery, pues al desnudar á un verdadero poeta, se acomoda su equipo de la manera siguiente:

«¡Oh estrellas, cuya elocuente luz nada sería eficaz á extinguir; centinelas tranquilos de la noche sombría, mientras que la mitad del mundo duerme soñando dulcemente, cuán grato es, cuando vuestros destellos se deslizan por entre los intersticios de las celosías, y qué dulzura derraman vuestros ojos plácidos

(1) «Every true man's apparel fits your thief.»

en su hermosura que nos acaricia con mirarnos desde lo alto de los cielos!» (1).

¡En verdad que las ideas de luz elocuente, de tranquilo reposo, de plácidos ojos, de hermosura que acaricia y que es grato contemplar, se acomodan y relacionan y armonizan por modo admirable con la idea de un centinela!

No queremos decir con esto que no pueda Mr. Roberto Montgomery inventar comparaciones por sí solo, porque algunas líneas más adelante hallamos una que reviste el carácter de la originalidad hasta el punto de que ninguno de los poetas, cuyas obras ha entrado á saco nuestro autor, se atreverá á reivindicarla, sin duda, y es la siguiente: «El alma, en sus aspiraciones, tiene sed de remontar á su origen, como los ríos serpentean de nivel con la fuente de donde brotan» (2).

Y, en efecto, que á nuestro parecer no es posible hallar peor comparación, en primer lugar, porque ningún arroyo (3) serpentea ni puede serpentear con su fuente, y en segundo, porque si fuese cierto que los arroyos ó

---

(1) «Ye quenchless stars! so eloquently bright,
Untroubled sentries of the shadowy night,
While half the world is lapp'd in dowuy dreams,
And round the lattice creep your midnight beams,
How sweet to gaze upon your placid eyes,
In lambent beauty looking from the skies.»

(2) «The soul, aspiring, pants its source to mount,
As streams meander level with their fount.»

(3) *Stream*, tanto es arroyo ó río como torrente.—(N. DEL T.)

los ríos serpentean de nivel con sus fuentes, no sería posible hallar dos movimientos más desemejantes que el de serpentear de nivel y el de remontar á su origen.

Después tenemos un apóstrofe á la divinidad, formulado en términos que llamaríamos profanos si se tratase de un autor que atribuyese algún sentido á sus palabras; pero tratándose de Mr. Roberto Montgomery no suponemos que se halle en ese caso.

Dice así el apóstrofe:

«¡Sí, detente, y reflexiona qué inmenso universo, en el tiempo de una hora fugaz, obedece á tu poder! ¡Invisible, pero presente, penetra tu autoridad en las cosas, y realiza su obra en cada átomo y en el conjunto; hace abrirse la flor y crecer el árbol; traza su curso á cada vaporación y extiende su cetro sobre los mares, brilla en cada onda de luz; manda desatar los huracanes; hace desplegar el rayo, y sostiene con mano invisible en el espacio un mundo!»

Ciertamente que nunca ningún predicador al aire libre llevó su irreverencia y desacato hasta el extremo de mandar al Ser Supremo que se detenga y reflexione acerca de la importancia de los intereses que caen bajo su cuidado. La grotesca familiaridad de semejante apóstrofe resalta de tal modo, que hace parecer insignificantes los absurdos secundarios del párrafo citado, tales como huracanes desatados, rayos desplegados y mundos levantados.

Y, á seguida, viene una muestra interesantísima del inglés de nuestro poeta. Helo aquí:

Yet not alone created realms engage
Thy faultless wisdom, grand, primeval sage!
For all the thronging woes to life allied
Thy mercy tempers, and Thy cares provide (1).

Algo diéramos por saber qué significa en este caso la palabra *For;* porque si es preposición, el primer hemistiquio del último verso, esto es, «tu misericordia los suaviza», es absurdo; y si es conjunción, el absurdo está en el segundo hemistiquio del último verso (2), esto es, donde dice: «tus cuidados proveen á ellos.»

Hemos tomado á la ventura estas bellezas en la primera parte del poema; la segunda es una serie de cuadros y descripciones de diversos sucesos, tales como una batalla, un asesinato, una ejecución, un casamiento, un

---

(1) «Y, sin embargo, los diversos reinos de las cosas creadas no preocupan solamente tu infalible prudencia, ¡oh sapientísimo padre primitivo! También la vida tiene males sin cuento que van su camino con ella; pero tu misericordia los suaviza, y tus cuidados proveen á todo.» — (N. DEL T.)

(2) En castellano, y según el caso, *for* corresponde á *por* ó á *porque*; pero si puede emplearse como preposición ó como conjunción, es imposible darle ambas aplicaciones á un tiempo, cual lo hace Mister Montgomery, sin advertir que *tempers* es verbo activo y *provide* verbo neutro, directo el régimen para el primero é indirecto para el segundo, y que, por tanto, mientras que para el primer hemistiquio del último verso es *for* conjunción, para el segundo es preposición; de donde se sigue el absurdo gramatical señalado por Lord Macaulay.

Nosotros, al traducir los versos de que se trata, hemos prescindido de esta dificultad, poniendo en castellano lo que acaso quiso decir Mr. Montgomery, y no dijo por falta de régimen. — (N. DEL T.)

entierro y varias otras cosas, á cada una de las cuales concluye su autor afirmando que la Divinidad se halló presente. Y esta proposición, que puede hacerse perfectamente á propósito de todos los sucesos que se han verificado y puedan verificarse en el mundo, es el único lazo que une los dichos cuadros y descripciones entre ellos ó con el asunto.

Pueden nuestros lectores imaginar después de lo manifestado, y cuando ya conocen la manera, vamos al decir, que tiene Mr. Montgomery de expresar sus conceptos, cómo estarán hechas las descripciones en general. La de la batalla, en particular, es un compuesto de batallas de todos los tiempos y de todos los pueblos posibles. Oigámoslo: «Los cañones enrojecidos y humeantes resuenan hasta las nubes, y manos vigorosas oprimen escudos relucientes de acero bruñido.» En esta parte nos recuerda el poema las múltiples operaciones militares y la diversidad de armas que dieron por resultado la rendición de la abadía de Quedlinburgh (1). No debemos pasar en silencio el caballo muerto que no podrá «ver ya con sus ojos enrojecidos, ni prepa-

(1) El castillo que domina á Quedlinburgh, asentado sobre una escarpada peña, sirvió de residencia á las abadesas, las cuales no sólo eran dueñas de la villa y señoras de grandes y cuantiosos Estados, sino que tenían voto en la Dieta y asiento en ella, en el banco de los Obispos. En 1802 fué suprimida la Comunidad. Una de sus más renombradas abadesas fué la tan famosa por su hermosura, Aurora María, condesa de Kœnigsmark, amiga de Augusto, rey de Polonia, de quien tuvo al célebre Mariscal de Sajonia.—(N. DEL T.)

rarse para el combate», ni al guerrero moribundo que «á pesar de haber caído en tierra sobre el pecho ensangrentado», halla medio de «fijar en el cielo su mirada sombría y llena de amarga desesperación.» Por lo que hace á este supremo esfuerzo, sólo podemos decir, repitiendo las palabras del Dante en un caso análogo:

> Forse per forza gia di'parlasia
> Si stravolse cosi alcun del tutto:
> Ma io nol vidi, nè credo che sia (1).

En cuanto á la tempestad, la describe del siguiente modo:

«¡Hela aquí! las nubes, reclutadas á la redonda, se reunen como apiñados batallones que hacen alto para el combate; el sol se apaga y desaparece; los espíritus de la tempestad barren el cielo con furia y se agitan sobre los abismos, hasta que frenéticos torbellinos se lanzan de sus cavernas, desgarran las sueltas velas, que vuelan hechas jirones, y rajan y quiebran los palos: entonces las olas castigadas corren unas en pos de otras, levantan sus cabezas cubiertas de blanca espuma y siguen su vertiginosa carrera por el mar.»

Diéramos algo por saber qué diferencia existe entre las dos operaciones que clasifica Mr. Roberto Montgomery tan cuidadosamente, separándolas una de otra, es decir, la

(1) «Acaso exista quien se haya torcido de esta suerte por efecto de la parálisis; pero ni lo he visto ni creo que haya sucedido.»

del furioso barrido que hacen los espíritus de la tempestad en el cielo, y la salida de los torbellinos frenéticos cuando se lanzan de sus cavernas. Item más, por qué acaba la primera de estas operaciones en el punto mismo que comienza la segunda.

No es posible detenerse mucho en cada una de las descripciones que hace Mr. Roberto Montgomery; pero así de pasada podemos decir que habla de un marinero náufrago que «tiene la visión de un templo invisible en los aires»; de un asesino que se sostiene sobre una carrasca, «con los labios blancos como la ceniza, y distendidos por fría convulsión»; de un hombre piadoso á quien durante la noche y mientras está en la cama «se aparece todo el panorama de su vida pasada, reanimando su espíritu puro y haciendo llorar su alma»; de un viajero que se pierde en el camino á causa del espesor «de los batallones nubosos», porque le faltan «lámparas celestes que lo iluminen con su santa luz», y de un condenado á muerte plagiado de las páginas incomparables del *Bourg*, de Crabbe, que han hecho llorar como niños á hombres cínicos y de duro corazón, pero que sin riesgo pueden leer las mujeres más sensibles en la versión de Mr. Montgomery; después viene «el pobre niño, loco furioso, estúpido, con el rostro pálido, cuyos ojos giran saludando los fulgurantes caprichos celestiales.» Pero ¿qué son—dirán algunos—esos fulgurantes caprichos del cielo? ¿Qué quieren decir los dos versos que siguen y que van inmediatamente casi? «Cosa sin alma, espíritu de los bosques, le

place conversar con los campos y con las ondas.» ¿Ni cómo una cosa sin alma puede ser espíritu? Después viene un panegírico del domingo. En pos de esto, un bautizo; á seguida, un matrimonio, y hecho el matrimonio, va el lector como llevado por la mano á visitar los enfermos y á enterrar los muertos.

Aun cuando la muerte haya sido personificada innumerables veces, Mr. Montgomery no se arredra por eso, y busca y encuentra cosas nuevas que decir en orden á ella, como, por ejemplo: «¡Oh muerte! ¡oh tú, vencedora intrépida de la tierra! ¡oh tú, que al nacer y sólo con respirar marchitaste los elementos, y los hiciste retroceder atemorizados! Tú recorres el mundo como el viento de la tempestad, y tienes mártires delante y detrás víctimas en montón; la sucesión de os tiempos no es eficaz á sujetarse á tí que arrastras el mundo á la eternidad» (1). Si hay en este pasaje un verso que nos parezca más oscuro todavía que los demás, es el cuarto, porque ¿dónde hallar la diferencia que pueda existir entre víctimas y mártires, y dónde la razón de que los mártires estén delante de la muerte y las víctimas detrás? ¡Misterio profundo é impenetrable!

Y con esto llegamos á la tercera parte, de cuya tercera parte podemos decir con el hon-

(1) «O Death! thou dreadless vanquisher of earth.
The elements shrank blasted at thy birth!
Careering round the world like tempest wind,
Martyrs before, and victims strew'd behind;
Ages on ages cannot grapple thee,
Dragging the world into eternity!»

rado Casio: «¡En verdad que esa canción es mejor que la otra!» En efecto, en ella Mr. Roberto Montgomery se muestra severísimo con los descreídos, y se propone demostrar que, como dice discreta y elegantemente: «Un famoso encantador empuñó el timón del todo armónico»; si bien no explica por qué un encantador empuña el gobernalle, ni qué tiene que ver el gobernalle con la armonía. Dicho esto, argumenta del modo que verán nuestros lectores:

«¿Y el hombre se atreve á soñar que la sombría casualidad ha dispuesto cuanto ven los ojos y expresa el lenguaje, y que, con todas sus maravillas, este mundo espacioso nació sin objeto, se creó á sí mismo, y vegeta como un niño abandonado, semejante á las burbujas que hierven en un arroyo al calor del fuego que brota en la nube, ó al fantasma que aparece en sueños?» (1).

Sentiríamos mucho que nuestra fe en un poder superior pudiese correr la suerte de tan malas cartas como la lógica de Mr. Montgomery. Porque si cree, cual enseña, que el relámpago se creó á sí propio sin objeto, no se nos alcanza por qué no puede creer que todo el universo se ha creado á sí propio también y sin objeto. Pero, como algunas líneas más

---

(1) «And dare men dream that dismal Chance [has framed
All that the eye perceives, or tongue has named;
The spacious world, and all its wonders, born
Designless, self-created, and forlorn;
Like to the flashing bubbles on a stream,
Fire from the cloud, or phantom in a dream?»

arriba nos dice que la Divinidad es quien manda «estallar al trueno en la profundidad de los cielos», resulta, según su teoría, que, si Dios ha hecho el trueno, el relámpago se ha hecho á sí propio.

Veamos, ahora, cómo hace resaltar nuestro autor los espantables efectos del ateísmo. «¡Desnuda tu brazo repugnante, Asesinato manchado de sangre, y tu, Rebelión, báñate en tu tempestad! ¡Despertad, espíritus del crimen vengador, romped vuestras ligaduras, salid fuera y dad la batalla al tiempo!»

Gusta Mr. Montgomery de la personificación, y no hemos menester añadir que pertenece á la escuela de poetas que, para personificar las cosas, entiende que lo único necesario es comenzar ciertas palabras con letra mayúscula. Reconocemos desde luego que puede el Asesinato, y sin el menor inconveniente, desnudar el brazo, como ya lo hizo en los *Placeres de la Esperanza* (Pleasures of Hope) de Campbell; pero ¿qué motivo imaginable puede tener la Rebelión para bañarse en su propia tempestad? ¿qué es el crimen vengador? ¿cúyos sus espíritus? ¿por qué deben romper sus ligaduras y salir fuera? ¿cúyas son sus ligaduras? ¿por qué han de dar la batalla al tiempo? ¿qué papel representa el tiempo en todo esto? ¿á qué podría parecerse una batalla entre el tiempo y los espíritus del crimen vengador? Á decir verdad, son cosas éstas que no acertamos á comprender. «Y ahora—prosigue—que vuelve la Memoria sus ojos llenos de lágrimas hacia los sombríos horrores de la Francia tumultuosa, cuando

la sangre y la blasfemia mancharon su suelo, y la cruel Rebelión sacudió su mano salvaje.» ¿Qué quiere decir esto? ¿La Rebelión sacude su propia mano, ó la de la Memoria, ó la de la Francia? Y, sea cual fuere la mano que sacuda, ¿qué significa cualquiera de esas tres metáforas? Pero si no sabemos qué se pretende expresar con esto, en cambio, tampoco atinamos con el sentido del pasaje siguiente:

«¡Que las repugnantes orgías del crimen exasperado describan á nuestros ojos el estrago furioso de aquel tiempo en que la Rebelión ligada se puso en marcha para inflamar á los humanos, llevando á retaguardia el Espanto y á vanguardia el Asesinato! ¡Y tú, dulce y suave flor del Austria, reina asesinada, que no derramaste ninguna lágrima en el teatro temeroso en que brotó la sangre vital de tu angélica persona, y en el que pereció la belleza martirizada en el tormento, ideal otro tiempo adorado de quien veía en tus ojos la obediencia y en tu sonrisa la ley!» (1).

Y leído esto, se ocurre preguntar: ¿qué diferencia existe entre las orgías repugnan-

---

(1) «Let the foul orgies of injuriate crime
Picture the raging havoc of that time,
When leagued Rebellion march'd to kindle man,
Fright in her rear, and Murder in her van.
And thou, sweet flower of Austria, slanghter'd Queen,
Who dropp'd no tear upon the dreadful scene,
When gush'd the life-blood from thime angel form,
And martyr'd beauty perish'd in the storm,
Once worshipp'd paragon of all who saw,
Thy look obedience, and thy smile a law.»

tes y el estrago furioso que las repugnantes orgías deben describir á nuestros ojos? Y ¿por qué van el Espanto á retaguardia de la Rebelión y el Asesinato delante? ¿Por qué no hacer pasar delante el Asesinato y en pos de él al Espanto? ¿Por qué no ponerlos en fila y asidos de las manos? Oímos hablar hace tiempo de un héroe que «llevaba el Estupor á vanguardia y su compañera de armas la Fuga, en tanto que los espectros de la Tristeza y de la Soledad iban detrás.» Ciertos estamos de que Gray (1) hubiera podido dar sus razones para distribuir como queda dicho á los compañeros alegóricos de Eduardo; mas no así Mr. Montgomery á quien tratase de averiguar el porqué de su orden de marcha. Prosigamos: «Flor del Austria» es un epíteto robado á Lord Byron; «perecer en la tormenta» no quiere decir absolutamente nada; «*dropp'd*» es inglés incorrecto, y «ver la obediencia en

(1) Renombrado poeta nacido en 1716, á quien sus compatriotas apellidaron el *Píndaro de Inglaterra*, y de quien dice Chateaubriand que «halló notas en su lira completamente desconocidas de los antiguos.» José Chenier tradujo su magnífica elegía *Al cementerio de la aldea;* pero, aun cuando es magistral la versión del poeta francés, ni su trabajo, ni el más considerable de Lemerre (París, 1798) son eficaces á otra cosa que á dar idea de las bellezas del original. Gray no fué sólo poeta, sino eruditísimo en los clásicos, y muy entendido en arqueología, geografía, botánica, zoología, filología y arquitectura, llegando á reunir un caudal de conocimientos asombroso en estos ramos del saber humano. Sus obras completas constan de poesías, correspondencia, notas, investigaciones críticas, etc., y se publicaron en 1814. Murió en 1771.—(N. DEL T.)

los ojos» significa precisamente lo contrario de lo que Mr. Montgomery ha querido decir.

Nuestro poeta pasa á seguida á la demostración de la inmortalidad del alma: «¿Perecerá el alma, fuente de la razón, cuando el polvo y las tinieblas hayan rodeado su templo? ¿No ha infundido Dios en ella, con un soplo, fuego etéreo que no puede obscurecerse ni extinguirse, aun cuando el soplo deje de ser?»

El alma es una fuente, y por tanto no debe morir, aun cuando el polvo y las tinieblas rodeen su templo, porque Dios, con un soplo, infundió en ella fuego etéreo que no puede extinguirse, aun cuando el soplo deje de ser. ¿Quién respira: la fuente ó el templo? ¿Adónde fué el soplo: al templo ó á la fuente?

Mr. Montgomery dirige un apóstrofe á los «espíritus de los justos, que son faros inmortales», y describe sus ocupaciones en el otro mundo, reducidas, según se ve, á bañarse en la luz, oir correr ríos de fuego, y pasear en carros de relámpagos vivos. El lecho de muerte del escéptico lo describe nuestro poeta en un tono que acaso él considere muy enérgico. Después, tenemos el lecho mortuorio de un cristiano, y resulta de tal modo ridículo, que no es posible que lo sea más, á fuerza de imágenes grotescas y de mal inglés. Pero, como no basta con esto, es necesario que describa el día del Juicio final, y para que la pintura de cuadro tan medroso resulte más verosímil, recoge cuantas absurdidades conoce, y las pone sobre el papel: la tierra, v. gr., va lanzada á la eternidad; resplando-

res rojizos de fuego iluminan los horizontes; después surgen y se elevan por sobre ellos brillantes brujerías de fantasmas; torbellinos que se desafían á correr, despliegan nubes de fuego, y las hacen girar en espirales formidables; las ondas blancas galopan; sombras de mundos vagan por el espacio: cosas todas, en fin, cuyo más allá está vedado á los «ojos enrojecidos y flamígeros de la imaginación.» Sin embargo, Mr. Montgomery se obstina en no guardar su propio precepto, y entonces ve abrirse la boca del abismo para devorar tantas ruinas y desastres, y luego cómo sube la gran marea de la Eternidad, y al mundo resplandeciendo en medio de las llamas que lo adormecen, y un carro arrastrado de truenos vivos, y «la creación estremecida de sublime pavor, que huye en confuso tropel, á impulsos de tempestad deslumbradora!»

¡Famosa poesía! ¿Qué se ha visto mejor, ni qué tampoco más ocasionado á elevar á quien lo escribe por sobre los grandes ingenios del siglo, y á sentarlo entre las musas, en el Parnaso, á la derecha del mismo Apolo? Pues así es, y esto lo que han celebrado, cientos de veces, los pregoneros de la fama, en términos tales y tan encomiásticos, que, aun tratándose del *Paraíso perdido*, exigirían discretas salvedades. A decir verdad, que no hay cosa tan insoportable como ver levantar del suelo, de entre cáscaras, cortezas y demás barreduras, la capa hecha de retazos de mil colores, para ponérnosla delante de los ojos, cual si fuese una obra nobilísima de arte. ¿Y qué decir de un modo de ser social en el

que versos como los transcritos producen gloria y dinero? Y sin embargo, las poesías de Mr. Montgomery han alcanzado mayor circulación que las de R. Southey, y sin comparación más extensa que las del Dante, ó de Carey ó las mejores obras de Coleridge. Alentado con el aplauso de la turbamulta de los mal llamados críticos, y con el favor que le dispensa el público alucinado, ha seguido escribiendo, unos en pos de otros, algunos volúmenes. Pero, aun cuando quisiéramos tratar de todos ellos, ha sido tanto el espacio requerido por su primera obra, la más conocida, dicho sea de paso, de las suyas, que apenas si nos queda para mencionar su *Oración universal* ó sus poemitas, que por sí solos bastarían, á lo que declaran sus compadres, para otorgarle la inmortalidad literaria. Pasaremos, pues, por sobre todas estas maravillas, y haremos alto en su postrera obra, que lleva por título *Satanás.*

El cual *Satanás* vino al mundo rodeado del ordinario tumulto y algazara de aclamaciones. Empero, como en esta ocasión pasaba ya el aplauso con exceso de los límites que tuvieron los de las publicaciones precedentes de nuestro poeta, unas pretensiones tan mal fundadas y tan temerarias en relación al trabajo, si otras veces lograron su objeto, hallaron cierta resistencia en cuanto á *Satanás;* resultando de ahí que mereciese mal acogimiento por parte de varios periódicos y revistas, que denunciaron con vigor y buen sentido las prácticas de los compadres del reclamo. Por esta razón seremos muy concisos al tratar del libro.

Entre *Satanás* y el otro poema titulado la *Omnipresencia de la Divinidad* (the Omnipresence of the Deity) preferimos este último, por la misma razón que Sir Tomás Moore prefería, entre dos libros malos, á uno, esto es, porque en aquél hay algo, rima siquiera en los versos, mientras que en el otro falta hasta el sentido común. *Satanás* es un monólogo que hace el diablo en cinco ó seis mil versos á cual peor, y en los cuales trata de geografía, de política, de periódicos, de la sociedad elegante, de teatros, de las novelas de Sir Walter Scott, de las poesías de Lord Byron y de los cuadros de Mr. Martín. Naturalmente las nuevas ilustraciones del poema de Milton llaman la atención de un personaje que representa en él papeles tan principales, y á juzgar de lo que dice, Mr. Martín habrá quedado satisfecho con saber que, dejando á salvo lo que piensen y digan de sus obras los pobladores de este mundo terrenal, han gustado por todo extremo en el Pandemonio y que allí goza fama de persona peritísima en el particular de los Tronos y de las Dominaciones.

El epígrafe del poema *Satanás* está tomado del libro de Job: «¿De dónde vienes? Vengo de recorrer la tierra y de pasearme por ella.» Y, en efecto, que Mr. Montgomery pasea por todas partes á su héroe, el cual, salvo el gusto por la locomoción, no tiene la menor circunstancia satánica. Tom el Loco nos había dicho que el Príncipe de las Tinieblas era un señor muy bien educado; pero no sabíamos que este caballero de tan buena educa-

ción fuese también devoto y respetable, y que no tuviese más defecto que el ser un tanto hablador y pródigo por extremo de buenos consejos. Cambio tan feliz en el carácter de Satanás, aunque no inesperado, porque Orígenes contaba con él, y Tillotson no desesperó de que tal cosa sucediese, parece verificarse de una manera rápida en el poema de Montgomery. Pero como los malos hábitos no se pierden de repente, sino que cuesta mucho trabajo desarraigarlos, no parecerá extraño á nadie que un criminal empedernido de la manera que debía estarlo el diablo cuando lo tomó por su cuenta nuestro poeta, caiga de vez en cuando, aunque por poco tiempo, en sus antiguos resabios y malas mañas. Bien será decir, para dejar las cosas en su punto, que si cae Satanás, luego se levanta, y que siempre, después de dos ó tres versos impíos, vuelve á ser el diablo predicador. Y ya que tratamos de este poema, nos ocurre que acaso hiciese bien Mr. Montgomery, en cualquiera de las ediciones sucesivas del *Satanás*, quitar, puesto que su volumen considerable lo consiente, unos cientos de versos, y con esos cortes sacarlo nuevamente á luz bajo el título de *Gabriel*, toda vez que, si fuese posible lo más y lo menos tratándose del máximum de lo absurdo, las reflexiones en que abunda el poema serían menos desatinadas en boca de un ángel bueno que en boca de un ángel malo.

No tenemos espacio más que para una sola cita, y la tomamos á la ventura, si bien añadiendo que no vale más ni menos que cual-

quiera otro pasaje del libro de Mr. Montgomery que cuente igual número de versos. El Diablo va al teatro, y saca de lo que ha visto la consecuencia siguiente:

«La Música y la Pompa extienden á mi alrededor sus almas confundidas, y la hermosura se ofrece radiante á la vista en su ropaje nuboso; en la escena se ve un paraíso que penetra los sentidos de embriaguez y los hace vacilar con la esperanza de goces purpúreos. En la muchedumbre abigarrada pueden distinguirse tres gradaciones: los primeros acuden para remontarse en alas del genio de Shakspeare y coger al vuelo un destello de su pensamiento digno de Prometeo, para sonreir y para llorar, para estremecerse y para apurar hasta la última gota de la omnipotencia apasionada; los segundos son el pueblo sensual, reunido para oir cantar á cortesanas románticas, para saciar la concupiscencia de sus ojos con el espectáculo de la hermosura de sus formas, mientras que la brillante perfidia de sus miradas inunda el alma y el cerebro de fuego deleitoso; turbamulta inconsciente podría llamarse á los que vienen después, con rostros pálidos, frentes surcadas, pupilas mortecinas, verdaderos esqueletos dados de color, y más verdadera sátira del género humano. ¡Qué magnífico espectáculo para el demonio! ¡Criaturas cuyas almas valen más que todos los mundos, despertad! Así me parece oir á un ángel que os habla movido de lástima.»

Y aquí ponemos punto final. Si nuestras observaciones molestan, por poco que sea, á

Mr. Roberto Montgomery, lo sentimos; pero necesario es purificar la literatura de tales pestilencias, cueste lo que costare á los individuos. Y para demostrar que no hemos escrito las líneas que preceden movidos de mala voluntad personal contra él, bien será decir que nos proponemos de una manera irrevocable hacer lo propio que con Mr. Montgomery con cualquier autor que haga llegar un libro suyo á la segunda edición valiéndose de la superchería del reclamo.

LORD HOLLAND [1].

1773-1840.

Muchas son las razones que me impiden al presente ofrecer á mis lectores un cuadro

(1) El presente estudio pareció el mes de Julio de 1841 en la *Edinburg Review* con motivo de la obra titulada: *Opiniones de Lord Holland, tomadas de sus discursos en la Cámara de los Lores de* 1797 *á* 1841, *y publicadas por D. C. Moylan, de Lincoln's-Inn*, en 8.°—Londres, 1841.

Enrique Ricardo Vassall-Fox, tercer Lord Holland, nieto del fundador de la casa, y uno de los jefes más apreciados del partido liberal de Inglaterra, nació en Winterslow-House en 1773, y murió en 1840. Formó parte del último ministerio de Fox, su tío, como lord del sello privado (1806-1807), y en 1815 fué el único ministro que protestó contra el destierro de Napoleón, cuyo cautiverio en Santa Elena savizó cuanto pudo. En 1830 volvió á desempeñar una cartera, y participó activamente en las medidas liberales que siguieron á la reforma parlamentaria sobre todo. Lord Holland fué tan brillante como hábil en la tribuna, sincero propagandista de las

completo del carácter y de la carrera política del difunto Lord Holland; mas, aun cuando estoy persuadido de que con ser escasa mi ofrenda á su memoria, es tardía, prefiero pasar plaza de moroso y parvo que no de olvidadizo con quien merece tanto respeto y cariño de mi parte.

Poco diré del libro que tengo sobre la mesa, y sin embargo es obra merecedora de atenta lectura, no ya siendo de quien es, sino aun siéndolo de quien no fuera él ni como él, y hubiese parecido á la luz pública en circunstancias menos interesantes que las actuales; porque es obra de mucha cuenta, como colección de principios y como correcto modelo de composición, y se hallan en ella todas las grandes máximas que inspiraron durante más de cuarenta años la conducta política de Lord Holland, y las grandes razones en que descansan esas máximas, condensadas unas y otras en el menor espacio posible, y expuestas con una sagacidad, una dignidad y una exactitud admirables. En general, participo completamente de sus opiniones en orden á la política extranjera; pero, á las veces, tengo para mí que son de generosidad imprudente. Yo no hubiera firmado la protesta contra el cautiverio de Napoleón. La protesta contra la conducta que observó la Inglaterra en el congreso de Verona contiene muchos pasajes excelentes;

---

ideas de progreso, y culto y correcto escritor. En 1806 publicó las *Vidas de Lope de Vega y de Guillén de Castro* (2 vol.). Hay también de él las *Memorias del partido whig en mi tiempo* (2 volúmenes en 8.°).—(N. DEL T.)

mas también ciertas proposiciones que, andando el tiempo, el mismo Lord Holland habría sido el primero en reconocer cuánto eran deleznables y de poco fundamento. En cambio, apruebo, implícita y explícitamente, cuanto expresa respecto de las cuestiones constitucionales, y creo que nunca se ha separado el Gobierno inglés de la línea de política interior trazada por él, sin que la nación se haya conmovido por ello.

Voy á dar, como muestra del libro á que me refiero, un solo pasaje, en el cual se establece y explica una cláusula muy importante de la fe política de los *whigs*, con claridad, vigor y laconismo admirables. Recordarán los lectores que en 1825 produjo la Asociación católica una agitación formidable en favor de la independencia. Los *torys* procedieron como suelen, y en vez de hacer que desapareciesen las causas del descontento, se propusieron reprimir la agitación, y presentaron una ley para restringir el derecho de petición, ley estricta y rigorosa en apariencia, pero, en realidad, de todo en todo ineficaz. La protesta de Lord Holland, con esta ocasión, es discretísima. «Sabido es—dice—que los privilegios del pueblo, el derecho de libre discusión, y el espíritu como la letra de las instituciones populares de Inglaterra, deben (y tal es su objeto y su destino) hacer peligroso para la tranquilidad del país, y finalmente subversivo de la autoridad del Gobierno, la prolongación de una queja en materia grave y del descontento que por ello resulta. La teoría y la experiencia nos impi-

den de consuno el negar estos efectos de una constitución libre; y el instinto de la justicia y el amor á la libertad nos vedan igualmente deplorarlo. Pero si esto es así, también nos enseñan que para remediar tales desórdenes se hace necesario poner fin á las quejas que los justifican, hacer cesar el descontento cuyo efecto son, y no tratar de restringir privilegios seculares, ni atentar al derecho de la libertad de discusión, ni violar los principios de un gobierno libre. Si, pues, el método legal para pedir la corrección de ciertos abusos, y la satisfacción de ciertas quejas; corrección y satisfacción que han reclamado ya muchos sobre quienes pesaban vejatorias incapacidades, amenaza con peligros próximos ó remotos al Estado, llegaremos por ende á una conclusión de muy antiguo prevista por grandes autoridades, y concluiremos en su virtud que la Constitución británica y las exclusiones numerosas no pueden coexistir, porque ó la Constitución las destruirá, ó ellas destruirán la Constitución.»

Mas no era del libro, con ser interesante y de mucho precio, de lo que me proponía tratar, sino de su autor, y á esto me limitaré con imparcialidad y ánimo sereno.

Para poder apreciar exactamente el carácter de Lord Holland, se hace necesario tomar de lejos la historia de su familia, porque no sólo heredó de ella una corona de barón y grandes estados, sino es algo más; como que la casa cuyo jefe era poseía una distinción sin igual en los anales de Inglaterra, pues durante más de un siglo no ha habido época

en la cual no haya representado un Fox papel principalísimo entre los hombres políticos. Apenas hubo terminado su azarosa carrera el primer Lord Holland, cuando ya su hijo Carlos se ponía al frente de la oposición y en primera línea entre los oradores políticos de Inglaterra. Y antes de que Carlos hubiese recibido sepultura en la abadía de Westminster, ya era otro Fox uno de los políticos más notables de su patria.

Llama vivamente la atención el aire de familia tan marcado que se advierte entre estos tres hombres ilustres, á pesar de las diferencias que resultan de la posición y de la educación de cada uno, porque había en sus rostros y en sus personas una semejanza tal cual solemos hallarla en las novelas, donde un solo retrato basta para diez generaciones, pero que rara vez existe en la vida real. La amplitud de formas, las frentes despejadas, llenas de pensamientos, las anchas cejas, carnosas las mejillas y los labios; en la expresión una mezcla singular de buen sentido, de vigor, de agrado y de franqueza; y la voluntad firme, unida al carácter amable, cosas todas comunes á los Hollands. Sin embargo, las facciones del fundador de la casa, al decir del pincel de Reynolds y del cincel de Nollekens, eran duras y enérgicamente acentuadas. Este sello característico de la familia continuó en su descendencia, si bien suavizándose y atenuándose, hasta el último lord, cuyas facciones ofrecían el conjunto más agradable y simpático que hayan iluminado nunca la inteligencia y la bondad reunidas.

Entre los Hollands aconteció lo propio con las dotes del ingenio que con los rasgos de la fisonomía. Porque, si bien la naturaleza hizo mucho por todos ellos, y los formó de la materia que prodiga menos, y dotó á cada uno de inteligencia poderosa, de sutil y penetrante ingenio, de afición muy pronunciada á los goces físicos é intelectuales, de ánimo resuelto, de la franqueza que va unida generalmente al ánimo esforzado, de incansable actividad, de carácter fácil, generoso é indulgente, y de esa cortesía verdadera cuyo asiento está en el corazón y de la que no es sino débil y fría imitación la urbanidad artificial; pudiendo afirmarse, y con entera verdad, que organismo cual el de los Hollands es la herencia más saneada y opulenta que se puede trasmitir en la familia; si bien, repito, la naturaleza dotó por tal modo con tan pródiga mano á tres generaciones de la casa de Fox, la educación y el estado de los individuos modificaron por extremo tan bellas cualidades. El primer Lord Holland fué un aventurero lleno de necesidades, que abrazó la vida política en tiempos en que se hallaba muy bajo el nivel moral entre los hombres de Estado, y se filió bajo las órdenes de un ministro que, si bien merecía respeto y consideración, y tenía grandes dotes de administrador y de tribuno, y comprendía las necesidades del país y del gobierno, y deseaba servir á uno y otro con provecho para entrambos, había visto tanta perfidia y bajeza que ya no creía en la probidad ni en el decoro; que, harto de la jerga patriótica, se pro-

puso hablar otra jerga diferente; y que, mal avenido con esa manera de hipocresía que, al menos, es indicio de respeto y de acatamiento á la virtud, contrajo el hábito de practicar otra hipocresía menos meticulosa, ó, mejor dicho, la que hace alarde y finge aparatosamente todos los vicios. Fox se unió á Walpole (1), política y personalmente, con el ardor natural y propio de su temperamento; y en su escuela contrajo defectos que destruyeron el mérito de sus grandes y muchas facultades. Porque si logró elevarse al primer rango en la Cámara de los Comunes, y adquirió habilidad consumada en el arte de la discusión, y se vió colmado de honores, y se hizo inmensamente rico, nunca poseyó la estimación ni la confianza del país. Sus amigos personales alabaron con justicia su generosidad y buen carácter; sostuvieron siempre que, aun aquellos de sus actos menos defendibles, jamás se inspiraron en bajos impulsos; que si puso en ejecución malas acciones, lo hizo bajo el imperio de buenos deseos, y que no cedió sino al afán de servir á sus amigos y á la tierna solicitud que sentía por sus hijos; pero la nación lo calificó, sin embargo, de ambicioso desordenado, de poco circunspecto en los medios de adquirir bienes de fortuna, y de inmoral, como político, hasta el extremo de ser capaz de adoptar sin escrúpulo las prácticas más reprobadas é inconstitucionales, y á quien sus opiniones y tenden-

(1) Véase el tomo LXXXII de la BIBLIOTECA CLÁSICA: *Vidas de políticos ingleses.*—(N. DEL T.)

cias hacían ocasionado para gobernar al Parlamento con dinero y al pueblo con bayonetas. Muchos de sus contemporáneos profesaron principios de moral tan relajada como la suya; pocos hubo que lo igualaran en inteligencia; ninguno que tuviese su atrevimiento y su energía de carácter. Y como no podía buscar tranquilidad, al modo de Sandys y de Doddington, en el menosprecio de las gentes, se tornó en objeto de odio para la generalidad y fué aborrecido de los ingleses con un encono que ningún hombre de Estado mereció en Inglaterra desde la caída de Strafford, ni en otro país del mundo persona de tan bueno y afable trato. Un espíritu apocado habría sucumbido bajo el peso de tanta impopularidad; pero su alma enérgica pareció cobrar nuevas fuerzas en aquella explosión de mala voluntad, y el único efecto que produjeron en él los ataques de la opinión pública fué agriar en cierta medida y hasta cierto punto su carácter naturalmente dulce. Por eso los últimos actos de su vida política llevaron impreso el sello, no sólo de la audacia propia de su modo de ser, no sólo de la inmoralidad que aprendió en la escuela de Walpole, sino es de una dureza que rayó en crueldad, que no parece haberse visto antes nunca en él, y que fué subiendo de punto el encono cuyo efecto era. Nada más eficaz á demostrar el estado de la opinión del país que el conocido folleto de Gray, en el cual todas las imágenes son de naufragios, de movientes arenas y de cuervos marinos. Lord Holland se lamenta en él de que la cobardía de sus cóm-

plices no le haya dejado acabar con el espíritu de independencia de la City londinense á sangre y fuego, y suspira por el tiempo en que las aves de rapiña pongan sus nidos en las torres de Westminster, y lagartos y culebras socaven sus madrigueras en los cimientos de la catedral de San Pablo.

Pocos meses después de la muerte de hombre tan notable apareció su segundo hijo Carlos á la cabeza del partido contrario al de la guerra de América. Desgraciadamente Carlos heredó la constitución intelectual y física de su padre y vivió mucho tiempo, demasiado, bajo su influencia; y como no era posible que un hijo dotado de natural tan noble y afable no fuese amantísimo de un padre que poseía tantas y tan bellas prendas cual ciertamente reunía Lord Holland, cuya indulgencia con su prole antes debió llamarse culpable que tolerante, al ver odiado y aborrecido de la nación á aquel mismo á quien le unían vínculos tan estrechos, no experimentase los efectos que podían esperarse de las pasiones, de la osadía y del ardimiento propios de su carácter y de su edad, quiso compartir la suerte de su padre, y se asoció, con actividad y celo (1), siendo aún muy joven, á las medidas más censurables é impopulares que se hubiesen adoptado desde la época de Jacobo II. En los debates sobre la elección de Middlesex, llamó justamente la atención, no

(1) En el Parlamento, donde era entonces diputado, y apenas contaba veinte años de edad.—(N. DEL T.)

sólo por el vigor precoz de su elocuencia, sino también por la manera despreciativa y apasionada que tuvo de retar la opinión pública, quedando desde aquel momento predestinado en la conciencia de todos á ser el campeón más formidable del gobierno arbitrario que hubiese visto la Inglaterra después de la Revolución, á ser un Bute con talento más superior, ó un Mansfield con mayor esfuerzo y bizarría. Para bien suyo y de su patria, la muerte de Lord Holland lo libró de la perniciosa influencia que le hizo cometer tantos extravíos. El círculo de sus observaciones se dilató; su espíritu rompió las trabas que lo sujetaban y remontó el vuelo á más elevadas regiones; su carácter magnánimo y benévolo pudo manifestarse tal cual era; su claro talento se abrió paso por entre las preocupaciones de su infancia, y por tal modo, al cabo de poco tiempo apareció á los ojos de todos colocado en el lugar propio de las condiciones de su inteligencia y de su corazón; resultando de aquí que del seno de una familia cuyo nombre iba unido en la opinión pública á las ideas de tiranía y de corruptela, y del seno de un partido tan servil en la teoría como en la práctica, y de entre los Luttrells, los Dysons y los Barringtons, saliera el defensor más grande que ha tenido en el Parlamento inglés la libertad religiosa y civil.

El último Lord Holland heredó el talento y las mejores facultades naturales de su casa; pero su situación fué muy diversa de la de los dos claros varones que le precedieron,

pues si bajo algunos aspectos importantes fué mejor que no la de ellos, bajo otros fué peor, aventajándoles sólo en la buena educación política. Porque si el primer lord aprendió de Sir Roberto Walpole, y Mr. Fox, de su padre, el último Lord Holland aprendió de Mr. Fox. Las máximas perniciosas que aprendió en su juventud el primer Lord Holland, no sólo inutilizaron sus grandes facultades, sino que las hicieron perjudiciales á su patria; y las máximas no menos perniciosas de que se hallaba penetrado Mr. Fox, desde la primera juventud, le pusieron en el caso de cometer, en los comienzos de su vida pública, muy grandes faltas, que aun después de haber sido expiadas noblemente, dejaron vivo recuerdo en la memoria de todos; como que hasta el fin de su carrera, ciertos hombres sin merecimiento alguno, que no tenían otra cosa que decir en defensa de sus arbitrariedades, de sus beaterías hazañeras y de su propia estultez, lograron siempre arrancar aplausos lanzando miserables acusaciones á propósito de la elección del coronel Luttrell, de la prisión del lord alcalde, y de otras medidas en las cuales cupo responsabilidad relativa, cuando contaba veintiún años, al que después ejerció con tanta gloria la jefatura del partido *whig;* pero si aconteció esto con el primer Holland y con Mr. Fox, nadie pudo nunca censurar de igual modo al último Holland. Y aquellos mismos que profesan opiniones diametralmente opuestas á las suyas, reconocen sin dificultad que no es posible hallar en la historia de Inglaterra vida

pública más correcta y consecuente; como que si la relación armónica de las partes entre sí es admirable, la del conjunto con los grandes principios de la tolerancia y de la libertad civil causa maravilla; coincidencia por extremo feliz que, en mucha parte debe de atribuirse á la influencia bienhechora de Mr. Fox. Y como Lord Holland se aficionó con el mayor interés á la política desde muy joven, lo cual era natural y propio en persona de tanto ingenio y porvenir, y su tío puso especialísimo empeño en formar y desarrollar la inteligencia de discípulo en quien se fundaban esperanzas tan grandes, á los diez y seis años ya correspondía con Mr. Fox en orden á cuestiones políticas, no interrumpiéndose su amistad y confianza mutuas hasta el día triste de su separación en Chiswick. Bajo la conducta de Fox, no corría Lord Holland el peligro de cometer las faltas que tanto perjudican al nombre de su abuelo, y de que tampoco se vió exenta del todo la juventud de su tío.

Bien será decir que al emprender la carrera política, Lord Holland hubo de vencer un obstáculo que no tuvieron su abuelo y su tío, porque ambos pertenecían á la Cámara de los Comunes, y él fué Par del reino cuando aun estaba en la adolescencia, siendo entonces la Cámara de los Lores asamblea poco numerosa y reposada y tranquila. Demás de esto, la minoría en que miiitaba no reunía más de media docena de votos, aun en los casos más importantes, y cuando tomaban asiento en la Cámara ochenta ó noventa Lores; razón por

la cual las discusiones en ella eran, como en la de los Pares de Irlanda antes de la unión, de mera forma. Esta fué la desgracia de Lord Holland, mientras que su abuelo y su tío se hicieron grandes oradores hablando, no de tiempo en tiempo, delante de quince ó veinte personas graves y hostiles, sino es, el primero, en las formidables batallas de Walpole, en aquellas sesiones memorables en las cuales permanecía Onslow diez y siete horas consecutivas sin moverse del sillón presidencial, y se veían compactas las filas de uno y otro bando algunas horas después de penetrar por las vidrieras de Westminster los pálidos y velados rayos del sol las mañanas de invierno, é iban los representantes ciegos llevados por la mano de los ujieres, y pasaban las noches en sus bancos los paralíticos envueltos en mantas; y el segundo en luchas no menos reñidas. Pero las dotes singulares del último Lord Holland carecieron de tales gimnasios para desarrollarse, defecto tanto más sensible cuanto que el género particular de elocuencia propia de él y de los suyos necesitaba para llegar á la perfección de mucha práctica; como que á pesar del claro entendimiento y de la viveza de imaginación, los Fox adolecían de una tendencia hereditaria á vacilar cuando hacían uso de la palabra, vacilación que provenía de la superabundancia misma de su vocabulario, no de su escasez; y se detenían, no porque les costase trabajo hallar una palabra determinada, sino porque no acertaban á escoger entre varias sinónimas. Sólo con el tiempo y la práctica constante

lograron el primer Lord Holland y su hijo vencer hasta cierto punto este defecto.

El último Lord Holland no brillaba en la exposición de los hechos, pero sí de una manera extraordinaria en la réplica. Tenía vista de águila, como todos los de su familia, para descubrir el punto débil de un argumento, y habilidad suma para ponerlo al descubierto y en evidencia, pudiendo decirse que tenía más habilidad en la discusión que ninguno de los próceres de su casa que no pertenecieron á la Cámara de los Comunes, y que aun para encontrar con quien compararlo entre aquellos que se hallaron en su caso es fuerza retroceder ochenta años en la historia de Inglaterra, y llegar hasta el Conde Granville, porque Mansfield, Thurlow, Longhborough, Grey, Grenville, Brougham, Plunkett y tantos otros hombres eminentes que aún viven ó ya pasaron de esta vida, y que no enumero ahora, aportaron á la Cámara de los Lores la elocuencia que cultivaron y desarrollaron en la Cámara de los Comunes. La opinión de los jueces más competentes era que los discursos de Lord Holland, con ser á las veces felicísimos, no daban verdadera idea de sus facultades oratorias, y que, en una asamblea en la cual hubieran sido animadas y frecuentes las discusiones, habría logrado alcanzar muy alto renombre. Por lo demás, no era posible oirle hablar sin comprender á seguida que había nacido para discutir; como que su ingenio, lo propio que el de Mr. Fox, se complacía y gozaba en este género de ejercicio, y que con extremada bondad y la cortesía más exqui-

sita, era precisamente lo contrario de aquellas personas que asienten á todo. Tanto fué así, que si no se empleara en general el sustantivo *disputador* en mala parte, me atrevería, para que se comprendiese mejor la idea que deseaba expresar, á decir que Lord Holland lo era, si bien añadiendo que su cortesía y amabilidad hacían de él el más agradable de los disputadores. No es menos cierto que tenía, para descubrir las diferencias y las analogías y apoderarse de unas y otras, una penetración y prontitud tan grandes, que habrían puesto envidia en el magistrado más perito. Los jueces del ducado de Lancaster se maravillaban de ver en un hombre que no pertenecía en modo alguno á la magistratura, gustos y aficiones tan pronunciados por aquellas partes de su ciencia que se califican de más áridas é ingratas, no sin lamentarse al propio tiempo de que cuando ellos habían hecho cuatro partes de un cabello, Lord Holland se divertía en hacer otras cuatro de cada parte. Pero si en persona de menos buen criterio la propensión á sutilizar hubiera tenido muy graves inconvenientes, el corazón noble y el espíritu elevado de Lord Holland lo preservaron de tales peligros; que no era él ocasionado á engañarse con su propia sutilidad, y sabía contenerse y subordinar siempre á la razón de Estado la dialéctica.

Su vida política está escrita en los anales de su patria. Tal vez, como ya dije antes, puedan formularse graves cargos contra sus opiniones respecto de dos ó tres grandes problemas de política extranjera; pero bien será

decir también que sus mismos errores, si los cometió, fueron dignos de respeto. Y por lo que á mí hace, añadiré que no sé si me inspira mayor consideración y simpatía por haberse dejado llevar fuera de la órbita de lo que considero buena política, impulsado de su benevolencia y su generosidad con las víctimas de la opresión, por una filantropía general, en suma, que abarcaba todas las naciones, por un amor á la paz que no se subordinaba en él sino á su amor á la libertad, y por la magnánima hidalguía de su corazón, tan incapaz de sospechar el mal como de inventarlo.

Por lo demás, el aplauso unánime de sus compatriotas sancionó siempre su conducta en las cuestiones de política interior; merecido tributo al que fué por espacio de cuarenta años protector de todas las razas oprimidas y de todas las sectas perseguidas; del hombre á quien ni las preocupaciones ni los intereses inherentes á la posición que ocupaba fueron parte á desviar del camino recto; del magnate que en todas las grandes crisis tomó la defensa de las clases medias; del plantador que hizo animosa guerra siempre á la trata de negros, y del propietario territorial, que de todo corazón abrazó la causa de los que luchaban contra las leyes sobre cereales.

No hemos trazado hasta aquí sino casi exclusivamente aquellos rasgos del carácter de Lord Holland accesibles á la vista de todos. Porque ¿cómo expresar cuánto es cara y amable su memoria á cuantos honró con su amistad, ni en qué términos expresarse para

enumerar los encantos de aquella casa cuyos atractivos fueron alabados hasta los últimos confines del mundo, y que hoy vemos solitaria y triste como sepulcro? Hace ya ciento veinte años (1) que un poeta, dirigiéndose á la morada de Holland, decía en versos penetrados de ternura, que al presente recobran nuevo alcance y sentido tan grave como los inspiró: «¿Por qué acude llanto á mis ojos cuando miro en lo alto de esa colina la secular morada que labraron otro tiempo en ella los nobles Warwicks? ¿Por qué la vista de tus jardines y bosquecillos me acongoja? ¿Por qué antes tus brisas, y tus frondosas galas, y la sombra de tus alamedas, y el perfume de tus flores eran gratos para mí, y ahora sólo son causa de mis tristezas y amarguras? Es que faltas tú, y que sin tí quedó todo en triste soledad. Por eso ya no parecen amenos tus jardines, ni apacibles tus bosques, ni grato el perfume de tus flores, ni arrobador el murmurio de tus árboles y de tus fuentes, ni suaves tus brisas, ni dulce tu sombra, ni amable tu luz» (2).

---

(1) Esto se escribía en 1841.

(2) Thou hill, whose brow the antique structures [grace,
Reared by bold chiefs of Warwick's noble race,
Why, once so loved, when e' er thy bower appears,
O'er my dim eyeballs glance the sudden tears?
How sweet were once thy prospects fresh and fair,
Thy sloping walks and unpolluted air?
How sweet the glooms beneath thine aged trees,
Thy noon-tide shadow and thine evening breeze!
His image thy forsaken bowers restore;
Thy walks and airy prospects charm no more;
No more the summer in thy glooms allayed,
Thine evening breezes, and thy noon-day shade.

No transcurrirán muchos años ciertamente sin que los bosquecillos y jardines y la casa solariega desaparezcan también como sus dueños, porque la prodigiosa ciudad, á pesar de sus gigantescas proporciones, continúa desarrollándose y creciendo de igual modo que las poblaciones del Michigán, y reemplazará con calles y plazas las torrecillas y los jardines que se asocian en nuestra memoria á cuanto es interesante y noble: á la espléndida magnificencia de Rich, á los amores de Ormond, á los consejos de Cromwell y á la muerte de Addison. Y los ancianos supervivientes de nuestra generación, acaso busquen inútilmente por entre nuevas calles y estaciones de ferrocarril el lugar de la casa que fué cuando eran jóvenes asiento predilecto del ingenio y de la belleza, de los artistas, de los literatos, de los filósofos y de los hombres de Estado. Recordarán entonces con singular ternura todos aquellos objetos que les fueron familiares: la alameda y la terraza, los bustos y los cuadros, las maderas esculpidas, los dorados grotescos y las divisas enigmáticas; recordarán con cariño aquella sala venerable donde se hallaba reunido á la gravedad clásica de una biblioteca universitaria, cuanto el ingenio y el buen gusto femenil podían idear para embellecer una vivienda; recordarán con melancolía los armarios llenos de volúmenes, archivos del saber de todos los pueblos y de todos los siglos, y los retratos que conservaban los rasgos de la fisonomía de los mejores y más ilustrados ingleses de dos generaciones consecutivas; recordarán

que muchos de aquellos hombres que dirigieron la política de Europa, y agitaron las grandes asambleas parlamentarias con sus razonamientos y su elocuencia, que dieron vida al lienzo y al bronce, ó que dejaron á la posteridad escritos que perpetuarán sus nombres para siempre, allí se confundían con cuanto había entonces de más amable y distinguido en la sociedad de la más espléndida de las capitales; recordarán el carácter particular de aquel círculo, en el cual el talento, la distinción, las artes y las ciencias estaban tan dignamente representadas; recordarán cómo en aquel salón, mientras en un grupo se discutía de los últimos discursos pronunciados en el Parlamento, en otro se hacía la crítica de la última comedia de Scribe, y en otro refería Talleyrand sus conversaciones con Barras en el Luxemburgo, ó su paseo con Lannes por el campo de batalla de Austerlitz, y se veía en un lado á Wilkie contemplando con admiración el Baretti de Sir J. Reynolds, mientras que, apoyado en una mesa, hojeaba Mackintosh un Santo Tomás de Aquino para comprobar citas; recordarán principalmente y sobre todo las atenciones y bondades con que allí eran acogidos los amigos y obsequiados con regia hospitalidad; recordarán la fisonomía benévola y venerable y la voz afectuosa de quien los recibía; recordarán aquel carácter que largos años de sufrimiento, de achaques y de inmovilidad forzada parecían hacer más amable cada día, y aquella cortesía llena de franqueza que acababa instantáneamente con la cortedad del escritor ó del ar-

tista que por la primera vez se veía entre títulos y embajadores; recordarán su conversación tan abundante, tan natural, tan amena, tan animada, tan llena de observaciones y de anécdotas, y aquel ingenio tan sagaz y tan brillante que á nadie ofendía, y aquella mímica tan exquisita que nunca rebajaba el asunto, sino que lo ennoblecía, y aquella bondad de alma que se revelaba en sus ojos y en el acento de su voz y que acrecía el valor de sus prendas; recordarán también que aquel cuyo nombre respetan tanto, no fué menos admirable por la inflexible rectitud de su conducta política que por la bondad de su carácter y por el encanto de sus modales; y recordarán, por último, que los postreros renglones que trazó fueron para expresar la satisfacción que su alma experimentaba de no haber hecho jamás cosa ninguna indigna del amigo de Fox y de Grey, y tendrán derecho entonces á sentir igual satisfacción si, repasando cada uno los acontecimientos de su propia vida, y ésta ha sido agitada y larga, pueden decir que no han hecho nunca nada que sea indigno de hombres á quienes honró Lord Holland con su amistad.

SAMUEL JOHNSON.

(BIOGRAFÍA).

1709-1784.

Uno de los escritores ingleses más ilustres del siglo XVIII fué Samuel Johnson, hijo de Miguel, concejal del municipio de Lichfield y librero de gran fama en los condados del centro. Las facultades y la instrucción de Miguel Johnson no eran, á lo que parece, vulgares, pues conocía tan perfectamente los libros que vendía, que los curas de las parroquias rurales de los condados de Stafford y de Worcester lo reputaban por oráculo infalible en materia de ciencia. A decir verdad, entre el clero y el librero-concejal existían fuertes vínculos de simpatía política y religiosa; como que, á pesar de haber prestado juramento á los monarcas de hecho para ponerse en condiciones de ser concejal, continuó siendo jacobita en el fondo de su corazón, y ardientísimo hijo de la Iglesia angli-

cana. En su casa, que aun subsiste y enseñan los de Lichfield á los viajeros que pasan por allí, nació Samuel á 18 de Septiembre de 1709. Las circunstancias físicas, intelectuales y morales que caracterizaron después al hombre, pudieron fácilmente advertirse ya en el niño, desde la más tierna edad, á saber: mucha fuerza muscular, mucha torpeza en los movimientos y gran copia de achaques y dolencias; inteligencia clara y penetrante; predisposición morbosa á la pereza y á remitirlo todo al día siguiente; corazón generoso y bueno, carácter tétrico é irritable, y además, heredada de sus padres, una predisposición escrofulosa tal que la medicina no acertó ó no pudo combatir con éxito. Con este motivo tuvieron sus padres la debilidad de creer que tocándolo la Reina quedaría curado, y en efecto, cuando apenas contaba el niño tres años, lo llevaron á Londres, y previo reconocimiento facultativo practicado por un médico de cámara, y algunas oraciones de los capellanes reales, enderezadas al objeto de su curación, la reina Ana lo tocó y le dió una monedilla de oro. Tan impresa quedó la ceremonia en la memoria de Samuel, á pesar de su corta edad, que siempre se acordó de la señora majestuosa que traía puesto corpiño de brillantes y capucha negra. Sin embargo, la mano de la Reina no surtió efecto ninguno; la enfermedad siguió su curso, y las facciones del niño, naturalmente nobles y regulares, quedaron malparadas á consecuencia de las escrófulas, con las profundas cicatrices que surcaban sus mejillas. Añádase á esto que

perdió durante algún tiempo el uso de un ojo, y que veía muy poco y mal con el otro. Pero su fuerza de voluntad triunfó de todos los obstáculos, y á pesar de su indolencia natural, aprendió con tanta facilidad y prontitud, que, en cuantos colegios estuvo, fué siempre el mejor alumno. Desde los seis á los diez y ocho años vivió con su familia, abandonado á sus propias inspiraciones; y aunque sin guía ni plan, estudió una infinidad de cosas durante aquel tiempo; como que hizo suyos los estantes de la librería de su padre, y leyó cuanto le plugo, sin curarse de la materia. Otro joven que no hubiera sido él, poca ó ninguna instrucción hubiese adquirido en cosa útil y de provecho; pero muchos asuntos que habrían sido enojosos para otros jóvenes de su edad, á él le interesaban. Leía poco el griego, porque no sabía lo bastante la lengua para disfrutar con las obras de los maestros de la poesía y de la elocuencia áticas; pero salió del colegio conociendo perfectamente el latín, y merced á esto, pronto adquirió en la biblioteca tan considerable y variada que á la sazón frecuentaba, gran caudal de erudición en literatura latina. Y aun cuando no tuvo nunca esa delicadeza de gusto de que tanto se precian los grandes centros de enseñanza pública en Inglaterra, y se debe á los modelos del tiempo de Augusto, logró familiarizarse con ciertos autores clásicos completamente desconocidos á los mejores colegiales de sexto año en Eton. Agradábanle principalmente las obras de los grandes restauradores de la erudición, y así vemos que cierto día, buscando

manzanas en lo alto de un estante, cayeron en sus manos las obras del Petrarca, en un polvoriento volumen en folio que allí estaba olvidado, y que dejó la golosina para leerlo afanosamente. Debido á esta inclinación natural suya, el estilo y la versificación de sus composiciones latinas demuestran á cada paso que, cuando menos, puso tanto cuidado en las imitaciones de los clásicos como en los clásicos mismos.

Mientras que proseguía por sí propio esta educación irregular, su familia iba sumiéndose sin remedio en la pobreza. Y como el viejo Miguel Johnson era más propio para leer libros y hablar de ellos que no para venderlos, sus negocios iban de mal en peor y sus deudas en aumento, siendo tal y tan penosa su situación, que no sin mucha dificultad podía ocurrir á las necesidades diarias de la familia. Careciendo, pues, el padre de recursos hasta para lo más indispensable de su casa, mal hubiera sostenido á nuestro Samuel en ninguna universidad; pero quiso entonces la suerte que, sabedor del caso un vecino acaudalado del librero, le ofreciese ayuda, y que, fiado en su promesa, que después no resultó bien cumplida, Miguel Johnson puso á su hijo en el colegio Pembroke, de Oxford. Cuando el joven escolar se presentó á los jefes del establecimiento, quedaron tan sorprendidos de su mala traza y de la tosquedad y rudeza de sus modales, como de los grandes y nada comunes conocimientos que había ido acumulando en largos años de lectura y de provechosos aunque desbaratados estudios. El

mismo día de su ingreso maravilló á sus maestros citando á Macrobio, y uno de sus más ilustrados profesores dijo que no había visto nunca un alumno de primer año tan instruído como él.

Tres pasó Johnson en Oxford, en el estado más lastimoso que pueda imaginarse, mal vestido y roto, y con traza tan descompuesta, que daba risa y compasión, cosas ambas insoportables igualmente á su altivez. Las sonrisas burlonas de los aristocráticos colegiales de *Christ-Church* lo alejaron de allí. Una buena alma puso un día junto á la puerta de su cuarto un par de zapatos nuevos; pero él los rechazó indignado; que la miseria no lo hizo servil, sino ingobernable y brutal. Ningún estudiante rico de los que frecuentaban la mesa de los auxiliares, é impaciente por llegar á cumplir los veinticinco años, habría tratado á las autoridades académicas con más insolencia que Johnson, á quien solía verse con harta frecuencia al pie de las rejas de Pembroke, donde al presente se conserva su retrato, arengando á un grupo numeroso de muchachos, sobre los cuales, á pesar de sus harapos, su ingenio y su audacia le daban indisputable imperio. El era el jefe de todos los motines y de todos los alzamientos contra la disciplina del colegio; espíritu de rebelión que se hacía perdonar en fuerza de su talento, de su aptitud para el estudio y de sus conocimientos nada comunes; como que ya por entonces se había dado á conocer traduciendo en versos latinos el *Mesías* de Pope, si bien con estilo y ritmo que no eran exactamente

propios de Virgilio, en forma merecedora de aplauso, admirada de muchos, y leída con agrado por el mismo Pope.

Se acercaba el momento en que, siguiendo las cosas su curso natural, hubiera debido Johnson examinarse de bachiller en artes; pero como carecía en absoluto de recursos, y las ofertas que le hizo un supuesto protector no se realizaron, y su familia nada podía, y sus deudas contraídas en Oxford, aunque no cuantiosas, eran superiores á sus medios, en el otoño de 1731 hubo de abandonar la Universidad sin obtener el grado. Su padre pasó de esta vida el invierno siguiente, dejando lo estrictamente necesario para los alimentos de su viuda, y unas veinte libras esterlinas á Samuel.

II.

Durante los treinta años que siguieron, fué su vida una lucha continua y ruda con la pobreza; y aun cuando los embates de aquella prolongada pendencia no habían menester de cosa ninguna que los hiciese más graves, hubieron de verse aumentados con los achaques propios de un cuerpo y un espíritu enfermos. Antes de salir de la Universidad, su dolencia hereditaria se manifestó bajo una forma singularmente cruel: la hipocondría. Muchos años después dijo que siempre había estado, si no loco, al menos sin gozar plenamente

de sus facultades; y es lo cierto que manías y rarezas no tan grandes como las suyas se han reputado en más de una ocasión por suficiente motivo para declarar la nulidad de un testamento ó la irresponsabilidad de un criminal. Sus actitudes, sus gestos y sus discursos en voz baja fueron la diversión y la risa de muchos y el asombro y el miedo de no pocos. En la mesa, por ejemplo, le sucedía, en un acceso de distracción, sacar el zapato á una señora; estando en un salón, no pocas veces le aconteció ponerse á decir en alta voz frases del Padre Nuestro, dejando maravillados á cuantos le oían; cuando menos se pensaba, no quería pasar por un sitio determinado que le ponía horror, y daba grandes rodeos para evitarlo; y si le ocurría la idea de tocar todos los guardacantones de las esquinas por donde pasaba y olvidaba uno, retrocedía cien pasos, si era necesario, para subsanar el descuido. Y por tal modo, bajo la influencia de aquel desorden, cayeron sus sentidos en un estado de mórbido entorpecimiento en tanto que su imaginación adquiría también actividad enfermiza. Tan pronto se quedaba mirando al reloj de la villa sin acertar á decir qué hora era, como entendía, según él, la voz de su madre, llamándolo por su nombre, y eso que se hallaba entonces Mrs. Johnson á muchas leguas de distancia de su hijo. Mas no era esto lo peor de su mal, sino la profunda melancolía que se apoderó de él y veló de sombras sus puntos de vista en orden á la naturaleza y al destino del hombre. Verdad es que sinsabores y desdichas y miserias como

las suyas han llevado á muchos al suicidio; pero si él estaba cansado de la vida, no quería matarse, porque temía la muerte y le hacía estremecer todo cuanto le recordase la hora inevitable. Durante sus prolongados y continuos accesos de desaliento de nada le servían los consuelos de la religión, porque la suya participaba de su carácter; que la luz del cielo no irradiaba sobre su frente de una manera directa, ni con el brillo que le es propio, sino pasando por las profundas tinieblas que envolvían su alma, quebrada ya y sin calor, y aunque bastante todavía para guiarlo, harto floja y débil para darle aliento, consuelo, esperanza y fe.

Este hombre, después tan famoso, se halló á los veintidós años enfermo de cuerpo y de espíritu, y obligado á desbrozar el camino de la vida para abrirse paso. Cinco años próximamente permaneció en los condados del centro, y en Lichfield, su pueblo natal y asiento de su primera juventud, donde le quedaban algunos amigos de familia, y adquirió más, mereció singulares muestras de afecto de un oficial distinguido del ejército, de ilustre familia, llamado Enrique Hervey, que se hallaba de guarnición allí, así como también de Gilberto Walmesley, notario de la curia eclesiástica de la diócesis, hombre de claro ingenio, instruído, muy conocedor del corazón humano, que tuvo á honra proteger al joven aventurero, cuya desagradable persona, modales agrestes y pobre vestido movían á burlas, desprecio y repulsión los aristócratas de aquellos contornos. Mas, á pesar de sus

protectores, no pudo Johnson ganar con qué vivir en Lichfield. Fué profesor en un colegio del condado de Leicester, y humilde comensal en casa de un noble; pero como una vida tan sujeta y dependiente no era soportable á su carácter altivo, se retiró á Birmingham, donde pudo ganar algunas libras esterlinas en los trabajos forzados de la literatura. Entonces publicó la traducción de un libro latino acerca de la Abisinia, que no logró llamar la atención de nadie y que nadie recuerda hoy día. Lanzó á seguida un prospecto para publicar por suscrición los poemas de Policiano con notas que contuviesen una historia de la poesía latina moderna; pero las suscriciones no se hicieron, ni el libro tampoco.

Mientras que traía esta vida errante, desbaratada y mísera, Johnson se enamoró. El objeto de su pasión, la dama de sus pensamientos fué nada menos que Mistress Isabel Porter, viuda, con hijos de tanta edad como él. A las personas imparciales parecía esta señora pequeña, gruesa, vulgar, con media pulgada de blanquete y arrebol por añadidura, vestida de colorines, y muy dada en toda ocasión á dengues y melindres provincianos; mas, en cambio, para Johnson, que tenía pasiones fuertes, cuya escasa vista no le consentía notar la diferencia que existe entre los colores artificiales y los naturales, y que nunca se había encontrado solo con una mujer elegante, su Tity, como él la llamaba, era la persona más bella, simpática, perfecta y agraciada de su sexo. Es indudable que fué sin-

cera su admiración por ella, porque la Tity era tan pobre como él. Tity aceptó la mano que Johnson le brindaba, con una prontitud que decía poco en su favor, sobre todo tratándose de un pretendiente que hubiera podido ser hijo suyo. Bien será decir que, á pesar de esta circunstancia, en mi sentir agravante del caso, el matrimonio fué más venturoso de lo que pudo creerse, y que Johnson conservó las ilusiones del día de sus bodas hasta la muerte de Tity, ocurrida cuando contaba ella sesenta y cuatro años. El viudo hizo esculpir en la fosa que cubría los despojos de su amada una inscripción encomiástica de los encantos de su persona y de sus modales, y largos años después, cuando hablaba de ella, solía exclamar con ternura entre conmovedora y risible: «¡Angel mío!»

Cuando Johnson casó con Tity, como debía ocurrir á mayores necesidades y había de hacer esfuerzos mayores para ello, tomó una casa en las cercanías de su pueblo y anunció que admitiría discípulos internos; mas, al cabo de diez y ocho meses, sólo tres se presentaron. A decir verdad, su traza era tan extraña y su carácter tan violento que antes parecería su clase la caverna de un ogro que no antesala de las aulas. Además, la abuela, vestida y pintada como una cómica de la legua, á quien él llamaba su Tity, no servía para cuidar de los muchachos. David Garrick, que fué de los internos de Johnson, recordando y remedando las escenas que vió en su mocedad en aquella casa y las caricias de los cónyuges, hacía reir muchos años después, á no poder

más, á cuantos tenían la fortuna de asistir á su pantomima.

A los veintiocho años determinó Johnson buscar fortuna en la capital en clase de aventurero literario, y poniendo en ejecución su pensamiento salió para Londres con algunas libras en el bolsillo, el manuscrito de su tragedia, en tres actos, *Irene*, y dos ó tres cartas de recomendación de su amigo Walmesley.

III.

Nunca, desde que la literatura es una carrera en Inglaterra, ha sido menos fructífera que cuando Johnson fué á establecerse en Londres. Porque si durante la generación anterior cualquier literato de mérito sobresaliente podía estar cierto de verse recompensado con munificencia por el Gobierno, y que lo menos que pudiera pretender fuese una pensión ó un destino lucrativo, pues si mostraba ciertas aptitudes para la política, presto se veía en los escaños de la Cámara de los Comunes, ó encumbrado á las esferas del gobierno, ó embajador, ó secretario de Estado, no siendo tampoco difícil citar algunos, entre los escritores del siglo XIX, que, por lo menos, recibieron de los libreros cuarenta mil libras esterlinas por precio de sus obras; cuando Johnson se presentó en el palenque literario fué en el momento más estéril de aquel período de esterilidad que separó dos

épocas prósperas y abundantes. La literatura había cesado de florecer bajo el patrocinio de los grandes, sin comenzar aún á florecer bajo el patrocinio del público. Cierto es que Pope logró adquirir por medio de su pluma lo que á la sazón se reputaba cuantioso caudal, y que alternaba con los personajes de la grandeza y con los ministros; pero no lo es menos que constituía una excepción única; porque, aun entre los mismos autores cuya fama era universal en el reino, y cuyas obras gozaban de gran popularidad, Thomson, por ejemplo, cuyas *Estaciones* se veían en todas las bibliotecas, ó Fielding, cuyo *Pasquín* obtuvo más éxito que ninguna otra obra de teatro desde la ópera *El Mendigo*, se consideraban dichosos si en un momento dado les quedaba todavía una prenda de vestir que poder empeñar para regalarse con un plato de callos en algún tugurio subterráneo, donde no era extraño ver limpiarse las manos de los comensales en el lomo del primer perro que pasaba olfateando junto á las mesas. Y si esto acontecía en aquella sazón á los ya conocidos y acreditados, fácil es darse cuenta de las humillaciones y miserias que aguardaban al novicio que aun tenía que adquirirse nombre. Uno de los editores á quien Johnson pidió trabajo, después de mirarlo un espacio de hito en hito y de considerar su cuerpo atlético y mal conformado, le dijo por toda respuesta: «Mejor haría usted en ponerse á mozo de cordel.» Después de todo, no era malo el consejo, porque un mozo de cordel, cargando cofres y colchones, y haciendo recados, podía

estar tan bien alojado y mantenido como un literato, devanándose los sesos.

Transcurrió todavía bastante tiempo antes de que pudiera crearse Johnson relaciones literarias que le permitieran esperar algo más que el pan de cada día. Hervey, que vivía entonces en Londres, lo protegió mucho en aquella época de tristezas, y por eso él decía, reconociendo sus beneficios, largos años después: «Hervey era un vicioso; pero fué bueno para mí; que le pongan su nombre á un perro y lo querré.» En casa de Hervey solía comer Johnson á veces; pero, si bien la mesa de su bienhechor le recreaba por el contraste que ofrecía con la suya diaria, él no hallaba malo su cubierto de dos reales y medio en un bodegón inmediato á Drury-Lane.

El efecto de las privaciones y de los sufrimientos que hubo de soportar en aquella época no se borró jamás de su carácter ni de su traza, porque sus modales, que no habían sido nunca elegantes, se tornaron groseros y torpes, y la necesidad de llevar la ropa raída y no nada limpia, lo hizo sucio de una manera incurable. Y como las más de las veces se ponía á comer hambriento, contrajo el hábito de la voracidad y de llenarse la boca con grandes pedazos; produciéndole siempre, hasta el fin de sus días, la vista de los manjares el mismo efecto que á las fieras una res ó que á las aves de rapiña un pollo, sin que fuesen parte á reprimirlo nuevas costumbres, ni estar rodeado de personajes en la mesa de un magnate. Su gusto en punto á

cocina se había formado en los figones y tabernas, y no era delicado por consiguiente: por eso cuando tenía frente á su plato una liebre medio pasada ya, ó un pastel de carne amasado con manteca rancia, comía con tanto apetito y ansia tan grande que se le hinchaban las venas y sudaba. Los agravios que le hacían algunos miserables, alentados de la pobreza en que vivía, y que hubieran sido eficaces á humillar y abatir á otro, lo tornaron altivo y duro y agreste; pero, desgraciadamente, la insolencia, que no sólo era disculpable sino hasta digna de respeto en cierto modo cuando le servía de arma defensiva, no la dejaba en la puerta de aquellas casas donde lo recibían con buen acogimiento, y llegó á veces á pegar á los que se tomaron libertades con él. Sus víctimas, empero, fueron bastante discretas para guardarse de hablar de los golpes sufridos, excepto Mr. Osborne, el más avaro y brutal de los editores, que se lamentó en todas partes de haber sido maltratado á puñadas y puntapiés por el coloso, á quien propuso hacer reclamos en favor de la *Biblioteca Harleyana.*

Al cabo de un año próximamente de hallarse Johnson establecido en Londres, tuvo la suerte de obtener ocupación en casa de Cave, librero emprendedor y entendido, propietario y editor del *Gentleman's Magazine.* Este periódico entraba entonces en el noveno año de su larga existencia, y era la única revista del reino que tuviera lo que al presente llamaríamos gran circulación, debido acaso á que á ella era necesario recurrir para infor-

marse circunstanciadamente de las noticias parlamentarias. Y como, aun en los intervalos durante los cuales se suspendían las sesiones de ambas Cámaras, ofrecía cierto peligro á la sazón publicar reseñas de lo que hubiera ocurrido en una ú otra, si no se hacía con habilidoso disimulo, Cave se aventuró á darlas, merced á este recurso, denominándolas crónicas del Senado de Lilliput. La Francia se llamaba Blefuscu; Londres, Mildendo; *Eprugs*, las libras esterlinas; el Duque de Newcastle era el secretario de Estado Nardac; Lord Hardwicke, el Hurgo Hickrad, y Guillermo Pulteney era Wingul Pulnub. Durante algunos años estuvo encargado Johnson de redactar los discursos, obra que hacía tomando por base unos breves apuntes no nada exactos, que llegaban tarde á sus manos las más de las veces, razón por la cual solía suplir la falta inventando los argumentos y la elocuencia del Gobierno y de la oposición. En cuanto á él, era *tory*, no por convicción razonada, porque sus opiniones en materia política consistían en creer que todas las formas de gobierno son malas, sino únicamente por una pasión parecida á la que inflamaba los Güelfos contra los Gibelinos, ó los Azules del circo romano contra los Verdes; pasión que había comenzado á crecer y desarrollarse en él los tiempos de la infancia en fuerza de oir hablar de los *whigs* y de los peligros de la Iglesia, cosas ambas que lo tornaron partidario furioso antes de la adolescencia. No más tenía tres años cuando insistió mucho cierta vez para que lo llevasen á la ca-

tedral de Lichfield á oir predicar á Sacherevell, y es fama que oyó el sermón con tanto respeto y probablemente con tanta inteligencia como cualquiera de los propietarios del condado de Stafford allí congregados. Y como cuando mozo fué á Oxford, la obra que comenzó en la niñez á labrar en su ánimo se completó y se perfeccionó en la Universidad, pues si Oxford era el pueblo más jacobista de Inglaterra cuando Johnson vivía en él, Pembroke era el colegio más jacobista de Oxford; siendo por esta causa las preocupaciones que trajo á Londres poco menos absurdas que las de su Tom Tempest. En concepto de Johnson, Carlos II y Jacobo II fueron dos de los mejores reyes que han reinado en el mundo; Laud, el pobre hombre que no hizo, dijo ni escribió cosa nunca que aventajase á lo que pudiera decir, hacer ó escribir una vieja cualquiera, era para él un prodigio de talento y de saber, sobre cuya tumba gemirían siempre las artes y el ingenio; Hampden no merecía calificativo más honroso que el de Satélite de la Rebelión; el impuesto marítimo, que Falkland y Clarendon condenaron tan resueltamente como los revolucionarios más apasionados, no era en su sentir un tributo que pudiese nadie calificar de inconstitucional; y al propio tiempo, bajo el gobierno más benigno que se haya visto jamás, bajo un gobierno que dejaba á la nación disfrutar de una suma de libertades hasta entonces desconocidas, Johnson imaginaba que vivía esclavo, y atacaba al Ministerio con una violencia y una dureza

tales, que sólo eran eficaces á demostrar lo contrario de lo que se proponía, y echaba de menos la libertad y el bienestar perdidos de aquella edad de oro durante la cual un escritor que se hubiese permitido la décima parte de las licencias que él se tomaba hubiera ido á la picota, donde le habrían cortado las orejas, y después de recibir azotes, habría ido á morir á un calabozo pestilente. Aborrecía de todo corazón á los disidentes, los bolsistas, las aduanas, el ejército, los parlamentos septenales y las alianzas extranjeras; tenía mala voluntad invencible á los escoceses, y aunque no sabía precisar el origen de su odio, parecíale que acaso procediese del que le inspiraba la conducta que observó aquel reino durante la Rebelión. Fácil es comprender cómo haría las reseñas de las discusiones parlamentarias, y cómo trataría en ellas ciertos puntos esencialmente políticos un hombre á quien cegaba el espíritu de partido al extremo que acaba de indicarse. Mas, aun cuando era necesario para bien y prosperidad del periódico que pareciese inspirado en la imparcialidad, Johnson confesó, andando el tiempo, que siempre hizo cuanto pudo para que los perros *whigs* no salieran nunca ganancioso en sus crónicas. No estará demás decir que, á pesar de sus precauciones, todos los pasajes que llevan el sello de sus facultades más brillantes, aparecen puestos en boca de algún diputado de la oposición.

IV.

Pocas semanas hacía que Johnson se ocupaba en tan obscuro é ingrato trabajo, cuando publicó una obra que lo elevó de un vuelo á grande altura, colocándolo al nivel de los buenos escritores de su tiempo. Acaso lo mucho que sufrió durante el primer año de su estancia en Londres, hubo de traerle á la memoria ciertos detalles del hermoso poema en el cual describe Juvenal la miseria y el rebajamiento de un literato menesteroso, que vive junto á los nidos de palomas, en las buhardillas de Roma; y como las admirables imitaciones de las sátiras y de las epístolas de Horacio hechas por Pope acababan de parecer, las leía todo el mundo, y no pocos las hallaban superiores al original, Johnson se propuso hacer por Juvenal lo que Pope hizo por Horacio. Cierto es que la empresa no carecía de atrevimiento; pero no era indiscreta ni desacordada, porque entre Johnson y Juvenal había muchos puntos de contacto, muchos más, indudablemente, que entre Pope y Horacio.

La *Londres* de Johnson se dió á luz en Mayo de 1738, sin nombre de autor, recibiendo éste por ella diez guineas. Al cabo de ocho días fué necesario hacer la segunda edición del majestuoso y enérgico poema, y con esto, los críticos de poco fuste, que buscan siempre la manera de rebajar las reputaciones

adquiridas, comenzaron á rebullirse y á decir por todas partes que el satírico anónimo era superior á Pope en el género literario que le pertenecía por derecho propio. Bien será recordar, en honra de Pope, que confundió sus aplausos con los que saludaron la aparición de un ingenio rival del suyo. Hizo más todavía: descubrió quién era el autor de *Londres*, y divulgó su nombre, y buscó para él, con el mejor deseo, aunque sin éxito, un empleo académico en algún establecimiento literario. A causa de este fracaso continuó el joven y desvalido poeta en su oficio de bracero á jornal de los editores.

No sabemos que llegasen á encontrarse nunca el escritor más eminente de la generación que se iba y el escritor más eminente de la generación que venía. Ni tampoco esto podrá parecer extraño, si se advierte que vivían de muy diferente modo, y que frecuentaban círculos opuestos de todo en todo: aquél, rodeado de duques, condes y magnates; y éste, de libelistas y de compiladores de índices, hambrientos todos. Entre los amigos de Johnson en aquella época, podemos citar á Boyse, que hacía versos latinos sentado en la cama, y pasando los brazos por dos agujeros de la manta que lo tapaba cuando empeñaba sus camisas; que compuso poesías místicas bastante buenas estando en ayunas, y que concluyó atropellado de un coche estando borracho; á Hoole, apellidado el Sastre metafísico, que daba de mano á las tijeras para trazar diagramas geométricos sobre la mesa en que cortaba, y al impostor

arrepentido Jorge Psalmanazar, que, después de pasar el día en su modesta vivienda leyendo volúmenes en folio de los rabinos judíos y de los Padres de la Iglesia cristiana, se iba por la noche á una taberna de la *City* para tratar de literatura y teología (1). Pero

---

(1) Bien merece este famoso impostor y aventurero algunas líneas que lo den más á conocer. Nació en Francia en 1679. Su familia lo destinó á la Iglesia, y comenzó sus estudios con los Jesuítas, continuándolos con los Dominicos; pero antes de recibir las órdenes renunció á la carrera eclesiástica y se hizo preceptor. Si hemos de creer lo que dice á este propósito en sus *Memorias*, puso á prueba su virtud la madre de su discípulo, y como él imitase al casto José en aquel trance, ella lo hizo expulsar de la casa, quedando nuestro Psalmanazar reducido á la indigencia. Entonces comenzó su vida vagabunda y con ella la muchedumbre de sus farsas, aventuras y truhanerías, recorriendo mucha parte de Europa; fingiéndose unas veces hugonote convertido, otras estudiante irlandés, otras peregrino, y dejando siempre en pos de sí el recuerdo de sus fechorías y de sus fraudes, que no fueron, con ser muchos y grandes, sino preparación del mayor y principal de todos los de su vida, y al que debe su celebridad de impostor incomparable.

Cansado ya de explotar la credulidad humana en pequeña escala, y apurando para eso los recursos de su inventiva, determinó hacerlo en grande, fingiéndose japonés, nacido en la isla de Formosa, pero casi convertido al cristianismo. Y á fin de representar mejor su papel, ideó un alfabeto, una gramática, y hasta una religión y una literatura patrias, tomando entonces el nombre de Psalmanazar. Bien será decir que sólo contaba veinte años á la sazón. Un sacerdote anglicano tomó sobre sí cándidamente la conversión definitiva del supuesto japonés, y éste, dejándose llevar de la corriente, porque así le convenía, se hizo protestante.

el hombre más notable de cuantos Johnson frecuentaba entonces, era, sin duda, Ricardo

---

Nadie dudaba en Londres de la verdad de cuanto decía Psalmanazar, excepto algún jesuíta y alguno que otro librepensador, sobre todo cuando lo veían alimentarse de raíces y de carne cruda, y animado de los mejores deseos en pro de la propaganda de su nueva fe, á cuyo fin tradujo en la lengua inventada por él, y puso en los signos también de su invención el catecismo anglicano. Alentado del éxito que alcanzó la obra entre los ingleses, publicó, en 1704, una *Descripción histórica y geográfica de la isla Formosa*, con mapas, vistas de monumentos, trajes, figuras de ídolos, diseños de buques, un alfabeto de la lengua patria y cuanto puede contribuir al mejor conocimiento de un país. El suceso superó á las más lisonjeras esperanzas, pues en poco tiempo se vendieron diez ediciones consecutivas de la obra, quedando los protestantes maravillados de la ciencia de su converso, que hicieron pública en las mejores revistas de Inglaterra. ¡Cuán fácil es engañar á las gentes, decía después él mismo, sin excluir á los llamados sabios!

No paró en esto, sino que se puso á la moda el estudio de la lengua forjada por el embaucador, y la enseñó juntamente con la literatura del país, y era digno de ver el encanto que producía en sus discípulos, personas ya de cierta edad, la lectura de sus apuntes, en los cuales se contenían trozos escogidos de prosistas y poetas formosanos en montón.

Pero he aquí que cuando la fama de Psalmanazar estaba en su apogeo y era el ídolo de los protestantes, hubo de prendarse de las gracias de una joven inglesa, y entrándole la virtud con el amor, quiso hacer penitencia de sus extravíos, confesando públicamente sus faltas pasadas, y con ellas, naturalmente, los engaños en que habían caído por sus artes los disidentes. Los cuales, comprendiendo el ridículo que caería sobre ellos si se descubría la farsa, obligaron al supuesto japonés anglicano á continuar representando su papel. A contar de aque-

Savage, hijo de un conde, aprendiz de un zapatero, que vivió de cuantos modos es posible vivir, qué asistió á los festines de *Saint James's Square*, rodeado de personajes condecorados, y que durmió en la sala de presos de Newgate con grillos de cincuenta libras. Al cabo de muchas y grandes alternativas y vicisitudes había caído este hombre, que ya no escribía, en la mayor y más abyecta é irremediable miseria. Y como sus protectores, ó no vivían ya, ó no se curaban de él después de haberlo abandonado, cansados de los desórdenes en los cuales disipaba cuanto le daban, y del ingrato desdén con que rechazaba sus buenos consejos y advertimientos, vivía entonces de limosnas. Con todo y así, se regalaba con carne de venado y vino de Champagne tan pronto como lograba ser dueño de una guinea; en cambio, si sus peticiones no tenían éxito, satisfacía el apetito comiendo sobras de alguna cocina; después,

---

lla fecha, y sin embargo de seguir siendo como antes en cuanto á la patria y la religión, se recogió á buen vivir, y trabajó para mantener sus obligaciones de una manera honrada y concienzuda. A esa época pertenece mucha parte de una *Historia universal*, que gozó de cierto crédito algún tiempo, y un *Ensayo sobre los milagros* (1793). Psalmanazar vivió ochenta y tres años, haciéndose amable á todos durante cincuenta de su vida, por sus virtudes y por sus trabajos literarios de verdadero mérito. Cuando las víctimas de sus engaños pasaron de esta vida, escribió sus memorias, y reveló á todos los misterios de su azarosa existencia, excepto su verdadero nombre. Este celebérrimo farsante murió en Londres el 3 de Mayo de 1763.—(NOTA DEL T.)

si era verano, dormía en los portales de Covent Garden, y si era invierno, lo más cerca posible de un horno de vidrio. Sin embargo, y á pesar de sus defectos y de su miseria, era muy grata su compañía; como que poseía un caudal inagotable de anécdotas relativas á la sociedad brillante y divertida en que vivió días mejores para él, donde trató íntimamente á los grandes hombres de los dos partidos políticos que se turnaban en el poder, y vió, sin la máscara del patriotismo, á los jefes de la oposición, y al primer Ministro contar historias verdes, y á todos reir á carcajadas por motivos no nada decentes. Johnson y Savage pasaron algunos meses en amistad estrecha; luego hubieron de separarse, no sin derramar lágrimas, quedando el primero en Londres dependiente de la casa editorial de Cave, y partiendo el segundo para el Oeste de Inglaterra, donde vivió como en todas partes, y murió el año 1743, sin un maravedí, en la cárcel de Brístol.

Poco después de su muerte, cuando la curiosidad pública se hallaba vivamente excitada respecto de su carácter singular y de sus no menos singulares aventuras, pareció una *Vida* suya muy diferente de todas las *Vidas* de hombres ilustres que hasta entonces se habían escrito para ganar con ellas sus autores unos cuantos reales, y que constituían el artículo de fondo de las manufacturas de Grub Street. Su estilo no era fácil ni ameno, y el autor mostraba evidentemente mucha parcialidad, acaso demasiada, por el elemento latino del idioma inglés; mas, con todos sus defectos,

resultó ser aquel librito una obra maestra, porque no existía en ninguna lengua viva ni muerta modelo tan perfecto de biografía literaria, pudiendo muy bien un crítico sagaz predecir, en vista de ella, con absoluta confianza que su autor estaba destinado á fundar nueva escuela de elocuencia inglesa.

La *Vida de Savage* no tenía nombre de autor; pero entre los literatos se sabía que lo era Johnson. Los tres años siguientes no produjo ninguna obra de cuenta, mas no por estar ocioso; y buena muestra es de su perseverancia en el trabajo el que la fama de su ingenio y de su saber continuase subiendo de punto al extremo de que Warburton, cuyo aplauso no era en aquella sazón indiferente á nadie, dijese de Johnson que poseía grandes dotes de saber y mucho talento, y que en 1747 se asociasen varios libreros para encargarle de la difícil empresa de preparar un Diccionario de la lengua inglesa, en dos tomos en folio. La compañía editorial se obligó á pagarle mil quinientas guineas solamente, y de esta cantidad tenía él que deducir lo que abonase á varios literatos pobres que lo auxiliaban en aquellas partes de menos cuenta de su tarea.

Envió Johnson el prospecto de su Diccionario á Lord Chesterfield, magnate que había logrado alcanzar gran celebridad mucho tiempo hacía por la elegancia de sus modales, la delicadeza de su gusto y la claridad de su ingenio. Reputábasele por el primer orador de la Cámara de los Lores; acababa de gobernar la Irlanda en circunstancias difíciles y

graves con una firmeza, sabiduría y humanidad extraordinarias, y desde aquel momento desempeñaba una Secretaría de Estado. Recibió el homenaje de Johnson con la cortesía más amable y seductora, y lo recompensó con algunas guineas, ofrecidas positivamente de un modo que hacía el obsequio inexcusable; pero como no quería ver sus alfombras manchadas con el barro de Londres, ni sus vinos derramados sobre los manteles de su mesa ni por las faldas de las damas que á ella tomaban asiento, por un sabio tosco y rudo y torpe y distraído, que tenía estremecimientos y daba gruñidos extraños, que se vestía como un espantapájaros y que comía como una fiera, aunque Johnson continuó por algún tiempo presentándose en casa de su protector, como nunca lo recibía, y le decían siempre los criados que el señor Conde había salido, comprendió al fin lo que significaba este lenguaje, y dejó de ir á la inhospitalaria casa del magnate.

V

Habíase propuesto Johnson terminar su Diccionario á fines del año 1750; mas no pudo realizar su deseo hasta el de 1755 en que dió á luz sus enormes volúmenes. Durante los siete años que trabajó en la ruda empresa de redactar definiciones y de señalar citas á sus escribientes, buscó algunas veces descanso á sus tareas en obras literarias de

índole más grata. En 1749, por ejemplo, publicó *La vanidad de los deseos humanos* (*The vanity of human wishes*), que sobre ser una excelente imitación de la décima sátira de Juvenal, deja suspenso é indeciso el ánimo, que no acierta, en verdad, á decidir, después de su lectura, cuál de los dos poetas merece el lauro. Porque si el pasaje que contiene la descripción de la caída de Wolsey, aunque grandioso y sonoro, resulta un tanto pálido si se compara con los versos prodigiosos que nos muestran á toda Roma en tumulto el día de la caída de Seyano, las puertas adornadas de laureles, el toro blanco dirigiéndose con paso majestuoso hacia el Capitolio, derribadas de sus pedestales las estatuas, y á los cortesanos y aduladores del ministro en desgracia acudiendo en tropel para verle arrastrar por las calles y dar de paso un puntapié á su cadáver antes de que lo arrojasen al Tíber; y si, además, en su conclusión no supo sacar partido el moralista cristiano de su situación ventajosa, y resultó inferior al modelo pagano, fuerza es reconocer también que el Carlos de Johnson aventaja mucho al Annibal de Juvenal, y que la enumeración enérgica y conmovedora que hace Johnson de las angustias de la vida literaria vale infinitamente más que las lamentaciones de Juvenal sobre la suerte de Demóstenes y de Cicerón.

El manuscrito de *La vanidad de los deseos humanos* produjo á su autor no más de quince guineas.

Pocos días después de la publicación de este poema, se puso en escena su tragedia,

comenzada muchos años antes. Su discípulo David Garrick, que inauguró su carrera artística en 1741 en el reducido teatro de *Goodman's Fields*, había logrado elevarse rápidamente á la mayor altura entre los actores, y estaba entonces de director del de *Drury Lane*. Las relaciones que existían entre Garrick y su maestro eran singulares por extremo, pues así se sentían mutuamente atraídos como se repelían con igual fuerza. La naturaleza los formó por modo muy diverso, y después, las circunstancias desarrollaron las particularidades naturales y propias á cada cual. Repentina prosperidad trastornó algo á Garrick; desgracia tenaz agrió el carácter de Johnson. Este veía con más envidia de la conveniente á un hombre de tanto talento, la quinta de recreo, la plata labrada, las porcelanas de China y los tapices de Bruselas ganados por el novísimo cómico repitiendo con ademanes y gestos lo que habían escrito personas más discretas que no él; y la vanidad por todo extremo susceptible de Garrick sufría, y no poco, viendo que en medio de los aplausos de todo el mundo, apenas merecía de un solo individuo, y para eso sucio y grosero, pero cuya opinión no podía ser indiferente, algún que otro cumplido, indiferente y frío para mayor agravio. Y sin embargo, los dos conciudadanos de Lichfield tenían tantos recuerdos comunes de los tiempos de su juventud, y simpatizaban en orden á tantos asuntos de tal suerte, que no hallaban en la inmensa población de la capital otra persona que simpatizara con ellos de igual modo; y

esta circunstancia ejercía sobre ambos tanto imperio que, aun cuando al maestro le pareciese mal, á las veces, el discípulo, y peor sus impertinencias, y al discípulo se le antojase mal el maestro, y peor sus tosquedades, con todo y así, fueron siempre buenos amigos, hasta que la muerte separó al mono aquél de aquel oso. Garrick, pues, hizo representar la *Irene*, introduciendo, empero, ciertas novedades en la obra, que si fueron eficaces á disgustar al autor, no bastaron á satisfacer al público. El cual, no obstante, oyó sin conmoverse, pero dando muestras de mucha cortesía, cinco actos seguidos de monótonas declamaciones. A la novena representación quedó retirada la obra del cartel. Dicho sea en honor de la verdad, carecía *Irene* de condiciones para la escena, y aun para la lectura, pudiendo afirmarse que no parece ser hija del ingenio de Johnson; y como éste no tenía tampoco la más leve idea de lo que debe ser el verso libre, y por otra parte, cambiando de dos en dos versos la última sílaba, resultaba estrecha semejanza entre la metrificación de *La vanidad de los deseos humanos* y la de *Irene*, bajo todos aspectos la producción era impropia de su autor. A pesar de sus defectos, realizó el poeta con las representaciones y la venta del manuscrito trescientas libras esterlinas de beneficio, cantidad que á la sazón le pareció crecida.

Próximamente un año después de la representación de *Irene*, comenzó á publicar una serie de estudios breves sobre moral, costumbres y literatura; género de composi-

ción que pusieron en moda el éxito alcanzado por el *Tatler* (el Hablador) y el más grande aún del *Spectator*, y en el cual hizo sus pruebas una muchedumbre de escritores de poca cuenta, buscando en vano el modo de rivalizar con Addison. El *Kay Monastery* (el Claustro laico), el *Censor*, el *Freethinker* (el Librepensador), el *Plain Dealer* (el Cantaclaro), el *Champion* y otras obras de la misma índole dan muestra de estos intentos en su efímera existencia; pero ninguno logró conquistar un puesto duradero en la literatura inglesa, ni es posible hallarlas hoy sino en las bibliotecas de los aficionados á curiosidades bibliográficas. Johnson intentó, al fin, una empresa en la cual fracasaron tantos, y treinta y seis años después de la publicación del último número del *Spectater*, pareció el primero del *Rambler* (el Vagabundo), continuando desde Marzo de 1750 hasta igual mes de 1752, sin ninguna interrupción, todos los martes y sábados.

Desde su principio fué acogido el *Rambler* con entusiasmo por algunos hombres eminentes, y sólo habían salido á luz cinco números cuando dijo Richardson que si no aventajaba el *Rambler* (1) al *Spectator*, cuando menos lo igualaba. Young y Hartley se expresaron en igual sentido, y Bubb Dodington, que no contaba entre sus muchos defectos el de ser indiferente á los méritos del saber y del talento, mostró entonces deseos de conocerlo, debiendo atribuirse, acaso, á sus buenos oficios

(1) Vagabundo

y á su valimiento, pues era por aquel tiempo consejero íntimo del príncipe Federico, el que dos gentileshombres de S. A. R. llevasen á la redacción una grata misiva é hicieron siete suscriciones para Leicester House. Sin embargo, esta cortesía fué acogida con mucha frialdad, porque Johnson, después del escarmiento que sufrió de Lord Chesterfield, quedó curado para siempre del achaque de buscar y de tener en aprecio la protección de los grandes.

Pero si las personas ilustradas dispensaron desde el principio buen acogimiento al *Rambler*, no aconteció así con la generalidad del público, que lo recibió tan fríamente que, no costando el número más de cuatro cuartos, apenas se vendían quinientos. Los beneficios fueron, por tanto, muy exiguos al comenzar; pero cuando aquellas hojas se reunieron y reimprimieron, se popularizaron, viendo su autor tirar sucesivamente hasta trece mil ejemplares para Inglaterra, sin contar las ediciones separadas que se hicieron para Irlanda y Escocia. Y mientras un partido numeroso hallaba perfecto el estilo, tanto que su mismo autor en ciertos lugares no habría podido cambiar una palabra con ventaja, otro bando no menos numeroso le acusaba de haber corrompido la pureza de la lengua inglesa; pero los mejores críticos, si bien admitían que su dicción era monótona por extremo, y tan evidentemente artificial que, á las veces, su hinchazón rayaba en lo absurdo, hacían justicia á la profundidad de sus observaciones en orden á la moral y á las costumbres,

á la exactitud, corrección y brillo del lenguaje, á la imponente y magnífica elocuencia de ciertos períodos, y á los chistes, aunque expresados de una manera solemne no por eso menos divertidos y chispeantes, de los artículos ligeros. La posteridad ha pronunciado ya su fallo inapelable en la cuestión de precedencia entre Addison y Johnson, que fué objeto de tantas discusiones hace setenta años, y puede muy bien decirse que si todo el mundo conoce *Sir Roger*, *Will Wimble* y *Will Honeycomb*, la *Visión de Mirza*, el *Diario del Retirado*, el *Club eterno*, *La flecha de Dunmow*, los *Amores de Hilpah* y *de Salum*, la *Visita á la Bolsa*, y la *Visita á la Abadía*, son muchas las personas ilustradas que no conocen *Mr. Bluster* y *Mrs. Busy*, *Quisquilino* y *Venustulus*, la alegoría del *Espíritu* y del *Saber*, la *Crónica de las Revoluciones de un zaquizamí*, y la triste suerte de *Aniugait* y de *Ajut*.

El último número del *Rambler* lo escribió Johnson en un momento de grandísima tristeza. Los médicos habían desahuciado á su esposa, que falleció tres días después, quedando él sin consuelo. Cosa fué que sorprendió á muchos ver á un hombre de tanto talento y de tanta instrucción rebajarse á todas las humillaciones y privarse hasta de lo indispensable para proporcionar á una vieja insulsa y presumida superfluidades que no aceptaba con muestras siquiera de agradecimiento, sino como tributo debido á las partes de su hermosura y de su juventud. Pero es lo cierto que las afecciones de Johnson se habían concentrado en ella; y como, además, no tenía herma-

nos ni tampoco hijos, su amor único y exclusivo la embelleció á sus ojos y llegó á parecerle tan linda como una sílfide y de tan claro ingenio como una hada. Y buena muestra es de esto el concepto que formaba de su criterio cuando juzgaba sus escritos, pues siempre lo creía superior al del público de *Drury Lane* ó al que inspiraba los artículos de la *Revista Mensual* (Monthly-Review). La esperanza de que compartiese con él la honra y el provecho que se proponía sacar del Diccionario, lo sostuvo y le dió fuerzas en la ímproba tarea que se impuso al comenzarla, y al perder á su bien querido se sintió tanto más solo, cuanto mayor era el laberinto de calles, pobladas de ochocientas mil criaturas humanas, en que vivía. Empero fuerza era trabajar, según su frase favorita, como un perro, y dar tregua al dolor. Al cabo de tres años de afanes quedó terminado el Diccionario.

VI.

Habíase supuesto generalmente que la grande obra de Jonhson se publicaría dedicada al magnate ilustre y elocuente á quien dirigió el prospecto. Y como Lord Chesterfield conocía el valor y la importancia de aquel presente, cuando se acercó el momento de la publicación puso en juego cuantos recursos de habilidad y de benevolencia son imaginables, unidos á delicadas y juiciosas demostraciones para restañar la herida que

hizo en el amor propio de su autor. Desde que cesó en su publicación el *Rambler*, había comenzado á parecer el *Mundo* (The World), periódico en el cual escribían hombres de nota y elevados por su rango, y en dos números consecutivos de él se trató del Diccionario con grandes alabanzas y habilidad maravillosa, prodigando aplausos á Johnson, proponiendo que se le invistiese con las facultades de un dictador ó de un pontífice en materia de lenguaje, y prometiendo considerar como definitivas sus definiciones en orden al sentido y ortografía de las palabras. Decíase también que cuantas personas pudiesen comprar este libro debían comprarlo y lo comprarían. No tardó mucho en saberse que los artículos eran de Lord Chesterfield. Á pesar de esto, el justo enojo de Johnson no se calmó, y rechazó los tardíos halagos de su pretenso protector en una carta escrita con una energía y dignidad extraordinarias de pensamiento y de lenguaje El Diccionario pareció sin dedicatoria, manifestando su autor en el prefacio que de nada era deudor á los grandes en aquella empresa; y describió las dificultades con que lo habían dejado luchar solo por modo tan enérgico, persuasivo y conmovedor, que Horne Tooke, el más ilustre y más grande entre los enemigos de su gloria, no pudo nunca leer este párrafo sin lágrimas.

El público en aquella circunstancia hizo á Johnson justicia, y aun se excedió en la medida y en el modo de tributársela; porque si el mejor lexicógrafo debe darse por satisfecho

cuando ve acogidas sus obras con aprecio, ¡cuánto habrá de agradecer las demostraciones de entusiasmo por parte del público! Á decir verdad, el Diccionario de Johnson era el primer libro de su clase que pudiera leerse con gusto, pues las definiciones prueban tanta penetración en los pensamientos y tales recursos de lenguaje, y las citas de poetas, teólogos y filósofos están escogidas con habilidad tan extremada, que repasar sus páginas deleita y enseña juntamente. En cuanto á sus defectos, pueden reducirse á uno solo y grande: á la falta de conocimientos etimológicos en su autor, que no sabía casi, suponiendo que la supiese, ninguna lengua de origen teutónico, excepto la inglesa, la cual, de la manera que la escribía, no era en realidad lengua teutónica; siguiéndose de aquí que se hallase siempre á merced de Skinner y de Junius.

Por lo demás, si el Diccionario acrecentó la fama literaria de Johnson, no aumentó sus recursos pecuniarios. Las mil y quinientas guineas que los libreros se obligaron á pagarle, las cobró adelantadas y desaparecieron antes de que saliesen de la prensa los últimos pliegos. Doloroso es decir que dos veces, durante el año que siguió á la publicación del Diccionario, ingresó en la cárcel por deudas, y debió en ambos casos la libertad á su buen amigo Richardson; que el dictador de la lengua inglesa, el lexicógrafo insigne cuya autoridad era ley en materia de filología y de buen gusto literario, después de haber producido una obra monumental y de mérito indis-

cutible bajo muchos aspectos, aun tenía que ocurrir, sin bastar con su ímprobo trabajo, á las necesidades de cada día.

Seguidamente emprendió un compendio del Diccionario, y no satisfecho todavía, se propuso publicar una edición de Shakspeare. Gran número de suscritores acudió á su llamamiento para esta última obra y envió el importe de sus cuotas; mas, como luego no le pareciese bien la empresa, buscó trabajo en ocupaciones más agradables, publicando muchos artículos en una nueva revista mensual titulada *The Literary Magazine*. Estos artículos ofrecen por lo general poco interés; pero entre ellos hay que buscar las mejores páginas que haya escrito Johnson, en una obra maestra de razonamiento y al propio tiempo de fina sátira, cual es la crítica de las *Investigaciones de Jenyns acerca del origen del bien y del mal* (Jenyns's inquiry into the nature and origin of evil).

La primavera de 1758 publicó Johnson el primer número de una serie de estudios titulada *The Idler* (El Holgazán); y durante dos años continuó apareciendo semanalmente. Leíaseles con avidez y tenían grandísima circulación, que aumentaban las ediciones fraudulentas, mientras iban apareciendo en su forma primitiva; después, cuando se imprimieron en volúmenes aun se vendieron más. Puede pasar el *Idler* por una segunda serie del *Rambler*, un poco más animada y más floja, en general, que la primera.

Mientras que Johnson escribía el *Idler*, pasó de esta vida su madre en Lichfield, á la

edad de noventa años. Cuando la perdió, hacía mucho tiempo que no la veía; mas no por falta de afecto ni de buena voluntad; que siempre fué amantísimo de ella, y contribuyó generosamente á su bienestar, y con más largueza de la que consentían sus escasos recursos. Para ocurrir á los gastos de su entierro y á las deudas que dejó, escribió en ocho días un librito que mandó á la imprenta sin volver á leer las cuartillas. El manuscrito le produjo cien libras esterlinas, y los editores se felicitaron del negocio, porque la obra era *Rasselas*.

El éxito de *Rasselas* fué grande, aun cuando las damas del corte y temple de Miss Lidia Languish sufrieron cruel desengaño al descubrir que el nuevo libro del gabinete de lectura no era otra cosa sino una disertación sobre el tema favorito del autor, esto es, la vanidad de los deseos humanos; que el Príncipe de Abisinia no tenía dama, ni la Princesa caballero, y que la historia dejaba en el mismo punto en que los había tomado al uno y á la otra. Lo que levantó alguna marejada entre los críticos fué la discusión que trabaron acerca del estilo en que *Rasselas* estaba escrito. La *Monthly Review* y la *Critical Review* opinaron en orden á este punto de diferente modo: á su vez, una gran parte del público declaró que Johnson no era otra cosa sino un pedante pomposo que no empleaba nunca palabras de dos sílabas allí donde podía colocarlas de seis, y que si contaba sus aventuras á una doncella de labor, forzosamente había de hacerlo por modo tan aparatoso y grandilocuente cual si dirigiese la palabra en

académica solemnidad á un congreso de árcades; mientras que otra parte, no menos apasionada, citaba con estusiasmo numerosos pasajes en los cuales pensamientos profundos se veían expresados gráfica y brillantemente; censuras y elogios que merecía por igual en ocasión de *Rasselas*.

Los críticos no se ocuparon gran cosa del plan de *Rasselas*, y sin embargo los defectos del plan de la obra son de tal índole que bien merecían que la crítica se hubiese ocupadò de ellos con severidad. Porque Johnson, que censuró á Shakspeare no pocas veces su descuido de las exigencias de tiempos y lugares, con lo que atribuía necesariamente á determinados pueblos y siglos costumbres y opiniones de otros, dió muestras de mayor indiferencia que no Shakspeare al escribir la obrita de que tratamos; como que Rasselas é Imlac, Nekayah y Peknah son á todas luces abisinios del siglo XVIII, no de otro anterior según pretende Johnson, pues la Europa que describe Imlac es la del siglo XVIII, y los moradores del Valle de la Fortuna conocen perfectamente la ley de la gravitación descubierta por Newton y que no admitió Cambridge antes de la época expresada. En los viajes de Bruce puede verse lo que hubiera sido una sociedad de verdaderos abisinios; pero no satisfecho Johnson con haber trocado groseros salvajes, que no sabían leer, y que devoraban ferozmente pedazos de carne cruda cortados de reses vivas, en filósofos tan ilustrados y elocuentes como él mismo ó su amigo Burke, y en mujeres de tan buena

educación como Mrs. Lennox ó Mrs. Sheridan, trasladó al Egipto, de todo en todo, la vida y las costumbres de la sociedad inglesa; llevando á un país de poligamia, donde se toman las esposas sin haberlas visto, las coqueterías y los celos de nuestros salones; describiendo el matrimonio cual vínculo indisoluble allí donde la libertad de divorcio es ilimitada. «Un joven y una doncella que se ven por casualidad ó por artificio mañosamente preparado, y simpatizan, al separarse piensan en el amor que se inspiran, y ésta es la manera—dice Rasselas—más general de llegar al matrimonio entre nosotros.» Acaso fuera este procedimiento, entonces y aun hoy día, verdadero, tratándose de Londres; mas no del Cairo. Y quien comete tamañas inconsecuencias no tiene mucho derecho á censurar al poeta que pone una cita de Aristóteles en boca de Héctor, y representa floreciendo en tiempo del oráculo de Delfos al pintor Julio Romano.

Merced á los esfuerzos que acaban de referirse, logró sostenerse Johnson hasta el año 1762, en que se verificó en su posición un cambio extraordinario. Era desde la infancia enemigo de la dinastía reinante; había hecho siempre alarde de sus preocupaciones jacobistas en libros y conversaciones; y hasta en el voluminoso Diccionario que redactó con tanto cuidado, por singular falta de buen gusto y de criterio, dió cabida á invectivas é injurias contra el partido *whig*. Definió la *excise*, recurso favorito de los hacendistas *whigs*, como impuesto inicuo; injurió á los comisarios de

la *excise* (1) en términos tan groseros que pensaron perseguirlo ante los tribunales; había costado mucho trabajo reducirlo á que no citase por su nombre al lord del Sello Privado, como ejemplo del sentido de la palabra *renegado;* definió la palabra *pensión* como paga que se da á un mercenario de Estado para que haga traición á su patria, y *pensionista* (2) como esclavo de Estado que se al-

---

(1) *Excise Duties* equivale á Derechos de consumo en castellano. Este impuesto se creó en Inglaterra bajo el reinado de Carlos I y se aumentó con nuevos artículos bajo el Protectorado, continuando hasta nuestros días.

Considerado como recurso eficaz para el Tesoro, es de los más importantes. En 1797 dejó un beneficio de 11.069.668 libras esterlinas; en 1822 produjo algo más del doble que las Aduanas, pues mientras éstas no excedieron de 14.384.710 libras, aquél se elevó á 31.190.948 libras. En 1827, después de sufrir sus tarifas sensibles reformas, todavía llegó á 27.400.300 libras, y en 1829, solamente la ciudad de Londres contribuyó al impuesto con 6.013.159 libras. En 1844, y cuando ya no adeudaban por las tarifas de consumos ni los vinos ni varios artículos coloniales, aun rindió 13.563.097 libras.—(N. DEL T.)

(2) No estará demás transcribir á seguida las definiciones dadas por Johnson en su *Diccionario* de las palabras Pensión y Pensionista:

PENSION. *n. s.* (*pension*, Fr.). Salario que se da á alguien por no servir. En Inglaterra se expresa generalmente así la paga que se da al mercenario que se alquila al Estado para ser traidor á su patria.

PENSIONER, *n. s.* 1.° El que se mantiene con un salario que recibe de la voluntad de otro; el que depende. 2.° El esclavo de Estado que se alquila por un tanto para obedecer á un amo.

Y, sin embargo, aceptó *pensión* y fué *pensionista* (pensioner).—(N. DEL T.)

quila por dinero para obedecer á un amo. Con estos antecedentes, no parecía probable que el autor de las definiciones apuntadas llegase á ser alguna vez *pensionista*. Pero aquella época lo era de milagros. Jorge III acababa de ocupar el trono de Inglaterra, y en pocos meses se había enajenado la voluntad de gran número de sus antiguos amigos, y atraídose la de muchos de los enemigos constantes de su casa. La *City* estaba á punto de levantarse en armas; Oxford se hacía realista; murmuraban los Bentincks y los Cavendish; los Somerset y los Wyndham asistían á los besamanos, y el jefe de la Tesorería, que lo era entonces Lord Bute, por ser *tory*, ninguna objeción podía oponer á las opiniones de Johnson. Y como Bute quería pasar por protector de los literatos, y Johnson era uno de los más eminentes y de los más pobres de toda Europa, le ofreció galantemente una pensión de trescientas libras esterlinas al año, y la aceptó él sin pensar en las definiciones de su Diccionario.

Con esto cambió de aspecto la vida de Johnson, y por la primera vez, desde su infancia, dejó de sentir el aguijón de cada día impulsándolo al trabajo diario; como que, al cabo de treinta años de angustias y de laboriosidad, tuvo la libertad necesaria para dejarse llevar de su indolencia natural, y para quedarse en la cama hasta las dos de la tarde, y para estacionar, discutiendo en casinos ó tertulias hasta las cuatro de la mañana, sin cuidarse de alguaciles ni editores.

VII.

Johnson, empero, se había comprometido á llevar á cabo una tarea difícil y escabrosa en la edición de las obras de Shakspeare; y, lo que aun es más grave, había recibido el importe de gran número de suscriciones, y vivido con él durante algunos años, y no podía sin deshonrarse dejar de cumplir lo estipulado. Con esto, aunque sus amigos lo instasen con insistencia para que hiciese un esfuerzo, y á pesar de que otras tantas veces se propusiera poner en ejecución su pensamiento, y de las exhortaciones de aquéllos y de sus buenos deseos, iban sucediéndose los meses á los meses, y los años á los años sin resultado alguno. Su pereza era invencible: rezaba fervorosamente contra ella; contraía cada vez que comulgaba la obligación de no malgastar el tiempo en naderías y coloquios; pero el encanto era más fuerte y eficaz que la oración y el sacramento; como que su *Diario* íntimo de aquella época está lleno de las censuras que se dirigía con este motivo á sí propio. «La indolencia se ha trocado en mí—escribía la noche de Pascua de 1764—en el más profundo embrutecimiento. Una manera de olvido de todo vela mi memoria de tal suerte que ni aun recuerdo lo que hice el año pasado.» Pero llegó el día de Pascua del año 1765 y lo halló lo mismo. «El tiempo ha transcurrido para mí sin pro-

quila por dinero para obedecer á un amo. Con estos antecedentes, no parecía probable que el autor de las definiciones apuntadas llegase á ser alguna vez *pensionista*. Pero aquella época lo era de milagros. Jorge III acababa de ocupar el trono de Inglaterra, y en pocos meses se había enajenado la voluntad de gran número de sus antiguos amigos, y atraídose la de muchos de los enemigos constantes de su casa. La *City* estaba á punto de levantarse en armas; Oxford se hacía realista; murmuraban los Bentincks y los Cavendish; los Somerset y los Wyndham asistían á los besamanos, y el jefe de la Tesorería, que lo era entonces Lord Bute, por ser *tory*, ninguna objeción podía oponer á las opiniones de Johnson. Y como Bute quería pasar por protector de los literatos, y Johnson era uno de los más eminentes y de los más pobres de toda Europa, le ofreció galantemente una pensión de trescientas libras esterlinas al año, y la aceptó él sin pensar en las definiciones de su Diccionario.

Con esto cambió de aspecto la vida de Johnson, y por la primera vez, desde su infancia, dejó de sentir el aguijón de cada día impulsándolo al trabajo diario; como que, al cabo de treinta años de angustias y de laboriosidad, tuvo la libertad necesaria para dejarse llevar de su indolencia natural, y para quedarse en la cama hasta las dos de la tarde, y para estacionar, discutiendo en casinos ó tertulias hasta las cuatro de la mañana, sin cuidarse de alguaciles ni editores.

VII.

Johnson, empero, se había comprometido á llevar á cabo una tarea difícil y escabrosa en la edición de las obras de Shakspeare; y, lo que aun es más grave, había recibido el importe de gran número de suscriciones, y vivido con él durante algunos años, y no podía sin deshonrarse dejar de cumplir lo estipulado. Con esto, aunque sus amigos lo instasen con insistencia para que hiciese un esfuerzo, y á pesar de que otras tantas veces se propusiera poner en ejecución su pensamiento, y de las exhortaciones de aquéllos y de sus buenos deseos, iban sucediéndose los meses á los meses, y los años á los años sin resultado alguno. Su pereza era invencible: rezaba fervorosamente contra ella; contraía cada vez que comulgaba la obligación de no malgastar el tiempo en naderías y coloquios; pero el encanto era más fuerte y eficaz que la oración y el sacramento; como que su *Diario* íntimo de aquella época está lleno de las censuras que se dirigía con este motivo á sí propio. «La indolencia se ha trocado en mí—escribía la noche de Pascua de 1764—en el más profundo embrutecimiento. Una manera de olvido de todo vela mi memoria de tal suerte que ni aun recuerdo lo que hice el año pasado.» Pero llegó el día de Pascua del año 1765 y lo halló lo mismo. «El tiempo ha transcurrido para mí sin pro-

cita de los autores dramáticos de la época de Isabel, excepto de Shakspeare y de Ben Jonson, siendo muy contadas las de este último. Y nuestro Samuel hubiera podido, sin gran pena, ponerse al corriente y en pocos meses de cuantas obras del teatro antiguo existían á la sazón; mas no pareció imaginar que pudiera ser necesario este trabajo preparatorio á la empresa que acometía, y de aquí que la misma persona que hubiese, y con justicia, declarado incompetente á quien intentase publicar una edición de Sófocles, sin haberse antes familiarizado con las obras de Euripídes y de Esquilo, se aventuró á sacar á luz las de Shakspeare sin haber leído, á lo que parece, una sola escena de Massinger, de Ford, de Decker, de Webster, de Marlowe, de Beaumont ó de Fletcher Por eso, cuando apareció la obra, sus detractores movieron grandísimo escándalo, sin que pudiesen sus amigos y parciales decir nada importante en alabanza del comentarista. Lo mejor que hizo Johnson con esta obra fué pagar á los suscritores lo que les debía y que recaudó por adelantado. Pero, no bien hubo satisfecho esta deuda, volvió á caer en su anterior apatía, de que sólo acertó á sacarlo el aguijón de la sátira, empleado con tanto ensañamiento por Churchill, á propósito del fantasma de Cock-Lane, y continuó por mucho tiempo viviendo de la reputación adquirida en épocas anteriores. Entonces fué cuando la Universidad de Oxford le confirió los honores del doctorado, y la Real Academia lo nombró profesor suyo, y el Rey lo

recibió en audiencia, y le manifestó la esperanza de que un escritor de tanto mérito como él no dejaría ociosa la pluma para bien de la literatura patria. Sin embargo, de 1765 á 1775 sólo publicó Johnson dos ó tres folletos políticos, el más extenso de los cuales hubiera podido redactarlo en cuarenta y ocho horas de trabajar como lo hacía cuando daba á la prensa la *Vida de Savage* y *Rasselas*.

VIII.

Pero, si su pluma estaba ociosa, no así su lengua, y, á decir verdad, la influencia que su conversación ejercía directamente sobre cuantos vivían con él, é indirectamente sobre todo el mundo literario, era sin igual. Ni tampoco podía ser de otro modo, poseyendo el don de la palabra en su más alto grado, clarísimo criterio, viveza de imaginación, inmenso caudal de literatura, mucha experiencia de la vida, y un tesoro inagotable de anécdotas curiosísimas. En cuanto al estilo, bastará decir que hablaba infinitamente mejor que escribía, y que las frases salían de sus labios tan correctas en su estructura como los períodos más cuidados del *Rambler*, con la ventaja de que, conversando, carecía su lenguaje de afectación, y todo era en él sencillo, enérgico y fácil, breves los conceptos, claros y expresivos, emitidos con voz sonora, exactamente adaptada á la idea que se proponía expresar, cuyo efecto antes aumentaban que

disminuían el balanceo de la inmensa mole de su cuerpo, y los resoplidos asmáticos que terminaban por lo general sus arranques oratorios. La pereza, que no lo dejaba sentarse á escribir, no le impedía tomar la palabra para instrucción y solaz de los demás; y como para él no era trabajo, sino complacencia, el discutir puntos de buen gusto literario, de erudición y de casuística en estilo tan enérgico y conciso que hubiera podido imprimirse sin cambiar en todo el discurso una palabra, se recreaba, según decía él mismo, en cruzar las piernas y soltar la lengua, dispuesto siempre á improvisar sobre cualquier asunto con el primer interlocutor que le deparase la buena ó mala fortuna, ya fuese compañero de diligencia en un viaje, ya covidado á la misma mesa en cualquier fonda. Empero su conversación no era nunca más brillante ni más extraordinaria que cuando se veía rodeado de algunos amigos á quienes su talento y su instrucción ponían en el caso, como dijo cierta vez, de discutir con él acerca de todos los asuntos.

Varios de éstos fundaron en 1764 un *Club*, que fué adquiriendo gradualmente grandísima importancia en la república de las letras, y cuyos juicios acerca de los libros nuevos que parecían se divulgaban á seguida en Londres y eran bastante á que se agotase una edición numerosa en un día ó á que se vendiese al peso para envolver pastelillos al cabo de cierto tiempo. A nadie parecerá extraño el ejercicio de esta manera de dictadura literaria, si advierte la grandeza y variedad de talentos y la suma

de saber y de condiciones que reunían los congregados en aquel cónclave. Goldsmith representaba en él la poesía y la literatura ligera (1); Reynolds las artes; Burke la elocuencia y la filosofía políticas: allí estaban también Gibbon, el primer historiador, y Jones, el primer filólogo de la época, y Garrick con sus inagotables chanzas, su incomparable talento para la mímica y su perfecto conocimiento de los efectos teatrales. Contábanse también, á la sazón, entre los socios más asiduos al *Club* dos personas de alcurnia elevada, de claro y cultivado ingenio, íntimos amigos, pero de inclinaciones y costumbres opuestas: Bennet Langton, muy conocido y estimado por sus conocimientos en literatura griega, por la ortodoxia de sus opiniones y por la santidad de su vida, y Topham Beauclerk, renombrado por sus amoríos, su tacto social, sus relaciones, su buen gusto y su picante agudeza. Y aun cuando no era empresa fácil dominar en este congreso, Johnson lo dominaba por completo. Cierto es que Burke hubiera podido disputarle la supremacía que soportaban los demás; pero no lo es menos que Burke, auditor un tanto díscolo en general, se contentó siempre con representar el segundo papel en presencia de Johnson. ¡Qué más, si hasta el mismo *Club*, compuesto de tantas personas eminentes en las letras y las artes, lleva todavía por nombre el de nuestro Johnson, como para denotar su

(1) Véase el tomo de la BIBLIOTECA CLÁSICA, *Estudios Literarios*, por Macaulay.—(N. DEL T.)

preeminencia sobre todos los demás socios que lo fundaron!

Entre los individuos que formaban aquella corporación por todo extremo memorable, había uno á quien debe mucha parte de su celebridad y del cual se curaban tan poco sus colegas, que sólo á duras penas logró conseguir asiento entre ellos: era este Jacobo Boswell, joven abogado escocés, heredero de un nombre respetable y de cuantiosos bienes de fortuna. Cuantos lo conocían estaban enterados de la muchedumbre de sus defectos, como que á un tiempo mismo era fatuo, fastidioso, vano, débil, indiscreto, curioso y hablador; cuantos han leído sus obras saben que ni era capaz de razonar, ni tenía talento, ni elocuencia, ni originalidad; y, sin embargo, sus libros se leen hoy y probablemente se leerán mientras subsista como lengua viva ó muerta la inglesa. La naturaleza hizo de él un esclavo idólatra: su ingenio era cual esas plantas trepadoras que llaman parásitas los botánicos, y que no pueden vivir sino enroscándose al tronco de otra planta más robusta y alimentándose de su jugo; y siendo necesario por tanto que él se asiera de alguno, así lo hizo. Si se hubiese apoyado en Wilkes, habría llegado á ser uno de los más iracundos patriotas de la Sociedad del Bill de Derechos (*Bill of Rights Society*); si en Whitfield, habría sido uno de los más ruidosos predicadores á campo raso del metodismo calvinista; mas quiso su buena estrella que se asiera de Johnson. Bien considerada la pareja, podía parecer ocasionada en todo á graves desave-

nencias, porque Johnson estaba lleno de preocupaciones contra la patria de Boswell, y porque las ridículas pretensiones personales y las adulaciones de Boswell eran ocasiodas á impacientar á un hombre dotado de tan clara inteligencia y de carácter tan irritable como Johnson, de igual modo que hubiera podido hacerlo un moscardón. Nuestro doctor detestaba las preguntas, y Boswell las hacía por docenas en orden á cuanto existe, siendo algunas del tenor siguiente: «¿Qué haría usted si lo encerrasen por mucho tiempo en una torre con un niño de pecho?» Johnson no gustaba del vino, y Boswell, por el contrario, lo bebía con exceso. Pero, si bien era imposible que reinase armonía perfecta entre uno y otro amigo, y que no pocas veces, dejándose llevar el grande hombre de la impetuosidad de su carácter, dijese palabras que ofendieran con justa causa por algún tiempo á Boswell, presto se restablecía la calma, y volvían de nuevo á reconciliarse. Así pasaron veinte años, adorando el discípulo al maestro, y el maestro reprendiendo al discípulo, burlándose de él y, sin embargo, queriéndolo. Felizmente vivieron á mucha distancia entrambos, porque Boswell ejercía su profesión en Edinburgo, y no podía venir á Londres sino de tiempo en tiempo. Pero, mientras permanecía en la capital, su casi exclusivo negocio era espiar á Johnson, conocer todas las costumbres de su vida, y promover discusiones acerca de puntos que pudiesen inspirarle pensamientos y frases notables, para consignarlo todo á seguida en

cuadernos de apuntes. Por tal modo, y á fuerza de perseverancia, fué Boswell acumulando el caudal de materiales que le sirvieron después para producir la obra biográfica más interesante de cuantas hay en el mundo.

Poco tiempo después de la fundación del *Club*, trabó Johnson una amistad menos importante para su fama, pero infinitamente más para su felicidad que sus relaciones con Boswell. Nos referimos á Enrique Thrale, uno de los fabricantes de cerveza más ricos del reino, y persona de instrucción y de talento, de principios rígidos y espíritu liberal, casado con una joven de carácter bondadoso y seductor, de vivo ingenio, vanidosa y un tanto atolondrada, que hacía y decía sin cesar cosas en las cuales había siempre algo que reprender, pero que, al fin y al cabo, resultaba constantemente amable. Los Thrale conocieron á Johnson en 1765, y presto se tornó el conocimiento en amistad verdadera. Marido y mujer quedaron maravillados de la conversación del doctor, y lisonjeados por extremo al ver que un hombre tan célebre prefiriese su casa á las más principales de Londres: todo, hasta los detalles que lo ponían en ridículo en la buena sociedad: su manera de gesticular, de moverse, de dar resoplidos, de hablar entre dientes, de vestir, de comer ó, mejor dicho, de engullir, sus accesos de melancolía y de cólera, y hasta su misma terquedad, todo, repetimos, era parte muy eficaz en ellos á extremar el afecto y el interés que le mostraban entrambos; que sólo veían en sus defectos las huellas que de-

jaron en él las pasadas luchas con enfermedades y reveses de fortuna. En un escritor de pacotilla estas singularidades les hubieran causado disgusto; pero tratándose de un hombre tan eminente, sabio y virtuoso, cual lo era Johnson, daban por único resultado añadir á la admiración y al aprecio buena parte de lástima. Poco tardó el doctor en tener sus habitaciones en la fábrica de Southwark, y otro alojamiento más agradable aún en la casa de campo de sus amigos, en Shreatham Common, y en una y otra residencia, que debían parecerle lujosas y magníficas por extremo comparadas con los desvanes en que su mala estrella le obligó á vivir casi siempre, pasaba gran parte del año. Mas no consistía en esto el principal atractivo de su vida entonces, sino en lo que llamaba el astrónomo de su historia abisinia «las delicadezas atractivas de la amistad femenil.» Porque Mrs. Thrale lo atormentaba, lo tranquilizaba y lo reñía, y si, á las veces, lo impacientaba con su aturdimiento, también escuchaba después con angelical dulzura sus reprensiones. Si lo veía sufrir de espíritu ó de cuerpo, se tornaba en la más amable de las enfermeras; y nunca, en ningún caso, faltaba en su habitación cuanto puede proporcionar la riqueza puesta al servicio de la inventiva de una mujer inspirada de la caridad. El, á su vez, pagaba estas bondades con ternura paternal, suavemente matizada de un tinte de galantería que, á pesar de la tosquedad de Johnson, debía ser más lisonjera que las atenciones de una legión de aquellos in-

sulsos, necios, increíbles que se condecoraban á la sazón con nombres desusados ya y casi olvidados felizmente. Por tal modo transcurrieron diez y seis años, la mitad de los cuales los pasó Johnson en casa de los Thrale, acompañándolos á Bath y algunas veces á Brighton, en una ocasión al principado de Gales y en otra á París.

No por eso dejó Johnson su casa, situada en uno de aquellos patios estrechos y sombríos que había en su tiempo al norte de Fleet Street: en la buhardilla tenía la biblioteca, es decir, una colección inmensa y embrollada de libros empolvados y descosidos; en el piso inmediato inferior estaba su cuarto, y en él solía de vez en cuando convidar algún amigo á compartir con él su frugal comida, compuesta de un pastel de ternera, ó de una pierna de carnero con espinacas, y un puding de arroz. Mas no porque nuestro doctor residiese largas temporadas en compañía de los Thrale quedaba deshabitado su hogar, porque servía de domicilio al conjunto más extraordinario de habitantes que jamás se haya visto reunido. Johnson confió el gobierno de su casa á una señora anciana, llamada Mrs. Williams, y cuyos principales méritos á los ojos del doctor consistían en ser ciega y pobre. En pos de esta primera protegida, y á pesar de sus protestas, dió asilo á Mrs. Desmoulins, otra infeliz tan desvalida como ella, y á cuya familia conoció años antes en el condado de Stafford. Pero, por si esto no era bastante, de allí á poco hubieron todos de estrecharse para dejar sitio á la hija de la Desmoulins y

á otra señorita, no más aventajada en bienes de fortuna, á la cual llamaban Miss Carmichael, y que Johnson designaba familiar y cariñosamente con el nombre de Mariquita (Polly). Y ya se nos olvidaba incluir en el padrón de los acogidos en la morada del bueno del doctor á un cierto médico charlatán, muy entrado en años, Levett de apellido, que sangraba y recetaba purgas á los cocheros de punto y á los carboneros, y que recibía por honorarios mendrugos de pan, lonjas de tocino, copas de ginebra y hasta monedas de calderilla, de vez en cuando. Estos cinco personajes, con el aditamento del negro Franck, criado de Johnson, vivían en guerra continua unos con otros y todos con el africano; siendo lo mejor del caso que no pocas veces se veía también el doctor en la imposibilidad de permanecer neutral entre los beligerantes, que clamaban contra él por defectos en el servicio, cual hubieran podido hacerlo en una posada. Bien será decir que nunca tomó el acuerdo de hacerlos salir de su casa, y que, cuando á fuerza de quejas lo impacientaban, él era quien se iba y buscaba refugio en Streatham ó en la taberna de la Mitra. ¡Cosa singular! Él, que por hábito y por temperamento era el más altanero y excitable de los hombres, y el más pronto á resentirse y ofenderse por cuanto estimase falta de respeto ó de consideración por parte de un editor envanecido de su caudal, ó de un noble y poderoso protector, no sólo toleraba, sino que sufría pacientemente de aquellos mendigos á quienes su caridad evitaba el ir á trabajar á

los talleres de la Beneficencia, agravios más ofensivos que los que le hicieron maltratar á Osborne y dar con él en el suelo, ó desdeñar las indicaciones de Chesterfield; y un año tras otro, la Williams, las Desmoulins, Levett y Mariquita continuaron atormentándolo y viviendo á su costa.

IX.

La manera de vivir, por todo extremo singular que acaba de verse, la interrumpió un suceso importante cuando Johnson tenía sesenta y cuatro años. Porque, como hubiese leído en otro tiempo una descripción de las islas Hébridas, que despertó en él la curiosidad y el deseo de conocer un pueblo habitado de raza tan rústica y sencilla cual si estuviera en la Edad Media, le ocurrió muchas veces la idea de conocer por sí un estado social tan diferente de todo cuanto conocía; pero siempre su habitual indolencia y su afición decidida por el humo, el fango y el bullicio de Londres vencieron de su propósito de viajar, hasta el momento en que Boswell le rogó con tan vivas instancias que fuese allá, y lo importunó de tal suerte, ofreciéndose á servirle de escudero, que, al cabo, determinó de acometer la empresa. En Agosto de 1773 pusieron ambos en ejecución el proyecto, y Johnson cruzó la línea de los Highlands, penetrando animosamente en una región que la mayor parte de los ingleses consideraba, entonces, como triste

y peligroso desierto. Después de haber vagado durante dos meses por la comarca de los celtas, unas veces en barquillas groseras que no los protegían de la lluvia, y otras en *poneys* que apenas podían soportar el peso del doctor, regresaron á sus hogares, llevando Johnson la memoria llena de nuevos recuerdos y el criterio rebosando de nuevas teorías. El año siguiente lo empleó en referir sus aventuras, y á principios de 1775 publicó la relación del viaje á las Hébridas, que fué durante algunas semanas el tema principal de todas las conversaciones en los círculos que se ocupaban de literatura, por poco que fuese. Y en verdad que el libro merecía estas muestras de interés, porque aun hoy se lee con gusto. La narración es amena, las reflexiones, discretas ó no, son ingeniosas siempre, y el estilo, con ser poco flexible y demasiado pomposo, es un tanto más fácil y suelto que el de sus primeros escritos. Sus preocupaciones contra los escoceses habían acabado por tornarse únicamente casi en tema de burlas y de chanzas; como que cuanto pudiera quedarle antes del viaje de aquel su modo de ser antiguo, tuvo que ceder, vencido del buen acogimiento y de la hospitalidad afectuosa con que lo recibieron en todas partes los hijos del país. Nadie podía esperar, naturalmente, que un *tory* educado en Oxford alabase la disciplina y la liturgia presbiteriana, ni que quien tenía hecha la vista á las alamedas y á los parques de Inglaterra, no quedase sorprendido del árido aspecto que ofrecían el condado de Berwick y el Lothian oriental;

pero, como el tono de Johnson en el curso de su obra no era hostil, aun censurando defectos, los más ilustrados escoceses, entre ellos Lord Mansfield, quedaron satisfechos. Sólo algunos que otros ignorantes y faltos de criterio montaron en cólera con la escasa dosis de verdades, no muy gratas, que apareció en las páginas del libro, mezclada con grandes alabanzas, y acometieron al que suponían enemigo de la patria, cubriéndolo, por medio de la prensa, de invectivas más deshonrosas para Escocia que cuanto el agredido hubiese dicho ó escrito nunca, y por tal modo publicaron artículos en los periódicos y revistas, y folletos á doce cuartos, y libros á cinco pesetas, para decirle que tenía los ojos encendidos, y que cobraba una pensión, y que uno de sus tíos, condenado en Escocia por felonía, aprendió á su costa que no faltaban árboles en aquella tierra que pudiesen sostener el peso de un inglés. Y como en el *Viaje* consignó que el *Fingal* de Macpherson era una superchería, éste, á su vez, lo amenazó con darle de palos; amenaza que no produjo en el doctor otro efecto que hacerlo ratificarse en sus anteriores afirmaciones, á las cuales añadió no pocos desprecios y la promesa de salir á la calle armado de un garrote, que habría caído infaliblemente sobre las espaldas del impostor «como el martillo sobre los enrojecidos hijos del fuego», para expresarnos en el sublime leguaje de su propio poema épico, si no hubiese tenido la prudencia de salvar el peligro evitando encontrarse con Johnson.

En cuanto á los demás agresores, no se

curó de ellos; que se propuso desde los comienzos de su carrera literaria no participar en ninguna polémica, y perseveró en su resolución siempre con una firmeza de voluntad tanto más extraordinaria, cuanto que moral é intelectualmente era muy dado á discutir. Y buena muestra daba de ello en la conversación, discutiendo con vivacidad, ingenio, penetración é insistencia tan extraordinarias, que, cuando le faltaban buenas razones, echaba mano de los sofismas, y cuando éstos no le parecían suficientes y estaba excitado por la contradicción, recurría sin tasa ni medida á los sarcasmos y á las invectivas. Pero con la pluma en la mano era otra cosa, y parecía diferente; porque un centenar de malos escritores lo calumniaron y lo cubrieron de injurias, y ninguno pudo preciarse nunca de que Johnson lo hubiera estimado digno de contestación, ni siquiera para despreciarlo. Los Kenricks, los Campbells, los Mac-Nicols y los Hendersons hicieron cuanto pudieron para recabar de él una réplica cualquiera y condecorarse con ella y darse importancia; mas en vano, pues ni con alusiones quiso dispensarles la honra de ocuparse de ellos. Recordamos á este propósito que un escocés, ganoso de rehabilitar la erudición escocesa, llegó á retarlo á combate singular, enviándole, á guisa de cartel, un detestable hexámetro latino que decía:

Maxime, si tu vis, cupio contendere tecum,

sin que Johnson parase mientes en él. Y procedía de esta suerte porque su propia expe-

riencia y la historia literaria, que había estudiado profundamente le decían que el lugar que ocupan los libros en el concepto público lo señala su contenido y no lo que se dice de ellos, y que un autor cuyas obras tienen probabilidades de vivir comete una gravísima falta rebajándose á disputar con detractores cuyas producciones no son viables. La fama, según la tesis que Johnson sostuvo siempre, es un volante, y no se puede jugar en regla con él y mantenerlo en el aire sin más de una raqueta. Por eso repetía tanto aquella delicada máxima de Bentley que dice así: «El escritor no muere nunca sino por obra de su propia pluma.»

Desgraciadamente, pocos meses después de la publicación del *Viaje á las Hébridas*, Johnson hizo lo que no hubiera podido hacer ninguno de sus envidiosos enemigos, y consiguió hasta cierto punto matarse con su propia pluma. Porque, como las querellas entre Inglaterra y sus colonias americanas hubiesen llegado á un punto que no consentía ya esperar en arreglos amistosos, y la guerra civil se hiciese más inminente cada día, creyeron los Ministros que podían emplear con ventaja la elocuencia de Johnson para excitar el espíritu público contra la oposición en Inglaterra, y contra los rebeldes al otro lado de los mares. El doctor había escrito ya dos ó tres folletos encaminados á defender la política interior y exterior del Gobierno, los cuales, con ser poco dignos de él, aventajaban mucho á la muchedumbre de los que cubrían los mostradores de Almon y de

Stockdale; pero su escrito titulado *Taxation no tiranny* (Tributo no es tiranía), fué un verdadero fracaso. El título mismo era una insulsa antítesis, que no pudo parecerle bien sino por cierta armonía de paronomasia, de que no debió preocuparse mucho ni poco; por lo que hace á los argumentos, son dignos de un polemista de ínfima clase, y en cuanto á las chanzas y burlas, tan groseras y torpes como el andar de un hipopótamo. El mismo Boswell tuvo necesidad de confesar que no advertía en el folleto la huella más leve de las facultades de su maestro, y por lo que hace á la opinión general estuvo unánime en reconocer que la poderosa inteligencia que produjo el *Rambler* y el *Diccionario* comenzaba á resentirse del estrago de los años y de las enfermedades, y que ya era tiempo de que, para bien de su reputación literaria, no volviese á escribir.

Pero la opinión incurrió en error, pues Johnson fracasó, no porque su ingenio estuviese menos vigoroso que cuando escribía *Rasselas* en algunas noches de una semana, sino por haber escogido imprudentemente ó dejado que otros escogieran para él un tema que nunca estuvo en condiciones de tratar. El doctor ni fué político ni entendió jamás de política la menor cosa, ni leyó, ni pensó, ni habló de su grado, en ningún caso, de asuntos de Estado. De lo que sí entendía y sabía era de materias biográficas, literarias y de costumbres, y se complacía, tratando de ellas, tanto cuanto le desagradaba la historia política. ¿Qué había, pues, de sucederle al escri-

bir un folleto acerca de la querella que separaba las colonias inglesas de la madre patria, sino fracasar? Y aconteció así, porque los hombres de más cuenta deben de fracasar cuando acometen aquellas empresas para las cuales no están preparados ni son aptos, como Burke hubiese fracasado escribiendo comedias como las de Sheridan, y como Reynolds, pintando paisajes al modo de Wilson. Felizmente no tardó mucho en presentársele ocasión de probar de una manera indubitable que no podía nadie atribuir con verdad su desastre á decadencia intelectual.

X.

Una noche, víspera de Pascua del año 1777, varios delegados de una sociedad de libreros, compuesta de los cuarenta más principales de Londres, se presentaron en su casa; y aun cuando mostrase ciertos escrúpulos para tratar de negocios en aquella ocasión, recibió á sus visitantes con mucha cortesía. Y como éstos le dijesen que se proponían publicar una edición de los poetas ingleses, comenzando por Cowley, y le pidiesen que hiciera para el caso breves prefacios biográficos, aceptó gustoso una obra para cuyo desempeño se hallaba perfectamente preparado. En efecto, el doctor sabía mejor que ninguno de sus contemporáneos la historia literaria de Inglaterra desde la época de la Restauración, en parte, merced á los libros,

y en parte, á lo que había podido recoger en las tradiciones de Grub-Street, fuente agotada desde hacía muchos años; como que acabó con las pláticas sabrosas de veinte poetas y de otros tantos publicistas que descansaban en paz bajo las baldosas de las iglesias, y los recuerdos de hombres cual Gilberto Walmesley, que conversó con los ingenios de Button; cual Cibber, que mutiló las obras dramáticas de dos generaciones de poetas; cual Orrery, que trató á Swift íntimamente, y cual Savage, que prestó á Pope indignos servicios. Así fué que, al poner manos á la obra el biógrafo, tenía un verdadero caudal de materiales, tan considerable y rico que, habiéndose propuesto consagrar solamente un párrafo á cada poeta secundario, y media docena de páginas á los principales, el torrente de anécdotas y de observaciones acumuladas por él superó con exceso los límites que se propuso en un principio; y la obra que debía constar, según el primitivo proyecto, de algunas pocas hojas, llegó á constar de diez volúmenes, pequeños á decir verdad y de no nada compacta impresión. Los cuatro primeros aparecieron en 1779, y los seis últimos en 1781.

Las *Vidas de los Poetas* constituyen la mejor de las obras de Johnson: su narración es tan amena como una novela; sus observaciones acerca de la vida y la naturaleza humana, por extremo exactas y profundas; su crítica, excelente las más de las veces, y aun cuando es injusta en algunos casos, siempre merece la pena de que se la estudie, por-

que rebosa de ingenio; pudiendo decirse que sus juicios son los propios de una persona llena de preocupaciones y desprovista de benevolencia, pero dotada de un sentido vigoroso y penetrante; que contienen casi siempre una parte de verdad preciosa que debe separarse de la liga, y que, cuando menos valgan, valen por su buen criterio; elogio que, las más de las veces, no puede hacerse á la crítica de la época presente.

El doctor reimprimió su *Vida de Savage* con muy pocas diferencias, tal cual la dió á luz en 1744. Después de leerla, quedan todos sorprendidos de la diferencia de estilo que advierten entre esta biografía y las demás. Pues como Johnson desde que vivía con cierto desahogo escribía poco y hablaba mucho, cuando volvió á tomar la pluma, al cabo de algunos años, la afectación de lenguaje que contrajo anteriormente con el ejercicio diario se notaba menos, y su estilo se deslizaba las más de las veces al modo de fácil conversación. Un crítico un tanto hábil puede advertir este progreso en el *Viaje á las Hébridas*, pues ya en las *Vidas de los Poetas* es sobrado perceptible para que no lo note aun la persona menos entendida en estas materias.

Las mejores biografías de la colección son, sin duda, las de Cowley, de Dryden y de Pope, y la peor de todas, la de Gray.

Esta grande obra se hizo muy popular á poco de ser conocida; y aun cuando la criticaron por modo extraordinario, injusta y justamente, los mismos que la censuraban se

sentían atraídos por el libro á pesar de ellos mismos. Malone calculó que los beneficios de los editores llegaron á cinco ó seis mil libras esterlinas; mas el autor hubo de contentarse con poco, pues como tuvo en un principio la intención de no escribir sino prólogos muy sucintos, estipuló solamente que le pagasen doscientas guineas por todo. Cierto es que luego, cuando vieron que la obra excedía con mucho de lo prometido, añadieron cien guineas á lo estipulado; pero como el precio no estuvo en proporción del trabajo, siempre resultará que las *Vidas de los Poetas* no le produjeron lo que debían. Bien será decir que si Johnson no despreciaba ni aparentaba despreciar el dinero, y que si su buen juicio y larga experiencia hubieran debido ponerlo en el caso de saber amparar sus intereses, siempre fué por extremo torpe y desdichado en sus tratos literarios; como que siendo á los ojos de casi todos el primer escritor inglés de su tiempo, muchos escritores contemporáneos suyos vendieron sus manuscritos á unos precios que jamás se atrevió él á pedir por los suyos. Para dar una idea, bastará citar el ejemplo de Robertson, que recibió cuatro mil y quinientas libras esterlinas por la *Historia de Carlos V*, y sin ofender la memoria de Robertson, puédese considerar su historia como una obra menos sólida y amena que las *Vidas de los Poetas*.

Johnson contaba entonces setenta y dos años: los achaques y dolencias propios de la edad lo abrumaban de muchos modos, y veía claramente que se acercaba con grandes pa-

sos la muerte, en la cual pensó siempre con horror y cuya idea entristeció todas las alegrías de su vida. Cada año le arrebataba algunos de sus compañeros, deudos ó amigos; pagando con estas separaciones y amarguras el triste consuelo de vivir más que los otros. Los acogidos á su hogar y que, á pesar de sus defectos, en fuerza de la costumbre, habían llegado á serle indispensables, fueron desapareciendo, unos en pos de otros, dejando la pobre vivienda del sabio en completa soledad, cuando hasta las eternas disputas de sus comensales acaso, y sin acaso, habrían sido grato rumor á sus oídos. El bueno y generoso de Mr. Thrale ya no existía, y, por desgracia para ella, su mujer no descansaba junto á él, sino que le sobrevivía para ser escarnio de cuantos la envidiaron, y para que llorase por su causa el venerable anciano que la amó por modo tan extraordinario, lágrimas mucho más amargas y abundantes que cuantas hubiera podido derramar sobre su sepulcro. Porque Mrs. Thrale, aunque poseía ciertas cualidades muy recomendables, no estaba formada para ser independiente, sino que necesitaba el dominio y el freno de un criterio más firme que no el suyo para su propio decoro. Así fué que mientras estuvo contenida por su marido, hombre de claro talento y de carácter enérgico, indulgente cuando se trataba de condescendencias pueriles; pero cuya voluntad era predominante é indiscutible dentro de su casa, las faltas más graves que cometió ella estuvieron reducidas á bromas impertinentes, á mentiras sin trascendencia y á brus-

quedades que concluían por expansiones de buen humor. Mas, al quedar viuda á los cuarenta años, con mucho caudal, extraordinaria sensibilidad, imaginación volandera y escasísimo criterio, comenzó por prendarse de un maestro de música de Brescia, en quien nadie halló nunca nada que admirar, excepto ella. Y si bien su orgullo y acaso mejores pasiones lucharon contra esta inclinación mezquina, el combate excitó sus nervios y agrió su carácter, y acabó por poner su salud en peligro. Comprendió que á Johnson no podían parecerle bien sus propósitos matrimoniales, y quiso evitar su vigilancia cerrándole su casa: comenzó, pues, por mostrarse con él fría y displicente; cuando se iba, no disimulaba su contento, ni su disgusto cuando volvía, sobre todo si se presentaba en Streatham sin previa invitación, porque entonces lo recibía de una manera tan poco amable que no le dejaba dudas de su despego. El buen doctor tardó en persuadirse de aquel cambio, mas al cabo comprendió las advertencias que le hacía Mrs. Thrale. Leyó por última vez un capítulo del Nuevo Testamento griego en la biblioteca formada y ordenada por él mismo; encomendó la casa y sus habitantes á la protección divina en una súplica solemne, y acongojado, triste y conmovido hasta el extremo, se ausentó para siempre de Streatham para ir á encerrarse en las sombrías y solitarias habitaciones donde debían transcurrir los breves y malos días que aun le restaban de vida. Allí adoleció, en Junio de 1783, de un ataque de parálisis, del que se repuso,

sin que dejase huellas en sus facultades intelectuales. Pero no tardó en ser presa de otras enfermedades: el asma y la hidropesía; y mientras iba por tal modo sucumbiendo á esta complicación de males del espíritu y del cuerpo, llegó á saber que la dama cuyo trato fué por espacio de diez y seis años la mayor dicha de su vida, se había casado con el músico italiano, que todo Londres estaba indignado, y que los diarios y las revistas rebosaban de alusiones á la matrona de Efeso, y á la escena de los dos retratos en Hámlet. Entonces dijo el anciano que procuraría olvidar á la que fué Mrs. Thrale, y arrojó al fuego cuantos recuerdos encontró de ella. Entre tanto, la flamante Mrs. Piozzi huía de las burlas de sus compatriotas y se refugiaba en un país donde no la conocían. Al llegar á Milán, en medio de las diversiones y conciertos de Navidad, supo que había muerto el hombre insigne y famoso á cuyo nombre quedaba el suyo irrevocablemente unido.

A pesar de sus grandes padecimientos físicos y morales, tenía grandísimo afán de prolongar la vida, y el instinto de la conservación, tan magistral y melancólicamente descrito por Johnson en el artículo que termina la serie de los *Idlers*, parecía crecer y desarrollarse en él á medida que se acercaba su hora postrera. Creía que tal vez pudiese respirar más fácilmente trasladándose á Italia, y es posible que hubiese ido, al fin, á Roma ó Nápoles, á no temer los gastos del viaje, no por falta de recursos propios ciertamente, porque poseía en aquella sazón cerca de dos mil libras ester-

linas, fruto de los trabajos literarios que hicieron ricos á varios editores, sino porque no quería cercenar sus ahorros, que guardaba como un avaro y sin revelar á nadie que los tuviese. Algunos amigos suyos se prometieron entonces conseguir del Gobierno que aumentase su pensión hasta seiscientas libras esterlinas anuales; pero en vano, y Johnson se decidió á pasar otro invierno en Inglaterra, que fué el último. La debilidad de sus piernas aumentó, su respiración se hizo más difícil, y la hidropesía subió rápidamente de punto á pesar de las incisiones que le practicaban sus médicos, cada vez más profundas, por indicación y á ruego suyo; que tanto temía la muerte y tan bizarramente arrostraba el dolor á trueque de alejarla de sí. Carecía en aquellos momentos de la tierna solicitud que alivió sus males largos meses en Streatham; pero no estaba solo ni olvidado, pues los principales facultativos de Londres lo visitaban sin querer recibir honorarios por su asistencia; Burke fué á verlo y se despidió de él profundamente conmovido; Windham pasaba largas horas á su cabecera, le arreglaba las almohadas, le subía la ropa y lo abrigaba, y le mandaba su criado, además, cuando él no podía ir; y Fanny Burney, á quien el anciano trató con bondad paternal, lloraba á escondidas tras de una puerta, mientras que Langton, á quien su virtud y su piedad hacían á propósito para sostener y aconsejar á su amigo en aquellos momentos, estrechaba sus manos por última vez. Cuando se acercó la hora tan temida siempre de Johnson, se alejaron las

sombras de su alma; su carácter se tornó paciente y dulce; no pensó ya con horror en la muerte ni en lo que sigue á la muerte, y habló largo espacio de la divina misericordia y de la propiciación de Jesucristo. En estas disposiciones exhaló el espíritu el día 13 de Diciembre de 1784, siendo sepultado ocho días después en Westminster, cerca de Cowley, de Denham, de Dryden, de Congreve, de Gay, de Prior y de Addison, claros varones cuya historia escribió.

La popularidad de las obras de Johnson, á excepción de las *Vidas de los Poetas* y tal vez de la *Vanidad de los deseos humanos*, ha cedido mucho: los editores sucesivos del *Diccionario* han introducido tantas novedades en él, que casi no es posible continuar dándole su nombre; las alusiones al *Rambler* ó al *Idler* no se comprenden ya fácilmente, aun entre los literatos; la fama de *Rasselas* no es tampoco la que fué; pero así y todo, á pesar de que la celebridad de los escritos ha declinado algún tanto, la celebridad del autor se halla hoy á mayor altura que lo estuvo nunca. El libro de Boswel, que ha hecho más por la gloria de Johnson que la mejor de sus obras, explica este fenómeno. Porque mientras el recuerdo de otros autores vive gracias á sus escritos, los escritos del doctor sobreviven en su mayor parte gracias á su recuerdo, que hizo perdurable su biógrafo, por obra del cual tenemos todavía delante de los ojos al anciano filósofo con su casaca parda de botones de metal, y su camisa no nada limpia, parpadeando, dando resoplidos,

moviendo la cabeza de un lado á otro, tocando el tambor sobre la mesa, desgarrando la carne cual lo haría una fiera, y bebiéndose abismos de té; como que á ninguno de cuantos yacen bajo la losa del sepulcro desde hace tantos años conocemos tan perfectamente; pudiendo decir también por esta causa, con estricta justicia, que, después de haber examinado de una manera prolija lo que llamaría él *anfractuosidades* de su ingenio y de su carácter, nos ratificamos en el convencimiento que ya teníamos de que Johnson fué no sólo un grande hombre, sino un hombre de bien.

SAMUEL JOHNSON [1].

(BIBLIOGRAFÍA.)

Para decir verdad en orden á la *Vida de Samuel Johnson*, publicada con adiciones y

(1) El anterior estudio está tomado de los *Biographical Essays* de Lord Macaulay, edición de Tauchnitz, y es genuinamente biográfico del renombrado Samuel Johnson: el que ahora comienza, si bien contiene algunos datos y noticias propios de la biografía, mas debe llamarse bibliográfico por hacerse en él principalmente la crítica de una edición de la *Vida de Johnson*, por Boswell, dirigida por Croker; y como ambos trabajos se completan, por eso los incluimos en nuestra versión castellana, siguiendo el uno al otro. Así también puede quien lee apreciar el mérito de Macaulay, seguidamente, como biógrafo y como crítico.

La obra que sirvió de pretexto al autor para escribir el presente estudio en la *Edinburgh Review* de Septiembre de 1831 fué *The life of Samuel Johnson, L. L. D. Including á journal of a tour to the Hebrides, by James Boswell, Esq. A new edition, with numerous additions and notes, by* JOHN WILSON CROKER, LL. D. F. R. S. 5 tomos en 8.°, Londres, 1831.—(N. DEL T.)

notas por Mr. Croker, debemos de comenzar manifestando, sin ambages ni rodeos, que nos desagrada en el fondo y en la forma. Porque, si bien esperábamos que adoleciese de ciertos defectos, teníamos el convencimiento de que fuese una preciosa adquisición para la literatura inglesa; que contendría gran copia de pormenores curiosos y no pocas reflexiones atinadas; que las notas estarían en estilo claro, neto y preciso, y que la parte tipográfica sería casi perfecta y como debe de ser en las ediciones nuevas de obras clásicas; pero, fuerza es confesar que los merecimientos del trabajo hecho por Mr. Croker (1) son como los de

---

(1) John Wilson Croker nació en 1780 y siguió la carrera de leyes, consagrándose muy luego á la literatura. En 1804 publicó sus *Epístolas familiares sobre el teatro irlandés*, y en 1805 la *Carta interceptada de Cantón*, producciones ambas que llamaron vivamente la atención pública, no sólo por el ingenio que revelaban en su autor, sino por la causticidad del estilo. En 1807 dió nuevas pruebas de la fecundidad de su ingenio y de su argumentación vigorosa en un folleto profundamente estudiado acerca de la situación pasada y presente de Irlanda, y en el cual pedía la emancipación allí de la Iglesia católica. Aquel mismo año ingresó en el Parlamento como representante de Downpatrick, con mucho aplauso de los *tories*, que fundaban en él grandes esperanzas.

Creó por aquel tiempo, juntamente con Gifford, Sir Walter Scott, Jorge Ellis, Frère y Southey, la después renombrada *Quarterly Review*, de la cual fué hasta su fallecimiento, en 1857, uno de los más activos colaboradores. Por espacio de veintiún años fué secretario del Almirantazgo, cargo que desempeñó con celo infatigable hasta 1830. Ocho veces representó en la Cámara de los Comunes á sus elec-

cierta pierna de carnero que comió el doctor Johnson en un viaje de Londres á Oxford, y

---

tores, siendo al fin, en 1828, nombrado para el Consejo de S. M. Durante la discusión del *bill* de reforma, con la cual no estaba conforme, porque consideraba su adopción ocasionada á grandes trastornos, manifestó que nunca pertenecería á una Cámara que fuese producto de sistema tan peligroso, y cumplió su palabra, retirándose de la vida política para siempre. Desde aquel momento se consagró á *flagelar* en la *Quarterly Review* á los escritores liberales.

Talavera y *Cantos de Trafalgar* son los títulos de dos poemas suyos. La *Muerte de Channing* es el epígrafe de una de sus mejores composiciones. También dió á luz una relación de los *Sucesos militares de la revolución francesa de* 1830; unas *Cartas sobre la guerra marítima con América;* los *Papeles de Suffolk;* las *Cartas de Lady Hervey;* las *Memorias sobre el reinado de Jorge II*, de Lord Hervey; las *Cartas de Lord Hertford* y de *Walpole;* una edición de la *Vida de Johnson*, por Boswell, que es el libro que motiva el presente estudio, y una colección de *Cuentos para niños*, cuyos asuntos están sacados de la Historia de Inglaterra; procedimiento que, según declara en un prólogo Sir Walter Scott, sirvió de modelo al célebre novelista para dar á la estampa sus *Cuentos del abuelo*. Demás de esto, tradujo el libro titulado: *Embajada de Bassompierre en Inglaterra.*

A pesar del buen acogimiento que dispensó el público á la *Vida de Johnson*, Macaulay atacó rudamente á su editor, demostrándole, como se ve en el texto, la razón de sus ataques. Mr. Croker se desquitó de la crítica de su adversario publicando en la *Quarterly Review* el análisis más acerbo y lleno de ironía que se haya hecho de la *Historia de Inglaterra* de Lord Macaulay, tan luego dió éste á luz su primer volumen. Croker tuvo también grandes desavenencias con Mr. Disraeli, el cual lo ridiculizó en su *Coningsby*.

de la cual decía él con su habitual energía que «era tan mala como podía serlo desde sus orígenes: en primer lugar, de mal carnero, mal criado y mal matado, y después, mal asado y peor servido.» Así es la edición de que tratamos, que está mal compilada, mal arreglada, mal escrita y peor impresa.

Pero de todas las cosas malas en que abunda esta obra, la que más nos sorprende es la ignorancia ó la negligencia de Mr. Croker en lo tocante á los hechos y á las fechas. Muchos de sus errores son de tal índole que, aun en la conversación, sorprenderían si los oyésemos en boca de una persona de cierta educación. Las notas están cuajadas de grandes inexactitudes, que habría podido evitar el editor si se hubiese tomado la molestia de comprobar la exactitud de sus asertos, ó si, al menos, hubiera conocido el libro que se proponía comentar. Vamos á demostrarlo con algunos ejemplos.

Dice Mr. Croker en una nota que Derrick, maestro de ceremonias en Bath, murió pobrísimo el año 1760 (tom. I, pág. 394). Continuamos leyendo, y algunas páginas más adelante hallamos que hablaban del mismo Derrick el Dr. Johnson y Boswell (1) como

---

Croker disfrutó en Inglaterra fama de discreto, ameno é ingenioso hablista, y al decir de cuantos le trataron, su conversación era un encanto. Sus principales artículos de la *Quarterly Review* se han publicado en tomos aparte: su nota predominante es la causticidad, que rebosa en ellos.—(N. DEL T.)

(1) Jurisconsulto y escritor escocés, nacido en Edimburgo el año 1740. Fué grande amigo de Sa-

de persona que vivía y gozaba de favor, y había repuesto su fama, y tenía entre sus parciales bastante influencia para contrarrestar y perjudicar en gran modo el curso de Sheridan sobre la oratoria (tom. I, pág 404). Esto lo supone ocurrido en 1763, y Derrick pasó de esta vida en 1769, ó sea nueve años después de la primera fecha.

Leemos en una nota que Sir Herberto Croft, autor del pomposo y ridículo artículo sobre Young, que apareció en las *Vidas de los poetas*, murió en 1805 (tom. IV, pág. 321); y otra nota del mismo tomo declara que el mismísimo Sir Herberto Croft dejó de existir en París el 27 de Abril de 1816, al cabo de quince años de residencia en el continente (tom. IV, pág. 428).

Dícenos Mr. Croker que Sir Guillermo Forbes de Pitsligo, autor de la *Vida de Beattie*, falleció en 1816 (tom. II, pág. 262); pero, si bien es cierto que en 1816 falleció

---

muel Johnson. Se dió á conocer ventajosamente en los tribunales con motivo de un litigio de los Douglas, pero con harta frecuencia descuidó el foro por atender á las letras, logrando que algunas de sus producciones alcanzasen mucha notoriedad. Conoció al célebre Paoli en un viaje que hizo á Córcega. En compañía de Johnson visitó las montañas de Escocia y las islas Hébridas. En 1763 publicó su *Account of Corsico with memoirs of general Paoli;* en 1782, una serie de estudios en estilo festivo, que tituló *The Hypochondry;* en 1785, el *Journal*, ó sea la relación de su viaje con Johnson, y en 1790, en dos tomos en cuarto, *The life of Samuel Johnson,* que es la obra comentada por Mr. Croker, de que se ocupa el autor en el presente estudio.—(N. DEL T.)

un Sir Guillermo Forbes, no fué el de que se trata, cuya muerte ocurrió en 1806, por ser público y notorio que el biógrafo de Beattie vivió lo bastante para concluir la historia de su amigo; como que ocho ó nueve años antes de la fecha en que Mr. Croker supone fallecido á Sir Guillermo, deploraba Walter Scott este suceso en la introducción al cuarto canto de *Marmion*. No hay colegiala que no recuerde aquellos versos que dicen así: «No bien pagó su tributo el llorado Forbes á la sombra de su trovador, cuando apenas había concluído la narración amistosa que le consagró, pasó de esta vida: lejos y mucho tiempo habremos de buscar antes de hallar corazón tan viril y bueno como el suyo» (1).

En otra parte dice que el pintor Allan Ramsay nació en 1709 y que murió en 1784 (tomo IV, pág. 105), y en otra, que tenía setenta y un años cuando falleció, el de 1784 (tomo V, pág. 281).

En el tomo I, pág. 510 dice que Mrs. Thrale tenía veinticinco años en 1765, cuando comenzó su intimidad con el Dr. Johnson, y en el tomo IV, páginas 271 y 322, que Mistress Thrale cumplió treinta y cinco años al propio tiempo que Johnson los setenta. Johnson nació en 1709; por consiguiente, si cumplió Mrs. Thrale treinta y cinco años al mismo

(1) «Scarce had lamented Forbes paid
The tribute to his Minstrel's shade;
The tale of friendship scarce was told,
Ere the narrator's heart was cold:
Far may we search before we find
A heart so manly and so kind!»

tiempo que Johnson los setenta, en 1765 no podía tener más de veinticinco. Pero aun hay más. En otro lugar asegura Mr. Croker que Johnson escribió en 1777 sus versos en celebración del trigésimoquinto aniversario de Mrs. Thrale (tomo III, pág. 463); de ser exacta esta fecha, Mrs. Thrale nació en 1742, y de consiguiente sólo podía tener veintitrés años cuando trabó amistad con Johnson. Como se ve, Mr. Croker nos suministra tres fechas diferentes en cuanto á la edad de Mrs. Thrale, de cuyas tres fechas, dos, por lo menos, son inexactas; pero, sea de esto lo que quiera, y sin que nos propongamos ahora resolver el asunto, diremos que las razones aducidas por Mr. Croker para persuadir á sus lectores de que la dama en cuestión tenía treinta y cinco años cuando el doctor contaba setenta, se nos antojan insulsas y frívolas de todo en todo.

También nos dice Mr. Croker que Lord Mansfield sobrevivió á Johnson diez años (tomo II, pág. 151), siendo así que sólo le sobrevivió ocho años y tres meses.

Durante la breve temporada que pasó Johnson en París, vió en la biblioteca de una dama francesa, cuya casa visitó, algunos libros acerca de los cuales habló él con el mayor desdén. «Ví, dice el doctor, los libros de la dama, y no pudiendo reprimir mi desprecio, los mostré á Mrs. Thrale. Allí estaban, entre otros del mismo jaez, la *Historia del Príncipe Titi*, la *Biblioteca de las Hadas*, y algunos más» (tomo III, pág. 271). «La *Historia del Príncipe Titi*, observa Mr. Croker,

pasaba por ser autobiografía del príncipe Federico de Gales, pero escrita probablemente por Ralph, su secretario particular.» En verdad que no hemos leído nunca nota más desatinada; porque la tal historia del Príncipe Titi, esto es, aquella á que alude Mr. Croker, ni se publicó jamás, ni la escribió el Príncipe Federico, ni su secretario Ralph; y si Mr. Croker se hubiese tomado la molestia de leer el pasaje de los *Autores Reales y Nobles*, de Park (Park's Royal and Noble Authors), que cita como autoridad, habría visto que el manuscrito de Titi lo guardó el Gobierno. Pero, aun cuando no hubiese sucedido así, sino al contrario, y publicádose la obra, no es probable que fuese á parar á la biblioteca de una señora francesa. Por lo demás, de ser esto cierto, ¿qué hombre discreto habría podido hablar con menosprecio de una señora francesa en cuyo poder estuviese un libro inglés tan interesante y tan curioso como lo sería, en efecto, una biografía del príncipe Federico, escrita por él mismo ó por su secretario confidencial? Pero es el caso que la historia de que se burló Johnson no era ésta, sino la del Príncipe Titi, el bueno, y del Príncipe Violento, el malo, cuento infantil, ocasionadísimo á estar en la misma tabla de una librería en la vecindad de la *Biblioteca de las Hadas;* historia, dicho sea de paso, que Mr. Croker hubiese podido hallar en el *Magasin des Enfants*, ó sea en el primer libro francés que leen las niñas inglesas cuando aprenden aquel idioma.

Dice Mr. Croker que Mr. Enrique Bate,

que tomó el apellido de Dudley más adelante, fué propietario del *Morning Herald* y que se batió en desafío con Jorge Robinson Stoney, á causa de ciertos ultrajes inferidos en su periódico á Lady Strathmore (tomo v, página 196). Baste decir que Mr. Bate no estaba, entonces, al frente del *Morning Herald*, sino del *Morning Post;* que la cuestión fué antes de que viniese al estadio de la prensa el *Morning Herald*, y que se verificó el desafío el mes de Enero de 1777. La *Crónica del Registro anual* de 1777 contiene la relación del suceso, y declara también de una manera indubitable que Mr. Bate dirigía el *Morning Post*. El *Morning Herald* se fundó algunos años después, como puede comprobarlo cualquiera con sólo leer un número cualquiera del periódico. Sin embargo, no estará demás advertir que puede admitirse como circunstancia atenuante de esta equivocación la de que parezca inverosímil á nuestros contemporáneos que haya querido batirse en duelo un ser humano con un redactor del *Morning Post*.

«El rey Roberto Bruce—dice Mr. Croker—á punto ya de morir, rogó á Jacobo de Duglas que fuese á Jerusalén á llevar su corazón para darle humilde sepultura cerca de la de Nuestro Señor, lo cual hizo Duglas en 1329» (tomo IV, pág. 29). Lo cual no hizo, diremos á nuestra vez, por la sencilla razón de haber muerto á mano airada durante el viaje. Ni tampoco se puso en camino el año 1329, pues Roberto Bruce pasó ese año de este mundo, y la expedición de Duglas se verificó

el siguiente «cuando llegó la primavera», como dice Froissart, ó en Junio de 1330, como dice Hailes, á quien invoca Mr. Croker en apoyo de su aserto.

Mr. Croker nos cuenta que el famoso Marqués de Montrose fué decapitado en Edimburgo el año 1650 (tomo II, pág. 526), y da dolor que tales cosas diga cuando no hay en toda Inglaterra estudiante que medio conozca la historia de su patria y no sepa que fué ahorcado el Marqués. Y en verdad que la narración de su muerte acaso sea uno de los pasajes más hermosos de la Historia escrita por Lord Clarendon. En vista de esto, no se aventura mucho suponiendo que no ha leído nunca Mr. Croker lo escrito por Clarendon, pues si hubiese leído lo que expresa en historia tan patética y noble, no hubiera sido posible que olvidase uno de sus detalles más conmovedores.

«Lord Townshend—dice Mr. Croker—no fué secretario de Estado hasta el año 1720» (tomo III, pág. 52). ¡Parece increíble que ignore Mr. Croker que Lord Townshend fué secretario de Estado al advenimiento de Jorge I, en 1714; que continuó desempeñando el cargo hasta fines de 1716, en que cayó por obra de las intrigas de Sunderland y de Stanhope, y que volvió á su secretaría, no en 1720, sino en 1721!

No estará demás decir que Mr. Croker padece lamentables equivocaciones casi siempre que trata de la familia Townshend; como que nos dice que Carlos Townshend, el ministro de Hacienda, era «sobrino del primer Minis-

tro, é hijo de un Par, secretario de Estado, y *leader* de la Cámara de los Lores» (tomo III, página 368), cuando Carlos Townshend era nieto y no sobrino del Duque de Newcastle, y nieto, no hijo de Lord Townshend, secretario de Estado y *leader* de la Cámara de los Lores.

«El general Burgoyne capituló en Saratoga—dice Mr. Croker—en Marzo de 1778» (tomo IV, pág. 222). Nadie ignora, excepto Mr. Croker, que Burgoyne capituló el 17 de Octubre de 1777.

«Nada tan infundado—escribe Mr. Croker—como haber dicho que fué víctima el almirante Byng de *un partido político*, pues hasta ocurrió la circunstancia extraña de que hubiese un cambio completo de administración después de su sentencia; de modo que un partido político presidió á su proceso y otro á su ejecución. No puede darse prueba más evidente de que no fué mártir de la política» (tomo I, pág. 298). ¿Qué pensarán nuestros lectores de Mr. Croker cuando les digamos que unos detalles que da con tanta confianza, respecto de acontecimientos tan conocidos, son absolutamente falsos? Porque lo cierto y averiguado es que una sola y única administración ejerció el poder desde que *el consejo de guerra* constituído para juzgar á Byng comenzó á ocuparse en su causa, hasta que lo condenó á muerte y se cumplió la sentencia. El mes de Noviembre de 1756 se retiraron el Duque de Newcastle y Lord Hardwicke, entrando Pitt como secretario de Estado, y el Duque de Devonshire como primer lord de

la Tesorería, y durando su administración hasta el mes de Abril de 1757. Ahora bien; como el consejo de guerra que condenó á Byng se reunió por primera vez el 28 de Diciembre de 1756, y el 14 de Marzo de 1757 se cumplió la sentencia, resulta que Bing fué procesado, condenado y ejecutado bajo una sola y única administración. Después de todo, hay algo de chistoso y de molesto en el tono de autoridad con que Mr. Croker emite opiniones tan aventuradas. Pero si no sospechamos en él la intención siquiera de falsear la historia, lo acusamos, sin vacilar, de una falta gravísima en un literato, cual es la de no penetrarse de los deberes que incumben á quien se constituye en narrador de acontecimientos históricos; lo acusamos de negligencia y de ignorancia iguales á la *crassa negligentia* y á la *crassa ignorantia* que la ley reprende á las veces en letrados y médicos, aunque no los acuse de malas intenciones; y lo acusamos, finalmente, de haber emprendido una obra inútil si no se realiza en la forma debida, y de haberla realizado como si la diferencia entre lo exacto y lo inexacto fuese cosa tan baladí que no mereciese la pena de consultar el diccionario histórico más compendioso y manual de cuantos existen.

Pero prosigamos. Estos volúmenes contienen errores, más groseros aún, si es posible, que cuantos acabamos de enumerar. Boswell recogió algunas observaciones de Johnson acerca de los cambios que sufrieron las creencias religiosas de Gibbon. Sabido es que Gibbon se hizo católico cuando estudiaba

en Oxford (1). «Dicen, exclamó Johnson riéndose, que ha sido mahometano.»—«Este sarcasmo—añade el editor—alude, acaso, á la ternura con que trató Gibbon al mahometismo en su *Historia*, en odio al cristianismo»; sarcasmo, diremos á nuestra vez, que no empleó sino en 1776, no habiéndose dado

---

(1) La conversión de Gibbon al catolicismo fué debida única y exclusivamente al efecto que produjo en su ánimo la lectura de la *Historia de las variaciones*, de Bossuet, que dió en tierra con sus opiniones protestantes, muy quebrantadas ya con las *Investigaciones sobre el don de hacer milagros*, de Middleton; circunstancia que lo caracteriza, como dice Saint-Beuve. Pero, si abjuró del protestantismo (1753) sin más auxilio que el de los libros, á poco de residir en Suiza, en contacto con el doctor Pavillard, abjuró del catolicismo é ingresó de nuevo en la Iglesia protestante. Estas dos evoluciones se verificaron en su espíritu en el transcurso de año y medio, sin que pueda decirse que después siguió siendo protestante, sino escéptico, y más bien adversario que no parcial de todas las manifestaciones del cristianismo. Mr. Guizot atribuye la enemiga de Gibbon al catolicismo en particular á que había reemplazado la nueva doctrina con frailes y procesiones las magnificencias del culto de Júpiter y los triunfos del Capitolio. Mr. Dussault lo entiende así; pero añade que al proponerse Gibbon en su *Historia* averiguar cuál fué la influencia ejercida por el cristianismo en los destinos del Imperio romano, á vueltas de interesantísimas disquisiciones en orden á este punto, se dejó arrastrar del odio pueril que le profesaba, hiriendo por tal modo á los creyentes, y lisonjeando á los apóstoles de la incredulidad.

Después de esto, parecerá extraño que su primer traductor francés fuese Luis XVI, que vertió en su lengua la mayor parte de la obra, completándola Leclerc de Septchênes, bajo cuyo nombre vió la luz pública.—(N. DEL T.)

á luz la parte de *Historia de la decadencia y ruina del Imperio romano* que se refiere al mahometismo hasta el año 1788, esto es, á los doce de su conversión, y cerca de cuatro después del fallecimiento de Johnson (1).

«En 1761—dice Mr. Croker—fué cuando Goldsmith publicó el *Vicario de Wakefield*»; y esto le hace fijarse en una inexactitud de

---

(1) Ya se ha intentado una apología del error preinserto; y como no era posible sostener que los célebres capítulos en los cuales refiere Gibbon los progresos del mahometismo hubiesen aparecido en 1776, se afirmó atrevidamente que su primer tomo se inspiraba en cierto espíritu de parcialidad por la doctrina del Islam; aserto que carece de fundamento, porque ni se ha encontrado, ni se hallará nunca en el primer tomo de la *History of the decline and fall of the Roman Empire* una sola frase de la cual pueda inferirse, aun empleando artificios para lograrlo, que su autor tuviese la más leve parcialidad por el mahometismo. ¿Á qué, pues, podía referirse Johnson? Acaso á conversaciones ó anécdotas de que no hay recuerdo. Sin embargo, tal vez sea posible hacer una conjetura. Dice Gibbon en sus *Memorias* que, cuando estaba en Oxford, tuvo el capricho de aprender el árabe, y que las advertencias y reprensiones de su tutor fueron lo único que lo apartó de tal propósito. Poco después leyó el estudiante los escritos de controversia de Bossuet, que lo convirtieron prontamente á la fe católica romana. La apostasía de un *gentleman commoner* debió dar asunto durante algún tiempo á las conversaciones de sus compañeros en el colegio de la Magdalena, y nada tiene de extraño que, chanceándose los escolares en orden á sus nuevas creencias, se dejasen decir que si antes había querido aprender el árabe fué para estudiar mejor el islamismo y hacerse mahometano. Y, si tales cosas se dijeron en Oxford, Johnson que iba muy á menudo allí, bien podía ser que las hubiese oído.

Mrs. Piozzi (1), de más trascendencia que la supone Mr. Boswell, cuando refiére que Johnson se levantó de la mesa de Ester Lynch para ir á vender la novela de Goldsmith. Según Mr. Croker, Johnson conoció á los Thrale cuatro años después de publicado el *Vicario de Wakefield*, esto es, en 1765 (t. v, pág. 409), y al llamarle la atención la supuesta inexactitud de Mrs. Thrale, dió Croker evidentísima prueba de su increíble ignorancia del asunto que trataba; pues, en primer lugar, Johnson no conoció en 1765 á los Thrale, sino en 1764, y durante las últimas semanas de ese año comió con ellos cada jueves, como dice Mrs. Piozzi en sus anécdotas; en segundo lugar, Goldsmith publicó el *Vicario de Wakefield* en 1766 y no en 1761; y, aun cuando Mrs. Thrale no recuerda la fecha exacta del mensaje que obligó á Johnson á levantarse de su mesa para ir en auxilio de su amigo, y se limita á decir que sucedió esto al principio de su amistad con Johnson, en 1766 lo más tarde, no es posible poner en duda la exactitud de sus palabras, siendo probable que en 1764, y después de comer un jueves con sus anfitriones, fuese la famosa escena que pasó entre la patrona, el alguacil y la botella de vino de Madera, tal y como la refieren todos los biógrafos de Goldsmith (2).

---

(1) Piozzi fué segundo marido de Ester Lynch, viuda de Thrale.—(N. DEL T.)

(2) Véase el tomo de *Estudios Literarios*, de Lord Macaulay, en la BIBLIOTECA CLÁSICA. —(N. DEL T.)

La página que contiene tan desatinada equivocación trae otra más desatinada todavía, si es posible, y es la siguiente: Hará cincuenta años que un Sir José Mawbey, diputado muy ridículo por cierto, y cuyos discursos parlamentarios y cuyas porqueras servían igualmente de diversión habitual á los bromistas del *Club* de Brookes, decía, invocando la autoridad de Garrick, que por el tiempo en que Johnson tomó el grado de doctor, solió hablar con cierto desprecio en un café de Oxford del *Douglas* de Home y del *Ossian* de Macpherson, añadiendo que «había muchos hombres, muchas mujeres y muchos niños qne hubieran podido escribir el *Douglas.*» Y creyendo Mr. Croker que ha descubierto una inexactitud, triunfa del buen Sir José de la manera más característica y propia de él. «Cito—dice—esta anécdota únicamente para probar cuán poco crédito debe darse á ciertas referencias; como que la divulgada por Sir José Mawbey, diputado, y hombre digno de fe, que la repite después de oirla á Garrick, es evidentemente apócrifa. Vamos á demostrarlo en dos palabras: la visita de Johnson á Oxford cuando se doctoró fué el año 1754, y era la primera que hacía á la Universidad desde que salió de ella: ahora bien, el *Douglas* se representó en 1756 y el *Ossian* se publicó en 1760. Por consiguiente, cuanto es nuevo en la historia de Sir José Mawbey es falso» (tomo v, pág. 409). Cierto es que no hace falta ir muy lejos para cerciorarnos de que un diputado á la Cámara de los Comunes puede cometer errores muy

groseros (1). Vamos á demostrarlo en dos palabras, diremos á nuestra vez, imitando á Mr. Croker. El hecho es que Johnson tomó el título de maestro en artes el año 1754 (tomo I, pág. 262), y el de doctor en 1775 (tomo III, pág. 205): que hizo un viaje á Oxford, y que probablemente con ese motivo y mientras permaneció en la ciudad universitaria pasó la conversación acerca de las obras de Macpherson y de Hume; pero Mr. Croker omite la única objeción formal que puede hacerse á lo dicho por Sir José Mawbey, esto es, que Boswell refiere, con aparente fundamento al menos, que en 1763 empleó Johnson, hablando con Blair aunque sólo del *Ossian*, las mismas palabras que le atribuye Sir José Mawbey respecto del *Douglas* (tomo I, pág. 405). Debe, pues, suponerse que los dos incidentes los confundieron y equivocaron Garrick ó Sir José; pero, sea de esto lo que quiera, es lo cierto que su error es venial comparado con el de Mr. Croker.

No multiplicaremos los ejemplos de tan escandalosa serie de inexactitudes, porque basta con lo expuesto para no conceder el menor crédito á un escritor que, aun hallándose advertido por el texto mismo que comenta, incurre como él en errores tan considerables. Mr. Croker comete un error de cinco años á propósito de la novela de Goldsmith; otro, de doce, á propósito de la publicación de una parte de la *Historia* de Gibbon, y otro,

(1) Alusión á Mr. Croker, que lo fué ocho veces.—(N. DEL T.)

de veintiún años, á propósito de un suceso tan importante en la vida de Johnson como la fecha de su ingreso en el doctorado. De estos tres errores hay dos por lo menos cometidos por Mr. Croker, al propio tiempo que hacía gran ruido alabando su propia exactitud y corrigiendo lo que llama ligerezas de los demás. ¿Cómo creerlo bajo su palabra cuando fija la fecha del nacimiento, del matrimonio, del divorcio y de la muerte de una muchedumbre de personas apenas conocidas? Si al tratar de personas y de cosas conocidas de todo el mundo ignora lo que todo el mundo sabe, ¿cómo creerlo cuando trata de lo que todo el mundo ignora? No hemos repasado las páginas de este libro con propósito de hallar errores en él, ni tampoco hemos hecho sutiles investigaciones para demostrarlos; pues basta para una y otra empresa la obra misma y algunas nociones generales de la historia literaria y política de Inglaterra para descubrir las faltas enumeradas y otras muchas de igual género que omitimos. De todo lo cual se deduce lógicamente que cuando la autoridad de Mr. Croker no se halle garantida por autoridad verdadera, no es autoridad para ningún escritor que, apoyado en ella, pretenda fijar una fecha ó citar una anécdota siquiera.

Pero no sólo revela Mr. Croker ignorancia y negligencia en la exposición de los hechos, sino que sus juicios críticos adolecen de igual defecto. El doctor Johnson dijo, muy atinadamente á nuestro parecer, que ciertas sátiras de Juvenal son harto groseras para imita-

das, y Mr. Croker, que, entre paréntesis, censura á Johnson porque defiende á Prior de los que lo califican de cínico, se muestra escandalizado de las censuras del mismo á Juvenal, y hasta se resiste á creer que haya dicho el doctor cosa tan absurda. «Acaso—dice Mr. Croker—trataría de algunos *pasajes* de las sátiras, porque no hay una, entre las de Juvenal, de la que pueda decirse lo que de cierta sátira de Horacio, que es, desde el principio hasta el fin, licenciosa y grosera» (tomo I, página 167). Después de esto, bien puede asegurarse que Mr. Croker no ha leído ni la segunda ni la novena sátira de Juvenal.

A decir verdad, los pronunciamientos del editor Mr. Croker en materia de clasicismo, aunque los haga con tono de autoridad, son generalmente de tal índole, que si un niño de quien fuésemos maestros se permitiese iguales enormidades, á pesar de nuestro buen corazón, lo haríamos llorar. Porque si no es merecedor de censura que un hombre que vive en los salones y se ha consagrado á la política por espacio de treinta años, olvide el latín y el griego que aprendió en la Universidad, la merece, y muy grande, si tiene la pretensión de resolver las cuestiones más delicadas de estilo y de metro cuando no está siquiera en el caso de traducir una frase de cuatro palabras. Mr. Croker nos dice, por ejemplo, que Sir Roberto Peel acertó á evitarle una equivocación (bien será añadir que se trata de un error que no hubiese cometido ninguna persona de cierta instrucción), citándole un pasaje de Horacio que se aplicaba

por modo maravilloso á la cuestión. De lamentar es que Sir Roberto, cuyos conocimientos en letras humanas y cuya erudición clásica son conocidos de todos, no haya sido consultado con más frecuencia por Mr. Croker. Desgraciadamente, cuando escribía éste no estaba siempre á su alcance, y de aquí la serie innumerable de sus errores, grandes y pequeños. Boswell reproduce un pobrísimo epigrama de Johnson, dirigido *Ad Lauram parituram,* y con este motivo censura Mr. Croker al poeta por haber aplicado la palabra *puella* á una mujer en el caso de Laura, y por hablar de la hermosura de Lucina, «porque, dice, Lucina no fué nunca célebre por la hermosura» (tomo I, pág. 133). Si Roberto Peel hubiese visto esta nota, estamos ciertos de que hubiese contradicho de nuevo las críticas de Mr. Croker cuando recurre á Horacio, porque en la oda secular, el nombre de Lucina es uno de los que se dan á Diana, y las partes de la hermosura de Diana las han celebrado y puesto siempre por las nubes todos los doctores más ortodoxos de la mitología antigua, desde Homero, en su *Odisea,* hasta Claudiano, en su *Rapto de Proserpina* Y en cuanto á Horacio, describe á Diana como á diosa que viene á asistir *laborantes utero puellas.* Pero no sigamos por este camino, que nos avergüenza llamar la atención de nuestros lectores sobre faltas y correcciones propias de malos estudiantes.

Boswell descubrió en su viaje á las Hébridas una inscripción escrita por un ministro escocés, y que decía lo siguiente: «*Joannes*

Macleod, gentis suæ Philarchus, Floræ Macdonald matrimoniali vinculo conjugatus turrem hanc Beganodunensem proævorum habitaculum longe vetustissimum, diu penitus labefactatam, ano æræ vulgaris MDCLXXXVI instauravit.» «El ministro, á lo que parece—dice Mr. Croker—no era mal latino, pues *Philarchus* es una expresión felicísimamente buscada para expresar la autoridad benévola y paternal del jefe de un clan» (tomo II, página 458). No lo entendemos así, porque la obra maestra del eminente humanista, según Mr. Croker, aun siendo breve, contiene varias palabras que tanto son coptas como latinas, y esto sin decir nada de la estructura de la frase. Por lo que hace á la palabra *Philarchus*, aun cuando expresara de un modo feliz la paternal y benevolente autoridad de un jefe de Clan, nada probaría en favor del latín del ministro, aunque sí algo en pro de sus conocimientos en el griego; pero es evidente que la palabra *Philarchus* significa, no el hombre que gobierna con amor, sino el hombre que ama gobernar. Los escritores áticos de la mejor época emplean la palabra φίλαρχος en el sentido que le atribuímos ahora. ¿Traduciría Mr. Croker φιλόσοφος por hombre que adquiere riquezas por medio del amor, ó φιλοκερδής por hombre que gana dinero por medio del amor? En verdad que no hace falta ser un Bentley ó un Casaubón para descubrir que *Philarchus* es lisa y llanamente falta de ortografía, y que debe de escribirse *Phylarchus*, jefe de tribu.

También ha tenido la bondad Mr. Croker de servirnos un poco de griego á su manera.

«En el altar, dice el doctor Johnson, recomendé mis Θφ.» «Estas palabras, que no parece haber comprendido el doctor Strahan—prosigue nuestro flamante comentarista—significan probablemente Θνητοι φιλοι, esto es, amigos difuntos» (tomo IV, pág. 251) (1). No era el doctor Johnson muy perito en el griego, pero sabía más de esta lengua que la mayor parte de los jóvenes cuando salen del colegio; y es lo cierto que ningún estudiante se hubiese atrevido á emplear la palabra Θνητοι en el sentido que le da Mr. Croker sin exponerse á ser castigado inmediatamente.

Asimismo nos da Mr. Croker una muestra de su aptitud para traducir del latín. Porque como Johnson hubiera escrito á su amigo, el doctor Lawrence, pidiéndole parecer para sangrarse, y la carta contuviese las siguientes palabras: «*Si per te licet, imperatur nuncio Holderum ad me deducere*», traduce Mr. Croker: «Si consiente usted en ello, le suplico que diga al mensajero que me traiga á Holder» (tomo V, pág. 17). Johnson hubiera debido decir *imperatum est;* pero, no

---

(1) No falta quien haya querido justificar este error, citando un texto muy corrompido de Ἱκέτιδες de Eurípides:

Βάδι καὶ ἀυτλασον γονάτων, ἔπι κεῖρα Βαλοῦσα,
τέκνων τε δνακῶν κομλοαι δέμας.

La verdadera lección, como sabe cualquier helenista, es

τέκνα τεδνεώτων κομίσαι δεμας

Sin esta corrección sería difícil construir la frase, aunque δνατῶν pudiese tener el sentido que le atribuye Mr. Croker.

obstante, el sentido de las palabras resulta perfectamente claro, y es éste: «Si dice usted que sí, el mensajero tiene encargo de traerme á Holder»; lo cual es muy otra cosa de la que Mr. Croker escribe; razón que nos mueve á darle un consejo: el de tomar maestro de latinidad.

No es posible abrir un tomo de la obra y hojearlo dos minutos siquiera por cualquier lado, sin tropezar con alguna falta. Decía Johnson, en su vida de Tickell, que un poema titulado *El Viaje Real*, que se contiene en el último volumen del *Espectador* (1), lo escribió su autor al advenimiento de Jorge I, y que la palabra *llegada* sustituyó á la palabra *advenimiento* en seguida. «Observará el lector—dice Mr. Croker—que el vocablo whig *advenimiento*, que podría implicar la idea de legalidad, quedó sustituído con la expresión del hecho de la *llegada* del rey Jorge» (tomo IV, pág. 425). Verdad es que Johnson no era

(1) Addison y Steele redactaron principalmente el *Spectator*, cuyo primer número apareció el 1.° de Marzo de 1711. Se suspendió su publicación el 6 de Diciembre de 1712, se reanudó con el número del 18 de Enero de 1714, y cesó definitivamente el 20 de Diciembre del mismo año.

Los artículos de este periódico se han traducido en todos los idiomas, contribuyendo por modo eficacísimo á la fama de Addison. El *Tatler* y el *Spectator*, aquel precursor de éste, realizaron por primera vez en la prensa inglesa el pensamiento de ofrecer un cuadro completo de las costumbres de su época, censurando sus vicios, señalando sus defectos, y aplaudiendo sus cualidades; empleando para mejor conseguir sus fines las formas y medios más ingeniosos y cultos.—(N. DEL T.)

whig, sino tory fanático; pero no fué nunca tan desatinado como pretende Mr. Croker en este caso. En la vida de Granville, ó si se quiere de Lord Lansdowne, que aparece á poca distancia de la de Tickell (1) y en el mismo tomo, se hace mención del advenimiento de Ana y del de Jorge I, pues si Johnson empleó la palabra *llegada* en la vida de Tickell fué, lisa y llanamente, porque el asunto del poema titulado *El Viaje Real* era, no el advenimiento, sino la llegada del Rey, cuyo advenimiento al trono se verificó dos meses próximamente después de su llegada.

La falta de penetración del editor es, las

---

(1) Tickell nació en Bridekirk el año 1686 y murió el de 1740. Comenzó su carrera literaria tributando grandes y merecidos elogios á las obras de Addison, que le valieron después su protección. Al ser nombrado Addison secretario de Estado, en 1717, lo designó para una subsecretaría. En 1725 lo nombró el Gobierno secretario del *Lord Chief-Justice* de Irlanda, cargo que desempeñó hasta su fallecimiento. A propósito del *Viaje Real* dijo Johnson, que ni era sublime ni trivial. Tickell tradujo en verso el primer canto de la *Ilíada*, oponiendo su traducción á la de Pope, obra que no agradó á Johnson, pero sí á Addison, para quien era preferible aquélla á ésta. Entre otras producciones suyas se cita su *Carta de una señora inglesa á un caballero de Avignon*, en la cual se muestra decidido campeón de la casa de Hannover, representada entonces por la majestad del rey Jorge I, con motivo de cuya llegada escribió el poema titulado *El Viaje Real*. A la muerte de Addison hizo una edición de sus obras, precedida de una elegía, escrita por él, que mereció á Johnson los mayores elogios, y la comparó con las mejores producciones análogas que hayan visto la luz en lengua inglesa.—(N. DEL T.)

más de las veces, risible; como que dice á cada paso que no puede comprender tal ó cual pasaje del texto, que comprende todo el mundo en fuerza de su claridad. «Mattaire, dice el doctor Johnson, escribía versos latinos de vez en cuando, y publicó, siendo ya viejo, una colección de ellos bajo el título de *Senilia*, dando muestras de tan escaso saber y buen gusto literario que hace un dáctilo del nombre de Carteret.» Y pone una nota del tenor siguiente: «El editor no comprende la objeción ni la observación que sigue.» Pues bien, la observación que sigue, y que no puede comprender Mr. Croker, se reduce á esto: «En materia de genealogía, dice Johnson, es necesario dar los nombres como son; pero cuando se escribe en verso ó en prosa un poco elegante, fuerza es darles cierta inflexión.» Lo cual está de tal modo claro que si Mr. Croker hubiese dicho á Johnson que no lo entendía, probablemente le hubiera contestado el doctor de igual modo que lo hizo en otra circunstancia. «Le he dado á usted una razón, señor mío; lo que no he podido comunicarle es criterio.» Por lo demás, cuantos saben algo de latín, saben de sobra que en las tablas genealógicas puede tolerarse que se diga *Joannes Baro de Carteret*, ó *Vicecomes de Carteret;* pero que, cuando se compone con cierta elegancia es necesario escribir *Carteretus*, ó adoptar cualquiera otra forma que se preste á la inflexión.

Casi todos nuestros lectores conocen, sin duda, los dos dísticos de Sir Guillermo Jones acerca del modo como debe de distribuir

el tiempo un jurisconsulto: uno de los dísticos está traducido del latín, y el otro es original. Dice así el primero: «Seis horas para dormir, seis para estudiar, cuatro para rezar, y lo demás para vivir.» «Mejor será, dice Sir Guillermo, dar seis horas al estudio, siete al sueño, diez á la vida y todo al cielo.» El segundo dístico preocupa grandemente á Mr. Croker. «Sir Guillermo, dice, reduce la duración del día á veintitrés horas, y el precepto general de consagrar «todo al cielo», suprime la consagración particular de cierto momento del día á los ejercicios religiosos» (tomo v, pág. 233). No podíamos imaginar que la falta de buen sentido llegase al punto de no comprender el de estos versos (1), porque si Sir Guillermo distribuye veintitrés horas entre ocupaciones diversas, claro está que no le queda más de una para la devoción; y como el lector espera que concluya el verso diciendo: «y una hora á Dios», el chiste está en la sustitución inesperada de *todo* á *una*. El chiste no vale cosa mayor; pero en cambio está claro, tanto que no ha parecido nunca obscuro á nadie, ya sea hombre, mujer ó niño.

Después de haberse arruinado Tom Davies vendiendo libros, se propuso ganarse la vida con la pluma. Johnson lo llamaba «autor engendrado por la corrupción de un librero», aludiendo claramente á la famosa doctrina de los antiguos fisiólogos; y aun cuando Dryden

(1) Los versos de Sir Guillermo Jones dicen así:

«Six hours to law, to soothing slumbers seven,
Ten to the world allot, and all to heaven.»

aludió también á esta doctrina en caso parecido, antes de que viniese Johnson al mundo, Mr. Croker no comprende lo que quiso decir el doctor, y escribe lo siguiente: «Esta frase no se me antoja clara.» Y, á seguida, se pone á discurrir sobre la generación de los insectos, sobre el desarrollo de una vida mejor, y Dios sabe sobre cuántas cosas más! (tomo IV, pág. 323).

Pondremos ahora un ejemplo más extraño todavía del talento del editor para descubrir dificultades en las cosas más sencillas. «A ninguno, dice Johnson, que sea sabio y virtuoso, puede hacérsele hoy día obispo»; y añade Boswell: «A esta observación sobradamente justa, hay algunas excepciones brillantes que oponer»; pero Mr. Croker, que no entiende la naturalidad y la sencillez con que está dicho esto por Boswell, advierte que no puede menos de parecer extraño que un escritor califique de *sobradamente justa* la misma observación que no estima universalmente justa» (tomo III, pág. 228).

La mayor parte de las *dos mil y quinientas* notas que se precia el editor de haber añadido á las de Boswell y de Malone se compone de reflexiones tan insulsas y triviales, que la persona menos entendida sería capaz de hacerlas más discretas y atinadas, y que las personas peritas hallaran poco interesantes para leídas; como que las notas de Mr. Croker nos recuerdan, sin querer, las profundas y originales reflexiones que las costureras y los mozos de almacén escriben con lápiz por los márgenes rotos de las novelas de cierto

género, v. gr.: «¡Así me gusta!». «Esto no me gusta.» «¡Ese hombre es tonto!» «La señora de Tal sabe donde le aprieta el zapato.» Porque Mr. Croker nos interrumpe á cada paso, en lo mejor de la relación más interesante, para decirnos que, con efecto, el doctor Johnson estaba muy mal criado; que, cuando discutía, más le importaba ganar que decir la verdad; que su afición al vino de Oporto mezclado con jarabe de culantrillo no podía ser más ridícula; que Boswell era impertinente hasta dejarlo de sobra; que Mrs. Thrale hizo muy mal casándose con su maestro de música, y así sucesivamente.

No es posible hablar mejor de la forma que del fondo de las notas de Mr. Croker, pues en todas ellas hallamos palabras incorrectamente aplicadas y construcciones que violentan las reglas más elementales de la gramática. En una parte escribe: *mutual friend* (amigo mutuo), por *common friend* (amigo común); en otra, dice: *fallacy* (discurso falso), por *falsehood* (falsedad); aquí nos pierde y desespera en un laberinto de pronombres; allí, con la ausencia de alguno que nos haga inteligible un período. Bien será decir, no obstante, que acaso alguno de los solecismos que plagan la obra deben de atribuirse al impresor, que ha hecho cuanto ha podido para llenar de toda clase de faltas el texto y las notas, como si de acuerdo con el editor y estimulado por él, hubiese querido contribuir á que fuese aún más detestable la manufactura de Mr. Croker.

Cuando prescindimos de los comentarios

de Mr. Croker para volver á repasar el texto de nuestro antiguo Boswell, lo hallamos, no solamente peor impreso que en cualquier otra edición que conozcamos, sino es mutilado de la manera más caprichosa. Demás de esto, el editor toma sobre sí el relegar al apéndice, sin asomos de razón, muchas cosas que Boswell insertó en el cuerpo de la narración, y por igual modo cambia ú omite pasajes enteros que considera inconvenientes. No se nos alcanza esta mojigatería, porque no se contiene la menor cosa en el libro de Boswell que sea inmoral, ni que inflame las pasiones; y si bien es cierto que á las veces emplea ciertos vocablos un tanto transparentes, también lo es que el texto de la *Biblia*, que se lee mañana y tarde en las iglesias, abunda en idéntico defecto, sin que á nadie le haya ocurrido expurgarlo.

Mr. Croker, que, por lo visto, se propuso desempeñar del modo más caprichoso su difícil cometido, en vez de una palabra inglesa enérgica, y como antes se decía, con la cual están familiarizados cuantos leen la *Biblia*, emplea en ciertos pasajes un sinónimo que atenúa su fuerza, mientras que la deja en otros íntegra y sin menoscabo alguno. Si la palabra debía suprimirse, ¿por qué no lo hizo en todos los casos? Si no debía suprimirse, ¿por qué hacerlo en algunos casos? Hay un párrafo en el cual suprime Mr. Croker, en absoluto, una breve alusión hecha por Johnson á cierto negocio poco decente, pero tan breve, que ni aun habíamos caído en la cuenta de lo que quiso decir hasta que la nota del

editor hizo que nos fijásemos en el caso. Ciertos estamos de que aquellos por quienes se hacen expurgos en los libros no habían tenido más perspicacia. Pero, si tan meticuloso es Mr. Croker, ¿por qué deja en otro lugar y acerca del mismo asunto una broma pesada y grosera del Dr. Taylor, verdadero soecismo que acaso hubiese sido el único pasaje de la obra de Boswell que habríamos suprimido?

Más todavía que de las omisiones debemos quejarnos de las adiciones. Porque en el texto de Boswell ha intercalado Mr. Croker la mitad del libro de Mrs. Thrale, fragmentos considerables de las obras de Tyers (1), de Murphy (2)

---

(1) Erudito inglés, que nació en 1726 y murió en 1787. Fué grande amigo de Johnson. Poseyó inmenso caudal de conocimientos, pero sin profundidad. Publicó sus obras en corto número de ejemplares, y entre otras, dió á la estampa el *Bosquejo biográfico del Dr. Johnson*, en 1784. Una de sus obras más notables fué *Las Conferencias políticas entre varios grandes hombres del siglo precedente y del actual*, que pareció en 1781.—(N. DEL T.)

(2) Literato y poeta dramático inglés que falleció en 1805. Se dedicó, primero á la banca, después á la literatura, y de allí á poco, aconsejado del célebre actor Foote, se hizo cómico. Dejó el teatro en vista de sus fracasos escénicos y siguió la carrera de leyes. Durante sus estudios escribió algunas obras dramáticas, imitando la manera de Crebillon y de Voltaire, y dirigió un periódico político auxiliar de la administración de Fox. En 1763 abrió su bufete y ejerció la abogacía hasta 1787, en que lo nombraron comisario de quiebras. Escribió el poema *Las Abejas*, la *Vida de Garrick*, el *Arminio* y varias traducciones de Tácito, Salustio y Marmontel.—(N. DEL T.)

y de Cradock (1), y extensas disertaciones de Sir John Hawkins, sin contar sus notas particulares y esclarecimientos. No somos de este parecer, porque siguiendo semejante sistema, cualquier editor podría dar á la estampa un Tucídides comprensivo de Diodoro, é incorporar las *Vidas* de Suetonio á la *Historia* y los *Anales* de Tácito. Mr. Croker dice que, al proceder así, pone por obra el plan que no realizó Boswell, por impedírselo la ley de propiedad literaria. Mucho dudamos de que Boswell tuviese tal idea, entre otras razones, porque se abstuvo cuidadosamente de utilizar pormenores y detalles, publicados por sus rivales, en muchos casos en que hubiera podido hacerlo sin exponerse á merecer el epíteto de pirata literario. El mismo Mister Croker reconoce con justicia que Boswell no quiso nunca deber nada á Sir John Hawkins (2); y lo cierto es que si Boswell hu-

(1) Literato inglés, que nació en 1742 y murió en 1826. Excelente músico y autor de las *Cartas escritas de Snowdon*, de las *Memorias de la aldea*, de la *Relación descriptiva de algunas de las partes más románticas del norte de Gales*, de la *Fidelia*, de las *Memorias literarias y miscelánea*s, obra curiosísima y llena de noticias interesantes, y del *Tzar* y de la *Zobeida*, tragedias. Fué hombre fastuoso y pródigo, amable y distinguido.—(N. DEL T.)

(2) Renombrado musicógrafo inglés, que nació en 1719, y murió en 1789. Siguió la carrera del foro; pero muy luego abandonó su profesión para dedicarse á la literatura. John Stanley puso en música sus *Cantatas para la voz y los instrumentos*. En 1776, al cabo de diez y seis años de trabajo, dió á luz la importante *Historia de la ciencia y de la práctica de la música* (5 tomos en 4.° con grabados),

biese citado á Sir John y á Mrs. Thrale habría empleado el criterio y el buen gusto de que lo dotó Naturaleza para escoger las citas y comentarlas con perfecta libertad, y que estas citas, bien escogidas y mejor comentadas, se habrían convertido en trabajos originales, fundiéndose en la obra de tal modo que nadie descubriese las uniones y todo pareciese uno é indivisible,

«..... *ut per lœve severos*
Effundat junctura ungues.»

No acontece así con los fragmentos ingertados por Mr. Croker, porque ni están escogidos, ni tampoco mezclados con el texto, como lo hubiera hecho Boswell, y difieren tanto de las citas del texto original de la *Vida de Johnson*, como las ramas secas, desprendidas de su tronco y esparcidas por el suelo, difieren de los árboles hábilmente trasplantados con todas sus raíces.

Pero no solamente desfiguran estas anécdotas el libro de Boswell, sino que aparecen ellas mismas desfiguradas; como que las páginas de Mrs. Thrale pierden su encanto al pasar por las manos del editor, desapareciendo de ellas la vivacidad femenil y la ternura, y

---

obra que á pesar de las interesantes y profundas investigaciones que contiene, fué acogida con frialdad. También publicó, en 1763, unas *Observaciones acerca del estado de las carreteras y de la legislación que se refiere á ellas.* El rey Jorge III lo creó caballero en recompensa de sus servicios en la magistratura. Fué amigo de Johnson y perteneció al *Club* fundado por él.—(N. DEL T.)

el estilo natural é incorrecto como una conversación, y los aires que á las veces toma de doctora, y su charla deliciosa, y sus epítetos amables; todo, en fin, cuanto es propio y espontáneo y liso y llano, para ser reemplazado del artificio. Mrs. Thrale deja de hablar en primera persona, y, gracias á este procedimiento de transfusión, sus anécdotas se tornan en cosa tan insípida como el vino de Champagne servido en jarros á manera de cerveza, ó como Herodoto traducido por Beloe (1). Sir John Hawkins no ha perdido nada con el método de Mr. Croker, dicho sea en honor de la verdad; pero esto se debe á que no tenía nada que perder.

El plan que hubiera debido adoptar Mister Croker es muy sencillo. Bastábale reimprimir la narración de Boswell, tal y como Boswell la escribió, y poner en notas ó en apéndices cuantas anécdotas creyese deber apropiarse de otros autores; operación que habría sido infinitamente más cómoda para el lector, que, merced al procedimiento seguido por Mr. Croker, se ve obligado á repasar los márgenes para enterarse de si lee á Boswell, á Mrs. Thrale, á Murphy, á Hawkins, á Tyers, á Cradock ó á Mr. Croker. Por lo que hace á la inserción del *Viaje á las Hébridas* en la *Vida*, dudamos mucho de la convenien-

(1) Vicario de Earlham. Se dedicó después á la literatura y fué á Londres. Erudito y estilista. Tradujo á *Herodoto*, á *Aulo Gelio*, á *Colutho* y *Alciphron*. Publicó también, en 6 tomos, una serie muy curiosa de *Anécdotas bibliográficas y noticias de libros raros*. Murió en 1817.—(N. DEL T.)

cia de hacerlo, porque en las dos obras existe una diferencia muy sensible. Johnson revisó la mayor parte del manuscrito del *Viaje;* pero no vió nunca, que sepamos, una página de la *Vida.*

Y ahora, bien será decir que las grandes obras del humano ingenio deben de leerse tal y como sus autores las produjeron, y que sus editores han de procurar que así sea, poniendo de su parte los medios conducentes á este fin. Tan persuadidos estamos de que así es obligación hacerlo, que, aun tratándose de obras científicas, y por más que las ciencias señalen diariamente grandes progresos, y á pesar de que las novedades que pueda introducir un discreto editor moderno en un libro antiguo, en el cual se traten asuntos de filosofía natural ó política, sean eficaces á mejorarlo, creemos que no debe de tocarse al texto primitivo. Porque si en nuestros días, cuando se han descubierto algunos errores en las especulaciones de Adán Smith, y halládose medios directos para llegar á las demostraciones que Sir Isaac Newton conseguía siguiendo senderos arduos, y á vueltas de grandes rodeos, consideramos con una manera de respeto parecido á la veneración el libro de *La Riqueza de las Naciones* y los *Principia*, y nos dolería mucho ver retocadas cualquiera de estas grandes obras, aunque fuese por mano peritísima, ¿qué diremos tratándose de obras que deben mucha parte del interés que inspiran al carácter y á la situación del autor mismo? ¿Quién, si no, que se halle dotado de un poco de buen gusto y de

tacto, ha podido sufrir nunca los *rifacimenti*, las armonías, los compendios y las ediciones expurgadas? ¿Quién el que lee una obra dramática tal y como se representa en el teatro, cuando puede leer el original? ¿Quién ha leído nunca el Milton de Mrs. Siddons? (1). ¿Quién ha tenido valor de llegar hasta la décima página siquiera de la traducción del *Viaje del Peregrino*, de Bunyan, puesta en inglés moderno por Mr. Gilpin? (2). ¿Ni quién querrá perder en el laberinto de un *Diatessaron* el encanto particular que pertenece por derecho propio al relato del discípulo amado de Jesús? Lo que siente dentro de sí quien se pone por medio de la lectura en comunicación íntima con una grande obra original es lo que Adán sentía por su compañera, y expresaba diciendo: «Aun cuando crease Dios otra Eva, y yo diese para formarla otro pedazo de mí mismo, nunca so

---

(1) Sara Kemble, Siddons por su marido, fué una de las actrices más renombradas de Inglaterra, y brilló en el género trágico principalmente. Su padre y hermanos fueron también actores. Recibió esmerada educación, y esto unido á sus grandes dotes para la escena, á la hermosura de su cuerpo, á la gracia y expresión de su fisonomía, á la dulzura de su voz y á la corrección incomparable de su acento, hizo de ella una artista seductora por la belleza y el talento juntamente. Nació en 1755 y murió en 1831.—(N. DEL T.)

(2) Biógrafo y viajero, nació en 1724. Hizo varios viajes artísticos por Inglaterra, y dió á luz brillantes descripciones del país de Gales, de las montañas de Escocia y del Hampshire. También escribió las *Vidas de J. Wiclef*, *Huss*, *Jerónimo de Praga*, *J. Zisca*, *Cramer*, *Hugo Latimer*, etc.—(N. DEL T.)

borraría tu recuerdo de mi corazón », porque ni quien sustituye, por perfecto que sea, puede llenar el vacío que deja el original, ni la segunda belleza, aunque iguale ó aventaje á la primera, será como ella.

Por lo demás, las razones que aduce Mr. Croker por haber incorporado á la narración de Boswell pasajes de Sir John Hawkins y de Mrs. Thrale son eficaces á justificar la falsificación de la mitad de las obras clásicas de la literatura. Si el *Diario* de Pepys (1) y las *Memorias* de Mrs. Hutchinson se hubiesen publicado hace cien años, es indudable que Mr. Hume se habría servido mucho de ambos libros para escribir su *Historia de Inglaterra;* pero ¿habrá de seguirse de aquí que al reimprimir un editor de nuestros días la obra de Hume pueda llevar al texto páginas enteras de Pepys y de Mrs. Hutchinson? No, por cierto. La *Historia* de Hume, cualesquiera que sean sus defectos, es una obra grande y completa, producto de un talento superior que supo utilizar los materiales de que disponía, y las adiciones que hiciese otra mano en ella, si podían remediar algún que otro detalle defectuoso, perjudicarían al efecto

(1) El *Diario* de Pepys se publicó en Londres el año 1825 (2 tomos), por Lord Braybrooke. Relacionado su autor, desde 1658 á 1703, con los principales personajes de su tiempo, curioso de suyo, aficionadísimo á recoger noticias, anécdotas y detalles, así acerca de acontecimientos notables como de sucesos de pequeña importancia, consignó en su *Diario* la relación de cuanto podía ofrecer algún interés á la posteridad y ocurrió á su vista ó supo desde 1659 á 1669.—(N. DEL T.)

del conjunto por modo extraordinario. Lo propio debe decirse del libro de Boswell, porque no hay otro, que sepamos, en la literatura, que sea menos ocasionado á consentir interpolaciones, ni conocemos obra ninguna del ingenio humano que lleve más marcado el sello de su origen, ni que trascienda más al terruño donde nació; como que no se hubiera escrito de no ser su autor precisamente lo que fué por condición y carácter; circunstancias éstas personalísimas, cuyo desarrollo persigue quien lee y que prestan á la obra singular interés en muchas partes de ella que no tienen otro incentivo.

Es la *Vida de Johnson* ciertamente una obra magna, y Boswell el primero de los biógrafos, de igual modo que Homero es el primero de los poetas heroicos, y Shakspeare el primero de los dramáticos, y Demóstenes el primero de los tribunos. Diremos más: es incomparable, y de tal modo aventaja á todos sus rivales, que ni aun merece la pena de hacer mención de ellos; como que, en nuestro sentir, la historia del humano ingenio sólo presenta el caso, extraño por todo extremo, que ofrece la obra de Boswell. Porque muchos claros varones, y algunos de los más grandes de cuantos han sido, escribieron biografías; pero con ser Boswell de los medianos y vulgares aventajó y superó á cuantos le precedieron en este género de obras. Si debemos dar crédito á su propio testimonio y al testimonio unánime de cuantos lo conocieron, fué Boswell hombre de muy escasa y pobre inteligencia: Johnson hablaba de él como de

un pobre diablo, que sólo hubiera podido hacerse inmortal en la memoria de las gentes viviendo cuando se publicó la *Dunciada* (1); Beauclerk empleaba su nombre á manera de sinónimo de majadero; era el objetivo preferente de las burlas de aquella misma sociedad brillante que le fué deudora de la mejor y mayor parte de su fama; estuvo siempre dispuesto á humillarse y á degradarse delante de cualquier personaje, y á solicitar materialmente los desaires y los desprecios; si le ponían un apodo ridículo se condecoraba con él; en el Jubileo de Shakspeare se paseó por entre la muchedumbre que concurrió á Stratford-on-Avon, llevando en el sombrero una divisa que decía: *El Boswell de Córcega;* en su *Viaje* dice sin empacho que se le conocía en Edinburgo con el mote de *Paoli* Boswell; servil, impertinente, limitado, pedante, mojigato, necio, lleno de orgullo por su familia, eterno disertador de la dignidad del hombre de buena casa, corredor incansable de cuentos y chismes, olvidadizo de su decoro hásta el punto de fisgonear por las rendijas; tan afanoso de conocer á los hombres de quienes se hablaba mucho, que hizo cuanto

(1) Sátira sangrienta de Pope, cuyo nombre se deriva de *dunce*, zote, zopenco, estúpido, en la cual puso su autor como en una picota á sus enemigos literarios y á muchos que nunca lo habían sido, escarneciéndolos de una manera brutal y esencialmente inglesa. Villemain la califica de obra de mal gusto, con la cual, añade Taine, Pope tritura, no castiga, ni enseña, ni moraliza á los escritores ingleses presentes, pasados y futuros.—(N. DEL T.)

estuvo en su mano, él, anglicano fanático y tory, para que lo presentaran á Tomás Paine (1); de tal modo envanecido con las más pueriles distinciones, que cuando iba á los besamanos se hacía llevar á la imprenta donde se tiraba su libro con el traje de gala, y llamaba uno por uno á los aprendices para enseñarles sus atavíos; así fué Boswell, contento, satisfecho y feliz de ser así. Todo cuanto hubiera ocultado quien no fuese Boswell, todo cuanto al hacerse público hubiera puesto á otro en el caso de suicidarse, para su espíritu enfermizo fué motivo de alegría y regocijo. Todas las cosas ridículas que había dicho en el transcurso de su vida; todas las malas contestaciones que había recibido; cómo en cierto sitio y en cierto momento tuvo corazonadas que no se realizaron; cómo en otra circunstancia y ocasión, al despertar de una borrachera, leyó unas oraciones y arrancó un pelo al perro que lo había mordido; cómo fué á ver ahorcar y cómo volvió de mal humor; cómo añadió quinientas libras esterlinas á la dote de una de sus hijas, que aun estaba en ama, porque no se asustó de la cara de Johnson; cómo tuvo miedo, hasta perder el juicio, al verse embarcado, y cómo lo tranquilizaron los marineros cual si fuese un niño;

---

(1) Violento revolucionario y librepensador. Con su famoso folleto titulado: *El sentido común*, contribuyó eficazmente á la revolución americana, y al desarrollo de la revolución francesa con su libro: *Derechos del hombre*, en el cual impugnó la obra de Burke, en que la combatía. Murió en Nueva York, en 1809.—(N. DEL T.)

hasta qué punto llegó á embriagarse una noche en casa de Lady Cork, y cuánto enojó á las damas con su alegría, y de qué manera tan altiva contestó la Duquesa de Argyle á sus impertinencias, y cómo afeó en su cara el coronel Macleod sus indiscreciones, y cuánto rieron y sufrieron juntamente su padre y su esposa de sus necedades: he aquí lo que proclamaba y repetía sin empacho á todo el mundo, cual si fueran estas enormidades otros tantos motivos de orgullo y de satisfacción; caprichos ridículos, naderías, ilusiones de la vanidad, antojos de hipocondriaco, castillos en el aire, todo, en una palabra, cuanto le ocurría, luego al punto lo apuntaba con tanta complacencia é impasibilidad, y se ofrecía por ende tan voluntariamente en espectáculo á las gentes, haciendo su eterno papel de imbécil con tanto agrado y naturalidad que no es posible hallar otro ejemplo de aberración semejante en toda la historia de la especie humana. Boswell maltrató á muchos; pero puede asegurarse que nunca jamás maltrató á nadie con el ensañamiento que á sí propio.

Cosa singular es ciertamente que un hombre como Boswell haya escrito uno de los mejores libros de cuantos existen; pero no estriba sólo en esto lo extraordinario del caso. Porque son muchos los hombres que se han conducido como imbéciles en la vida práctica y cuya conversación no dió nunca indicios de facultades superiores, y que han legado á la posteridad obras de mucha importancia: algún contemporáneo de Goldsmith dijo de él

con justicia «que parecía un idiota inspirado»; otro añadió que «hablaba como un necio y escribía como un ángel»; La Fontaine, rodeado de gentes, parecía tonto, y sus tropiezos y equivocaciones en tales casos fueron sinnúmero; pero es lo cierto también que tales hombres ganaron gran fama literaria en el mundo, á pesar de sus flaquezas, en tanto que Boswell alcanzó esa fama literaria á causa de ellas. Si no hubiese sido un mentecato, no habría llegado á ser un gran escritor; como que sin las condiciones de carácter que lo hicieron juguete y martirio al propio tiempo de las personas entre las cuales vivió, sin su oficiosidad, su indiscreción, su cinismo, su ridiculez, su indelicadeza, no hubiera producido nunca un libro tan excelente.

Fué un esclavo por su voluntad, orgulloso de su servidumbre; espía, convencido de que su curiosidad y su prurito chismográfico eran virtudes; amigo poco seguro, porque sin escrúpulo alguno pagaba la hospitalidad más liberal con los más indignos abusos de confianza; hombre sin delicadeza y sin vergüenza, y tan falto de criterio que ni comprendía cuándo y cómo agraviaba á otros, ni cuándo y cómo se ponía en ridículo y se ofrecía en espectáculo á los demás; y precisamente por haber sido todo esto, aventajó por modo prodigioso en una importantísima rama de la literatura á escritores tales como Tácito, Clarendon, Alfieri, y aun Johnson, su propio ídolo.

Boswell carecía de todo en todo de las circunstancias que constituyen generalmente los

grandes autores: no hay en todos sus libros una sola idea que le pertenezca sobre la literatura, la religión, la política ó la sociedad que no sea insulsa ó disparatada, y sus disertaciones sobre la nobleza hereditaria, la trata de negros y la cuestión agraria demuestran lo que decimos de tal modo, que haríamos un cumplido extravagante á los fragmentos enunciados calificándolos de sofísticos, porque no son sino desatentados y absurdos; las observaciones que hace durante el curso de la obra, con ser innumerables, todas están muy por bajo del nivel intelectual de un muchacho de quince años; sus cartas, de las cuales inserta muchas, rebosan de insulseces y declamaciones; lógica, elocuencia, buen gusto, ingenio, en una palabra, cuanto da importancia y mérito á un libro, le faltan por completo; sólo se nota en él buen golpe de vista y memoria tenaz, y esto, que apenas habría bastado para darlo á conocer si hubiese sido persona discreta y digna, bastó para inmortalizarlo por lo mismo que no fué nunca ni lo uno ni lo otro.

Aquellas partes de su libro que no tienen por sí mismas valor ninguno cuando se las examina separadamente, deleitan al que lee cuando busca en ellas el desarrollo del carácter de su autor, pues siendo malas por sí mismas bajo el punto de vista dramático, son buenas como las sandeces del juez Shallow, la jerga del Dr. Caius (1) y los consonantes

(1) El Dr. Caius fué médico de los reyes de Inglaterra Eduardo VI, Isabel y María. Publicó varias

fuera de lugar de Fluellen. De cuantos han escrito sus confesiones, el más cándido es Boswell. Otros, que tuvieron la pretensión de revelarnos los misterios de sus corazones, como Rousseau y Byron, por ejemplo, escribieron evidentemente con el propósito de producir efecto, siendo por ende indispensable desconfiar tanto más de sus confidencias, cuanta más sinceridad aparentan; como que habrá pocos hombres que no prefieran acusarse de grandes crímenes y de pasiones siniestras y tempestuosas, á descubrir sus miserias y necedades, y que será siempre más fácil hallar quien confiese haber cometido acciones como las de César Borgia ó Danton, que quien consienta en soñar en alta voz, á la luz del día, de igual modo que Alnaschar y Malvolio. Las flaquezas que la mayor parte de los hombres guardan escondidas en los más recónditos repliegues del corazón, ocultos á la amistad y al amor, son precisamente aquellos de que Boswell hizo siempre alarde á la vista de todo el mundo; y fué franco hasta ese punto, porque la pobreza de su espíritu y los movimientos tumultuosos de su carácter le impedían comprender que se ponía en ridículo, descubriéndose cual lo hacían los habitantes del Palacio de la Verdad.

---

obras de medicina, entre otras el tratado *De canibus britannicis*, y fundó y costeó la edificación del colegio de Gouvil. Nació en 1510. También hubo en Inglaterra otro Dr. Caius, teólogo y rector que fué de la Universidad de Oxford, que escribió una disertación titulada *Asertio antiquitatis oxoniensis Academiæ*, é hizo traducciones de Erasmo y de autores griegos. Murió en 1572.—(N. DEL T.)

Es muy grande y será muy duradera la fama de Boswell; pero es y será siempre una fama singular, parecida por modo maravilloso á la infamia. Ni sabemos tampoco de otro caso en que las gentes hayan establecido diferencias tan grandes entre un libro y su autor. Porque si en general se consideran el autor y el libro como una cosa misma, y admiramos al autor por el libro, con Boswell no acontece así, formando él la única excepción de la regla, en nuestro sentir, pues al propio tiempo que todos reconocen que su obra es interesante por extremo, instructiva, original en grado sumo, nadie lo estima y todos lo desprecian; como que todo el mundo lo lee y se complace repasando sus páginas, y ninguno tiene palabras de respeto ni de admiración para el hombre á quien debe tanta enseñanza y tan grato solaz. Buena muestra es de ello que mientras se sucedían rápidamente las ediciones de su libro, el hijo de Boswell, al decir de Mr. Croker, andaba corrido de vergüenza y no quería que le hablasen del éxito alcanzado por su padre. Y era natural que fuese así, porque veía Sir Alejandro que bajaba en el concepto público la opinión del autor todo lo que subía la celebridad de su obra. ¡Qué más, si los mismos editores y comentaristas de los libros de tan malaventurado autor han procedido con él como los puritanos casuistas que tomaban las armas en nombre del rey contra su persona, y atacan al escritor al propio tiempo que alaban sus escritos! Mr. Croker, por ejemplo, publica dos mil quinientas notas sobre la *Vida de Johnson*, sin mencionar al biógrafo

cuyo trabajo comenta laboriosamente, como no sea para cubrirlo de ignominia.

No diremos con esto que Boswell fuese malo; pero la maldad del peor de los libelistas no hubiera lastimado más profundamente á sus víctimas que su charla desatentada. Y como era de todo en todo insensible á las burlas y desprecios, y entendía que los demás tenían la epidermis al modo de la suya propia, ni conocía de lejos siquiera la vergüenza, se ofrecía sin reparo alguno á la vista de las gentes tal cual era, esto es, fisgón, hablador, chismoso, lacayuno, fatuo y necio, sin advertir que los agravios que hacía con sus impertinencias le atraían un diluvio de invectivas y de insultos. ¿Podrá parecer extraño que quien tan poco discreto se mostraba consigo mismo aun en casos graves, y tan olvidadizo ó ignorante hasta de las más leves nociones del decoro y de la dignidad humanas en lo que á él hacía, no entendiese nada en orden al honor, al decoro y á la dignidad de los demás? ¿Cómo, si no, hubiese osado publicar las enormidades que dió á la estampa, tratándose de personas á quienes amaba y respetaba, según decía? En cuanto á Johnson, bien puede asegurarse que lo hubiese tornado tan despreciable como á sí propio si su héroe no hubiese poseído verdaderamente ciertas prendas morales é intelectuales de orden muy superior; y la mejor prueba de que fué hombre muy extraordinario está en que, á pesar de su biógrafo, lejos de disminuir su fama, creció y subió de punto, merced precisamente á una obra en la cual se ponen de manifiesto á la

expectación pública todos sus defectos y flaquezas con menos miramiento que lo ha sido en las publicaciones de Churchill (1) ó de Kenrick (2).

Johnson, viejo y ya en la plenitud de su fama, y dueño de caudal suficiente para ocurrir á sus necesidades, aparece á nuestra vista más exacta y completamente que ningún otro personaje histórico. Porque cuanto se refiere á su persona, su traje, su peluca, su traza, su rostro, sus escrófulas, su baile de San Vito, su balanceo al andar, el parpadeo continuo de sus ojos, las manifestaciones externas que demostraban en él con harta elocuencia cuán satisfecho estaba de su comida, de su afición insaciable á la salsa de camarones y

---

(1) Churchill fué poeta satírico. Nació en 1731. Escribió la *Rosciada*, de Roscio, el famoso actor romano; sátira virulenta contra todos los actores de su tiempo, excepto Garrick; y como lo atacasen rudamente tambien por consecuencia de esto, replicó en la *Apologia*, sátira no menos agresiva contra periodistas, poetas y actores.

Inspirado de Wilkes, escribió la *Profecia del hambre*, obra notable por la energía y la facilidad de sus versos. Su *Epístola á Hogarth* fué causa de la muerte de éste.

La elocuencia y soltura de su estilo son muy notables; pero se dejó llevar á las veces de sus malos instintos, y descendió hasta la calumnia y la difamación. Murió en 1764.—(N. DEL T.)

(2) Autor dramático y crítico inglés, que nació en 1710. Valiéndose de una superchería, dió al teatro *Las Bodas de Falstaff*, atribuyendo la obra al mismo Shakspeare. *La Viuda*, *El Pródigo* y *El Duelista* son dramas suyos. Hay de él una colección de *Epístolas filosóficas y morales*. Su buen gusto era exquisito, y clarísimo su ingenio.—(N. DEL T.)

al pastel de ternera con uvas de Corinto, su sed inextinguible de té, su manía de tocar los guardacantones cuando paseaba por la calle, su misteriosa costumbre de coleccionar cortezas de naranja, su pereza y su somnolencia por la mañana, sus discusiones nocturnas, sus contorsiones, sus frases á media voz, sus gruñidos, su resoplar, su elocuencia vigorosa, incisiva y pronta, su espíritu sarcástico, su vehemencia, sus atrevimientos, sus accesos de cólera, sus compañeros tan extraños y ridículos: el viejo Mr. Levett y la ciega Mrs. Williams, el gato *Hodge* y el negro Frank; con todo, en una palabra, nos familiariza de igual modo que lo estamos con los objetos que conocemos y nos rodean desde la infancia. Lo que nos falta en el libro de Boswell son detalles circunstanciados y exactos acerca de los años de la vida de Johnson durante los cuales tomaron su carácter y sus modales el doblez definitivo. Es decir, lo conocemos como lo conocieron aquellos que podían ser sus hijos, no como los hombres de su misma generación. El famoso *Club*, cuyo socio más distinguido era él, contaba con pocas personas que recordasen la época en que todavía no había llegado su reputación á ser universal, y su porte y sus modales á formarse completamente; como que ya tenía nombre Johnson en la república literaria cuando Reynolds y los Warton aun eran niños, y tenía próximamente veinte años más que Goldsmith, Burke y Gerardo Hamilton, y cerca de treinta más que Gibbon, Beauclerk y Langton, y casi cuarenta más que Lord Stowell, sir William

Jones y Windham. Bosvell y Mrs. Thrale, que son los escritores que más datos y noticias nos han suministrado acerca de él, no llegaron á conocerlo hasta que tuvo cumplidos cincuenta años, cuando gozaban fama de clásicas la mayor parte de sus grandes obras, y vivía desahogadamente con la pensión que le daba la Corona. Entre los hombres eminentes que fueron compañeros íntimos suyos al término de su carrera, si no recordamos mal, el único que lo conoció durante los diez ó doce primeros años de residencia en la capital, fué Garrick, y no creemos que David Garrick viese mucho entonces á Johnson.

Johnson llegó precisamente á Londres en el momento histórico en que la condición del literato era mísera cual nunca, y estaba humillada como jamás; pudiendo decirse que llegó en la noche que separaba dos días de sol espléndido. El siglo de la protección había pasado; el de la curiosidad y de la inteligencia generales no había llegado aún. Ahora es tan considerable el número de lectores, que un autor popular puede vivir holgada y aun lujosamente con el producto de sus obras; bajo el reinado de Guillermo III, de Ana y de Jorge I, hombres como Addison (1) y Congreve, apenas podían vivir con cierto desahogo si no tenían más ingresos que los productos de su ingenio; pero á fines del siglo XVII y principios del XVIII, si la literatura producía poco en el mercado público, quedaba

(1) Véase el estudio sobre *Addison* en el tomo XXX de la BIBLIOTECA CLÁSICA.—(N. DEL T.)

compensado el inconveniente por medio de ciertos estímulos artificiales y de un considerable sistema de recompensas y gratificaciones; como que puede muy bien decirse que nunca hubo época en la cual se premiaran tan generosa y largamente los merecimientos literarios, ni otra tampoco en la que con más facilidad se abriesen de par en par las puertas de los palacios aristocráticos á los escritores de talento, y llegasen éstos con más rapidez á ocupar puestos elevados en la administración de los negocios públicos. Los jefes de los dos grandes partidos que se dividían el reino rivalizaban en munificencia para proteger la literatura. Todavía no era Congreve (1) mayor de edad cuando recibió en recompensa de su primer comedia destinos que lo hicieron independiente por el resto de su vida. Sin sus locuras hubiese disfrutado Smith una pensión de 300 libras esterlinas que le ofrecieron para consolarlo del desastre de *Hipólito* y *Fedra;* Rowe no era solamente poeta laureado, sino inspector de Aduanas en el puerto de Londres, oficial del Consejo del Príncipe de Gales y secretario de Presentaciones del lord Canciller; Hughes era secretario de las Comisiones de la Paz; Ambrosio Philips, juez del Tribunal de Prerrogativa, en Irlanda; Locke, comisario de Apelaciones y de la Oficina de Comercio; Newton, director de la Casa de Moneda; Stepney y Prior estuvieron

(1) Véase en el tomo de la BIBLIOTECA CLÁSICA, *Estudios literarios*, el de *Dramáticos ingleses.* — (N. DEL T.)

empleados en comisiones diplomáticas de mucha importancia y lucimiento; Gay, que comenzó como aprendiz en una tienda de modas, llegó á ser á los veinticinco años secretario de legación; un poema á la muerte de Cárlos II, y el *Ratón de la corte y el del campo* valieron á Montague figurar en política, la corona de Conde, la Jarretiera, y ser auditor de Hacienda; sin las preocupaciones invencibles de la Reina, Swift hubiese sido obispo; Oxford cruzó con las insignias de su cargo por entre la muchedumbre de pretendientes que llenaba su antecámara para ir al encuentro de Parnell, cuando el ingenioso escritor abandonó á los *wigs;* Steele fué comisario del Timbre y diputado; Arturo Mainwaring fué comisario de Aduanas y auditor de préstamos, y Tickell secretario de los jueces de Irlanda y Addision de Estado.....

Esta protección liberal se puso en moda, según parece, por el magnífico Dorset, quien, de todos los nobles versificadores de la corte del rey Cárlos II, fué acaso el único que tuvo alguna inspiración poética además de su título de Conde. Montague debió su encumbramiento al favor de Dorset, é imitó durante su vida la liberalidad de su protector, á la cual estaba tan obligado; los jefes *tories*, Harley y Bolingbroke en particular, rivalizaron con los jefes del partido *whig* para favorecer el desarrollo de la literatura; más de allí á poco el advenimiento de la familia de Hannover hizo cambiar las cosas de aspecto. El poder supremo quedó en manos de un hombre que se preocupaba poco de la poesía y menos

de la elocuencia; y como la importancia de la Cámara de los Comunes comenzó entonces á subir de punto sin cesar, se vió el Gobierno en la necesidad de consagrar á los individuos del Parlamento, á cambio del apoyo que le prestaban, gran parte de los recursos y de la protección que antes consagraba á estimular el mérito literario; en lo cual abundaba Walpole (1), no nada dispuesto á distraer la más mínima parte de los fondos destinados á la corrupción, para emplearlos en cosas que reputaba por inútiles; que sir Roberto, si tenía grandes dotes para el Gobierno y la discusión, se ocupó siempre muy poco de libros y de autores, pareciéndole infinitamente mejor la más grosera ocurrencia de su amigo sir Cárlos Hanbury Williams que las *Estaciones* de Thomson (2) ó la *Pamela* de Richardson (3).

---

(1) Véase el tomo de la BIBLIOTECA CLÁSICA, titulado *Vidas de políticos ingleses*, estudio de Roberto y Horacio Walpole.—(N. DEL T.)

(2) *The Seasons* es la obra maestra de J. Thomson. La primera parte, *El Invierno*, la publicó en 1726: el público la acogió con indiferencia; pero los elogios de Spence y de Whateley la hicieron triunfar en la opinión. Sucesivamente parecieron las demás partes, que reunidas después, bajo el título de *Las Estaciones*, forman una de las obras más principales de la poesía inglesa. Hay además, de Thomson, varios poemas muy notables, una sátira patriótica contra sir Roberto Walpole, á la sazón Ministro (*La Libertad*), obras dramáticas, de las cuales, la mejor es *Tancredo y Segismundo*, imitada del Gil Blas, y el canto nacional inglés *Rule Britania*.

Las Estaciones se han traducido varias veces en prosa y verso. Thomson m. en 1748.—(N. DEL T.)

(3) Richardson fué impresor, y á esto alude lord

Bien será decir que Walpole advirtió desde los comienzos de su carrera que algunos de los escritores distinguidos á quienes elevó á la categoría de hombres de Estado el favor de Halifar, sólo sirvieron de rémora y gravamen á su partído, que los vió mudos en el Parlamento y ausentes por lo general de sus destinos. Esto explica, ya que no justifica, el que acaso no protegiese á ningún escritor durante toda su administración, dando por resultado la conducta de Walpole que los mejores de su tiempo formasen todos en la oposición, y contribuyesen á fomentar el descontento que después de producir una guerra insensata é injusta, concluyó derrocando al Ministro y dejando franco y expedito el camino del poder á hombres que valían menos y eran tan inmorales como él. La oposición nada podía ofrecer á sus panegiristas; el Palacio de Saint James nada quería darles, y

---

Macaulay. *Pamela*, *Clarisa Harlowe* y la *Historia de Cárlos Grandisson* constituyen las obras capitales de este autor, que con la primera de ellas puede decirse que creó la novela moderna inglesa. Pero si bien *Pamela* alcanzó gran celebridad y fué un verdadero triunfo literario, y se hicieron de ella cinco numerosas ediciones en un año, *Clarisa Harlowe* logró conmover á cuantos la leyeron y produjo un efecto superior al de *Pamela*, acreditando para siempre la fama de su autor.

Entre otras obras dió á la estampa las *Fábulas de Esopo comentadas* y una *Colección de cartas familiares*. Fué editor del *Diario de la Cámara de los Comunes*. Julio Janin escribió, en 1845, al frente de una traducción de *Clarisa Harlowe*, un *Ensayo sobre la vida y obras de Richardson*. M. en 1761.—(N. DEL T.)

Leicester House nada tenía que dar ni qué ofrecer.

Un escritor no debía esperar mucho de la protección de los grandes personajes del Estado cuando comenzó Johnson su carrera literaria, ni tampoco del público, porque aún no compraba libros en cantidad bastante para proporcionar á sus autores medios de vivir con cierto desahogo. Lo que pagaban á los autores, editores y libreros, era tan exiguo que un hombre de mucho talento y de incansable actividad apenas si lograba, en fuerza de trabajo, ganar el pan de cada día. Las vacas de fea vista y enjutas de carne devoraban á las vacas hermosas y gordas; las siete espigas menudas y abatidas del solano devoraban á las siete espigas gruesas y llenas, se habían cumplido los años de la hartura y comenzaban los del hambre. Y con esto pudo resumirse toda pobreza y toda miseria bajo el sólo nombre de poeta, que á la sazón servía para designar de una manera gráfica personajes vestidos de harapos, familiarizados con usureros y corchetes, y huéspedes habituales de la cárcel; miserables que movían á lástima á los mismos mendigos, pues aun siendo su condición tan abyecta como la de ellos, al menos sus aspiraciones no se dirigían á lo alto, y recibían los insultos sin el sonrojo y la humillación que los otros.

Albergados en buhardillas, comiendo en figones de la más ínfima clase frecuentados de lacayos sin acomodo, traduciendo diez horas diarias para ganar el jornal de un peón, vivir perseguidos de alguaciles por las guari-

das donde habitaban, rodeados de pobreza y respirando pestilencia; tener por cama, en verano, los bancos de las plazas y paseos, y en invierno la ceniza de las fábricas de cristal, los hospitales para morir y la fosa común para último descanso; así pasaron la vida, entonces, muchos que si hubiesen nacido treinta años antes hubieran sido socios del *Club Kitcat* ó del *Scriblerus*, y tomado asiento en los escaños de la Cámara, y recibido encargo de negociar con las grandes potencias aliadas; y si hubiesen vivido en nuestros días, hubieran recibido estímulos casi tan espléndidos de los editores de Albermarle Street ó de Paternoster Row.

Así como cada clima tiene sus enfermedades, que le son propias, cada carrera tiene sus achaques particulares, pudiendo asegurarse que entre los de esta última figuran en primera línea la vanidad, la envidia y la susceptibilidad incurable.

Y como á la sazón iban unidos á estos defectos los que son inherentes en la mayoría de los casos, á los hombres de recursos limitados, y cuyos principios se hallan expuestos á las rudas pruebas de la necesidad, no sólo eran pobres, sino además jugadores, sin que sea fácil decir cúyo era mayor desastre para ellos, si la pérdida ó la ganancia. Porque cuando les sonreía la fortuna, ya fuesen sus lucros adquiridos en el juego, ya lícitamente con el precio de sus obras dramáticas ó de sus libros, luego al punto abusaban de su favor, viéndoseles entonces olvidar largos meses de hambre y desesperación, satisfaciendo los apetitos

que despertaron en ellos imágenes seductoras que agitaron sus sueños cuando dormían sobre ceniza, ó cuya necesidad sintieron sus estómagos cada vez que se alimentaron de patatas cocidas. Una semana de abundancia y de goces era el precio de un año de angustias y miserias. Así vivieron Savage, Boyse y tantos otros; lujosamente vestidos unas veces, guardando cama otras por no tener qué ponerse; bebiendo un día *champagne* con damas de teatro, y dándose otro por satisfechos con ver y oler desde la calle lo que no podían entrar á comer; en una palabra, conociendo el lujo y la miseria y nunca el bienestar. Bien es cierto que aquellos hombres eran incorregibles; que tenían á la vida bien ordenada y frugal y sana la misma mala voluntad que los gitanos vagabundos, ó los cazadores mohicanos á las ciudades, á las murallas y á las garantías de toda sociedad culta; que así eran imposibles de domesticar como el negro, y tan apasionados como él de su libertad; ni era fácil tampoco someterlos á los deberes del hombre que vive con semejantes; ni era discreto favorecerlos, pues las personas más caritativas concluían por cansarse de acudir en auxilio de quienes disipaban al punto cuanto caía en sus manos, para volver á mendigar, ni mucho menos prudente abrirles las puertas del hogar doméstico.

Un número escaso de escritores eminentes se hallaba en condición muy diversa de los que acabamos de bosquejar á grandes rasgos. Pope, verbigracia, quedó al abrigo de la pobreza merced á la protección eficaz que los

dos grandes partidos políticos que se dividían el poder dispensaron á su Homero, siendo aún muy joven; Young recibió la única pensión que dió en su vida Sir Roberto Walpole, si mal no recordamos, al mérito literario solamente; uno ó dos de los muchos poetas que se filiaron á la oposición, Thomson y Mallet (1), particularmente, concluyeron tras crueles sufrimientos, por lograr de sus amigos políticos recursos con qué vivir; Richardson, que fué siempre hombre de buen sentido, conservó su tienda, y su tienda lo sostuvo á él, cosa que no había conseguido con sus novelas, por admirables que sean. En suma, nada tan triste, mísero y desesperado como la condición de los literatos cuando no tenían otra cosa que la pluma para ocurrir al necesario sustento. Johnson, Collins, Fielding y Thomson fueron, á no dudarlo, cuatro escritores notables entre los más sobresalientes

(1) David Mallet, poeta y literato, nació en 1700. Comenzó su carrera, denigrando ó alabando en sus artículos críticos las obras de los demás, según le pagaban los autores ó libreros. Fué secretario de Lord Bolingbroke y publicó sus obras (5 tomos en 4.°). Entró después al servicio del Príncipe de Gales, y en recompensa de un libelo que escribió contra Byng, obtuvo el cargo de contralor de marina en Londres. Era hombre vano y muy dado á los placeres de la mesa; escribía con elegancia y no carecía de inventiva. *La Escursión* es su mejor obra poética. Escribió, además, varias obras dramáticas y una *Vida de Bacon* de muy escasa importancia. Johnson decía que Mallet era el único escocés de quien hablaban mal sus compatriotas. Sus obras completas se imprimieron en Londres, el año 1769, en 3 tomos. M. en 1765.—(N. DEL T.)

que produjo Inglaterra el siglo XVIII, y sin embargo, es público y notorio á todo el mundo que los cuatro estuvieron por deudas en la cárcel.

En este abismo de calamidades cayó Johnson cuando contaba veintiocho años. Pero, desde esa época hasta el momento que cumplió cincuenta y tres ó cincuenta y cuatro años, faltan datos para escribir en orden á su vida íntima, ó mejor dicho, los antecedentes y noticias que han llegado acerca de él hasta nosotros, son poco y valén menos comparados con el caudal de pormenores auténticos y exactos que tenemos sobre su carácter, circunstancias y costumbres desde esa última fecha hasta su muerte.

Johnson salió al fin de la buardilla y el figón para entrar en los círculos de la buena sociedad. Su reputación estaba hecha. Disfrutaba de una pensión bastante á cubrir sus necesidades, y con el nombre adquirido y los recursos suficientes para vivir con holgura, se presentó á la vista de todos, sorprendiendo y admirando á una generación, con la cual no tenía ningún punto de contacto ni de semejanza.

Johnson había visto en su juventud algunas veces á los grandes personajes; pero bajo el punto de vista del menesteroso que solicita, no de quien se hombrea de igual á igual. Y como el buen gusto y la instrucción habían hecho progresos contínuos desde hacía veinte años, y los trabajos literarios se pagaban mejor, los literatos cuyo nombre comenzaba entonces á figurar y con los cuales

debía Johnson vivir en lo sucesivo, eran muy diferentes en su mayoría de los que pasaron muchas noches con él sentados en las plazas públicas por no tener albergue. Burke, Adan Smith, Robertson, los Warton, Gray, Mason, Gibbon, Beattie, Sir Guillermo Jones, Goldsmith y Churchill, eran los escritores más distinguidos de lo que puede llamarse la segunda generación del siglo de Johnson. De todos estos, acaso fuera Churchill el único en quien pudieran descubrirse los rasgos más característicos del tipo común á muchos autores, cuando llegó Johnson á Londres por primera vez, pues de los demás, apenas había uno (1) que hubiera pasado por las amarguras

(1) El autor alude acaso á Goldsmith, cuyos primeros pasos en la carrera fueron dignos de la tuna literaria de aquel tiempo.

En cuanto á los demás, Beattie fué quien verdaderamente pasó grandes trabajos en su juventud, hasta que Lord Erroll lo tomó bajo su protección y obtuvo para él la cátedra de filosofía moral en un colegio de Aberdeen, donde desplegó sus grandes dotes y conocimientos. A pesar de lo mucho que le ocupaban sus elevadas especulaciones filosóficas, halló tiempo para escribir el *Minstrel*, renombrado poema que muchos críticos colocan entre las mejores composiciones del siglo XVIII.

Como filósofo, debió principalmente su fama al *Essay on the nature and immutability of truth*, combatiendo el escepticismo. También escribió un *Estudio sobre la música y la poesía*, y *Disertaciones morales y críticas;* obras ambas que acrecentaron su reputación. Fué hombre de gran modestia, y su estilo, hablado y escrito, fácil, elocuente, viril y pintoresco; su saber profundo y extenso; el fin que se propuso bajo el punto de vista de sus opiniones religiosas, altamente moral. Murió en 1803

y los trances de la extrema pobreza; porque todos ó casi todos, muy desde los principios

---

Masón, también poeta, nació en 1725, estudió con Gray, siguió la carrera eclesiástica y fué canónigo. Fué músico excelente, escribió un estudio histórico y crítico sobre la música religiosa, y perfeccionó los pianos. Débensele además varias tragedias: *Isis*, *Elfrida*, *Caractato*, varias elegías y una oda á Pitt.

Está enterrado en Westminster al lado de su amigo Gray.

Los dos Warton fueron poetas y críticos: José, superior á Tomás como crítico; éste, superior á José como poeta.

Aquél, que nació en 1722, fué director de la escuela de Winchester, y fundador del romanticismo en Inglaterra. En un *Estudio sobre Pope*, negó á este poeta sus cualidades distintivas, esto es, invención é imaginación, y aun cuando este juicio era contrario á todo lo admitido hasta entonces en orden al particular, ha quedado como fallo inapelable de la crítica.

Sin embargo, en las obras poéticas de Warton no se advierte ninguna de las condiciones que él exigía en los demás.

Tradujo *Las Bucólicas* y *Las Geórgicas*.

Su hermano Tomás fué catedrático en Oxford y anticuario muy renombrado. Contribuyó eficazmente á cimentar en Inglaterra el gusto al arte gótico.

Entre otras obras notables, publicó la *Historia de la poesía inglesa desde fines del siglo* XI *hasta principios del* XVIII, que atesora un caudal inmenso de erudición. Sus poesías contienen pasajes dignos de Milton, al decir de los críticos. Murió en 1790.

El sabio orientalista Jones nació en 1746. Su gramática persa, que pareció en 1772, goza todavía de mucha fama. Los filósofos alemanes utilizaron el caudal de sus conocimientos para desarrollar sus brillantes teorías sobre la filología comparada, las emigraciones de los pueblos y la filiación de las creencias religiosas y de las instituciones sociales.

de su carrera, fueron recibidos en la sociedad más respetable de la metrópoli, de donde también resultó que fuesen diferentes de todo en todo, de aquellos que vivieron bajo la dependencia de Curll y de Osborne (1).

Johnson apareció entre aquellos hombres como un ejemplar rarísimo de un siglo que pasó, como el último superviviente de la verdadera raza de los trabajadores literarios de Grub Street; como el último resto de aquella generación de autores cuya miseria, degradación y costumbres disolutas dieron asunto inagotable al genio satírico de Pope.

Su traza era grotesta, enfermiza su cons-

Tradujo del sanscrito *Sacúntala*, y escribió varias obras acerca de la India y de su legislación.

El Robertson á quien se refiere aquí Lord Macaulay, es el autor de la *Historia de Escocia*, *de América* y del *Reinado de Carlos V*, el mismo que decía en una carta á Gibbon: «Cuando escribo la historia me considero delante de un tribunal, prestando declaración bajo juramento.»

Burke fué el célebre publicista y orador inglés, autor del *Estudio sobre lo bello y lo sublime* y de las *Reflexiones sobre la revolución francesa*, libro lleno de invectivas que provocó la réplica de Payne. Los ingleses lo llaman el *Cicerón británico*. A pesar de ser adversario decidido de las innovaciones políticas, abogó por la libertad americana y defendió la tolerancia religiosa y las franquicias de la prensa.—(N. DEL T.)

(1) Libreros y editores que explotaron aquella generación de literatos. Pope puso á Curll en la *Dunciada*. Publicando libros obscenos adquirió este librero cierta celebridad. Sin embargo, la novela *The Nun in her smock* (la monja en camisa), le valió ir á la picota y ser desorejado por el verdugo.—(NOTA DEL T.)

titución é irritable su temperamento. Su modo de ser, ya que no pueda decirse su método de vida, durante los primeros años de su estancia en Londres, imprimió á sus modales y aún á su carácter moral, más de una singularidad extraña, que no debía de parecer bien á los seres civilizados que fueron compañeros de su edad madura y de su vejez. El hábito incurable que contrajo de velar, la suciedad de su persona, sus accesos casi febriles de actividad, sus prolongados intervalos de pereza, su abstinencia extraña, su voracidad igualmente extraña, y su activa benevolencia, que contrastaba tanto con la constante aspereza y á las veces con la brutal grosería de sus modales cuando estaba entre gentes, hicieron de él á los ojos de aquellos con quienes vivió los últimos veinte años de su existencia, un tipo perfecto de los más originales. Pero, acaso y sin acaso, si poseyéramos noticias circunstanciadas acerca de aquellos que compartieron con él los sufrimientos de su juventud, veríamos que lo que llamamos rarezas y singularidades no fueron en su mayor parte sino defectos comunes y propios á los hombres de su profesión. En Streatham Park comía de igual modo que en Saint John's Gate, cuando se colocaba detrás de un biombo para que los concurrentes de otras mesas no le viesen los puntos de las medias y las roturas de los calzones, y comía como era natural que lo hiciera un hombre que durante una parte muy considerable de su vida pasó las mañanas sin saber con certeza si podría comer en lo restante del día. Y

como los hábitos de su juventud lo acostumbraron á soportar las privaciones con entereza, pero no á disfrutar con moderación de los goces, si podía resistir imperturbable los ayunos y abstinencias, cuando no tenía por qué privarse, no comía, devoraba como un lobo hambriento, dilatadas las venas de las sienes y sudando á gotas. Casi nunca bebía vino; pero si lo bebía era con ansia de sediento y á grandes vasos. En realidad no era esto sino una serie de síntomas modificados de la misma enfermedad moral que hacía estragos mortales en sus amigos Savage y Boyse (1), y la sequedad, la dureza y la vio-

---

(1) Poetas ambos. Ricardo Savage nació en Londres en 1698, y fué hijo adulterino de la Condesa de Macclesfield y de Lord Rivers. Sus padres lo abandonaron, pero gracias á la caridad de algunas damas de la aristocracia recibió educación conveniente. Primero se dedicó al género dramático y dió dos obras al teatro, imitadas del español. Los productos de una tragedia y de una suscrición pública le proporcionaron medios para sustraerse á la indigencia en que vivía; pero la muchedumbre de sus vicios hizo estéril el propósito de sus protectores esa vez y cuantas sus amigos y los admiradores de su ingenio quisieron hacerle bien. Fué condenado á muerte por atribuírsele el asesinato de un hombre en una pendencia de taberna, y gracias á la Marquesa de Hertford, Jorge II lo indultó. Su madre, que lo aborrecía, lo acusó entonces de haber querido quitarle la vida; mas nada pudo probar. El se vengó escribiendo *El Bastardo*, poema con el cual hizo aún más odiosa á la Condesa de Macclesfield sin hacerse simpático á nadie. En 1742 fué preso por deudas y murió en la cárcel. Su estilo es fácil y elegante, y la mejor de sus obras *The Wanderer* (el Vagabundo), Savage

lencia que demostraba en el trato social, no debían de sorprender por tanto en quien, siendo naturalmente de carácter desigual, vivió largos años acibarado de las más crueles desdichas, falto de alimento, de ropa, de fuego en el invierno, á las veces hasta de lecho donde reposar de la fatiga, perseguido de acreedores, abrumado con las exigencias y ruindades de los libreros, acosado de necios que se burlaban de él, engañado y desengañado cada día por sus pseudo protectores, comiendo el pan ganado como si fuese de limosna, y subiendo escaleras penosas de subir, y viendo surgir y desvanecerse á cada momento esas esperanzas que aun sabiéndolas ilusorias y máquina de la fantasía, cuando desaparecen acongojan el corazón y lo dejan en grande soledad. Johnson luchó virilmente contra tantos obstáculos, mal vestido, mal conformado y grosero, hasta convertirse, á pesar de todo y de todos, en un personaje célebre y poderoso. De nosotros diremos, que se nos antoja natural y propio que en el ejercicio de su poder fuese *eo immitior quia toleraverat*, y que en el trato común se mostrase

---

era fino, de buenos modales y muy dado al lujo y los placeres. Se hacía simpático á primera vista; pero su vida desordenada y sus defectos acababan por enojar á todos con él. Johnson, compañero suyo, puso su biografía en las *Vidas de los poetas ingleses*.

Boyse tuvo aún, si cabe, vida más disipada y de mayor miseria que Savage. Murió en 1749. Su mejor composición es el poema *The Deity*, muy celebrado por Fielding y Hervey.—(N. DEL T.)

duro y despótico, por más que fuese su corazón, indudablemente, humano y generoso. Pero si lo conmovian por extremo las verdaderas desgracias y procuraba remediarlas con generosidad rayana de la munificencia, no le afectaban de ningún modo ciertos sufrimientos que impone la dureza de corazón de algunos á ciertos espíritus delicados, porque él no entendía de tales cosas. Una vez encontró caida en una calle á una muchacha enferma y desmayada de hambre, y sin vacilar un punto la tomó en sus brazos y la llevó á cuestas donde la socorriesen. Su casa estaba convertida en refugio de una porción de ancianos que no podían hallar otro asilo, y no cejaba en su empeño de ampararlos, ni porque se mostrasen díscolos, ni porque fuesen ingratos. Pero las angustias del amor propio herido se le antojaban ridículas, y apenas si compadecía las ansias que causa una pasión mal correspondida. Ya se ve, había sufrido tanta miseria verdadera, que no le hacían efecto las contrariedades pequeñas de la vida, y creía ó parecía creer que todo el mundo debía estar tan empedernido como él en orden á este punto. Así es que montaba en cólera cuando Boswell se quejaba de jaqueca y cuando Mrs. Thrale se lamentaba de cualquier molestia en un viaje ó del olor que subía de la cocina; «cosas todas que—decía él—no pasaban de ser necias lamentaciones que deberían de dar vergüenza á quien rompía en ellas, viviendo en un mundo tan lleno de amarguras y dolores». Cuando vió llorando á Goldsmith por el fracaso del *Goodnatured*

Man (1), no le tuvo lástima ninguna. A los delicados de salud, áun siendo él enfermizo de suyo, los detestaba. Los quebrantos sufridos en la fortuna del prójimo no lo predisponían más á la conmiseración, á no ser que redujesen á la mendicidad á quien era víctima de ellos; que por tales naderías pueden llorar y pugir aquellas personas que tienen el corazón reblandecido por la prosperidad, decía, pero en cuanto á las de buen sentido, lo más que se les puede pedir es que no se rían de ellas. El espectáculo de Lady Tavistock, muriéndose de pena por haber perdido á su esposo, no le hizo mella, y explicó sencillamente el hecho como una de tantas superfluidades lícitas á las personas ricas; «una lavandera con media docena de hijos, no se hubiese muerto — exclamó — á fuerza de gimotear por su marido.»

Un hombre á quien tan poco importaban las angustias del corazón, no debía de curarse mucho ni de dar importancia tampoco á lo que pensaran y sintieran los demás en las relaciones corrientes de la vida, y por tanto, no se le alcanzaba que un sarcasmo ó una reprensión pudiese causar pena ó aflicción á nadie. «Amigo doctor — le dijo una vez á Goldsmith — ¿qué daño puede hacer á nadie que lo llamen Holofernes?» «Y después de todo, señora — replicó á Mrs. Carter otra vez — ¿á quién perjudica que se hable mal de él?» Si la cortesía es la benevolencia en las pequeñeces, y Johnson era descortés sien-

(1) Véase, en el tomo de *Estudios literarios* de la BIBLIOTECA CLÁSICA, el de Goldsmith.—(N. DEL T.)

do benévolo, consistía en que las pequeñeces de la vida humana se le antojaban más pequeñas, triviales é insignificantes que á las personas á quienes su buena fortuna no había puesto nunca en el trance de almorzar y comer semanas enteras á razón de dos reales por día.

El rasgo característico de Johnson en cuanto á la inteligencia, consistió en una manera de amalgama y de mezcla confusa de grandes facultades y de vulgares preocupaciones; tanto fué así, que si hubiésemos de formar juicio acerca de él tomando por base lo mejor de su entendimiento, lo colocaríamos casi á tanta altura como lo elevó la idolatría de Boswell, y que si, por el contrario, tomásemos por base lo peor, lo pondríamos por debajo de Boswell mismo. Porque cuando no se hallaba Johnson influído de algún escrúpulo ridículo ó de alguna pasión dominante que le impidiera estudiar imparcial y vigorosamente un asunto, era razonador, profundo y discreto, un tanto inclinado al escepticismo y un mucho á la paradoja, como que no se ha visto nunca otro más propenso que lo fué él á dejarse sorprender de razonamientos mal trabados y de hipérboles; pero si de repente, en el momento en que deshacía un sofisma ó demostraba la falsedad de un testimonio, cruzaba por su imaginación una de esas preocupaciones pueriles que harían reir á estudiantes de primer año de latín, diríase que lo tocaba la varita mágica de un encantador, porque su ingenio perdía sus proporciones gigantescas y quedaba reducido á la nada; y los que un

momento antes admiraban su amplitud y su fuerza, parecían tan sorprendidos de su pequeñez y de su flaqueza como el pescador del cuento árabe cuando vió al genio cuya sombra cubría toda la costa del Océano, y se le antojó bastante fuerte para entrar en lucha con grandes ejércitos, recogerse y reducirse á las dimensiones de su estrecha prisión y quedar esclavo impotente del encanto de Salomón.

Johnson tenía la costumbre de aquilatar con mucho escrúpulo los testimonios que se aducían en pro de cualquiera historia extraordinaria; pero cuando la historia en vez de ser extraordinaria era milagrosa, cedía de su empeño. Y es circunstancia muy digna de que fije su atención en ella quien estudia el carácter de este hombre singular, la del contraste que ofrecen sus escritos y palabras cuando rechaza despreciativamente las anécdotas que no tienen base auténtica, por más conformes que se hallen con las leyes generales de la naturaleza; y cuando acoge de una manera respetuosa las historias más ridículas si se relacionan con el mundo invisible. Para Johnson era embustero quien le hablase de trombas y de aerólitos; en cambio escuchaba cortesmente á quien le hablaba de predicciones ó de sueños que se hubieran realizado por modo maravilloso. Hogarth decía que «Johnson era como el rey David, que llamaba embusteros á todos los hombres» (1). «Su incredulidad era en él un achaque», dice Mr. Thrale, y nos

(1) Y dije en mi apresuramiento: «Todo hombre es mentiroso.» Salmo CXVI, 11.—(N. DEL T.)

refiere á mayor abundamiento de qué manera maltrató de palabra á un caballero que le describió un huracán en las Indias Occidentales, y á un pobre cuácaro que refería un suceso extraño sucedido cuando el bombardeo de Gibraltar. «Eso, ni ha sucedido ni puede suceder. No diga usted esas cosas. Usted no puede figurarse la cara que pone para contarlas.» Cierta ocasión dijo, entre bromas y veras, que había tardado seis meses en creer que hubiese habido terremoto en Lisboa, y que sólo estaba cierto de lo mucho que sus narradores exageraron el suceso; y sin embargo, refería con la formalidad que da la convicción más íntima que el viejo M. Cave, de Saint John's Gate, acertó á ver un fantasma, el cual fantasma parecía una sombra. Otra ocasión fué á Cock-Lane para ponerse al acecho de las apariciones que aguardaba, y tuvo un altercado con Juan Wesley, porque no lo imitó con el propósito y la perseverancia convenientes en casos tales. Rechazaba, sin vacilar un punto, poemas y genealogías célticas, y no obstante se mostraba dispuesto á creer en la doble vista; examinaba prolijamente la autenticidad de Fingal, y no se detenía un punto en aquilatar los discursos de los *highlanders* videntes; y en sus *Vidas de los poetas ingleses* se advierte que mientras no da crédito alguno á lo dicho por lord Roscommon acerca de la precocidad de su instrucción, refiere de una manera muy grave que tuvo este caballero aviso de cierto negocio por la vía sobrenatural de la revelación. Bien es cierto que Johnson dice á este propósito cuán perplejo queda

su espíritu en orden á la historia narrada; pero no lo es menos, y debe consignarse, que concluye recomendando á sus lectores prudencia y cordura para no rechazar en absoluto impresiones de esta naturaleza.

La manera que tenía Johnson de ser y de entender en materia religiosa, era en gran parte digna de un hombre de razón clara, serena y libre de preocupaciones. Discernía perfectamente la locura y la puerilidad de la beatería de todas clases, abstracción hecha de la suya propia: cuando hablaba de los escrúpulos de los puritanos, lo hacía siempre como quien había comprendido perfectamente las verdades divinas y las profundas enseñanzas del Nuevo Testamento, y consideraba el Cristianismo como noble y elevado plan de gobierno, dirigido á desarrollar y acrecentar la felicidad del hombre y á enaltecer su naturaleza moral: el horror que inspiraban los naipes á los sectarios, la cerveza de Nochebuena, la sopa de ciruelas, los pastelillos de carne y los osos domesticados le infundía desprecio: cuando personas respetables declamaban delante de él contra el lujo, replicaba con admirable buen sentido: «Bien será que cuando nuestro Señor nos llame á sí no estemos ocupados en quitar los galones de la casaca, sino en apartar lejos de nosotros el espíritu de la mojigatería, porque quien no puede llegar al cielo con vestido bordado, no llegará tampoco á él sin adornos.» Y sin embargo de todo esto, se hallaba él mismo bajo el yugo de mojigaterías y de escrúpulos tan fuera de razón como los de Hudibras ó de Ralfo, y extremaba su celo

por las ceremonias y las dignidades eclesiásticas á tal punto y con tanto exceso, que no podía conciliarse con la razón ó la caridad cristiana. Una vez, por ejemplo, escribió en su *Diario* que había cometido el gravísimo pecado de tomar café en Viernes Santo, y en Escocia creía cumplir con sus deberes religiosos, pasando largos meses sin asistir al templo, únicamente porque los ministros de la Iglesia escocesa no estaban ordenados por Obispos. Su modo de inferir y de apreciar la piedad del prójimo era singularísimo: «Campbell, decía, es buena persona y piadoso además. Acaso no haya entrado en una iglesia desde hace años; pero no pasa nunca delante de ellas sin descubrirse, y esto prueba que tiene buenos principios.» Fácilmente reconocía Johnson que un motilón (1) que ponía por nombre á sus hijos los de los cantares de Salomón, y que trataba de buscar al Señor en los discursos de la Cámara de los Comunes, podía ser un bribón sin principios, cuyas mojigaterías místicas sólo fuesen parte á hacerlo más odioso; pero un hombre que se quitaba el sombrero al pasar por delante de una iglesia consagrada por un Obispo, necesariamente

(1) Preferimos traducir el sustantivo *roundhead*, que literalmente vale *cabeza redonda* en castellano, por *motilón*, porque así corresponde mejor á la idea que inspiró el apodo. Sabido es que se llamaban *roundheads* los puritanos, por traer el pelo cortado sobre peine, *motilado* en castellano, al contrario de los caballeros, que lo traían largo, y que constituía esta diferencia una manera de distintivo de los políticos de aquel tiempo, filiados en el partido de la revolución.—(N. DEL T.)

había de ser bueno, piadoso y cumplido bajo el punto de vista de los principios. Johnson podía fácilmente reconocer que quienes veían pecado en el baile ó en una casaca bordada, entendían de la manera más extraña y ruin, así los atributos de Dios como el fin de la revelación; pero ¡qué torrentes de invectivas no habría él encauzado sobre quien se hubiese atrevido á censurarle que celebrase la redención de la humanidad, bebiendo te sin azúcar ó comiendo pastelillos sin manteca!

Nadie trataba con más desprecio que Johnson la jerga del patriotismo. Nadie veía con más claridad que Johnson el error craso de los que consideraban la libertad, no como el medio, sino como el objeto, y que creían que la prosperidad del Estado podía existir donde no la hubiese para los individuos que lo componen; bien que en este punto siempre pareció profesar la opinión arraigada de que las formas de gobierno influyen poco ó nada en el bienestar de la sociedad. Errónea como es y todo semejante opinión, hubiera debido al menos preservarlo de intemperancias políticas; pero no fué así, pues se dejó llevar de las estravagancias más violentas, absurdas y rastreras del espíritu de partido, y á las declamaciones más indignas. En política era fuego y agua. Por sus ideas era un Pococurante, mucho más apático en orden á los asuntos políticos, y mucho más escéptico en orden á la buena ó mala tendencia de cualquier forma de gobierno; pero por sus pasiones, contra los que se inclinaban hacia los *whigs* era tal su exaltación, que siempre parecía dispuesto á estrangularlos.

Los versos tan conocidos que insertó en el *Viajero*, de Goldsmith, expresan, en nuestro sentir, su pensamiento político: «¡Cuán pocos son los males, entre los muchos de que adolece la humanidad, que pueden causar ó sanar los reyes!» Algo parecido hizo decir á Rasselas. Después de este lenguaje, se antoja doblemente singular y extraño su modo agresivo é injurioso cuando trata del Parlamento Largo y del Congreso americano; inconsecuencia que aparece bajo su aspecto más cómico en una de las conversaciones que recogió y apuntó Boswell.

«Sostenía sir Adan Ferguson, dice Boswell, que el lujo corrompe los pueblos y extingue el espíritu de libertad. A lo cual repuso Johnson:

»Todo eso es quimérico. Yo no daría dos duros por una forma de gobierno mejor que por otra. Eso ni tiene que ver, ni tampoco influye nada en la felicidad de los individuos. Para los individuos no existe peligro alguno en los abusos del poder. ¿Quién le impide á ningún francés que viva como le plazca?

»*Sir Adan.*—Pero, doctor, recordará usted que, según la constitución inglesa, es de la mayor importancia que se halle siempre vigoroso y entero el pueblo para contrabalancear el poder de la corona.

»*Johnson.*—Veo que usted no es más ni menos que un miserable *whig*. ¿A qué vienen esos celos pueriles del Poder real? Los reyes no tienen siquiera el poder que deben tener.»

Refiere lord Bacon que un cierto filósofo de la antigüedad tenía costumbre de decir

que la vida y la muerte no eran para él sino una sola y misma cosa. ¿Por qué, pues, no matarse? le dijo un hombre. A lo cual repuso el filósofo: «Precisamente porque es lo mismo.» Si la diferencia entre dos formas de gobierno vale tan poco que apenas merece darse por ella dos duros, no se alcanza por qué sea el partido *whig* más miserable que el *tory*, ni eche nadie de menos poder en la corona. Si nada influyen los abusos políticos en la felicidad de los individuos, el amor á la libertad es evidentemente ridículo; pero lo propio debe de acontecer con el amor á la monarquía. Ninguno hubiera descubierto antes que Johnson una contradicción de tanta cuenta, de hallarla en la lógica de uno de sus antagonistas.

En la época de Johnson se acogían sus fallos acerca de los libros con supersticiosa veneración; en la nuestra se miran con desprecio, y acontece así, porque si bien proceden de una inteligencia poderosa, no estaba exenta de preocupaciones y fanatismos supersticiosos, y que, dentro de los estrechos límites que le trazaban, desplegaba un vigor y actividad que hubiese debido emplear en romperlos.

Uno de los más grandes misterios de la naturaleza humana es que hombres capaces de sacar conclusiones tan exactas de sus premisas, comiencen por establecerlas de una manera tan absurda; inconsecuencia en la cual incurrían los escolásticos de la Edad Media. Porque desplegaban tanto vigor y tanta penetración argumentando en orden á sus propias proposiciones, que los lectores

modernos se preguntan á cada paso cómo tales inteligencias pudieron darse por satisfechas con tales proposiciones. Y, sin embargo, mientras que su vigilancia no dejaba escapar el defecto más pequeño en aquella parte de sus teorías que se elevaban sobre el nivel del suelo, no advertían que los fundamentos carecían de firmeza. Lo propio acontece con algunos jurisconsultos eminentes, cuyos argumentos legales son prodigios de inteligencia en que abundan las más oportunas analogías y los distingos más felices. Si admitimos los principios de su ciencia arbitraria y los códigos como base del razonamiento, fuerza será reconocer que son maestros peritísimos en punto á lógica; mas si se promueve discusión en cuanto á los postulados en que descansa todo su edificio; si se ven en el caso de justificar los principios fundamentales del sistema que aprendieron durante su vida, entonces hablan las más de las veces como salvajes ó como niños. Cuantos han oído á un hombre de esta clase hablar en el tribunal, y han sido testigos de la pericia y habilidad con que analiza y coordina una serie interminable de testimonios, ó relaciona una multitud de antecedentes que parecen ser contradictorios á primera vista, y le ven luego, pocas horas después, tratar los negocios como legislador en el Congreso de Diputados, no dan fe al testimonio de sus sentidos al entender los triviales discursos que salen de los mismos labios que antes lo cautivaron con la firmeza y penetración de sus razonamientos.

Johnson decidía los asuntos literarios al modo de los jurisconsultos, no de los legisladores; y así, cuando un extremo estaba en regla, no examinaba sus fundamentos; como que todo su código de crítica descansaba en meras afirmaciones, en apoyo de las cuales le ocurría de vez en cuando citar un precedente ó una autoridad, sin tomarse nunca el trabajo de dar una razón deducida de la naturaleza de las cosas. Para él era un hecho indubitable que el género de poesía que floreció en su época, que oyó siempre alabar desde la infancia y que cultivó con éxito, era el mejor de todos; y en su obra biográfica dijo, y repitió con insistencia, como verdad incontrovertible, que durante la última parte del siglo XVII y la primera del siglo XVIII, progresó sin cesar la poesía inglesa, siendo á su parecer Waller, Denham (1), Dryden y Pope sus grandes reformadores, y lo establecido por sus contemporáneos el código á que habían de someterse las obras de imaginación. Entendía que Homero valía más que Virgilio; pero siempre pareció convencido de que la *Eneida* valía más que la *Iliada*, si bien acaso pudo entenderlo porque prefería la *Iliada* de Pope á la de Homero, y decía que después de la traducción del Tasso por Hoole,

(1) Renombrado poeta inglés que murió en 1688. Escribió la tragedia el *Sofi*, que fué acogida con grande aplauso. La mejor de sus obras fué *La Colina*, muy alabada de Pope por su sabor clásico, la pureza de su dicción y su energía. Contribuyó mucho á fijar la lengua inglesa. Está enterrado en Westminster al lado de Cowley.—(N. DEL T.)

no debía reimprimirse la de Fairfax (1). Las antiguas baladas inglesas carecían de mérito á sus ojos, y se le hacía insufrible la predilección que tenía Percy (2) por ellas; entre las grandes obras originales de imaginación que parecieron durante su vida, las únicas que se le antojaban admirables eran las novelas de Richardson; poco ó ningún mérito hallaba en Tom Jones, en los *Viajes*, de Gulliver, ó en Tristram Shandy; *El Palacio de la Indolencia*, de Thomson, apenas si mereció que consagrase una línea en su alabanza, y para eso aún más fría que la que le plugo dedicar á la *Creación*, obra fastidiosa del fastidiosísimo Sir Ricardo Blackmore; Gray no era en su dialecto sino ùn pícaro insustancial; Churchill un imbécil; el *Fingal* (3), por la misma

---

(1) Poeta del reinado de Isabel, traductor de la *Jerusalén*, del Tasso, y muy leído de sus contemporáneos. Hoole tradujo además el *Orlando Furioso* y diez y ocho comedias de Metastasio. Fué autor de tres tragedias medianas, y poeta correcto y elegante. M. en 1803.—(N. DEL T.)

(2) Prelado y erudito. Entre otras obras publicó las *Reliquias de la antigua poesia inglesa* y una *Colección de baladas heróicas*. N. en 1728.—(N. DEL T.)

(3) Macpherson, su autor, que deseaba con vivas ansias adquirir alguna fortuna para remediarse, supo aprovechar la ocasión que le brindaba el afán de algunos eruditos de aquel tiempo, ganosos de profundizar las tradiciones de los pueblos *erses* y *gaelicos*, y haciendo una superchería dió supuestas traducciones de fragmentos *gaelicos* inventados por él, que dijo haber descubierto, bajo los títulos de *Fragments of ancient poetry, collected in the highlands of Scotland and translated from the gaelic or erse language* (1760); *Fingal*, y después *Temora*,

razón que han tenido tantos hombres de ingenio para admirarlo, le parecía despreciable, y no por ser esencialmente vulgar, sino á causa de su tono de superficial originalidad; y también por efecto de una extraña circunstancia, esta vez razonable y justa, se le hacía insufrible la jerga de Macpherson.

Johnson era ciertamente juez competentísimo para entender en obras concebidas y trazadas conforme á sus propios principios. Pero cuando era indispensable una filosofía más profunda, cuando intentaba juzgar las obras de las inteligencias superiores que sólo rinden tributo á las leyes eternas, entonces su fracaso era completo. Analizaba y criticaba perfectamente los epitafios de Pope; pero cuanto le ocurría en orden á los dramas

---

poema compuesto, al parecer (así decía Macpherson), por Ossian, hijo de Fingal.

La publicación de estas obras, que venía á dar alimento y satisfacción á la curiosidad del público, y la circunstancia de haber caído en el lazo un hombre de tanta importancia como Gray, surtieron el efecto que su autor se había propuesto, es decir, que las ediciones se sucedieron y que el dinero afluyó á su bolsillo.

Johnson, sin embargo, y Malcolm Laing, no se dejaron llevar de las primeras impresiones, y después de haber estudiado el asunto, demostraron la superchería, sobre todo Laing, en un trabajo tan erudito como profundo. El mérito de la obra de Macpherson es indudable, no obstante, y justifica el engaño en que cayeron muchos literatos de cuenta y la totalidad de los lectores vulgares. Por lo demás, el estilo de Macpherson era como lo califica lord Macaulay algunas líneas más adelante.—(N. DEL T.)

de Shakspeare y á los poemas de Milton, nos parece tan malo casi en su totalidad como si fuese obra del mismo Rymer, y cuenta que para nosotros es Rymer el peor de todos los críticos que han existido (1).

Entre las excentricidades literarias de Johnson, una de las mayores, y que sólo puede compararse con su extraña manía de ir tocando los postes de las esquinas, desde la hostería de la *Mitra* hasta su domicilio, fué la preferencia que dió siempre á los epitafios latinos sobre los ingleses, como que decía que un epitafio en inglés sería la deshonra de Smollett en Westminster, y que jamás cometería el sacrilegio de manchar los venerandos muros de la abadía, poniendo un epitafio en inglés para perpetuar la fama de Goldsmith. No acertará nadie á explicarse por qué sea necesario celebrar en latín la gloria de un escritor inglés, cuando no ha visto que los romanos pusieran inscripciones

---

(1) El autor se refere sin duda á las obras de Rymer, relativas á literatura dramática y tituladas *Examen de la tragedia; su excelencia primitiva y su actual corrupción*, y *Las tragedias del último siglo, examinadas conforme á la práctica de los antiguos y el buen sentido de todos los tiempos*. Rymer dió también á la prensa unas *Reflexiones sobre el tratado de la poesía de Aristóteles* y una comedia de muy escaso mérito, el *Edgardo*.

Sin embargo, en Inglaterra goza de mucho crédito la colección de documentos inéditos para servir á la historia de la Gran Bretaña que él formó y publicó por orden del Gobierno, y que se conoce generalmente bajo el nombre de *Rymers's Acts*. M. en 1713.—(N. DEL T).

griegas en sus arcos de triunfo, ni que los griegos celebrasen los altos hechos de los héroes de las Termópilas en jeroglíficos egipcios.

Johnson observó ciertamente con mucho cuidado y discernimiento los hombres y las costumbres, al menos los hombres y las costumbres de cierto pueblo y de cierto tiempo; sus observaciones acerca de la educación de los niños del matrimonio, del gobierno de las familias, de las reglas que rigen la sociedad, fueron en toda ocasión notables y en general muy discretas, si bien no desarrolló nunca en sus escritos sino de una manera imperfecta el conocimiento y la experiencia de la vida que poseyó en grado extraordinario, porque, á semejanza de aquellos infortunados señores de la Edad Media, que apenas podían respirar bajo el peso de sus cotas de malla y de su paño de oro, así sus máximas se ahogan bajo el peso de las palabras destinadas á conservarlas y exhornarlas, pero es evidente, según lo que nos queda de su conversación, que poseía cual ningún otro escritor, desde los tiempos de Swift, ese tesoro de sabiduría usual que solamente la experiencia y la observación pueden dar. Si Johnson hubiera escrito como hablaba hubiese dejado sobre el arte práctico de la vida libros muy superiores á los *Consejos á los criados.*

Sin embargo, tanto sus observaciones acerca de la sociedad, como de la literatura, indican un criterio singular por la energía, y singularísimo por lo limitado; que no poseía la gran ciencia de la naturaleza humana, y

sus estudios en esta materia no se extendieron nunca al género hombre, sino á la especie particular del habitante de Lóndres, pues nadie conocía tan perfectamente todas las maneras de vida y todos los matices de carácter moral é intelectual que podían estudiarse desde Islington hasta el Támesis, y desde el último rincón de Hyde-Park hasta Mile-end-green; pero su filosofía no pasaba de la primer barrera. No sabía una palabra de la vida rural de Inglaterra, y reputaba por verdad axiomática que cuantos residían en el campo eran estúpidos ó desdichados. «Los caballeros del campo deben de ser desgraciados, decía, porque carecen de medios para desarrollar su actividad», como si todas las costumbres particulares y todas las asociaciones de ideas que convertían para él en los más hermosos paisajes del mundo á Fleet-Street y á Charing-Cross, hubiesen sido partes esenciales de la naturaleza humana. De los pueblos lejanos y de los siglos pasados hablaba con presunción absurda é ignorante: «los atenienses, verbi gracia, del siglo de Demóstenes, decía una vez á Mrs. Thrale, eran brutos y bárbaros», y de idéntico modo se expresaba con sir Adán Ferguson cuando prorrumpía en estas palabras: «los atenienses eran bárbaros, porque donde no existe la imprenta, la masa del pueblo es bárbara». Johnson discurría del modo siguiente: veía que un habitante de Londres que no sabía leer era brutal y estúpido; veía que difícilmente se hallaba gusto delicado y grande actividad de espíritu en el londinense que no había

leído mucho; y como casi exclusivamente constituían los libros el único medio de adquirir suma de saber en la sociedad que él conocía, sacaba la conclusión, á pesar de las pruebas más incontrovertibles y evidentes, de que la inteligencia humana sólo puede cultivarse por medio de libros. Cierto es que un ciudadano de Atenas poseía pocos volúmenes, y que la biblioteca más grande que pudiese frecuentar valía, sin duda, mucho menos que el gabinete donde amontonaba Johnson sus libros de segunda mano en Bolt-Court; pero, no lo es menos que podía el ateniense pasar la mañana departiendo con Sócrates, y oir á Perieclés cada ocho días, y ver en el teatro las obras de Sófocles y de Aristófanes, y pasearse por entre los frisos de Fídias y las pinturas de Zeuxis, y aprender los coros de Esquilo, y entender en las calles al rapsoda recitando la *Muerte de Argos* ó el *Escudo de Aquiles;* y aquel ateniense, no sólo era un legislador versado en los grandes problemas de alianzas, de hacienda y de guerra, sino militar formado bajo liberal y generosa disciplina, y juez que á cada momento debía pesar y analizar argumentos contradictorios y sus postreras consecuencias. Y todo esto constituía por sí solo una educación eminentemente adecuada, si no á formar pensadores profundos, á comunicarles, al menos, prontitud para percibir y comprender, buen gusto, riqueza de colorido, facilidad de estilo y urbanidad y buenos modales. Pero, nada valían estas circunstancias á los ojos de Johnson, porque un ateniense que no cultivaba su inteligencia

por medio de la lectura, era, en su concepto, ser tan rústico y grosero como el aldeano que traza una cruz para firmar, y desde luego y sin disputa mucho más inferior que un maestro de escuela de aldea ó que un aprendiz de imprenta.

Los amigos de Johnson se hallan conformes en reconocer que los extranjeros le inspiraban un desprecio tan injusto como ridículo, y en que, para él, fueron siempre los franceses un pueblo de farsantes, necios, ignorantes y estúpidos, inferior bajo todos conceptos al pueblo inglés. Y decía esto después de haber pasado próximamente cuatro semanas en París, durante las cuales no quiso hablar palabra en francés, temeroso de que los naturales del país tuviesen ventaja sobre él en la conversación. Además, y porque vió un día que cierto lacayo francés tocó el azúcar con los dedos, declaró sucios y mal criados á todos sus compatriotas; discursos desatinados que dieron pie á la defensa que hizo de los franceses, uno de ellos, llamado M. Simond (1), ingenioso y ameno escritor y viajero, el cual trató en su trabajo de algunas costumbres inglesas que las personas imparciales hallarían, cuando menos, tan opuestas á la limpieza material y á las conveniencias sociales como pudieran serlo las censuradas con tanta

(1) Nació en Lyon en 1767 y murió en Ginebra en 1831. Sus obras fueron el *Voyage d'un français en Angleterre en* 1810 *et* 1811 (2 tomos) que abunda en observaciones del género que indica Lord Macaulay; el *Viaje á Suiza* y el *Viaje á Italia y Sicilia.*—(N. DEL T.)

severidad por el doctor. El sabio, según Boswell se recrea en llamarlo, no tuvo nunca la idea de poner en duda que las costumbres, con las cuales se hallaba familiarizado, tenían en sí mismas algo de bueno, eterna é inmutablemente. Por lo demás, las observaciones de Johnson sobre la sociedad, cuando salen del terreno de las estadísticas relativas á la mortalidad pública, se parecen generalmente á las del bueno de Tom Dawson, el lacayo inglés de *El Zeluco* del Dr. Moore: «Supongamos que no tiene hijos, sino hijas, el rey de Francia, y que se muere S. M. Pues bien, á virtud de la ley sálica, no pueden sucederle sus hijas, sino el pariente más próximo, siempre que sea varón, y á ese lo proclamarán por rey en lugar de la hija, lo cual es soberanamente injusto. Los guardias de corps están en Francia vestidos de azul, y de blanco los regimientos de infantería, cosa ridícula tratándose de soldados, porque los uniformes azules no están bien sino en la caballería azul ó en la artillería.»

La visita que hizo Johnson á las Hébridas le dió á conocer un estado social completamente nuevo para él, y pareció entonces, por la primera vez de su vida, empezar á tener algunas dudas saludables en orden á la deficiencia de sus conocimientos; como que reconoció en el último párrafo de su *Viaje* que sus ideas acerca de las costumbres nacionales eran las propias de quien ha visto poco mundo y pasado la vida en las ciudades casi exclusivamente. Mas no duró mucho esta buena disposición de su ánimo, porque hasta el últi-

mo día de su vida fué muy despreciador de todas las costumbres y estudios que tiendan á emancipar el humano espíritu de las preocupaciones de una época ó de un país determinados. De aquí que hablase de los viajes al extranjero y de la historia con el desdén propio de la ignorancia. «¿Qué aprende un hombre viajando? ¿Beauclerk ha ganado algo con los viajes? ¿Qué cosas son las que lord Charlemont ha logrado aprender en sus viajes, sino es que había una serpiente en una de las pirámides de Egipto?» La historia era, en su concepto, un almanaque viejo, según la expresión de lord Plunkett, y los historiadores no podían aspirar á otro dictado que al de almanaqueros, y los que él prefería eran aquellos que, como lord Hailes, no pretendían mayores acatamientos. De Robertson habló siempre con desprecio; no quiso leer jamás á Hume; se incomodó mucho con uno de sus amigos que le habló de la conjuración de Catilina, y dijo categóricamente otra vez que no quería oir hablar en su vida de la guerra Púnica.

A decir verdad, entre dos hechos que no atañen de una manera directa á nuestros propios intereses, éste no merece más que aquél ser conocido, considerándolo en sí mismo, y por tanto lo mismo adelantamos con saber que hay una serpiente en una de las pirámides, ó que Annibal pasó los Alpes, que con saber que en tal casá de tal calle hay persianas verdes, ó que un señor alto y delgado se apea puntualmente cada mañana de un coche á cierta hora en cierto sitio; pero

es indubitable que quien no rompe la cáscara de la historia no verá nunca la almendra que contiene. A esto replicaba Johnson con arrogancia, que nada valía la almendra cuya cáscara valía tan poco, sin advertir que la utilidad práctica de los viajes á países remotos y de los estudios que tienen por objeto los anales de lo pasado, consiste en que preserva á los hombres de la contracción de espíritu de la cual se libran difícilmente aquellos que sólo conocen una generación y el pueblo que habitan, que deducen conclusiones de esto antes de poseer medios abundantes de inducción, y que por tanto confunden á cada paso las excepciones con las reglas y los accidentes con las propiedades esenciales: en una palabra, que la verdadera utilidad de los viajes y del estudio de la historia consiste, á no dudarlo, en que impide ser á los hombres lo que fueren Tom Dawson en la novela y Samuel Johnson en la realidad.

Johnson nos parece mucho más grande que en sus libros en los de Boswell, como ya lo hizo notar juiciosamente Mr. Burke. Pero si su conversación fué igual á sus escritos en cuanto al fondo, les aventajó mucho en cuanto á la forma, porque si cuando hablaba revestía su lenguaje forma natural y enérgica, no bien tomaba la pluma para el público su estilo se tornaba sistemáticamente vicioso, y todos sus libros adolecen del mismo defecto; como que los escribió con un amaneramiento que no se adquiere sino en fuerza de rebuscar, y que no aprende nadie ni lo emplea en el trato de gentes. Dicho se está que tampoco

Johnson pensaba en el dialecto que escribía, y que las palabras y las frases que le ocurrían de primera intención eran sencillas, enérgicas y pintorescas; pero al escribirlas, especialmente cuando había de darlas á la imprenta, las traducía del inglés en la jerga propia de él. Sus cartas, dirigidas de las Hébridas á Mr. Thrale, son, por decirlo así, el original de la obra cuya versión es el *Viaje á las Hébridas*. Bien será comparar sus dos maneras, tratando del mismo asunto: «Cuando nos llevaron á nuestro cuarto, dice, dirigiéndose á Mr. Thrale, salió de la cama en que uno de nosotros había de acostarse, un muchacho súcio hasta no poder más»; y el mismo incidente, dirigiéndose al público desde las págínas del *Viaje*, lo refiere del modo que va á leerse: «De uno de los lechos en que debíamos descansar, saltó, al entrar nosotros en la vivienda, un hombre tan ahumado y ennegrecido como un cíclope al salir de la fragua.» A las veces tambien, se traducía en el acto y sin cambiar de tono, verbi y gracia: «*La Rehearsal*, decía, cometiendo una gran injusticia, es una obra dramática que carece del ingenio necesario para vivir en el teatro»; y al cabo de un momento añadía: «Carece de la vitalidad necesaria para librarse de la putrefacción.»

El género amanerado es perdonable, y aun grato á las veces, cuando el amaneramiento, á pesar de ser defectuoso, es natural, y prueba de ello que serían muy pocos, por ejemplo, los lectores que suprimiesen de su grado ciertos amaneramientos de Milton y de Burke; mas cuando cierto modo no es natural en

el escritor amanerado, cuando se adopta sistemáticamente y no puede sostenerse en el discurso sino por obra de un esfuerzo constante, resulta mal y parece peor, y éste es el caso del doctor Johnson.

Los defectos característicos de su estilo son harto familiares á los lectores del presente estudio, y se han ridiculizado hartas veces para que tengamos necesidad de ponerlos de nuevo al descubierto; y todo el mundo sabe también que hacía uso menos frecuente que ningún otro escritor de importancia de esas palabras enérgicas y sencillas anglo-sajonas ó franco-normandas cuyas raíces tienen asiento en las más recónditas profundidades de la lengua inglesa, y que tenía viciosa predilección por ciertos vocablos tomados del griego y del latín, mucho después de haberse limpiado y fijado el idioma de su patria, los cuales, por tanto, áun estando legalmente naturalizados, deben considerarse siempre como extranjeros de origen y faltos de aquellas circunstancias y condiciones que son necesarias para considerarse iguales en derechos á lo que llamamos el inglés del Rey, esto es, el buen inglés. Lo propio diremos de la costumbre no interrumpida que tuvo Johnson de rellenar sus frases de inútiles epítetos, hasta ponerlas tan rígidas y espetadas como el cuerpo de las muñecas de cera; de su pasión inmoderada á las antítesis, á la cual daba suelta, en todo momento, viniese ó no á propósito, y hubiese ó no la menor oposición entre sus ideas; de sus palabras y sus frases grandilocuentes prodigadas con cualquier

motivo, aun el más pequeño y trivial y de poco momento; de sus inversiones tan desagradables, tan diferentes de las inversiones fáciles y graciosas que dan variedad, movimiento y donosura al estilo de los grandes autores de otros tiempos, porque son particularidades tantas veces imitadas por sus admiradores y criticadas por sus adversarios que no hemos menester circunstanciarlas.

Goldsmith le decía, con tanta oportunidad como gracia, cierta ocasión: «Si escribiese usted una fábula, cuyos protagonistas fuesen dos pececillos, los haría usted hablar como ballenas.» En efecto, ninguno tuvo menos talento que Johnson para poner discursos en boca de sus personajes, pues ya escribiese por cuenta de un cazador de dotes burlado, ó de un necio, ó de un virtuoso decrépito, ó de una coqueta sin seso, lo hacía siempre igual, en el mismo estilo pomposo y espetado; como que su lenguaje lo delataba en toda ocasión y bajo cuantos disfraces son imaginables; resultando de aquí que las pláticas de sus heroínas producen idéntico efecto que las faldas y los arreos femeniles en sir John Falstaff, y que pueden exclamar sus lectores con el bueno de sir Hugo Evans al verlo: «No me gustan mujeres con barbas; esa señora se tapa las barbas con el velo.»

Mucho teníamos aún que decir; pero este artículo es harto extenso ya, y nos parece indispensable acabarlo, aunque no sin expresar el deseo, antes de dar de mano á nuestro trabajo, de separarnos avenidos con el héroe, con su biógrafo y hasta con su editor, el cual,

después de todo, si no ha desempeñado bien su cometido, tiene algún derecho á nuestra gratitud por haber sacado á luz de nuevo la obra de Boswell. Porque de tal modo influye su lectura en nuestra imaginación, y es tanta la verdad de los detalles y su muchedumbre, que al cerrar la *Vida de Johnson* vemos abiertas de par en par las puertas de la sala del *club* donde se reunía el doctor con sus amigos, físicamente inmortalizados por el pincel de Reynolds. Allí está la mesa á cuyo alrededor se sientan: un criado entra con un servicio y pone una tortilla á Nugent (1) y unos limones á Johnson; Langton, alto y escueto, habla con Beauclerk y Garrick, que sonrien, éste francamente, aquél con expresión sardónica; Burke los mira al través de sus anteojos, y mientras, Gibbon hace dar vueltas entre sus dedos á la caja del rapé, y sir Joshua se lleva la mano á la oreja para

(1) No podemos precisar con exactitud á cuál de los dos escritores del mismo apellido contemporáneos se refiere el autor, y en la duda, se ponen á continuación algunos breves apuntes relativos á uno y á otro.

Tomás Nugent escribió para varios editores, viajó por Francia, Italia y Alemania, y publicó diversos libros que dan testimonio de la variedad de sus conocimientos. Tales son sus *Viajes por Alemania é Italia*, su *Historia de la Vandalia* y el *Diccionario manual francés-inglés*. Nugent murió en 1772.

El Conde de Nugent fué poeta mediano; pero se consagró más á la política que á las letras. Fué diputado, lord de la Tesorería, vice-tesorero de Irlanda é individuo del *Board of Trade*. De sus *Odas* y *Epístolas*, *Versos á la Reina* y la *Fe*, al decir de los críticos son lo mejor las primeras. M. en 1788.—(N. DEL T.)

oir mejor; en primer término aparece Johnson (el personaje por demás extraño, que, gracias á Boswell, conocemos tan familiarmente como á las personas entre quienes hemos vivido), con su cuerpo gigantesco, su rostro enorme y macizo, surcado de las cicatrices que dejaron en él las enfermedades; la casaca de color de pasa, medias de lana negra, peluca gris, con los tufos tirando á rojo y amarillo, y las manos sucias y las uñas comidas hasta no poderse más; y vemos que sus ojos y su boca se agitan de una manera convulsa, y qué aquel balumbo se mueve, y le oímos dar resoplidos y decir á unos y á otros: «¿Qué es eso? ¿Qué dijo usted? ¡No, señor, no es así! ¡Qué sabe usted de esas cosas!»

¡Destino singular el de Johnson! ¡Haberlo considerado en vida sus contemporáneos como clásico, y antojársenos como contemporáneo á nosotros! ¡Haber recibido de sus contemporáneos homenajes y acatamientos que, por lo general, no merecen los hombres de talento sino de la posteridad, y conocerlo la posteridad más íntimamente que lo conocieron sus contemporáneos! Y, ¿qué decir de su fama? La que es á las veces transitoria, fué durable para él, y la que suele ser permanente, lleva trazas de pasajera. Porque la reputación de sus escritos, que acaso creyó destinados á la inmortalidad, disminuye por días, en tanto que sus extraños modales y sus conversaciones familiares que, tal vez, creyó destinados á morir con él, llevan trazas de vivir en la memoria de las gentes mientras se hable la lengua inglesa en alguna parte del globo.

DE LAS INCAPACIDADES

POLÍTICAS DE LOS JUDÍOS [1].

Un distinguido diputado presentó la última legislatura en el Parlamento cierta proposición favorable á los judíos, manifestando que la reproduciría más adelante. No hace mucho, la fuerza de la razón hizo que prosperase algo el asunto, á pesar de la oposición del gobierno: ahora, el poder y la razón van su camino unidos, y, á mi parecer, acaso alcancen juntos una victoria decisiva. Persuadido de esto, y á fin de contribuir en cierto modo al éxito de principios de equidad, me propongo tratar, siquiera sea de una manera rápida, de algunos argumentos, mejor dicho, de algunas frases bautizadas con el nombre de argumentos, de que suelen valerse los defensores

(1) *Civil disabilities of the jews.* Artículo publicado en la *Edinburgh Review*, de Enero, 1831, con motivo de la obra titulada: *Statement of the Civil disabilities and privations affecting jews in England*, en 8.°, Londres, 1829.—(N. DEL T.)

de un sistema que rebosa de injusticias y de absurdos.

La constitución—dicen—es esencialmente cristiana, y por tanto admitir judíos para el desempeño de cargos públicos es destruirla. Demás de esto, no se hace ningún agravio á los judíos excluyéndolos del poder político, porque nadie tiene derecho al poder. Pues si cualquiera tiene derecho á su propiedad y á ser protegido en ella y en su persona, cosas ambas que la ley otorga lo mismo á judíos que á cristianos, y que sería inicuo negar á los primeros por el hecho de ser judíos, sólo por favor obtienen los hombres participación en el poder político, y por tanto ninguno puede, con justicia, quejarse por estar privado de él.

Es imposible no admirar la sutileza y habilidad de estos artificios encaminados á eximir de la prueba á quienes incumbe naturalmente, sin más razón que la de ser difícil, si no imposible. Nadie que sea cristiano negará que todo individuo tiene perfecto derecho á participar de todos los goces que no perjudiquen á los demás seres, y á no sufrir ninguna molestia que no les aproveche. Es así que para cierta clase de individuos es molesto y hasta mortificante verse excluídos del poder político, luego, de conformidad con los principios cristianos, tienen derecho á quedar exentos de esta mortificación, á menos que no pueda demostrarse que su exclusión es necesaria para evitar males más graves. La presunción se halla, pues, de parte de la tolerancia de una manera evidente, y aquellos

que la combaten están obligados á probar lo que afirman.

El extraño argumento que nos proponemos examinar es de tal índole que probaría demasiado en ese caso, aun para los que lo emplean. Porque si nadie tiene derecho al poder público, ningún judío, ni gentil tiene derecho á él, y por tanto desaparece la base de todo gobierno, y si el gobierno desaparece, corren peligro las propiedades y las personas, teniendo unas y otras reconocido derecho á su propiedad y á su seguridad individual. Justo es que se ampare la propiedad, y si esto no puede hacerse sino por medio del gobierno, también es justo que el gobierno exista, y si no puede haber gobierno á menos que una ó varias personas ejerzan el poder político, justo es que una ó varias lo ejerzan, y tanto vale decir esto como que una ó varias personas tienen derecho al poder político.

Las incapacidades de los católicos y las de los judíos han podido durar tanto, porque quienes las proclaman no se toman el trabajo de investigar cual es el objeto y fin del gobierno. Á cada paso estamos oyendo hablar de gobiernos esencialmente protestantes, y de gobiernos esencialmente cristianos, expresiones tan discretas como lo serían las de cocina esencialmente protestante, ó de equitación esencialmente cristiana, porque los gobiernos existen para conservar el orden y la paz, para obligarnos á dirimir nuestras diferencias por medio de arbitrajes, en vez de dirimirlas á golpes, y para obligarnos á ocurrir á nuestras necesidades por medio del trabajo, en

vez de subvenir á ellas por medio del robo; y como ésta es la única operación á la cual sirva especialmente la máquina del gobierno, y la que los gobiernos discretos se proponen por objeto y fin principales, en nuestro concepto, no debe de haber más clases apartadas del poder, creado para mantener el orden público y garantizar la propiedad, que aquella que no esté interesada en la conservación de esos intereses. Fuera de esto, es inconcebible que no sea capaz de ejercer esos poderes un hombre porque trae larga la barba, porque no come jamón y porque va á la sinagoga el sábado en vez de ir á la iglesia el domingo.

Los puntos que separan el cristianismo del judaismo tienen verdadera relación con las aptitudes de un hombre para ser obispo ó rabino; pero no tienen más relación con sus aptitudes para ser magistrado, legislador ó ministro de Hacienda que para ser zapatero. Á nadie se ha ocurrido nunca, que sepamos, exigir de los zapateros profesiones de fe cristiana, á efecto, sin duda, de que todos prefieren tener bien hechos los zapatos por un hereje á tenerlos mal hechos por un católico fervoroso. Y los hombres proceden así, no porque sean indiferentes en materia religiosa, sino porque no se les alcanza la relación que pueden tener con ella los zapatos; relación idéntica á la que tiene con la confección de los presupuestos ó la administración pública. Por lo demás, no tenemos que remontar mucho el vuelo en nuestra historia para descubrir muy buenos cristianos, detestables ministros de Hacienda.

Pero sería monstruoso, dicen los perseguidores, que legislasen judíos para una colectividad cristiana. A esto se llama desnaturalizar evidentemente la verdad, porque lo de que se trata no es que judíos legislen para cristianos, sino que una legislatura formada de cristianos y judíos haga leyes para una colectividad de judíos y cristianos. De mil casos hay novecientos noventa y nueve en los cuales un judío, como tal judio, no tiene intereses contrarios á los de un cristiano; como que en todas las cuestiones de policía, de Hacienda, de derecho civil y criminal ó de política extranjera, son sus intereses comunes á los del mismo anglicano. Y si pueden no pensar lo mismo un judío y un protestante en aquellas cuestiones que se relacionan con el establecimiento eclesiástico, no diferirán más en sus opiniones de lo que difieren católicos y anglicanos. El principio en cuya virtud se quiere asegurar este monopolio á los cristianos carece de sentido por completo; porque no discutirá nunca el Parlamento inglés una cuestión relacionada con las instituciones eclesiásticas del país sin que los cristianos se dividan entre ellos, tanto ó más si se quiere, que pudieran dividirse cristianos y judíos.

De hecho no están excluídos los judíos del poder político, y seguirán poseyéndolo en tanto que se les consienta ir acumulando caudales considerables. Porque la distinción que se hace á las veces entre los privilegios civiles y el poder político, es distinción que no se halla basada en ninguna diferencia. Los privilegios civiles y el poder civil y político

son palabras sinónimas: la una derivada del latín, la otra del griego. Y no se diga que son estas argucias bizantinas, pues á poco que nos detengamos á examinar los hechos, veremos que son cosas inseparables, ó, mejor dicho, idénticas.

Sería ridículo, dicen, que fuese juez un judío entre cristianos. Pero puede, diremos nosotros, ser jurado, y fallar en orden á cuestiones de hecho sin el menor inconveniente. Eso sí, la Constitución del país quedaría destruída si á ese mismo individuo se le permitiese fallar en orden á cuestiones de derecho; porque puede ir el judío de levita al jurado y tomar asiento y pronunciar veredictos; pero si fuese con la toga y tomase asiento en estrados y pidiese un dato siquiera para esclarecer los hechos del sumario, eso sería una abominación que no podrían sufrir gentes bautizadas. La diferencia es, en verdad, de las más filosóficas.

¿Existe en las sociedades cultas poder que iguale al del acreedor sobre el deudor? Si despojamos al judío de ese poder lo privamos de la garantía de su propiedad, y si no, le dejamos un poder mucho más arbitrario que el del Rey y el del Gobierno.

Sería una impiedad el permitir que los judíos tomasen asiento en las Cámaras; pero en cambio, un judío puede ganar dinero, y con el dinero hacer diputados. Gatton y Old Sarum pueden ser propiedad de judíos, y los electores de Penryn aceptarían mejor diez libras esterlinas de Shylock que nueve y media de Antonio, porque á esto no se hace la

menor objeción. Es cosa perfectamente natural que un judío posea la sustancia del poder legislativo y que disponga de ocho votos en cada escrutinio cual si fuera el mismo duque de Newcastle; mas en cuanto á dejarle tomar asiento en los misteriosos cojines de cuero verde, y que pronuncie discursos, y que diga cuanto le pase por la cabeza, eso no, porque sobre que sería una profanación, llevaría consigo la ruina del país.

Además, si un judío fuese consejero privado de un rey cristiano, eso implicaría la ignominia perdurable de la nación. Pero en cambio, puede un judío dirigir el mercado económico, y por el mercado económico, gobernar el mundo. El ministro de Hacienda, si tiene alguna duda en orden á sus planes económicos, puede cerrarse en su gabinete con el judío y consultarlo; un congreso de soberanos puede verse en el caso de llamar en su auxilio al judío; la firma del judío en una hoja de papel puede valer más que la palabra de tres ó cuatro reyes y de otras tantas repúblicas; pero sería la más cruel de todas las calamidades que ese mismo judío pudiera ser ministro de la corona.

Con análogos razonamientos combatieron algunos políticos las medidas en favor de los católicos irlandeses. Los católicos, decían, no debían tener poder político; podía otorgárseles lo demás, siempre que no se les confiara el poder político, sin advertir estos sabios que dándoles lo demás, les daban el poder político. Y así continuaron repitiendo el tema hasta el día en que ya no hubo que preguntar

más si los católicos debían ejercer el poder político, hasta que una asociación católica pudo atreverse al Parlamento, y en que un agitador católico pudo ejercer autoridad más extensa y fuerte que la del lord lugarteniente.

Pero si, á título de cristianos, excluímos á los judíos del poder político, invocando los mismos títulos debemos de tratarlos como lo hacían nuestros antepasados, esto es, quemarlos y desterrarlos para robarlos, porque sólo por estos procedimientos podemos privarlos en realidad del ejercicio del poder político; que si no lo hacemos así, les privaremos de las apariencias del poder, pero no de la realidad: y los atormentaremos y exasperaremos sin lograr preservarnos del peligro, si lo hay, porque allí donde esté la riqueza está, necesaria é inevitablemente, y por efecto de ella, el poder.

Se dice que los judíos ingleses no son ciudadanos ingleses; que constituyen un pueblo separado; que viven materialmente en las Islas Británicas; pero moral y políticamente con sus hermanos en religión, que se hallan extendidos por toda la tierra; que un judío inglés considera en todo y para todo á un judío portugués ú holandés como compatriota, y á un cristiano inglés como extranjero; y, por último, que esta ausencia de patriotismo hace al judío impropio para ejercer cargos políticos.

El argumento tiene algo de plausible á primera vista; mas, si lo examinamos detenidamente, luego al punto vemos que carece de base sólida y fundada. Porque aun admitien-

do los hechos alegados, no son los judíos los únicos que hayan preferido su secta á su patria.

Cuando la sociedad está sana, el patriotismo crece y adquiere grandes proporciones en el corazón de los ciudadanos por una asociación natural é inevitable, pues saben que son deudores de todo el bienestar de su vida y de todos sus goces al lugar en el cual tiene asiento la comunidad, pero bajo un gobierno parcial y opresor, no pueden adquirir esas asociaciones la misma fuerza que adquieren desarrollándose en un estado de cosas mejor, en razón á que los hombres se ven obligados á buscar en el seno de su partido la protección que deberían hallar en su patria, y como consecuencia natural cifran en su partido el amor que habrían puesto en su patria, de suceder las cosas por modo diferente. Los hugonotes de Francia llamaron en su auxilio á los ingleses contra sus reyes católicos, y los católicos de Francia llamaron á los españoles en su auxilio contra un rey hugonote. Pero ¿podrá inferirse de aquí, en justicia, que hoy día los protestantes franceses quieran hacer triunfar su religión con el auxilio de un ejército alemán ó inglés? Ciertamente que no Y ¿cómo sucede que no estén dispuestos ahora de igual modo que antes á sacrificar los intereses de su patria á los intereses de su fe religiosa? Porque, y esto es evidente, se veían perseguidos antes y ahora no lo están. Los puritanos ingleses, bajo Cárlos I, persuadieron á los escoceses á que invadiesen la Inglaterra. Pero los disidentes protestantes de

nuestros días ¿desean ver derribada la Iglesia anglicana por una invasión de calvinistas extranjeros? Y si no lo desean, ¿á qué habremos de atribuir este cambio? Pues no á otra cosa sino á que los protestantes disidentes están mejor tratados que en el siglo XVII. Algunos de los hombres públicos más ilustres que haya producido la Inglaterra se dispusieron á buscar refugio en la América del Norte, huyendo de la tiranía de Laud. ¿Se dirá por eso acaso que presbiterianos é independientes son incapaces de amar su patria? Pero es inútil multiplicar los ejemplos, porque no hay nada que parezca peor á quien conoce algo la historia ó la naturaleza humana que oir á quienes ejercen el poder que una secta cualquiera tiene inclinación al extranjero; como que si hay en política una verdad indiscutible, es que las aficiones al extranjero son el fruto del mal gobierno interior. Los hipócritas han tenido siempre la costumbre de hacer desgraciados á los que gobiernan, y de quejarse si buscan consuelo en otra parte; de dividir la sociedad, y de sorprenderse de no verla unida; de gobernar como si una parte del Estado fuese todo el Estado, y de censurar á las demás partes del Estado su falta de patriotismo. Si los judíos no profesan amor verdaderamente filial á la Gran Bretaña, es porque siempre los ha tratado como madrastra; que no hay tendencia que se desarrolle tan activamente en el corazón de los que viven bajo un gobierno tolerable siquiera, como la del patriotismo. Desde el principio del mundo no ha habido nación ni parte de ella

un tanto considerable que haya carecido en absoluto de patriotismo, á menos de nó estar cruelmente oprimida. Por lo tanto, censurar á una clase de individuos por su falta de patriotismo, es recurrir á un sofisma vulgarísimo, es recurrir á la lógica del lobo contra el cordero, y atribuir á la desembocadura del río el veneno que arrastra desde su fuente. Aun suponiendo que los judíos ingleses tengan verdaderamente odio mortal á Inglaterra; que en sus sinagogas llamen cada semana sobre Lóndres todas las maldiciones fulminadas por Ezequiel sobre Tyro y sobre Egipto, y que en sus grandes solemnidades invoquen las bendiciones de Dios sobre aquellos que maten contra las piedras á sus hijos, sostengo, á pesar de eso, que no detestarán tanto á sus compatriotas como se detestan y se aborrecen y se odian á las veces unas á otras las sectas cristianas. Pero no son así los judíos ni entienden así las cosas, porque sienten lo que debe suponerse en la situación en que se hallan colocados; y como están mucho mejor que lo estaban los protestantes franceses del siglo XVII y que los puritanos de la época de Laud, no tienen por qué odiar al Gobierno ni á sus compatriotas. Es innegable que son más adictos al Estado que lo eran los partidarios de Coligny ó de Vane, aunque no se ven como están en Inglaterra hoy día las sectas disidentes, y por esto y sólo por esto, estamos persuadidos de ello, es por lo que se hallan animados de un espíritu más exclusivo. Mientras que no hayamos extremado algo más el ensayo, no tendremos derecho á sostener que

no pueden convertirse los judíos en ingleses, y por tanto el hombre de Estado que los trata cual si fueran extranjeros, y que después se indigna de que no participen del mismo espíritu de los nacionales en todas sus manifestaciones, da muestras de ser tan falto de buen sentido como aquél déspota que imponía duros castigos á sus padres porque hacían los ladrillos con paja.

Pero no es lícito á los que gobiernan eludir por tales medios solemnes responsabilidades, ni son ellos tampoco los que pueden decir que una secta determinada no tiene amor patrio, cuando es su deber hacerle amar la patria por los medios que la historia y la razón demuestran claramente. Los judíos ingleses son tales cual los ha hecho el Gobierno, y son lo propio que hubiera sido cualquiera otra clase de hombres á quienes se hubiese tratado como á ellos. Porque si, por espacio de siglos, cuantos tienen el cabello rubio hubiesen sido ultrajados y oprimidos, expulsados en una parte, reducidos á prisión en otra, robados, desdentados, acusados y condenados de y por los crímenes más inverosímiles, sin fundamento verdadero; si los hubieran descuartizado, ahorcado, atormentado y quemado; si, cuando las costumbres fueron más suaves, se hubiesen visto sometidos aún á humillantes restricciones y á groseros insultos, y encerrados en Ghetos y Juderías, y apedreados y arrojados al agua por el populacho; si en todas partes hubiesen estado excluídos de los empleos y honores, ¿cuál sería el patriotismo de los del cabello rubio? Y si en estas circunstancias se

presentase á las Cámaras una proposición encaminada á franquear el ingreso á los empleos y cargos públicos á los hombres que tuvieran el cabello rubio, ¿qué discurso tan magnífico no podria hacer algún elocuente admirador de las antiguas instituciones de Inglaterra para oponerse á una medida tan revolucionaria? «Esos hombres, diría, apenas si se creen ingleses; como que á cualquier francés ó á cualquier alemán de cabello rubio lo consideran más allegado que á cualquier pelinegro de su propia vecindad. Si un soberano extranjero patrocina en sus estados á los rubios, lo quieren más que á su propio Rey. No son ingleses ni pueden serlo, porque hasta la misma naturaleza se opone á ello, y la experiencia demuestra la imposibilidad de que lo sean jámás. Ni tienen tampoco derecho alguno al poder político, porque nadie tiene ese derecho. Por lo tanto, que sigan disfrutando de la seguridad que se concede á sus personas y que sigan sus bienes al amparo de la ley; pero si pretenden otra cosa, el poder político, por ejemplo, en el seno de una sociedad á la cual sólo á medias pertenecen, de una sociedad que por su constitución goza del beneficio inapreciable de ser pelinegra, les contestaremos como contestaron en otro tiempo nuestros sabios antepasados:

Nolumus leges Angliæ mutari.»

Dicen también: la Escritura declara que llegará un día en que los judíos recobren su patria; y que como toda la nación espera con ansia este acontecimiento, por eso no están

sus individuos, nacidos en Inglaterra, interesados en la prosperidad de la patria, á la cual no consideran por asiento y hogar suyo, sino á manera de posada ó de mansión de servidumbre. Este argumento se dió á luz por primera vez en el *Times*, y mereció llamar la atención, no tanto por su valor intrínseco cuanto por la fama de discreto que goza el diario londinense; pues por lo demás, pertenece á una serie de sofismas, merced á los cuales se pueden justificar perfectamente las más bárbaras persecuciones. Porque si en la controversia es desleal acusar á los hombres de las consecuencias prácticas que niegan ellos mismos, en materia de gobierno es atroz. A los ojos de muchas personas tiende la doctrina de la predestinación á desmoralizar á sus parciales, y á decir verdad, puédese pensar que quien considera su destino eterno, establecido y fijo de una manera irrevocable de antemano, deberá abandonarse sin temor alguno á sus pasiones y desatender el precepto, pues si está condenado, ¿qué hará que lo salve? y si, por el contrario, ha de gozar de bienaventuranza, ¿qué será eficaz á privarlo de ella? Con todo y así, ¿sería discreto castigar á quien profese las doctrinas más extremadas del calvinismo, como si realmente hubiera cometido todos los crímenes ejecutados por algunos antinomianos? No, por cierto; y está fuera de duda que hay muchos calvinistas cuya conducta es tan moral y ejemplar como la del mejor arminiano, y muchos de éstos cuya conducta es tan relajada como la de cualquiera de aquéllos.

Es de todo punto imposible inferir los actos y las tendencias de un hombre de las opiniones que profesa, y en la realidad de las cosas de la vida ninguno es tan necio que razone así, á no ser que quiera encontrar motivo para perseguir á sus vecinos. A los cristianos se les prescribe bajo las penas más severas que nunca se aparten un ápice del camino de la justicia; y sin embargo, ¿á cuántos cristianos de los 24 millones de ellos que cuenta la isla británica, ó que se llaman así, podría prestarse, sin garantías, mil libras esterlinas? El hombre que un solo día de su vida procediera en sus negocios, partiendo del supuesto de que cuantos lo rodean inspiran sus actos en la religión que profesan, se arruinaría irremisiblemente; y la verdad es que nadie se conduce tampoco por tal modo en los negocios de la vida, ni prestando, ni pidiendo, ni comprando, ni vendiendo. Sin embargo, cuando queremos vejar y oprimir á nuestros semejantes, entonces ya no es lo mismo, y nos representamos estos motivos tan poco eficaces para el bien, omnipotentes para producir el mal, y atribuimos á nuestras víctimas todos los vicios y todas las locuras que parecen propensas á producir sus doctrinas. Bien será tener en cuenta que la misma flaqueza, la misma relajación, la misma disposición á preferir lo presente á lo venidero, cosas todas que hacen á los hombres peores que una buena religión, los hace mejores que una mala religión. Antiguamente la generalidad, y ahora muchos todavía, por desgracia, discurrían y discurren acerca de los católicos, diciendo: «El católico

se considera obligado á obedecer en todo al Papa; si el Papa expide, por ejemplo, una bula desposeyendo á la reina Isabel, los católicos tratarán á S. M. como á usurpadora; luego los católicos son traidores, luego es necesario ahorcarlos, ahogarlos y descuartizarlos.» A esta lógica debe la Inglaterra leyes odiosas que deshonran su historia. Y sin embargo de tales razonamientos, la respuesta es fácil, porque si la Iglesia católica manda á sus fieles que traten á la reina Isabel como á usurpadora, también les manda que hagan otras muchas cosas que no hacen, por ejemplo: que practiquen la castidad y el ayuno, y que no practiquen la usura ni el duelo; y á pesar de eso, no abundan en ella, que sepamos, los castos ni los ayunantes, ni le faltan duelistas y usureros. Si está demostrado que la mayor parte de los católicos no cumple con los preceptos de la Iglesia cuando éstos se hallan en contradicción con sus pasiones y sus intereses, la fidelidad, la humanidad, la pasión del bienestar, ¿no serán causas bastantes para impedirles que cumplan las órdenes injustas del jefe de la Iglesia católica contra la soberana de Inglaterra? Cuando es público y notorio que la gran mayoría de los católicos se curan tan poco de los preceptos de su religión, que ni aun se priva de carne si éstos se la prohiben algunos días del año, ¿cómo creer que se expondrán á ir al suplicio por acatarlos?

Ahora razonan nuestros contemporáneos, á propósito de los judíos, como nuestros antepasados á propósito de los católicos. La ley

de Moisés, grabada en los muros de la sinagoga, prohibe codiciar el bien ajeno; pero si añadiésemos que el acreedor judío no embargará los bienes de su deudor, porque Dios le prohibe codiciar lo ajeno, quien nos oyera diría que habíamos perdido el juicio. Y no obstante, de que Dios prometió por medios desconocidos de nosotros y para una época indeterminada, tal vez para de aquí á diez mil años, que los judíos volverán á Palestina, se concluye que un judío no debe de interesarse lo más mínimo por la prosperidad de un país, en el cual vive, y que debe de serle indiferente que las leyes y la policía sean detestables y las contribuciones abrumadoras, y que se vea la patria desgarrada. ¿No demuestra esto completa ignorancia de la naturaleza humana? ¿Quién podrá dudar, en ningún caso, de que lo próximo nos interesa más que lo remoto? Por otra parte, así se aplica el argumento á los cristianos como á los judíos, porque así judíos como cristianos entienden que el actual orden de cosas acabará un día, y no faltan de estos últimos que crean en la próxima venida del Mesías para establecer un reino en la tierra y ejercer personalmente la soberanía. No me propongo investigar si esta doctrina es ortodoxa ó no, pero sí dejar consignado que la profesa mayor número de individuos que judíos hay en Inglaterra, y que muchos de los que la profesan ocupan elevadas posiciones; que se predica en la Iglesia escocesa y en la de Inglaterra, y que personajes de alcurnia muy elevada y representantes del país la han defendido en la

prensa. Ahora bien; ¿qué diferencia existe respecto de sus tendencias políticas entre esta doctrina y la de los judíos? Si los judíos no son aptos para legislar en Inglaterra porque se hallan persuadidos de que sus descendientes, ó acaso ellos mismos volverán á Palestina, ¿podremos abrir las puertas de la Cámara de los Comunes á los parciales de la quinta monarquía, que creen de una manera indubitable en la reunión de todos los reinos de la tierra bajo el cetro único de la divinidad, y eso antes de que haya desaparecido la generación actual?

¿Es menos apto el judío que quien no lo es para las carreras que la ley le permite seguir? ¿Da muestras de menos celo en el desempeño de sus obligaciones que los cristianos? ¿Mobla su casa pobremente, como quien se considera extranjero ó transeunte? ¿La esperanza de volver á su país le hace acaso mirar de una manera indiferente las operaciones bursátiles? Cuando trata de sus asuntos particulares, ¿cuenta con la probabilidad de su regreso á Palestina? Si no hace nada de esto, ¿por qué suponer que aspiraciones que no ejercen la menor influencia en su conducta como comerciante, ni en sus previsiones testamentarias, habrán de ejercerla ilimitada tan luego como sea magistrado ó tome asiento en la Cámara de los Comunes?

Oigo emplear también otro argumento del que no quisiera ocuparme ligeramente, y del que no puedo escribir cosa que no sea en tono de burlas. Dicen que la Escritura está llena de anatemas terribles contra los judíos, y que se predice en ella que vivirán errantes sobre

la tierra. Siendo esto así, ¿tenemos derecho á darles asilo? También se predice que serán vejados y oprimidos. ¿Podremos tolerar que nos gobiernen? ¿No será inferir agravio manifiesto á los oráculos divinos el admitir á los judíos á ejercer el derecho de ciudadanía?

Reconozco que sería crímen de los más atroces dar un mentís á profecías inspiradas de la sabiduría divina, y me complazco en pensar que no sea de los que mi flaca naturaleza puede cometer. Pero, sin embargo, todo bien considerado, si admitimos á los judíos en el Parlamento, sólo probaremos con esto que las profecías de que se trata, cualquiera que pueda ser su alcance y su sentido, no significan que los judíos quedarán excluídos de la Cámara baja. Por otra parte, ya está probado que no tienen las profecías el sentido que les dan las personas respetables á quienes ahora contesto, porque, así en Francia como en los Estados Unidos, se hallan los judíos en posesión de todos los derechos políticos. De donde habría de inferirse que toda profecía que, refiriéndose á los judíos y á su peregrinación por la tierra, expresara la idea de que no tendrían nunca derechos políticos allí donde habitaran, sería falsa; y como no es posible dudar de la verdad de las profecías, fuerza será convenir en que no es tal su sentido.

Y dicho esto, séame lícito protestar contra la costumbre de confundir la profecía con el precepto, y de confundir predicciones, las más veces de recóndito alcance, con verdades morales cuyo sentido es claro siempre á todos y

evidente. Porque si basta que ciertas acciones hayan sido predichas para que se las declare buenas y justas, ¿se cometió acaso acción más laudable que aquel crimen que hizo estremecer la tierra y obscurecer al sol, y que nuestros mojigatos pretenden que hagamos pagar ahora, al cabo de diez y ocho siglos, á los judíos? El razonamiento que ahora emplean los partidarios de las incapacidades que pesan sobre los judíos ingleses para justificarlas, puede igualmente justificar el beso de Judas y el juicio de Pilatos. «A la verdad el Hijo del hombre se va, como está escrito de él; mas ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del hombre es entregado! bueno le fuera al tal hombre no haber nacido.» Y ¡ay también de aquellos que en cualquier tiempo y lugar desobedecen sus mandatos misericordiosos á pretexto de cumplir sus predicciones! Si este argumento justifica las leyes que aun están en vigor contra los judíos, justifica igualmente y sin excepción cuantas crueldades se han cometido contra ellos en lo antiguo, los edictos terribles de expulsión, las confiscaciones de bienes, los calabozos, las torturas y la hoguera. ¿Cómo prescindir de saquear á los que «deben servir á sus enemigos con hambre, con sed, y miserables, y faltos de todo?» ¿Cómo proteger á quienes «deben vivir noche y día en sobresalto, temerosos siempre de perder la vida?» ¿Cómo no apoderarnos de los individuos de una raza «cuyos hijos han de pertenecer á otro pueblo?»

No es así ciertamente como entiendo la doctrina de aquel que dijo: Amarás á tu pró-

jimo como á tí mismo, y que tomó para ejemplo á un herético y á un extranjero cuando quiso explicar lo que entendía por prójimo. Recuerdo que el año último un piadoso redactor del *John Bull* y algunos otros cristianos no menos fervorosos, calificaron de inconveniencia monstruosa el que se hubiera presentado la proposición en favor de los judíos la semana misma de Pasión, y que uno de ellos recomendó, irónicamente por supuesto, que se leyese por segunda vez el proyecto el Viernes Santo. Por lo que á mí respecta, no hubiera tenido nada que oponer á esta idea, porque no entiendo que pudiera celebrarse de modo más digno un día tan memorable. Ni ¡qué día más ocasionado tampoco para poner término de una vez y para siempre á cruentas luchas, á prolongadas hostilidades y á irritantes injusticias que aquel en el cual se fundó la religión de misericordia! ¡Ningún día mejor para borrar de las leyes de Inglaterra las últimas huellas de la intolerancia que aquel en el cual el espíritu de intolerancia produjo el más espantable de cuantos asesinatos jurídicos se han perpetrado en la sucesión de los tiempos, y en que la lista de las víctimas de la intolerancia, ese ilustre catálago que contiene los nombres de Sócrates y de Tomás Moro, consignó el nombre grande, famoso y eternamente memorable del Redentor de la humanidad!

BIBLIOTECA POPULAR

ÍNDICE.

	PÁGS.
PRÓLOGO	VII
Fanny Burney	1
Roberto Southey	117
Roberto Montgomery	201
Lord Holland	243
Samuel Johnson (Biografía)	263
Samuel Johnson (Bibliografía)	333
Incapacidades políticas de los judíos	423